

LECCIONARIO **M**ONÁSTICO



LECTURAS ESPIRITUALES
PARA EL TIEMPO DE CUARESMA

EREMITAS **C**AMALDULENSES
D **M**ONTECORONA

**LITURGIA MONÁSTICA
DE LAS HORAS**



EDICIÓN PARA USO PRIVADO

YERMO DE NUESTRA SEÑORA DE HERRERA

CUARESMA

A.D. MMXI



**CONGREGACIÓN DE EREMITAS
CAMALDULENSES DE MONTECORONA**



*“Sé fiel a la lectura, hecha en la quietud,
para ser conducido al asombro en todo tiempo”.*

San Isaac de Nínive

NOTA PREVIA

ESTE LECCIONARIO proporciona lecturas para todo el tiempo de Cuaresma, para los ciclos a, b y c. Estas lecturas se pueden utilizar en el oficio de Maitines, o bien, en la lectura capitular.

Esta edición es únicamente para uso privado del Yermo de Nuestra Señora de Herrera, de la Congregación de Eremitas Camaldulenses de Montecorona, y no tiene ningún reconocimiento oficial por parte de las autoridades religiosas competentes en la materia.

AÑO A

MIÉRCOLES DE CENIZA

De las Colaciones de Juan Casiano

En todo arte, en toda profesión existe, como condición previa, un blanco; una constante aplicación del alma, una como tensión del espíritu, que no nos abandona jamás. Si el hombre no es fiel a ella y no la sigue con todo ardor y perseverancia, no podrá llegar al fin que desea, ni cosechar el fruto apetecido. Nuestra vida monástica se endereza a un fin último, que es el Reino de Dios. Pero, ¿cuál es el medio que nos lleva a este fin? Este punto reclama toda nuestra atención, porque si no logramos conocerlo, nos fatigaremos inútilmente. Quien emprende un viaje y no conoce a punto fijo la trayectoria, padece el trabajo del camino, pero no adelanta un paso. El fin de nuestra profesión es el Reino de Dios, pero nuestro objetivo inmediato es la pureza del corazón: sin ella es imposible alcanzar ese fin. Concentrando, pues, la mirada en ese objetivo primario, corremos derechamente hacia aquel fin último. Y si nuestro pensamiento se separa de esta finalidad previa, aunque no sea más que un poco, debemos volver de nuevo a ella y corregir nuestros desvíos, como por medio de una regla rectísima. Así, conjugando todos nuestros esfuerzos y haciéndolos converger en ese punto único, por poco que nuestro espíritu haya perdido la dirección propuesta, no dejaremos al instante de advertir nuestro olvido.

Los ayunos y vigiliias, la meditación de las Escrituras, la desnudez, el estar despojado de toda riqueza, no constituyen de por sí la perfección, sino los instrumentos de la perfección. Porque no consiste en esas prácticas el fin de la vida monástica, sino que ellas obran como medios para llegar al fin. Luego sería vano empeño aplicarse a ellas, poniendo el afecto del corazón como podría ponerse en el soberano Bien. En tal caso, satisfecho con esto, no daría mayor elevación a su deseo, ni tendría más altas aspiraciones para llegar a obtener el fin al que deben enderezarse todos esos ejercicios. Poseería los instrumentos de su arte, pero ignoraría su objeto, en el cual está todo el fruto que se desea. En consecuencia, debe evitarse a todo trance, como pernicioso, todo lo que puede empañar la pureza y tranquilidad del alma, aun cuando parezca muy útil y necesario. Esta regla nos permitirá escapar a la disipación y a las divagaciones que nos hacen caminar a la ventura; con ello llegaremos a la meta deseada, guiados por la línea de una recta dirección.

JUEVES DESPUÉS DE CENIZA

De las Colaciones de Juan Casiano

Éste debe ser nuestro principal objetivo y el designio constante de nuestro corazón: que nuestra alma esté siempre adherida a Dios y a las cosas divinas. Todo lo que aparte de esto, por grande que pueda parecernos, ha de tener en nosotros un lugar secundario o ínfimo; incluso debemos considerarlo como nocivo. El Evangelio nos proporciona, en las personas de Marta y de María, una hermosa imagen de esta actitud del alma siempre aplicada a las cosas celestiales. Era un oficio muy santo el que desempeñaba Marta, ya que servía al mismo Señor y a sus discípulos. No obstante, María, atenta solamente a la doctrina espiritual, permanecía a los pies de Jesús; se los cubría de besos, y los ungía con el perfume de una fe pura. Ahora bien, es ella a quien el Señor prefiere, porque, como dice el Señor, ha escogido la mejor parte que, por cierto, no le será quitada.

ES ciertamente imposible que la mente no se vea envuelta en múltiples pensamientos; pero aceptarlos o rechazarlos sí que es posible al que se lo propone. Aunque su nacimiento no depende enteramente de nosotros, está desde luego en nuestra mano el darles acogida o soslayarlos. Por eso nos valemos, de ordinario, de la lectura asidua y de la meditación de las Escrituras, para brindarnos la ocasión de procurar a nuestra memoria pensamientos divinos. De ahí también el canto repetido de los salmos, para que nos dé materia de constante compunción. De ahí, finalmente, la asiduidad de las vigiliias, ayunos y oraciones, para que la mente así purificada pierda el gusto de las cosas terrenas y contemple las celestiales. Pero si, cediendo a la desidia y a la negligencia, nos distraemos en conversaciones inútiles o culpables, y nos derramamos en los cuidados de este mundo y en preocupaciones superfluas, es lógico entonces que se origine como una especie de cizaña, que aportará a nuestra alma un trabajo de trituración sumamente pernicioso. Y entonces se realizará en nosotros la sentencia del Salvador: donde estuviere el tesoro de nuestras obras y de nuestros pensamientos, allí estará nuestro corazón.

VIERNES DESPUÉS DE CENIZA

De las Colaciones de Juan Casiano

La discreción no es una virtud cualquiera, que pueda alcanzarse con solas las fuerzas humanas: no podemos adquirirla sin el don y la gracia divinos. San Pablo la enumera entre los dones más nobles del Espíritu Santo: "A uno -dice- le es dada por el Espíritu la palabra de sabiduría; a otro, la palabra de ciencia, según el mismo Espíritu; hay quien, por el mismo Espíritu, recibe el don de la fe; y otro, por el mismo Espíritu, el don de curar"; y poco después añade: "A otro, discernir los buenos y malos espíritus". En fin, al terminar la lista de los carismas espirituales, concluye: "El mismo y único Espíritu obra todo esto, repartiendo a cada uno en particular como a Él le parece" (1Co 12). Ya veis cómo la discreción no es un don terreno o de relativa importancia, sino un gran premio de la gracia divina. Si el monje no pone todo su empeño en alcanzarla y discernir con su ayuda los espíritus que penetran por las puertas de su alma, se seguirá una consecuencia fatal: será como un hombre que camina a tientas en una noche cerrada, envuelto en tinieblas. Será víctima de los lazos que le tiende el enemigo, y de los precipicios que se abren a su paso; y aun en caminos llanos y derechos, tropezará su pie con harta frecuencia.

Todas las artes, todas las profesiones inventadas por el genio humano, que sólo sirven para las comodidades de la existencia y quedan en el dominio de lo palpable, reclaman necesariamente un maestro para ser bien conocidas. Esta disciplina invisible y escondida, que sólo un corazón perfectamente puro puede captar, ¿será la única en la que pueda prescindirse de guía? Pensemos que en ella el error no ocasiona desgracias temporales, que pueden remediarse fácilmente, sino la pérdida del alma y la muerte eterna. No son enemigos visibles los que nos hostilizan, sino invisibles, y enemigos sin piedad. Es un combate que hay que librar sin tregua, noche y día; y no ciertamente contra uno o dos adversarios, sino contra innumerables legiones; un combate, en fin, en que la suerte es tanto más temible cuanto más alevoso es el ataque y más encarnizado el rival. Por eso hemos de seguir con sumo empeño y cautela las huellas de los ancianos, y darles a conocer los pensamientos que sobrevienen a nuestro corazón, despreciando la falsa vergüenza que querría ocultarlos.

SÁBADO DESPUÉS DE CENIZA

De las Colaciones de Juan Casiano

De nada nos servirá una renuncia solamente corporal y local: significaría tanto como salir de Egipto sólo exteriormente. Es preciso asociar la renuncia del corazón, que es la más elevada de las dos y la más útil y esencial. He aquí lo que opina de la primera el Apóstol: "Podría repartir en limosnas todo lo que tengo y aun dejarme quemar vivo: si no tengo amor, de nada me sirve". El santo Apóstol no hubiera hablado así, de no haber presentido en espíritu que muchos, después de haber distribuido a los pobres todos sus bienes, serían impotentes para escalar las arduas cimas de la perfección evangélica y de la caridad. Sabía que se dejarían sobornar por la soberbia y la impaciencia, y mantendrían en su corazón sin purificar los vicios y costumbres inmortificadas contraídas en su vida primera. Eso constituye un obstáculo que les impide arribar al amor que permanece para siempre.

La aridez interior puede nacer de varias causas. Unas veces podrá ser consecuencia inevitable de nuestra negligencia; otras, una tentación del demonio; y, en fin, puede ser una prueba a que el Señor nos somete. Él lo hace por dos motivos. En primer lugar conviene que nos sintamos abandonados por Él durante algún tiempo, para tener ocasión de experimentar nuestra natural flaqueza; entonces, concibiendo sentimientos de humildad, no nos sentimos engreídos por la pureza de corazón con la que habíamos sido agraciados en la visita del Señor. En este estado de aislamiento en que el Señor nos deja, comprobamos que ni los gemidos ni nuestra habilidad pueden hacernos recobrar aquella primera situación de optimismo y pureza. Comprendemos, además, que nuestro fervor no era fruto de nuestro esfuerzo, sino don gratuito de la dignación divina. Por lo mismo, nos es necesario implorar todavía, al presente, su gracia y su luz.

En segundo lugar desea probar por ese medio nuestra perseverancia. Hemos de darle una prueba del afán y entereza con que debemos pedir en la oración la visita del Espíritu Santo, cuando nos ha abandonado. En fin, quiere que reconozcamos por experiencia cuán difícil es reconquistar, una vez perdido, el gozo espiritual y la alegría de un corazón puro. De ahí la solicitud con que debemos conservarla, cuando la hayamos vuelto a encontrar.

DOMINGO I DE CUARESMA

Sermón de san León Magno, Papa y doctor

Saben muy bien nuestros sagacísimos enemigos que son éstos los santos días de Cuaresma, en que se castigan todas las cobardías y se borran todas las negligencias del pasado, y ponen todo el poder de su malicia en hacer caer en alguna impureza a los que quieren celebrar la santa Pascua del Señor, en cambiar en ocasión de pecado lo que debería ser una fuente de perdón. Entramos, amadísimos, en la Cuaresma, es decir, en una fidelidad mayor al servicio del Señor. Viene a ser como si entrásemos en un combate de santidad. Por tanto, preparemos nuestras almas a las embestidas de las tentaciones, sabiendo que cuanto más celosos seamos de nuestra salvación, tanto más violentamente nos atacarán nuestros adversarios. Mas el que habita en medio de nosotros es más fuerte que quien lucha contra nosotros. Nuestra fortaleza viene de Él, en cuyo poder tenemos puesta nuestra confianza. Pues si el Señor permitió que le visitase el tentador, lo hizo para que tuviésemos nosotros, además de la fuerza de su socorro, la enseñanza de su ejemplo.

Acabáis de oírlo: venció a su adversario con las palabras de la Ley, no con el vigor de su brazo. Sin duda alguna, reportó su humanidad mayor gloria y fue mayor el castigo de su adversario al triunfar del enemigo de los hombres, no como Dios, sino como mortal. Ha combatido para enseñarnos a combatir en pos de Él. Ha vencido para que nosotros seamos también vencedores de la misma manera. Pues no hay, amadísimos, actos de virtud sin la experiencia de las tentaciones, ni fe sin prueba, ni combate sin enemigo, ni victoria sin batalla. La vida pasa en medio de emboscadas, en medio de sobresaltos. Si no queremos vernos sorprendidos, hay que vigilar. Si pretendemos vencer, hemos de luchar. He aquí por qué dijo Salomón cuando era sabio: "Hijo, si entras a servir al Señor, prepara tu alma para la tentación". Estaba lleno de la ciencia de Dios, sabía que no hay fervor sin trabajos y combates. Y previendo los peligros, los advierte a fin de que estemos preparados para rechazar los choques del tentador.

Instruidos por la enseñanza divina, amadísimos, entremos con conocimiento de causa en el estadio para la lucha. Escuchemos al Apóstol, que nos dice: "Nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los Principados, contra las Potestades, contra los

Dominadores de este mundo tenebroso, contra los Espíritus del Mal que están en las alturas". No nos hagamos ilusiones. Estos enemigos que quieren perdernos comprenden bien que contra ellos se hace todo lo que intentamos realizar para nuestra salvación. Por eso, cada vez que deseamos algún bien, provocamos al adversario. Hay entre ellos y nosotros, fomentada por la envidia diabólica, una oposición inveterada, de modo que, estando ellos despojados de estos bienes a los que nos levanta la gracia de Dios, nuestra justificación los tortura. Cuando nosotros nos levantamos, ellos se hunden. Cuando volvemos a encontrar nuestras fuerzas, ellos pierden la suya. Nuestros remedios son llagas para ellos, pues la curación de nuestras heridas los hiere: "Estad firmes -dice el Apóstol-: abrochaos el cinturón de la verdad, por coraza poneos la justicia; bien calzados para estar dispuestos a anunciar la noticia de la paz. Y, por supuesto, tened abrazado el escudo de la fe, donde se apagarán las flechas incendiarias del malo. Tomad por casco la salvación y por espada la del Espíritu, toda palabra de Dios".

Mirad, amadísimos, con qué dardos tan poderosos, con qué defensas tan insuperables nos arma este jefe, insigne por tantos triunfos, este maestro invencible de la milicia cristiana. Ha rodeado nuestros riñones con el cinturón de la castidad, ha calzado nuestros pies con las correas de la paz. En efecto, un soldado que no tenga ceñidos los riñones es pronto vencido por el instigador de la impureza, y el que no tiene calzado es fácilmente mordido por la serpiente. Nos ha dado el escudo de la fe para proteger todo el cuerpo, ha colocado en nuestra cabeza el casco de la salvación, ha puesto en nuestras manos la espada, esto es, la palabra de verdad. Así, el héroe de las luchas del espíritu no sólo está resguardado de las heridas, sino que puede herir también a quien lo ataca. Confiando pues, en estas armas, entremos sin pereza y sin temor en la lucha que se nos propone, y, en este estadio en que se combate por el ayuno, no nos contentemos con abstenernos de la comida. De nada sirve que se debilite la fuerza del cuerpo si no se alimenta el vigor del alma. Mortifiquemos algo al hombre exterior y que el interior se restaure. Retraigamos a la carne de su alimento corporal, y el espíritu adquiera fuerzas en las delicias espirituales. Que toda alma cristiana se observe detenidamente y con un severo examen escudriñe el fondo de su corazón.

LUNES I DE CUARESMA

De las Colaciones de Juan Casiano

La lucha intestina que se desarrolla de continuo en nosotros tiene por efecto saludable no dejarnos "hacer lo que queremos", como dice San Pablo (Gál 5, 17). Adquirimos la pureza de corazón, no en el ocio y la tranquilidad, sino en el esfuerzo constante y la humildad de espíritu. Guardamos la castidad con ayunos rigurosos, con el hambre, la sed y la vigilancia. Enderezamos nuestro corazón hacia Dios por la lectura, las vigiliias, la plegaria ininterrumpida y la aspereza del desierto. Conservamos la paciencia soportando las tribulaciones; servimos a nuestro Creador en medio de las difamaciones y afrentas; abrazamos la verdad aun a trueque de la envidia y enemistad del mundo.

Así, gracias a este antagonismo que nos preserva de una falsa seguridad, y nos excita al trabajo que no queremos y al celo por la virtud, por la lucha se establece en nosotros un justo equilibrio. El fervor del espíritu, por una parte, y el entumecimiento y la frialdad de la carne, por otra, envuelven la tibieza de nuestra voluntad en una atmósfera favorable y templada. El deseo del espíritu se opone a que el alma se entregue al desenfreno de los vicios; a su vez, la fragilidad de la carne no sufre que el espíritu se aventure indiscreto al impulso de sus ansias de virtud. De este combate entre ambas tendencias resulta el equilibrio; entre los dos extremos se abre la senda de la virtud, prudente y moderada: camino real por el que avanza siempre el soldado de Cristo.

La tibieza, según el Apocalipsis, es el peor estado (cf. 3, 16). El hombre carnal, seglar o gentil, se convertirá más fácilmente, para elevarse enseguida a las cimas de la santidad, que aquel que habiendo hecho profesión de vida monástica, no ha entrado con voluntad firme y decidida por la senda de la perfección, abordando resueltamente la disciplina monástica: el que no alimenta en sí el fuego del primitivo fervor. Al menos el primero se reconoce impuro; acepta humilde el estado a que lo reducen sus pasiones vergonzosas. Herido algún día por el arrepentimiento, correrá a la fuente de la verdadera purificación, y se elevará hasta las cumbres de la vida perfecta. El mismo horror que experimentará de su infidelidad y de su estado de frialdad, lo llenará de un santo entusiasmo que lo hará volar más fácilmente hacia la perfección. Pero el religioso que, por su tibieza, abusa desde un principio del nombre de monje, y no aporta

la humildad y el fervor que debería en orden a su profesión, una vez inficionado de esta enfermedad pestilencial y abatido en su dolencia, es incapaz de sentir gusto por la perfección y aprovecharse de los consejos de otro. Como lo indica el Señor, dice en su corazón: "Soy rico, me he enriquecido, a mí no me falta nada" (Ap 3, 17). Y también pueden aplicársele las palabras que siguen: "Eres desdichado, miserable, pobre, ciego y desnudo".

MARTES I DE CUARESMA

De las Colaciones de Juan Casiano

El fin del monje y la más alta perfección tienden a una continua e ininterrumpida oración; y en cuanto es posible a nuestra fragilidad humana, a una tranquilidad inmóvil en la mente y una inviolable pureza del alma. Este bien tanpreciado tratamos de procurárnoslo por un trabajo físico incansable y una continua contrición de espíritu. Media una relación recíproca entre estas dos cosas que están inseparablemente unidas. Porque todo el edificio de las virtudes se levanta en orden a alcanzar la perfección de la oración. Y es que si la oración no corona este edificio y sostiene todas sus partes conjugándolas entre sí, no podrá ser firme y sólido mucho tiempo. Esta tranquilidad estable y oración continua no pueden adquirirse sin las virtudes; y estas virtudes, a su vez, que son cual los cimientos, no pueden lograrse sin aquélla.

Para llegar a aquel fervor y pureza que exige la oración, es menester una fidelidad a toda prueba a estas normas. Ante todo hay que suprimir a rajatabla toda solicitud por las cosas carnales; eliminar luego no sólo el cuidado, sino también el recuerdo de asuntos y negocios que nos solicitan; debemos renunciar a la detracción, a las palabras vanas, habladurías y chanzas. Atajar enteramente todo movimiento de cólera o de tristeza; en fin, hay que exterminar radicalmente el germen pernicioso de la concupiscencia y de la avaricia. Una vez destruidos estos vicios y sus semejantes, que no pueden menos de advertirse al exterior, y de habernos dedicado a esta purificación del alma, cuya cima es la pureza y simplicidad de la inocencia, debemos poner los cimientos. Ante todo, la humildad profunda, capaz de sostener la torre que ha de alzarse hasta los cielos; acto continuo hay que levantar el edificio espiritual de las virtudes; y, finalmente, inhibir nuestra mente de toda divagación y de todo pensamiento frívolo. Así se irá elevando paulatinamente el alma hasta la contemplación de Dios y de las realidades sobrenaturales.

MIÉRCOLES I DE CUARESMA

De las Colaciones de Juan Casiano

Todo cuanto ocupa nuestro espíritu antes de la plegaria, la memoria lo evoca, queramos o no, mientras oramos. Conviene, pues, prepararnos de antemano, para ser luego en la oración lo que deseamos ser: las disposiciones del alma en la oración dependen del estado que le ha precedido. Nos postramos para la plegaria, y al punto se proyectan en la imaginación los actos, palabras y sentimientos que la han alimentado antes. Según fue su naturaleza, suscitan en nosotros, unas veces ira o tristeza; otras, nuestras apetencias o deleites; otras (causa vergüenza el decirlo), una risa tonta al recordar alguna palabra o acción jocosa; nuestra fantasía en rápido vuelo torna a la divagación fugaz de antes de la oración. Así, pues, si no queremos ser víctimas de ideas importunas, tenemos que desecharlas con decisión, incluso antes de la plegaria. Entonces podremos poner en práctica el precepto de San Pablo: "Orad sin cesar" (1Tes 5,17), y "rezad en todo lugar alzando las manos limpias de ira y divisiones" (1Tm 2,8). Pero seremos incapaces de ello si nuestra alma no se purifica de todo vicio, y no se consagra al ejercicio de la virtud como a su propio bien, para nutrirse de la contemplación del Todopoderoso.

Se compara el alma, con justo título, a una fina pelusa o a una pluma ligera. Si la humedad no las penetra, es tal la movilidad de su ser que el menor soplo las eleva naturalmente y las empuja hacia lo alto. Si, por el contrario, el agua las roza o impregna levemente, se vuelven grávidas y pesadas; han perdido el ágil vuelo a que daba lugar su natural ligereza; el peso del líquido absorbido las abisma hasta el polvo. Así acontece a nuestra alma. Si los vicios y cuidados del mundo no llegan a abrumarla, o la pasión culpable no la mancilla, se alzarán hacia bienes superiores, gracias al privilegio de su innata pureza. El más leve soplo de meditación espiritual la hará remontarse hasta las cumbres, y menospreciando las cosas perecederas, será como transportada a las celestiales e invisibles. Por eso nos dirige el Señor estas palabras: "Tened cuidado, no se os embote la mente con la comida, la bebida y la preocupación del dinero" (Lc 21, 34). Si deseamos que nuestra oración penetre los cielos y suba todavía más alto, hagamos por liberar nuestra alma de todo vicio terreno, y purificarla del lastre de las pasiones, devolviéndole su agilidad natural. De ese modo su plegaria, libre de todo peso muerto, se elevará hasta Dios.

JUEVES I DE CUARESMA

De las Colaciones de Juan Casiano

La oración de acción de gracias es patrimonio de aquellos que han desarraigado de su corazón la espina punzante del remordimiento. Sumidos en una paz perdurable, su alma pura va desgranando la suma de misericordias que ha derramado sobre ellos el Señor en el pasado, las que al presente les depara, y las que seguirá prodigándoles en el futuro. Su corazón se inflama y es arrebatado en esta oración por un fuego que el lenguaje humano no puede explicar. Al llegar el alma a este estado de pureza, y a medida que se arraiga en él, a veces abraza a un mismo tiempo todas las formas de la plegaria. Como una llama imperceptible y devoradora va de una a otra con asombrosa velocidad; se desahoga en preces vivas y puras que el mismo Espíritu, sin darnos cuenta, dirige a Dios en mística exhalación con gemidos inenarrables. En un instante de inefable oración concibe y deja desbordar de la entraña misma de su ser tantos sentimientos, que le es imposible en otro momento, no digo ya expresarlos, pero ni siquiera recordarlos.

Hay un estado más sublime y más excelso todavía, que consiste en la contemplación de solo Dios. Parte del ardor de la caridad: el alma se funde y se abisma en la santa dilección, dialogando con piedad y familiaridad sumas con Dios como con su mismo Padre. Debemos tender a este sublime estado, como nos lo enseña la fórmula de la oración dominical, al decir: "Padre nuestro". Confesamos que el Dios y Señor del universo es Padre nuestro; con ello proclamamos que hemos sido llamados de la servil condición de esclavos a la de hijos adoptivos. Añadimos "que estás en los cielos". El tiempo de nuestra vida no es más que un destierro; y esta tierra, una mansión extraña que nos separa de nuestro Padre. Apresurémonos con ardiente deseo por llegar a aquella región celeste donde confesamos que vive nuestro Padre. Que nada en nuestra conducta nos haga indignos de ser sus hijos, y de la nobleza de semejante adopción; no suceda que como a hijos degenerados nos prive de su herencia.

VIERNES I DE CUARESMA

De las Colaciones de Juan Casiano

Decimos en el Padrenuestro: "Danos hoy el pan nuestro supersustancial" (epiousion), o, según otro evangelista, nuestro pan cotidiano. El primer calificativo indica la nobleza de su sustancia, que lo eleva sobre toda criatura, y hace que exceda por su sublime grandeza y santidad a todo lo creado. El segundo caracteriza el uso que hacemos de él y su utilidad; indica que sin pan nos es imposible vivir u obrar un solo día en la vida espiritual. El término "hoy" muestra que hemos de alimentarnos con él diariamente; que no será suficiente haberlo tomado ayer, si no se nos da también hoy. Que la necesidad cotidiana de él nos advierta que debemos hacer en todo tiempo esta plegaria. Porque no hay día en que no lo necesitemos para afianzarnos en nuestro hombre interior. La palabra "hoy" puede entenderse, además, de la vida presente, como si dijera: Mientras moramos en este mundo, danos este pan. Seguros estamos que lo darás por toda la eternidad a quienes lo hayan merecido; pero te rogamos que nos lo concedas desde hoy, porque quien no haya procurado merecerlo en esta vida, no podrá participar de él en la vida eterna.

La oración del Padrenuestro entraña en sí toda la plenitud de la perfección, pues es el mismo Señor el que nos ha dado el ejemplo y el precepto a la par. No obstante, puede elevar a un nivel de vida más sublime a quienes les sea familiar; los conduce a aquel estado supereminente que antes dijimos: a la oración de fuego, conocida y ejercitada de muy pocos, y que, hablando con propiedad, es inefable. Sobrepuja todo pensamiento humano; no consiste ni en sonidos vocales, ni en movimientos de la lengua, ni en palabras articuladas. El alma, bañada en la luz de lo alto, no se sirve ya del lenguaje humano, siempre efímero y limitado. Toda su plegaria se desborda en afectos del alma, y como de un hontanar inagotable, el afecto y la oración fluyen a raudales y se precipitan de modo inenarrable en Dios. Dice tantas cosas en un breve instante, que no podía fácilmente expresarlas, ni siquiera recordarlas después en su memoria. Nuestro Señor nos muestra en sí mismo este estado de oración: sea cuando se retira a la soledad de la montaña para orar en silencio, sea cuando en la agonía del huerto derrama sangrientas gotas de sudor, dándonos un ejemplo inimitable del ardor intenso que informaba su altísima oración.

SÁBADO I DE CUARESMA

De las Colaciones de Juan Casiano

A menudo la compunción revela su presencia por un gozo imponderable y por una íntima alegría espiritual: alegría tan vehemente y cálida que no se puede contener, y prorrumpe en gritos de puro gozo, llegando hasta la celda vecina la noticia de tan feliz exultación. A veces, por el contrario, el alma desciende a los abismos del silencio y se mantiene en una actitud callada; de pronto la súbita iluminación de lo alto la llena de estupor y corta su palabra; todos sus sentimientos permanecen atónitos en el fondo de sí misma, o completamente suspendidos, desahogándose en gemidos inenarrables en la presencia de su Dios. Pero para que tengáis una visión clara de lo que es la verdadera oración, voy a citar una sentencia, que no es mía, sino del bienaventurado Antonio. Lo vi permanecer mucho tiempo en la plegaria, y con tal fervor que con frecuencia los primeros rayos del sol naciente lo sorprendían en sus éxtasis; y una vez le oí exclamar: "Oh sol, ¿por qué vienes a turbarme? ¿Te levantas tan temprano para arrancarme las claridades de la verdadera luz?" Suya es también esta palabra, más divina que humana, sobre el grado más elevado de oración: "La oración -decía- no es perfecta mientras el monje tiene conciencia de sí mismo y se da cuenta que ora". Convencido estoy de nuestras miserias, y quiero admitir que estamos completamente desprovistos de las virtudes de que antes hemos hablado. Ni existe entre nosotros esa inefable unión de dos almas que atrae la presencia de Cristo (Mt 18, 19), ni nuestra fe llega a la pequeñez del grano de mostaza. Concedo también que nos son ajenas las obras de caridad y misericordia que describe el Profeta. Pero, ¿no podemos usar de esa importunidad que está al alcance de todos? A ella ha vinculado el Señor la concesión de lo que pedimos (Lc 11, 8). Rechacemos con firmeza las inútiles vacilaciones que pugnan contra la fe; persistamos a toda costa en la plegaria; no dudemos que por nuestra asiduidad mereceremos ser oídos en todo aquello que solicitamos según Dios. Porque es el mismo Señor quien, deseoso de otorgarnos los bienes celestes, nos mueve en cierto modo a hacerle violencia con nuestra importunidad. Lejos de ahuyentar a los importunos, les infunde alientos y los encomia con la dulce promesa de concederles cuanto hayan esperado con constancia: "Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá; porque quien pide recibe, quien busca halla, y al que llama se le abre".

DOMINGO II DE CUARESMA

Homilía de san León Magno, Papa y doctor

De tal modo manifiesta el Señor su gloria ante los testigos elegidos y con tal resplandor hace brillar esa forma corporal que le es común con los demás mortales, que semeja su rostro el fulgor del sol e iguala su vestido la blancura de la nieve. Con esta transfiguración pretendía especialmente sustraer al corazón de sus discípulos el escándalo de la cruz y evitar que la voluntaria ignominia de su pasión hiciese flaquear la fe de los que iban a ser testigos de la excelencia de su divinidad oculta. Fundamentábase también, con no menor providencia, la esperanza de la santa Iglesia, pues reconocería en la transfiguración del Cuerpo Místico de Cristo la transformación con que iba a ser agraciado, ya que puede prometerse cada miembro participar de la gloria que con anterioridad resplandeció en la Cabeza. Moisés y Elías, esto es, la Ley y los Profetas, aparecieron hablando con el Señor.

Animado, pues, el apóstol Pedro con la revelación de estos misterios y hastiado de todo lo mundano y terreno, sentíase arrebatado, como en una especie de éxtasis, por las cosas celestiales, y, lleno de gozo con la contemplación, quería morar con Jesús allí en donde se regocijaba con la visión de su gloria. Esto es lo que le movió a exclamar: "Señor, ¡qué bien se está aquí! Si quieres, levantaremos tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías". Pero nada contestó el Señor a semejante insinuación, para indicar que, sin ser malo, estaba fuera de orden lo que pedía, ya que no puede salvarse el mundo sino por la cruz de Cristo; y también para ilustrar con su ejemplo la fe de los creyentes, los cuales, sin dudar de las promesas de las bienaventuranzas, deben pedir, entre las tribulaciones de esta vida, antes los sufrimientos que la gloria, pues el sufrir debe siempre preceder al gozar.

"Éste es mi Hijo, el cual no arrebató la igualdad que tiene conmigo, ni la usurpó presuntuosamente", sino que, permaneciendo en la condición de mi gloria, para realizar el común consejo de la reparación humana, inclinó la inmutable divinidad hasta la condición de siervo. Escuchad sin titubeo alguno a Aquel en quien Yo me complazco, cuya enseñanza me manifiesta, cuya humildad me glorifica, pues es la Verdad y la Vida, mi Poder y mi Sabiduría. Escuchad a quien anunciaron los misterios de la Ley y cantó la voz de los profetas. Escuchadle, pues ha redimido al mundo con su

Sangre preciosísima, ha atado al diablo y le ha arrebatado sus armas, ha roto la cédula del pecado y el pacto de la prevaricación. Escuchad a mi Hijo que os abre el camino del cielo y por el suplicio de la cruz os prepara la escala para subir al reino. ¿Por qué teméis tanto ser redimidos? ¿Por qué teméis, heridos, ser curados? Que se haga esto, que, como Yo lo quiero, lo quiere Cristo. Arrojad de vosotros el temor carnal y armaos con la constancia que inspira la fe, pues es indigno de vosotros que temáis en la Pasión del Señor lo que, con su auxilio, no temeréis en vuestra propia muerte.

Estas cosas, amadísimos, no fueron dichas solamente para utilidad de los que las oyeron con sus propios oídos, sino que, en la persona de estos tres apóstoles, toda la Iglesia recibe lo que vieron sus ojos y escucharon sus oídos. Robustézcase, pues, la fe de todos según la predicación del santo Evangelio y no se avergüence nadie de la cruz de Cristo, por la cual ha sido rescatado el mundo. Nadie tema, por lo mismo, sufrir por la justicia, ni dude que recibirá la recompensa prometida, pues por el trabajo se va al descanso, y por la muerte a la vida. Él ha tomado, en efecto, toda la debilidad propia de nuestra humildad; y, si permanecemos en su confesión y en su amor, venceremos en lo que Él ha vencido y recibiremos lo que Él ha prometido. Porque, ya se trate de practicar los mandamientos o de soportar lo adverso, siempre debe sonar en nuestros oídos la voz del Padre, que ha dicho: "Éste es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadle", el cual vive y reina, con el Padre y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

LUNES II DE CUARESMA

De las Colaciones de Juan Casiano

Debemos observar con particular fidelidad el precepto evangélico que nos manda entrar en nuestro aposento y, cerrada la puerta, ofrecer la oración a nuestro Padre. Veamos la manera de cumplirlo. Oramos en nuestro aposento cuando ponemos a cubierto nuestro corazón del tumulto y turbación de nuestros pensamientos y cuidados que lo solicitan, y manifestamos al Señor en confianza nuestras necesidades. Orar con la puerta cerrada es dirigir nuestras súplicas sin mover los labios, en completo silencio, a Aquel que atiende, no las palabras, sino los corazones. Oramos en secreto cuando hablamos a solo Dios con el corazón y la aplicación de la mente, no manifestando más que a Él nuestras cuitas, sin que puedan columbrar nuestra plegaria ni aun las potestades enemigas. Ésta es la razón del profundo silencio que debemos observar en la oración: no sólo para no distraer a los hermanos con nuestro susurro o clamor, turbando su atención; sino además para ocultar a nuestros enemigos, que multiplican entonces sus asaltos, la intención de nuestras súplicas.

Únicamente pueden contemplar la divinidad de Cristo con ojos muy puros, los que ascendiendo de las obras y pensamientos bajos y terrenos suben con Él al elevado monte de la soledad. Monte libre del tumulto de todo cuidado y perturbación terrenal, sosegado sin mezcla de ningún vicio, sublime por una fe muy pura y la eminencia de las virtudes; que revela la gloria del rostro de Dios y la imagen de su esplendor a quienes merecen contemplarlo con los ojos puros del alma. Jesús se deja también ver de quienes habitan en ciudades, aldeas y villas, es decir, de los ocupados en la vida activa; pero no con aquella gloria tan grande con que se apareció a los que con Él subieron al monte, Pedro, Santiago y Juan. Así se apareció a Moisés y habló a Elías. Y queriendo Cristo confirmar esto y dejarnos perfectos ejemplos de pureza, se retiró solo al monte a orar (Mt 14, 23), aunque como fuente inviolable de santidad, no necesitaba la ayuda externa de la soledad para alcanzar la cumbre de la perfección. Él, la misma plenitud de pureza, no podía contaminarse con los vicios de las turbas, ni contagiarse con el humano consorcio, quien santifica y aquilata cuanto hay de impuro. Y, sin embargo, dice el Evangelio, "subió al monte a solas para orar".

MARTES II DE CUARESMA

De las Colaciones de Juan Casiano

Cuando le ofrecemos a Dios una oración perfecta, alejados del bullicio del mundo, veremos cumplirse perfectamente la petición del Salvador a su Padre: "Que el amor que me tenías esté en ellos, como yo también estoy en ellos, y ellos en nosotros". "Que todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti; que ellos también lo sean en nosotros". Nuestra fe nos anticipa que esa oración del Señor no será vana. La perfecta dilección por la cual Dios nos amó el primero, llenará nuestro corazón. En nosotros no habrá más amor, deseo, afán, esfuerzo, ni más pensamiento, vida, palabra, ni respiración que no sea para el mismo Dios. La unidad que existe entre el Padre y el Hijo y entre el Hijo y el Padre, se nos comunicará en lo más íntimo del alma; y del mismo modo que Dios nos ama con una caridad verdadera y pura en la que no cabe defección, también nosotros le estaremos unidos por un amor indisoluble: de tal suerte que todo cuanto esperamos, entendemos, hablamos, sólo será Dios.

Tal debe ser el ideal del solitario; con todas sus energías debe aspirar desde esta vida a merecer la futura bienaventuranza, a pregonar en su vida corporal un anticipo de la vida y de la gloria celeste. Éste es el fin de toda perfección: que el alma, libre de todo lastre de la carne, se desprege de las cosas visibles, y vuele hacia las alturas del espíritu, hasta que toda su vida y los movimientos todos de su corazón formen una única e ininterrumpida oración.

El que asiduamente se alimenta de la Escritura, penetra en el íntimo sentido de los salmos, y los recita, no como compuestos por el Profeta, sino como si fuera él mismo su autor, a saber, como si se tratara de una plegaria personal que brota de la más honda compunción, o como escritos adrede para él; y comprende que los sentimientos que contienen no se realizaron sólo antaño en la persona del Profeta, sino que se cumplen en él todos los días.

En realidad, las divinas Escrituras se nos hacen más asequibles así, y aparece en cierto modo su corazón y su meollo, cuando por nuestra experiencia prevenimos su sentido; entonces lo que nos revela las verdades que contienen, no es la exégesis, sino la vida. Penetrados de los mismos sentimientos en los que el salmista compuso o cantó el salmo, venimos a ser, por decirlo así, los autores; nos anticipamos al pensamiento más bien que lo seguimos; captamos el sentido antes

de conocer la letra. Las palabras santas evocan en nosotros recuerdos de cosas vividas: los asaltos diarios que hemos soportado o todavía soportamos, nuestros fracasos y negligencias, las conquistas de nuestro fervor, los beneficios de la divina Providencia. Todos estos sentimientos los encontramos expresados en los salmos.

MIÉRCOLES II DE CUARESMA

De las Colaciones de Juan Casiano

Encontramos expresados en los salmos los sentimientos de nuestra alma; pero por haberlos vivido antes, tenemos una inteligencia mucho más profunda de ellos, hasta ver lo que se nos dice en nosotros como en un limpio espejo. Instruidos por lo que nosotros mismos sentimos, no los percibimos como cosa oída, sino experimentada y tocada por nuestras manos. Más que cual palabras recitadas de memoria, como si fueran sentimientos que forman parte de nuestro ser, como algo que nace del fondo de nuestro corazón; no en el sentido de palabras dichas, sino como propia experiencia de nuestra vida. Por esta senda, nuestra alma llegará a la pureza de la oración, la cual no queda entorpecida por imagen alguna, ni se sirve de frases o voces articuladas, sino que brota en un arranque de fuego que sale del corazón, transporte inefable, impetuosidad del espíritu. Arrebatada de los sentidos y de todo lo visible, el alma se engolfa en Dios con gemidos y suspiros que no se pueden expresar.

La meditación continua de la Sagrada Escritura nos reportará dos frutos principales. El primero, que mientras la atención está ocupada en leer y estudiar, se halla libre de los lazos de los malos pensamientos. El segundo, que después de haber recorrido varias veces ciertos pasajes, nos esforzamos por aprenderlos de memoria, y no habiendo podido antes comprenderlos, por tener como atado nuestro espíritu, luego, libres de los objetos y distracciones que nos solicitaban, los repasamos en silencio, sobre todo durante la noche, y los intuimos más claramente. Tanto que a veces penetramos en sus sentidos más ocultos, y lo que durante la jornada no lo habíamos podido entender sino superficialmente, lo captamos de noche, cuando nos hallamos sumergidos en un profundo sueño. A medida que por el estudio de la Escritura se va renovando nuestro espíritu, nos parecerá que el texto sagrado cambia de aspecto. Se nos comunica una comprensión más honda y misteriosa, cuya belleza se acrece según progresamos. Y es que la palabra divina se amolda a la capacidad de la mente humana: terrestre para los hombres carnales, divina para los espirituales; y los que la veían antes como envuelta en espesas tinieblas, son ahora incapaces de sondear su profundidad o sostener su fulgor.

JUEVES II DE CUARESMA

De las Colaciones de Juan Casiano

Aunque la Escritura exponga repetidamente las mismas verdades, jamás debe un alma sedienta de la verdadera ciencia mostrar hastío o aversión. Ha de acogerlas como siempre nuevas y apetecibles. Cuanto más a menudo se alimente de ellas, más ávido estará de oírlas o de hablar de ellas. Su misma repetición confirmará el conocimiento que de ellas posee, en lugar de serle motivo de disgusto. Si recoge la doctrina con presteza y la deposita con esmero en el santuario de su alma, guarecida por el silencio, ocurrirá en ella lo que con los vinos olorosos y suaves que alegran el corazón del hombre. Como la vejez da calidad al licor, así la reflexión y la longanimidad de la paciencia maduran la sabiduría, que asomará a tus labios como salida del vaso de tu corazón, exhalando fragancias de vida; fuente siempre manante de aguas bienhechoras, acrecidas por los canales de las virtudes, irán desbordándose del fondo de tu corazón como de un secreto abismo. Sucederá en ti lo que dicen los Proverbios: "Bebe el agua de tu cisterna, y de la fuente de tus pozos. Que se derramen las aguas de tu fuente, y se desborden por las plazas".

Del que vive al aire libre, atraído por lo que se ofrece a su vista, es de temer que sus pensamientos se dispersen divididos entre múltiples objetos; la orientación de su alma hacia el único fin, enfoque tan sutil, quedará sin efecto entre pensamientos tan dispares. Por solícito y vigilante que sea, es imposible evitar esta disipación e incluso darse cuenta de ella, a no ser que permanezca recluido en cuerpo y alma dentro de los muros de su celda. Me imagino a un egregio pescador que buscara su alimento según el método aprendido de los apóstoles. Atento y quedo, bucea en la más honda intimidad de su corazón y ve que sus pensamientos nadan en tropel. Como desde un saliente escollo, lanza hasta el fondo su mirada, y discierne los pensamientos que debe atraer hacia sí, y los que debe desechar como peces malos y nocivos. Es menester que el monje fije sin cesar su atención en un único objetivo, hacia el cual deberán converger todos los pensamientos que surgen o bullen en su espíritu: el recuerdo de Dios. Supongamos que uno deseara construir en el espacio la bóveda de un ábside: debe trazar toda la circunferencia a partir de un punto clave, el centro, y calcular, según esta norma infalible, la exacta curvatura y el diseño de la estructura. Así sucede en nuestra alma. El monje debe hacer del amor del Señor el centro

inconmovible, que aúne en un solo haz todo su obrar. Si no encauza sus pensamientos o no los rechaza, procediendo al compás preciso de la caridad, no logrará llevar nunca a término el edificio espiritual, cuyo arquitecto es San Pablo; le pasará inadvertida la belleza de este templo interior...

VIERNES II DE CUARESMA

Historia de los monjes Siríacos, de Teodoreto de Ciro

Santiago escogió como morada las cimas de las montañas. Pasaba la primavera, el verano y el otoño en el bosque, sin otro techo que el cielo; cuando llegaba el invierno se albergaba en una cueva. Se alimentaba de los productos naturales de la tierra; recogiendo frutas silvestres y plantas más o menos parecidas a las hortalizas, comía únicamente lo necesario para poder subsistir. En cuanto al fuego, no lo encendía jamás; la lana le parecía un lujo; no tenía más que una túnica y un manto rudimentarios, tejidos de áspero pelo de cabra. De esta manera, al domar su cuerpo, iba nutriendo continuamente su alma con un alimento celestial. El ápice de su espíritu se iba haciendo más puro, más penetrante. El Espíritu divino era para él como un espejo tan límpido y luminoso que en él podía, en cierto modo, según el dicho del Apóstol, mirarse claramente y transformarse en su imagen, llevado por el poder del Espíritu de gloria en gloria.

San Julián Saba penetró en el desierto donde encontró una cueva natural, que carecía de toda comodidad y belleza, pero que le podía prestar un poco de abrigo. Resolvió satisfecho hacerla su vivienda, y le parecía más espléndida que un palacio adornado de oro y azur. Así alojado, comía solamente una vez por semana pan de borona y sal. Su bebida era más agradable: agua corriente de una fuente; pero no bebía hasta saciarse, sino según lo pedía la necesidad y en proporción de lo que comía. Sus delicias y su festín consistían en cantar los salmos de David y conversar continuamente con Dios. Esto era para él un gozo continuo, del que nunca podía hartarse. Cantaba sin cesar: "¡Cuán dulces son a mi paladar tus oráculos, más que la miel a mi boca!" (Sal 118, 103). Al recitar los salmos se inflamaba con tal ardor que estaba como fuera de sí y sin ojos para todo lo creado, fijo su espíritu, día y noche, en el único Objeto de su deseo.

SÁBADO II DE CUARESMA

Sentencias de los Padres del desierto.

El abad Antonio dijo: "Como los peces que se sacan del agua mueren, así también los monjes que vagan fuera de la celda, o gastan el tiempo con la gente del mundo, pierden la vitalidad de su vocación solitaria. Es necesario que el pez vuelva lo antes posible al mar, y nosotros a nuestra celda. Si no, deteniéndonos en lo exterior, olvidaremos la guarda de lo interior". El abad Antonio dijo también: "El que se ejercita en la soledad en la quietud contemplativa, está libre de tres clases de lucha: la del oído, la de la palabra y la de la vista. Sólo le queda un género de combate: el del corazón".

El abad Macario, al final de la sinaxis, decía a los hermanos: "¡Huid, hermanos!" Uno de ellos le preguntó: ¿A dónde podemos huir más lejos que esta soledad? Y el abad puso un dedo ante su boca, diciendo: "De aquí es de donde hay que huir". Y él mismo entraba en su celda, cerraba la puerta y se quedaba solo.

Le preguntaron al abad Agatón: "Padre, en la vida religiosa, ¿cuál es la virtud que más trabajo cuesta?" -"Perdonadme, -contestó- pero a mi parecer nada requiere tanto esfuerzo como orar. En todos los demás trabajos ascéticos que emprende el monje, aunque se necesita mucho fervor y constancia, por fin se consigue algún descanso; pero la oración exige un penoso combate hasta el último aliento".

El abad Hiperequio dijo: "El monje que no domina su lengua en el tiempo de la cólera, tampoco dominará las pasiones carnales, llegado el momento. -El monje no dirá palabra mala alguna, pues la vid no produce espinas. -La serpiente con su murmuración arrojó a Eva del paraíso; el monje que habla contra su prójimo se le parece, pierde el alma de su oyente y cierto no salva la suya. -Mejor es comer carne y beber vino, que comer la carne de sus hermanos denigrándolos".

A un hermano que había pecado, el sacerdote le mandó salir de la iglesia; pero el abad Besarión se levantó, y salió con él, diciendo: "También yo soy pecador".

Un hermano preguntó al abad Pastor: "Cuando estoy en la celda siento que me falta el ánimo, ¿qué debo hacer?" El anciano contestó: "No desprecies a nadie, no hables mal de nadie: entonces Dios te dará la quietud y vivirás en la celda sin turbación". El mismo abad

dijo también: "Uno parece que guarda el silencio, pero en su corazón condena a los demás: esto quiere decir que habla continuamente".

DOMINGO III DE CUARESMA

Homilía de san Atanasio, Obispo y doctor

Cuando el Señor hacía manifiestamente las obras del Padre -pues resucitaba a los muertos, daba vista a los ciegos, hacía andar a los cojos, abría los oídos a los sordos, daba el habla a los mudos, mostraba su poder sobre toda la creación imperando a los vientos y caminando sobre las olas del mar-, las muchedumbres quedaban pasmadas de admiración y glorificaban a Dios; en cambio, aquellos insensatos fariseos atribuían esos portentos a Belzebú, y no se avergonzaban de transferir al diablo la omnipotencia de Dios. Con razón, pues, les echa en cara su blasfemia el Salvador, añadiendo que no les sería perdonada. En tanto que, al considerar en él solamente la parte humana, los hombres tenían una opinión equivocada a su respecto, preguntando: "¿No es éste, acaso, el hijo del carpintero?" o "¿Cómo conoce las Escrituras si no tiene letras?" o "¿Qué signos haces tú para acreditarte?" o "Que descienda de la cruz y creeremos en él", él los aguantaba; y cuando pecaban contra el Hijo del hombre, él se afligía de la dureza de su corazón y decía: "¡Si al menos tú comprendieras en este día lo que conduce a la paz!"

De la misma manera, a san Pedro, quien al oír a la portera hablar de Jesús como si no fuera más que un hombre, contestó él en el mismo tono, el Señor lo perdonó en cuanto vertió unas lágrimas. Mas cuando los fariseos cayeron más abajo, y llevaron su demencia hasta el punto de atribuir al diablo las obras de Dios, dejó de aguantarlos. Blasfemaban, en efecto, contra su Espíritu al decir que quien hacía aquellos milagros no era Dios sino Belzebú, razón por la cual los condenó a un castigo eterno como reos de una audacia intolerable. Pues era como si, al considerar el orden del universo y la providencia que lo gobierna, hubiesen concluido que también el mundo había sido creado por Belzebú, que el sol salía por mandato del diablo y que por causa de éste se movían los astros del cielo.

Dos cosas quedan claras: quien considera al Señor hablando de lo que le concierne, y, no viendo en él más que su lado corporal se pregunta con incredulidad: "¿De dónde le viene a éste esa sabiduría?", peca y blasfema contra el Hijo del hombre, no cabe duda; mas quien, viendo las obras del Espíritu Santo declara que quien tales obras hace no es Dios ni Hijo de Dios, y atribuye las mismas a Belzebú, comete ciertamente una blasfemia negando su divinidad. En efecto, al llamarse "Hijo del hombre", el Señor indica

el lado carnal y humano de su ser, para, al decir "el Espíritu", manifestar que el Espíritu Santo, en quien hace todas las cosas, le pertenece. De ahí que al realizar sus obras dijera: "Si hago las obras de mi Padre, aunque no me creáis a mí, creed a las obras, para que comprendáis y sepáis que el Padre está en mí y yo en el Padre". Y, a punto de ofrecerse corporalmente por nosotros, habiendo subido para eso mismo a Jerusalén, decía él a sus discípulos: "Ya podéis dormir y descansar. Mirad, está cerca la hora y el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores".

Sus obras reclamaban que los testigos de las mismas lo tuvieran por verdadero Dios, y la muerte hacía patente que poseía un verdadero cuerpo mortal. Por eso decía que era entregado e! Hijo del hombre, pues el Verbo, inmortal e intangible, es la vida por esencia. Los fariseos, en cambio, no creían en las obras del Señor, ni querían considerar las de sus propios hijos. Por eso el Señor los increpaba, sin perder su mansedumbre: "Vosotros decís que yo echo los demonios con el poder de Belzebú; y vuestros hijos, ¿por arte de quién los echan? Por eso, ellos mismos serán vuestros jueces. Pero si yo echo los demonios con el Espíritu de Dios, entonces es que el Reino de Dios ha llegado a vosotros". En este paso dice "por el Espíritu de Dios", no que fuera él inferior al Espíritu, ni que fuera el Espíritu quien hiciese esas obras en él, sino para manifestar repetidamente que es él, Verbo de Dios, quien por el Espíritu hace todas esas obras, y para dar a entender a sus oyentes que al atribuir a Belzebú las obras del Espíritu, ultrajaban a quien otorga el Espíritu.

LUNES III DE CUARESMA

Sentencias de los Padres del desierto

Le fue preguntado a un anciano: "¿Cómo un hermano fervoroso no puede dejar de turbarse cuando ve que algunos de sus colegas retornan al mundo?" El anciano respondió: "Fijaos en los perros que cazan liebres; si uno ve una liebre, la persigue sin parar por ningún motivo, hasta que la captura. Los demás que lo ven lanzado a la persecución, corren con él durante algún tiempo, pero luego lo abandonan cansados. Sólo el que vio la liebre la persigue hasta alcanzarla, sin desistir de su intento porque sus compañeros vuelven atrás, y sin cuidarse de barrancos, piedras o zarzas. Igual sucede con quien busca a Cristo por Maestro: fijos los ojos en la Cruz, supera todo motivo de desaliento hasta llegar al Crucificado".

Un monje interrogó a un anciano: "Padre, no me comporto como monje; como, bebo y duermo sin cuidado, me perturban malos pensamientos, paso de idea a idea y de un trabajo a otro... ¿qué he de hacer?" El anciano le contestó: "Permanece quieto en tu celda, y haz con paz lo que puedas. Lo poco que haces, a mi parecer tiene tanto valor como los muchos y sublimes hechos del abad Antonio en el yermo. Si perseveras en tu celda por el nombre de Dios vigilando tu conciencia, también tú te encontrarás donde se encuentra el abad Antonio.

Otro hermano comunicó al padre anciano que había decidido abandonar el monasterio. El anciano le dijo: "Ve, estate en tu celda; dale a sus paredes tu cuerpo como prenda, y no salgas de ella. Que la imaginación divague, si quiere, pero no consientas que tu cuerpo salga de la celda".

Un hermano pasó nueve años luchando contra el pensamiento de abandonar el monasterio. Cada día preparaba su manto para marcharse; por la tarde se decía a sí mismo: Mañana me marchó. Pero por la mañana decía a su pensamiento: Intentemos estar todavía hoy por amor del Señor. Pasados nueve años luchando día tras día de este modo, Dios le quitó toda tentación, y encontró la paz.

MARTES III DE CUARESMA

Conversación con un Padre del desierto

¿Puede nuestra mente contemplar sin interrupción? Si no sin interrupción, al menos cuando sus pensamientos la abrumen, debe refugiarse en Dios sin tardanza. Si tu espíritu llega en este punto a la perfección, más fácil será mover una montaña que hacerlo descaecer. Un preso encarcelado en oscuro calabozo, al ser puesto en libertad y ver la luz, no quiere volver a acordarse de la oscuridad. Lo mismo sucede al pensamiento cuando comienza a ver la luz que tiene en sí.

Padre, ¿cómo se puede orar sin cesar? Porque la mente se cansa en el servicio divino.

Esa oración de la que se trata (1Ts 5, 17), no consiste en orar en un momento determinado, sino siempre.

¿Cómo, siempre?

Ya sea que comas, ya sea que bebas, ya sea que camines, o hagas cualquier trabajo, no dejes la oración.

¿Con qué plegaria debemos orar?

Padre nuestro que estás en los cielos, etcétera.

¿Qué medida debemos guardar en la oración?

Ninguna medida está indicada; porque al decir "orad en todo tiempo y sin desfallecer", no hay medida alguna. El monje que ora solamente cuando permanece en pie en oración, no ora en absoluto.

El mismo anciano añadía: "El monje que quiere cumplir este precepto, debe considerar a todos los hombres como uno solo, y abstenerse de la maledicencia.

MIÉRCOLES III DE CUARESMA

Enseñanzas del abad Sisoos

Un hermano preguntó al abad Sisoos: "Me doy cuenta de que el recuerdo de Dios permanece en mí, ¿qué te parece?" El anciano repuso: "No es gran cosa pensar que estás con Dios; pero, en cambio, sí es cosa grande que te consideres inferior a toda criatura. Eso unido a la disciplina corporal, conduce a la humildad".

Unos seglares vinieron a ver al abad. Hablaban mucho, pero él guardaba silencio. Después de algún tiempo, uno de ellos dijo: "¿Por qué cansas al anciano? Como no come, no puede hablar". El anciano respondió: "Sí por cierto, cuando la necesidad sobreviene, como".

Sisoos dijo también: «Busca a Dios y no busques en qué lugar está. El gran medio para encontrarlo es callar y ser humilde. Porque escrito está: "Bienaventurados los que con Él moran". De esta manera podrás conseguirlo». Y también: "Consigue ser menospreciado, desecha tu voluntad y pierde toda inquietud; entonces encontrarás la verdadera paz".

Amón fue un día a ver al abad Sisoos en Clysma, y lo encontró afligido por haber dejado el desierto. Le dijo: "¿Por qué te apenas, Padre? ¿Qué podías hacer ya en el desierto, siendo tan viejo?" El anciano lo miró fijamente y replicó: "¿Qué me dices, Amón? ¿No me bastaba en el desierto mi libertad de pensamiento?"

JUEVES III DE CUARESMA

Enseñanzas del abad Poimén

La victoria sobre toda pena que te sobrevenga es el silencio. Y también: Está escrito: "Como el ciervo anhela las corrientes de las aguas, así te anhela mi alma, oh Dios..." Porque los monjes, retirados al desierto, son abrasados por la ponzoña del demonio, anhelan el sábado y el domingo para llegarse a las corrientes de las aguas, es decir, al Cuerpo y a la Sangre del Señor, y purificarse de la amargura instilada en ellos por Satán.

Se decía del abad Poimén que cada vez que se preparaba para ir a la sinaxis, se sentaba aparte, examinando sus pensamientos durante una hora. Entonces salía.

Dijo también: Aun cuando el hombre hiciese un cielo nuevo y una tierra nueva, no encontraría el medio de librarse de cuidados. Y: La voluntad del hombre es un muro de bronce entre Dios y él, una roca que se opone. Si el hombre renuncia a ella, entonces puede decir: "Con mi Dios escalo la muralla" (Sal 17). No seas para ti mismo tu propia medida, sino vive en compañía de un hombre de bien.

Isaac contaba: Estaba un día en la celda del abad Poimén, y lo vi en éxtasis. Como tenía mucha confianza con él, postrándome le supliqué: Dime, ¿dónde estabas? Él, muy a la fuerza, me respondió: "Mi pensamiento se encontraba allí donde está Santa María, la Madre de Dios, llorando sobre la cruz del Salvador; y, por mi parte, querría llorar así todo el tiempo".

VIERNES III DE CUARESMA

Del Tratado de la oración, de Evagrio Póntico

La oración es un trato entre Dios y nuestro espíritu. ¿Cómo tendrá que estar el espíritu para dirigirse a Dios sin rodeos, para ir a su Señor y conversar sin intermediario con Él?

Moisés al querer acercarse a la zarza ardiente, no pudo hacerlo hasta tanto que se quitó el calzado; y tú, que pretendes ver al que está más allá de todo pensamiento, ¿cómo no te desprendes de tus pasiones?

En el tiempo de la oración esfuérate por tener tu espíritu sordo y mudo: entonces podrás orar.

La oración es hija de la dulzura y de la mansedumbre; es fruto de la alegría y el agradecimiento; excluye la tristeza y el desaliento.

Va, vende todos tus bienes, dáselos a los pobres; después toma la cruz y niégate a ti mismo, para que puedas orar sin distracción.

El que ama a Dios vive siempre con Él como con un Padre, despojándose de toda idea de pasión.

El que ora en espíritu y en verdad, no saca de las criaturas las alabanzas que tributa al Creador, sino que de Dios mismo alaba a Dios.

Si aspiras a ver la faz del Padre que está en los cielos, no intentes por nada del mundo percibir imagen alguna en tiempo de oración.

Como la luz que nos muestra todo no necesita otra luz para ser vista, así Dios, que nos lo hace ver todo, no tiene necesidad de luz en la que debemos verlo: porque Él mismo es luz.

SÁBADO III DE CUARESMA

De las homilias atribuidas a san Macario

El cristianismo es nuestra comida y nuestra bebida. Cuando uno lo ha saboreado realmente, su alma se impregna de tal dulzura que siempre desea más; se le hace imposible saturarla o mantenerla en reposo; continuamente busca más, no cesa de tomar este alimento. Es como si a un hombre abrasado de sed se le ofreciese una bebida deliciosa; apenas comienza a beberla y se acerca con ansia a la fuente, se abrasa más que antes. De igual modo, según verídica comparación, el que ha probado el Espíritu de Dios jamás se saciará. No se trata aquí de meras razones, sino de un trabajo que el Espíritu Santo realiza misteriosamente en el alma que alimenta. Algunos creen que basta renunciar al matrimonio y a todo lo sensible para ser santos: es un error. Porque el mal habita en el interior de tu mente; vive y hierve en tu corazón. En verdad es santo quien ha purificado y santificado su hombre interior. Pero hay que saber que en el alma iluminada por un rayo de verdad, todavía queda el error; se esconde, resiste intentando turbarla.

Para ser perfecto no basta abstenerse de las malas acciones; hay que llegar a la zona más secreta de tu espíritu, y matar la serpiente que se esconde en sus profundidades, aún más allá de los pensamientos conscientes, en los repliegues y misteriosos escondrijos del alma, donde se dispone a darte la muerte. El corazón humano es un abismo. Cuando hayas matado esa serpiente es cuando estarás verdaderamente limpio de toda mancha. Toda la vida monástica, toda la Ley, toda la enseñanza apostólica, y aun la venida misma del Salvador, todo tiene por fin la pureza del corazón. Porque todo hombre, sea judío, sea griego, ama la pureza, pero no puede conseguirla. Hay que buscar los caminos y los medios para alcanzar un corazón puro. No existe otro que Cristo crucificado por nosotros. Cristo es el Camino, la Verdad, la Vida; es la Vida; es la Puerta, la Perla preciosa, el Pan vivo venido del cielo. Fuera de esta Verdad, nadie podrá llegar a la verdad y salvarse. ¿Has renunciado a todo según el hombre exterior y abandonado todos los bienes sensibles? Si eres instruido y estás versado en las ciencias del mundo, necesitas dejar todo eso y reputarlo por nada; entonces podrás edificar sobre ese cimiento que es la "locura de la predicación" (1Cor 1, 21), es decir, sobre la verdadera sabiduría que no se adorna con la retórica, pero que contiene en sí la fuerza eficaz de la santa Cruz.

DOMINGO IV DE CUARESMA

Homilía de san Agustín, obispo y doctor

Gran milagro es, amadísimos, hartarse con cinco panes y dos peces cinco mil hombres, y aun sobrar para llenar doce canastos. Gran milagro, a fe; pero el hecho no es tan de admirar si pensamos en el Hacedor. Quien multiplicó los panes entre las manos de los repartidores, ¿no multiplica las semillas que germinan en la tierra y de unos granos llena las trojes? Pero como este portento se renueva todos los años, a nadie lo sorprende; mas no es su insignificancia el motivo de no admirarlo, sino la frecuencia en repetirse. Al hacer estas cosas, hablaba el Señor a los entendimientos, no tanto con palabras como por medio de sus obras. Los cinco panes simbolizaban los cinco libros de la ley de Moisés; porque la ley antigua es, respecto al Evangelio, lo que al trigo la cebada. Hay en estos libros (de la ley) hondos misterios concernientes a Cristo, por lo cual decía Él: "Si creyeráis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él."

Pero, al modo que en la cebada el meollo está debajo de la paja, así está Cristo velado en los misterios de la ley; y a la manera que los misterios de la ley se despliegan al exponerlos, así los panes crecían al partirlos. Volvamos al Hacedor de estas cosas. Él es el pan que bajó del cielo; un pan, sin embargo, que repara sin menguar; se lo puede sumir, se lo puede consumir. Este pan está figurado en el maná; de donde se dijo: "Les dio a comer pan del cielo; el hombre comió pan de ángeles". ¿Quién sino Cristo es el pan del cielo? Mas para que comiera el hombre el pan de los ángeles, el Señor de los ángeles se hizo hombre. Si no se hubiera hecho esto, no tendríamos su carne; y si no tuviéramos su carne, no comeríamos el pan del altar. Y, pues se nos ha dado una prenda tan valiosa, corramos a tomar posesión de nuestra herencia.

Suspiremos, hermanos míos, por vivir con Cristo, pues tenemos en prenda su muerte. ¿Cómo no ha de darnos sus bienes quien ha sufrido nuestros males? En este país, en este siglo perverso, ¿qué abunda, sino el nacer, trabajar, padecer y morir? Tales son los productos de nuestro país; eso es lo que abunda. A proveerse de tales mercancías bajó del cielo el divino Mercader; y porque todo mercader da y recibe: da lo que tiene y recibe lo que no tiene, da el dinero de la compra y recibe lo comprado, también Cristo dio y recibió. Pero ¿qué recibió? Lo que abunda entre nosotros: nacer,

padecer y morir. Y ¿qué dio? Renacer y resucitar y para siempre reinar. ¡Oh Mercader bueno, cómpranos! Mas ¿qué digo cómpranos, si más bien debemos darle gracias por habernos comprado? ¡Y a qué precio! Al precio de esa tu sangre que bebemos... Sí, nos das el precio.

El Evangelio que leemos es el acta de adquisición. Siervos tuyos somos, criaturas tuyas somos, porque nos hiciste y nos redimiste. Un esclavo puede comprarlo cualquiera; lo que no puede es crearlo; el Señor, en cambio, creó y redimió a sus siervos. Por la creación les dio la existencia; por la redención les dio la independencia. Habíamos venido a manos del príncipe de este siglo, el seductor y esclavizador de Adán, principio y origen de nuestra esclavitud; pero vino el Redentor, y fue vencido el seductor. Y ¿qué le hizo el Redentor al esclavizador? Para rescatarnos hizo de la cruz un lazo, donde puso el cebo de su sangre; sangre que pudo el enemigo verter, y no mereció beber. Y porque derramó la sangre de quien nada le debía, fue obligado a devolver a los que debían; por haber derramado la sangre del Inocente, se le obligó a desprenderse de los culpables. El Salvador, en efecto, derramó su sangre para borrar nuestros pecados, y así quedó borrada por la sangre del Redentor la carta de obligación que al diablo nos sujetaba. Porque no estábamos sujetos a él sino por los vínculos de nuestros pecados. Ellos eran las cadenas de nuestra cautividad. Y vino Él y encadenó al fuerte con su pasión, y entró en su casa; es decir, en los corazones donde moraba, y le arrebató sus vasos. Él los había llenado de amargura, y aun se la dio a beber a nuestro Redentor con la hiel; pero al arrebatarle los vasos que el diablo había llenado y apropiárselos, nuestro Señor vertió la amargura y los llenó de dulzura.

LUNES IV DE CUARESMA

De las homilías atribuidas a san Macario

Recibamos a nuestro Dios y Señor, a nuestro verdadero médico; sólo él puede curar nuestras almas penetrando en ellas: porque ha sufrido mucho por nosotros. No para de llamar a la puerta de nuestro corazón; pide que le abramos y lo dejemos entrar para descansar dentro de nosotros. Recibámoslo, lavémosle los pies, sequémoselos y hará en nosotros su morada. Porque ha dicho: "Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguien oye mi voz y me abre la puerta, yo entraré a él" (Ap 3, 20). Para conseguir esto padeció tanto, entregando su propio cuerpo a la muerte, a fin de rescatarnos de la esclavitud; quería poder entrar en nuestra alma y habitar en ella. Por eso a los que el juicio final encuentre situados a la izquierda y que han de ser enviados con el diablo, el Señor les dirá: "Fui peregrino y no me alojasteis; tuve hambre y no me disteis de comer; tuve sed y no me disteis de beber". Pues es en nuestras almas donde encuentra su alimento, su bebida, su vestido, su morada y su descanso. No cesa de llamar, deseoso de entrar en nosotros. Recibámoslo, introduzcámoslo en nuestro interior; Él también es para nosotros alimento y bebida de vida eterna. Y tú, Señor Jesucristo, introdúcenos en esa vida en la que glorificaremos tu nombre con el del Padre y el del Espíritu Santo, por todos los siglos. No hay condición ni costumbre alguna imprescindible para la oración: ni posturas del cuerpo, ni palabras, ni silencio, ni genuflexiones. Pero sí debemos estar vigilantes sobre nuestro corazón, con una lúcida sobriedad, esperando hasta que Dios se presente a visitar nuestra alma y penetrar por todos sus senderos y todos sus umbrales, por todos sus sentidos espirituales. Que nuestra mente se mantenga, ante todo, sólidamente unida a Dios; entonces sabrá cuándo callar, y cuándo dar voces al Señor y orar con clamor. Mientras el cuerpo ejecuta un trabajo, se aplica y se entrega a él por entero; cada miembro acude en ayuda de los demás. De la misma suerte, que el alma se consagre toda ella a elevar al Señor su súplica y su amor, sin distracciones ni divagaciones del pensamiento; que se haga plena espera de Cristo. Pero cuando Dios la vea plenamente recogida en sí misma cuanto puede, en busca de su Señor, y clamando a Él noche y día, según el mandato que dio de orar sin interrupción, entonces, fiel a su promesa, le hará justicia; la purificará de toda maldad que haya en ella, la hará una esposa irreprochable e inmaculada.

MARTES IV DE CUARESMA

De la Escala, de san Juan Clímaco

La paz y soledad corporal está en el conocimiento y regulación de nuestras costumbres e inclinaciones sensibles. La paz del alma es el conocimiento de nuestros pensamientos y una atención que nadie puede violar. El amante de la quietud y soledad (hesicasta) es un espíritu fuerte, inflexible, vigilante, siempre en centinela a las puertas del corazón, y rechazando o exterminando los pensamientos que se llegan a él. El perfecto solitario no tiene necesidad de palabras: las palabras se iluminan por las obras. Al principio de la quietud aparta todo estruendo que perturbe el fondo del corazón; al fin de ella no teme tales desasosiegos, sino que persevera en medio de ellos sin sentirlos. El que progresa, pacífico y manso, es como la morada de toda caridad. Con dificultad se mueve a hablar, y es inaccesible a la cólera. Los defectos contrarios son muy conocidos. El hesicasta se esfuerza por encerrar lo propio de la sustancia incorpórea en la frágil morada del cuerpo: cosa de grande admiración. Yo os he visto que saciaban, sin nunca saciarse, el deseo ardentísimo que tenían de Dios por esta sagrada quietud, acrecentando cada día el fuego al fuego y el deseo al deseo.

Vigila a toda hora a tu compañero y consorte, el cuerpo: sus movimientos y sinuosidades, sus inclinaciones y costumbres, cómo y adónde se orientan. Quien por el Espíritu Santo consiguió la tranquilidad interior, ése solo entiende bien esta vigilancia. El principal negocio de esta quietud solitaria es dar de mano a todas las otras preocupaciones, sean razonables o no. Porque si abres la puerta a las primeras, caerás también en las otras. Lo segundo es una oración incansable. Lo tercero, la actividad en el santuario del corazón, inviolable a los salteadores. Es imposible que quien nunca aprendió letras pueda ejercitarse de modo natural en la lectura; mucho más lo es que el que no se ha despojado de cuidados, pueda tener oración incansable y actuar en su corazón. Un diminuto cabello turba la vista, y un pequeño cuidado mata la quietud. Ésta consiste en deponer sus impresiones y renunciar todo cuidado razonable. Quien alcanzó esta paz, viene a olvidarse de cuidar su cuerpo, porque no miente Aquel que ha prometido cuidarlo.

MIÉRCOLES IV DE CUARESMA

De la Escala, de san Juan Clímaco

En su propia cualidad, la oración es conjunción y unión del hombre y de Dios. En sus efectos es guarda del mundo, reconciliación con Dios; madre e hija de las lágrimas, perdón de los pecados. Puente para superar las tentaciones, antemural contra las tribulaciones, extinción de las guerras interiores; obra de ángeles, mantenimiento de las sustancias incorpóreas. Gusto de anticipada alegría, actividad sin término, venero de virtudes, suministradora de gracias. Progreso invisible, lumbre del entendimiento, amputación de la desesperanza, testimonio de esperanza, ruina de la tristeza. Riqueza de los monjes, tesoro de los solitarios. Disminución de la ira, espejo del aprovechamiento, e indicio de su medida; declaración de nuestro estado, revelación de la vida venidera; significación de la clemencia divina. La oración, para los que en verdad oran, es curia, juicio y tribunal del Señor, anticipados al tribunal futuro y último. Cuando vas a presentarte ante la faz del Señor, que la túnica de tu alma esté entretejida con el olvido de las injurias. De otro modo, nada ganarás con la oración.

No emplees palabras rebuscadas en tu oración; muchas veces los balbuceos infantiles, simples y monótonos, aplacan al Padre que está en los cielos. No te esfuerces por hablar mucho: tu mente se disiparía buscando palabras. Una sola palabra del publicano aplacó a Dios; una sola, dicha con fe, salvó al ladrón. Hablar mucho en la oración llena a menudo la mente de imágenes engañosas y dispersa la atención; pero hablar poco o una sola palabra, ayuda a recoger el corazón. Cuando sientes que una palabra de la oración te llena de suavidad o de compunción, persevera en ella: entonces nuestro custodio ora junto a nosotros. No te confíes por grande que sea tu pureza interior, sino acércate con suma humildad y experimentarás una confianza más profunda. Si te revistes de mansedumbre y te libras de la ira, no tendrás que esforzarte por libertar a tu alma de su cautividad. Mientras no hayamos logrado una manera fija y estable de orar, somos semejantes a los que enseñan a andar a los niños. Trabaja por elevar tu pensamiento, y aun por encerrarlo en las palabras de la plegaria; si cae por debilidad el niño, intenta de nuevo volverlo al camino. Nuestro espíritu es por naturaleza inestable, pero propio es de Dios estabilizarlo todo. Pelea sin cesar, vendrá a ti Aquel que ponga cerco y términos al mar, y le diga: "Hasta aquí llegarás y no pasarás adelante" (Jb 38, 11).

Si te ejercitares con constante ascesis en que tu corazón no divague, aun al sentarte a la mesa para comer lo tendrás contigo; pero si lo dejas vagar libremente y sin freno, nunca podrás permanecer contigo. Aquel gran artífice de sublime y perfecta oración dijo: "Prefiero decir cinco palabras con sentido..." (1Cor 14, 19). Pero esto no lo entienden los niños ni los principiantes; por eso nosotros, monjes imperfectos, oramos buscando la calidad y además la mucha cantidad; por lo segundo caemos en lo primero.

Despégate del amor del mundo y de la corrupción de los placeres, abandona todo cuidado, deja tus pensamientos, renuncia a tu cuerpo. Orar no es otra cosa que alejarse del mundo visible e invisible. Como dice el salmo: "¿Qué hay para mí en el cielo?" Nada, ciertamente. "Y fuera de ti, ¿qué quise yo sobre la tierra?" Nada, sino adherirme a ti en la oración para siempre. La fe es ala de la oración, sin la cual no puede volar al cielo. Los que estamos sujetos a diversas perturbaciones, oremos con instancia al Señor. No digas, habiendo perseverado en la oración, que no aprovechaste nada: ya aprovechaste en estar allí. ¿Qué puede haber más sublime que adherirse al Señor, y perseverar de modo continuo en esta unión con Él?

JUEVES IV DE CUARESMA

De los tratados espirituales de Isaac de Nínive

El que ha encontrado el amor come pan del cielo; se siente mantenido sin esfuerzo ni fatiga. Este Pan es Aquel que descendió del cielo para dar vida al mundo, alimento de los ángeles. Todo aquel que encontró el amor, come perpetuamente a Cristo; en adelante se hace inmortal, porque quienquiera que come de este Pan jamás probará la muerte. Dichoso quien ha tomado el pan del amor, es decir, a Jesucristo. El que se alimenta del amor, de Cristo se nutre, del Dios todopoderoso.

En efecto, Juan nos dice: Dios es amor. Por eso, quien en medio de las criaturas vive con amor, respira el aroma de la Vida de Dios. El aire del mundo resucitado, el aire que los justos han de respirar con delicia, llena ya su pecho. El Señor prometió en figura a sus discípulos que comerían y beberían a su mesa en el Reino. ¿Qué habrán de comer, sino el amor? El amor basta para alimentar al hombre y saciar su sed. Es el vino que alegra el corazón del hombre. ¡Feliz quien lo ha bebido!

Los impuros que bebieron de él, se hicieron castos; los pecadores se apartaron de su mal camino; de él bebieron los ricos, y comenzaron a desear la pobreza; los pobres que lo tomaron, se han hecho ricos de esperanza; los enfermos cobraron fuerza, los insensatos se han vuelto prudentes.

Al tiempo de orar, la mirada se fija por entero en Dios; todas las potencias afectivas tienden hacia Él; le ofrecemos con celo y fervor las súplicas de nuestro corazón. Por ello es comprensible que esta hora en la que el alma tiene un pensamiento único, sea aquélla en la cual el Amor divino se difunde en ella. Ved lo que pasa mientras ofrecemos el sacrificio visible: cada uno permanece allí de pie esperando, y en oración suplicante; y en ese momento, vueltos todos hacia Dios, es cuando el don del Espíritu desciende sobre el pan y el vino puestos sobre el altar.

Igualmente a la hora de la oración fue cuando Zacarías recibió la visita del ángel, que le anunciaba el nacimiento de Juan Bautista. Y cuando San Pedro estaba orando en la azotea, a la hora de sexta, una visión le dio a conocer la admisión de los paganos al Reino. Una vez al año, el Sumo Sacerdote de los judíos penetraba en el Sancta

Sanctorum a la hora temible de la oración, para recibir la revelación de la voluntad de Dios. En este momento, las tribus de los hijos de Israel estaban reunidas en la tienda exterior: perseveraban orando con temor y temblor. Y mientras el Sumo Sacerdote estaba prosternado, se oía la voz divina que salía del propiciatorio: irrevolución terrorífica e indecible, dispensación de un terrible misterio! Todas las revelaciones, todos los encuentros divinos de que se han beneficiado los santos, les fueron concedidos en tiempo de oración.

VIERNES IV DE CUARESMA

De los tratados espirituales de Isaac de Nínive

Sabéis, hermanos míos, que nuestra obligación no se limita a lo que realizamos a vista de los hombres; tenemos que tributar también un culto que escapa a la mirada humana, y que los principiantes y las gentes del mundo no pueden conocer. Tampoco ignoráis que el solitario no es dueño de sí mismo; está sometido a las leyes del Espíritu Santo. La celda del solitario es como el hueco de la roca donde Dios habló a Moisés, como dicen los Padres. Los solitarios que no han afrontado esa forma de culto que consiste en experimentar verdaderamente la soledad, ignoran estas cosas. Desprecian a sus hermanos, los juzgan, querrían ponerlos en todo a su nivel. Sucede a veces que un hermano ha tenido que enfrentarse con la tentación: a poco más emprende la huida. Pero suplica al Señor, rostro en tierra, incapaz de oír voz alguna... Los diferentes estados por los que ha de pasar el solitario, los conoce sólo quien ha atravesado este mar: él sabe los vientos que soplan. A veces las olas se levantan bruscamente sepultando nuestra frágil navecilla en ocultos abismos; esta experiencia poco común sobreviene de improviso cuando Satán nos ataca: la celda se convierte en valle de lágrimas. La soledad es un océano de aspectos indefinidamente cambiantes; ¿quién podrá expresar todo lo que cuesta surcar sus aguas? ¿Quién ha visto las perlas asombrosas que se encuentran en esas profundidades, los extraños animales que de él surgen? Feliz quien se mantenga vigilante toda la travesía, hasta el día en que la muerte lo haga arribar al puerto.

Las tinieblas interiores no deben abatirnos, sobre todo si nosotros no somos su causa. Entonces la divina Providencia las produce por motivos sólo de ella conocidos. Nuestra alma se ahoga en plena tempestad. Intentamos abrir un libro de oración, pero no encontramos más que nuevas tinieblas, y hay que pararse. ¡Cuántas veces no tenemos ánimo ni aun para abrir el libro! Uno en este estado es incapaz de creer que su situación pueda cambiar, y que algún día recobrará la paz. Es una hora llena de temor y desesperanza: la confianza en Dios, los consuelos de la fe han huido del alma, que no halla en sí más que duda y angustia. Pero los que han atravesado esta tempestad saben cómo cambian después las cosas. Dios no deja largo tiempo a un alma en este paroxismo de dolor: quedaría deshecha y perdería toda esperanza cristiana. Poco a poco se sentirá revivir. Escucha mi consejo: en esta prueba, si no

tienes control de tu alma y no puedes ni aun postrarte para orar, envuelve tu cabeza en el manto, y quédate así hasta que pase la hora de la tiniebla. Pero a ningún precio abandones tu celda. Feliz quien pueda quedarse en ella en tales circunstancias. Al término de la tentación desembocará en dilatadas mansiones, como dicen los Padres.

Pasamos sin cesar de un estado a otro: tan pronto en consolación como en desolación. No esperamos aquí abajo la plena liberación, porque Dios ha dispuesto así nuestra existencia terrestre. Resiste toda tu vida: ganarás y perderás alternativamente. En la prueba suplicarás y serás escuchado. Luego Él se alejará más todavía; poco después sentirás tal dolor que creerás llegado el deseado fin; algo más tarde todo desaparecerá. Ése es el camino que te han marcado: no te desanimes.

SÁBADO IV DE CUARESMA

De los tratados espirituales de Isaac de Nínive

Ama el silencio más que cosa alguna: te reportará un fruto que la lengua no puede describir. Al principio nos esforzamos por callar, pero después, de nuestro mismo silencio nace algo en nosotros que nos pide mayor silencio. Que Dios te dé a probar ese algo que nace del silencio. Si te encaminas por esta senda, no sabes qué gran luz nacerá en ti algún día. Después de cierto tiempo, esta práctica produce en el corazón una dulzura que obliga incluso al cuerpo a permanecer silencioso. Muchos monjes corren para hallar a Dios, pero nadie lo encuentra sino el que se mantiene de continuo en silencio. Todo el que multiplica las palabras, aunque diga cosas admirables, sábetete que está vacío por dentro. Si amas la verdad, sé amante del silencio; éste como un sol te iluminará en Dios, y te librerá de las imágenes de la ignorancia espiritual. El silencio te unirá a Dios mismo.

El silencio proviene de un cierto trato divino que existe en nuestro interior y estabiliza al espíritu. La palabra es el instrumento propio del mundo presente; el silencio es el misterio del mundo futuro. Es el que, con la perpetua sobriedad, caracteriza al hombre fiel al culto tributado a Dios siempre en el interior del alma. Por estos misterios se lleva a cabo, en unión con las potestades invisibles, la santa liturgia ofrecida a la Esencia divina, dueña del universo.

Cuando el labrador echa la semilla en la tierra no es el momento para poder ver las espigas. Se siembra con trabajo y fatiga, pero qué agradable, después, comer el pan; el sudor vertido lo endulza más aún. En la soledad estas reflexiones llenarán tu corazón de delicias sin fin; tu espíritu se sentirá pronto transportado a un éxtasis indecible. Dichoso el que se acerca a la fuente y puede beber su agua día y noche. Quien ha llegado a la oración continua, ha alcanzado el término de todas las virtudes; al mismo tiempo ha hallado una morada espiritual. Quien no ha recibido en verdad el don del Paráclito es incapaz de practicar la oración continua en la quietud.

Cuando el Espíritu establece por fin su morada en uno, éste no puede dejar de orar, pues el Espíritu no cesa de orar en él. Ya duerma, ya esté despierto, la oración no se aleja de su alma. Comiendo, bebiendo, entregado al trabajo, sumido en sueño, su alma exhala espontáneamente el aroma de la oración. En adelante

no somete la oración a períodos fijos de tiempo, ora en todo tiempo; aun al tomar su descanso visible, la oración queda en él secretamente asegurada, porque como dijo un hombre revestido de Cristo, "el silencio del impasible es oración". Los pensamientos son mociones divinas, los movimientos del intelecto purificado son voces mudas que en lo secreto salmodian al Invisible.

DOMINGO V DE CUARESMA

Homilía de san Agustín, obispo y doctor

Cristo dice que su Padre es aquel a quien los judíos llaman su Dios, y no lo conocieron, porque si lo hubiesen conocido, hubieran recibido a su Hijo. "Pero yo -dice- lo conozco". A quienes juzgaban por las apariencias de la carne pudo parecer una arrogancia decir: "Yo lo conozco". Pero ved lo que añade: «Y si dijera: "No lo conozco", sería, como vosotros, un embustero». No debe precaverse la arrogancia hasta el punto de rechazar la verdad. "Pero yo lo conozco y guardo su palabra". Como Hijo, decía las palabras de su Padre; y el mismo Verbo del Padre era quien hablaba.

"Abrahán, vuestro padre, saltaba de gozo pensando ver mi día: lo vio, y se llenó de alegría". Magnífico testimonio de Abrahán hace el descendiente de Abrahán, el creador de Abrahán. "Abrahán saltaba de gozo -dice- pensando ver mi día". No lo temió, sino que lo deseó ver. Tenía consigo la caridad, que echa fuera todo temor. No dice que exultó porque lo vio, sino que exultó por verlo. Lleno de fe, exultó esperando, y lo vio con la inteligencia. "Y lo vio". ¿Qué más pudo decir o qué más debió decir nuestro Señor Jesucristo? "Lo vio -dice- y se llenó de alegría". ¿Quién podrá explicar esta alegría, hermanos míos? Si tanto se alegraron aquellos a quienes el Señor abrió los ojos, ¿cuál no sería el gozo de quien veía con los ojos del alma la luz inefable, el Verbo permanente, el resplandor que da luz a las almas pías, la sabiduría indeficiente, el que como Dios permanecía en el Padre y que algún día había de venir en carne, sin abandonar el seno del Padre? Todo esto vio Abrahán.

Al decir "mi día", lo dijo de un modo indefinido, de modo que puede ser el día temporal del Señor, en que había de venir vestido de carne, o el día del Señor, que no tiene orto ni ocaso. Yo tengo por cierto que Abrahán lo sabía todo. ¿Cómo lo puedo averiguar? ¿Deberá sernos suficiente el testimonio de nuestro Señor Jesucristo? Supongamos que no podemos averiguar, porque es difícil, la prueba contundente de que Abrahán exultó por ver el día de Cristo; que lo vio y se llenó de gozo. Si nosotros no podemos dar con esa prueba, ¿acaso la Verdad puede mentir? Creamos a la Verdad y no dudemos de los méritos de Abrahán. Irritados los judíos, respondieron: "No tienes todavía cincuenta años, ¿y has visto a Abrahán?" El Señor contestó: "Os aseguro que antes que naciera Abrahán existo yo". Pesa las palabras y entiende el misterio. "Antes que naciera Abrahán".

Entiende que la palabra "naciera" se refiere a la naturaleza humana; y la Palabra "existió", a la naturaleza divina. "Naciera", porque Abrahán es una criatura. No dijo: "Antes que Abrahán existiese, existía yo", sino: "Antes que Abrahán fuera hecho -que no hubiese sido hecho sino por mí- yo existo".

Tampoco dijo: "Antes que Abrahán fuese hecho, fui hecho yo". Porque "en el principio hizo Dios el cielo y la tierra", pues "en el principio ya existía el Verbo". "Antes que Abrahán fuera hecho, existo yo". Confesad al Creador, no lo confundáis con la criatura. Quien habla era descendiente de Abrahán; pero para que Abrahán fuese creado, existía él antes que Abrahán. Creció el furor de ellos con lo que les parecía una abierta injuria a Abrahán. Les pareció que había dicho una blasfemia cuando dijo: "Antes que Abrahán fuese hecho, existo yo". "Entonces cogieron piedras para tirárselas". Tanta dureza, ¿a quién había de recurrir sino a sus semejantes, las piedras? "Pero Jesús se escondió de ellos". Como un hombre cualquiera, como un siervo, como hecho humilde, como quien había de padecer y morir y nos había de redimir con su Sangre; no como quien es, no como Verbo, que existía en el principio, y Verbo que estaba en Dios. Pues, cuando ellos cogieron piedras para tirárselas, ¿qué mucho que se abriese al punto la tierra y los tragase, y, en lugar de las piedras hallasen el infierno? Poco le costaba a Dios, pero convenía más manifestar la paciencia que el poder. Jesús, pues, "se escondió" para no ser apedreado.

LUNES V DE CUARESMA

De las Centurias de Hesiquio de Batos

La sobriedad es el camino de todas las virtudes y de la fidelidad a los mandatos de Dios. Consiste en la paz del corazón y en una mente libre de toda imaginación. La atención es un corazón en que todo pensamiento está aquietado, de modo que sólo respira y de continuo invoca a Cristo Jesús, Hijo de Dios. Una primera forma de sobriedad consiste en vigilar estrechamente la imaginación y sus sugerencias. La segunda, en conservar el corazón libre de todo pensamiento en el silencio y la más profunda paz, y en orar. La tercera, en pedir ayuda a Jesús sin cesar con humildad.

Cuanto más abundante cae la lluvia, más ablanda la tierra. Cuanto más invoquemos el nombre de Cristo, fuera de todo pensamiento, más ablandará la tierra de nuestro corazón y la llenará de gozo y alegría.

La luz bienaventurada de la deidad ilumina al que se despoja del todo de las representaciones de las cosas. Ese espíritu se halla en su estado natural, preparado para cualquier contemplación espiritual y agradable a Dios.

Del que mira al sol necesariamente irradian los ojos. De igual modo, quien no cesa de ahondar en las profundidades del corazón tendrá que ser iluminado. La prudente práctica de la quietud de corazón descubrirá la visión de un abismo que causa vértigo.

MARTES V DE CUARESMA

De las Sentencias de Elías Ecdicos (siglo X aprox.)

La operación del espíritu puede realizarse aun sin intervenir el cuerpo. Feliz quien aprecia más las obras espirituales que las materiales. Mediante las primeras suple lo que pueda faltar a las segundas, si sabe vivir vida de oración, oculta a todos y conocida de Dios.

La ley de la oración se impone a los principiantes como un severo maestro; pero para los que progresan es como el deseo que arrastra al hambriento a saciarse plenamente.

Más fácil es detener el curso de un río y hacerlo retroceder que dominar el ímpetu de nuestro espíritu a dispersarse por las cosas visibles, y traerlo en tiempo de oración hacia las realidades de lo alto con las que está emparentado. No obstante, lo primero es contra natura, pero lo segundo es conforme a la naturaleza.

El sol sensible no derrama sus rayos en un aposento cerrado. Pero el Sol invisible no toca al alma con sus rayos, si ella no tiene los sentidos cerrados a las impresiones exteriores.

Dichosa el alma que esperando para hoy mismo la llegada de su Señor, reputa por nada todo el trabajo de la jornada, y por nada el trabajo de la noche, pues sabe que, con los primeros rayos de la aurora, el Señor se le ha de manifestar.

MIÉRCOLES V DE CUARESMA

De las Conferencias de Juan Casiano

El aprendizaje de la ciencia espiritual de la oración perpetua, puede compararse al de los niños, que para empezar a leer, para conocer los rasgos y figuras de las letras y poder escribirlas, han de tener a la vista muestras o pautas, donde estén bien dibujados esos caracteres que han de conocer y reproducir luego. Poniendo vosotros los ojos con tesón y firmeza en esa pauta o fórmula de oración, no sólo trataréis de ejercitaros continuamente en ella, pues al fin, con el tiempo y el uso, podréis llegar a los más altos grados que de tal ejercicio se conocen. He aquí la fórmula esencial que necesitáis y buscáis. Todo religioso que aspira a tener siempre presente la memoria de Dios, debe desterrar, debe estar libre de la variedad de pensamientos y cuidados temporales. El secreto para llegar a eso, transmitido a pocos por los antiguos Padres, sólo conviene y suele enseñarse a los pocos que de corazón lo desean.

Para conservar perpetuamente la memoria de Dios, usaréis día y noche esta fórmula de devoción: "Deus in adiutorium meum intende. Domine, ad adiuvandam me festina" (Dios mío, ven en mi ayuda. Señor, date prisa en socorrerme). Muy oportunamente se ha escogido este verso entre todos los demás de la Sagrada Escritura para dar principio a todas las Horas canónicas, y aun a todas las buenas obras, pues dicho con sincera devoción y eficacia, remedia todos los defectos, comprende en resumen todos los bienes, se acomoda a todos los estados, y es eficaz antídoto en todos los peligros y tentaciones. Contiene la invocación de Dios contra todas las dificultades, tiene humildad de confesión pía, vigilancia de solicitud, temor perpetuo de Dios, consideración de la propia fragilidad, esperanza de ser oído, confianza perenne en la asistencia, auxilio y favor de Dios. Al invocar de continuo al divino Protector, está siempre seguro de su ayuda. Contiene, además, el sobredicho verso, amor y ardor de caridad, advertencia de las persecuciones y traiciones de los enemigos, que día y noche lo cercan, y de los cuales no se verá libre sin el amparo de su defensor.

Sirve este lugar de la Escritura de recio muro, coselete impenetrable y escudo protector contra todos los asaltos del diablo. Cuando la pereza, la aflicción de espíritu, o cualquier mal pensamiento nos abate, nos reanima este versículo con la confianza de nuestra salud, al invocar de continuo en nuestra pelea al divino Defensor, que tan

cerca de nosotros está. Si con ocasión de los buenos sucesos espirituales, la interior alegría de la prosperidad nos incita a envanecernos, este texto nos da a entender que, sin el favor divino, no podremos gozar de ella; pues confesamos no sólo la necesidad que tenemos de que nos oiga y ayude siempre, sino también que lo haga pronto. Quien así implora la ayuda de Dios siempre y en todas las cosas, es porque confiesa que la necesita, no sólo en las tristes y adversas, sino aun en las alegres y prósperas, para que lo libre de aquéllas y lo conserve en éstas, sabiendo ciertamente que la fragilidad humana en ninguna cosa tiene constancia sin que Dios se la dé.

Distraído por mil errantes y volanderos pensamientos, es imposible recoger mi espíritu en la oración; el campo mental, la imaginación y la memoria son como un hervidero de fantasmas y figuras, palabras y sucesos inútiles, y sobre esto, mi corazón helado y estéril se siente incapaz de todo devoto sentimiento: para librarme de tal decaimiento e impotencia espiritual, de que no puedo escapar con todos mis esfuerzos y gemidos, es forzoso decir: *Deus, in adiutorium meum intende...* Dios mío, ven en mi ayuda... Conozco que, por el favor y gracia del Espíritu Santo, poseo tranquilidad de espíritu, constancia en los buenos pensamientos, alegría de corazón, inefable gozo en Dios, abundancia de los más puros afectos, revelación de cosas ocultas, de verdades altísimas, graciosamente alcanzadas por súbita ilustración divina: para continuar con tan dichoso estado debo decir con frecuencia y muy de corazón: Dios mío, ven en mi ayuda...

JUEVES V DE CUARESMA

De un sermón de Isaac de Nínive

La compunción es la congoja continua del corazón que medita sobre la cuestión insoluble: ¿cómo llegaré a entrar en el Reino inefable? Si quieres tener compunción, ama la soledad, pues sólo en ésta se granjea aquélla. Si alguien lo niega, no discutas con él, pues no sabe lo que dice. Si supiera lo que es compunción, sabría también que la soledad es su morada predilecta; sabría que la soledad resguarda de las ocasiones de turbación. Tú que amas la soledad, madre de la compunción, acepta con alegría los trabajos corporales y las censuras que ella pueda acarrear. Sin esta disposición, no podrás vivir en soledad con libertad de espíritu y sin distracciones. En cambio, si desechas esas dificultades, serás un solitario según el corazón de Dios. Así te molesten, te despojen o se burlen de ti, no permitas, por amor de tu soledad, que nada de ello te turbe. El espíritu de soledad es la espera continua de la muerte. Entrar en soledad sin esa disposición de espíritu o yendo tras otros fines, es exponerse a no poder superar las pruebas a las cuales, por amor a la soledad, debe uno hacer frente. El solitario, en efecto, debe morir por amor a Dios y vivir en Dios. Esto se consigue por la meditación de la muerte y el deseo de Dios; lo cual conduce la mente a la unión divina.

A quien se determina a poner orden en sí mismo y a morar en la soledad; a quien desea emplear su vida en servicio del Señor y en caminar por la senda del desierto, suele ocurrirle lo siguiente. Mientras permanece en la celda según su costumbre y el movimiento de la gracia, de repente su alma se ve sumida en la oscuridad. Negros nubarrones ocultan los rayos del sol y lo privan de todo consuelo espiritual; ya no le llegan los rayos de la gracia, ocultos tras la pantalla de sus emociones. Pierde la fuente íntima de su alegría; su espíritu se ve invadido por extrañas tinieblas. Mas no por eso se turba, ni se acobarda; aguanta con paciencia; lee los escritos de los santos; ora con insistencia y pide socorro a Dios. Entonces, recibe de súbito el socorro solicitado, cuando menos se lo esperaba. Y así como cuando al dispersarse las nubes el sol alegra el paisaje, así también la plegaria disipa y ahuyenta del alma los nubarrones de la sensibilidad; al punto, el espíritu se dilata por los rayos de alegría y consuelo que brotan de él. En todo ello se verá el alma especialmente favorecida por la meditación de la Sagrada Escritura y por las vigili-
as que purifican la mente. Quien maneja constantemente las

Escrituras, verá un día su alma del todo enajenada y arrebatada en Dios por la alegría.

Cuando el alma se purifica de sus pasiones, esta limpieza le granjea la revelación y la visión, en espíritu, de los misterios que ningún ojo vio, oído oyó, ni corazón humano sospechó. Así como el empuje primaveral renueva la tierra, así la gracia renueva el alma pura. La primavera hace que broten en los valles las yemas de las plantas más endebles; calienta la tierra, como si ésta fuera una caldera colocada sobre el fuego, y derramará en torno suyo los tesoros en ella encerrados, a saber, la infinidad de plantas con que el Creador adorna la naturaleza para gozo de todos los seres y para su propia gloria. Así también, la gracia hace que emerja del alma toda la gloria de Dios en ella escondida. El alma ve dicha gloria presente en sí misma y se regocija de su propio esplendor. Descubre tesoros inmensos, inefables, que Dios había encerrado en sus entrañas más profundas y que se hallaban recubiertos por el manto vil de las pasiones y la ignorancia. Mas desgarrado ya el velo de sus aficiones, esos tesoros salen a plena luz. Y así, cautiva del Amor de Dios, el alma vuelve con alegría la espalda a todas las cosas de la tierra.

¿Hacia qué altura conduce el ejercicio ascético, y a qué señal puede cerciorarse el hombre de que ha alcanzado la meta? Esa señal consiste en el don, concedido por Dios, de la oración continua. Recibido dicho don, el hombre llega al término al que iban enderezadas todas las virtudes; en adelante, disfruta ya del lugar de su descanso espiritual. Es imposible al hombre, sin una gracia auténtica del Espíritu Consolador, establecerse en el descanso y en la oración continua. Cuando el Espíritu establece su morada en un hombre, éste no puede ya dejar de orar, pues el Espíritu no cesa de orar en él. Ya duerma, ya vele, la oración brota incesantemente de su alma. Ora coma o beba, ora esté acostado, trabajando o sumido en el sueño, la fragancia de la oración se exhala espontáneamente de su alma. No sólo se enseñoorea él de su oración en los ratos prescritos, sino en todo tiempo. Hasta en el descanso, la oración se eleva calladamente de su alma; "el silencio del hombre sin pasión, en efecto, es una oración", según declaración de un varón revestido de Cristo. Sus ideas son mociones divinas; los más leves movimientos de la mente purificada, son voces mudas que cantan en secreto esta salmodia al Dios invisible.

VIERNES V DE CUARESMA

De un sermón de Isaac de Nínive

Si durante tu vida tan breve, hermano mío, buscas la vida imperecedera, no te adentres en la soledad sin prudente cordura, de suerte que puedas alcanzar efectivamente los bienes a que conduce a los varones sensatos el sendero del desierto. Sopesa las obligaciones de este estado y no te contentes tan sólo ufanándote del nombre de monje. Entra, penetra resueltamente hasta lo más profundo; aprende, aquilata tu experiencia; ejercítate en la maravillosa variedad de ocupaciones liberadoras propias de la soledad. Entonces conocerás con todos los santos, lo alto, lo profundo, lo ancho de esta forma de vida incomparable; es un canje en que se granjean bienes infinitos. No te des descanso antes de haberte ejercitado debidamente en todas las vías de la soledad. Toda empresa humana comienza con la esperanza del lucro a conseguir cuando se haya alcanzado la meta; éste es el fin que incita al hombre cuerdo a echar los fundamentos, y el que enardece el heroísmo para sobrellevar los trabajos de la empresa.

El mirar a la meta vigoriza el ánimo. El fin se enseñorea de nuestra mente como un guardián que fuerza a su prisionero a llevar a cabo la tarea prescrita. Así también, el hombre sensato considera la penosa ascesis de la soledad como la nave que conduce al puerto de los misterios ocultos: desde que se echan los fundamentos hasta el remate del edificio, la mirada del alma debe estar dirigida hacia dicho puerto. El piloto con la mano en el timón, fija sus ojos en las estrellas; de la misma manera, el solitario en sus costosas faenas, guarda la vista interior fija en la meta establecida desde el primer día en que se embarcó, dispuesto a cruzar este mar alborotado. No descansará hasta que haya atinado con la perla preciosa en cuya búsqueda se aventuró por este océano de aguas espantosas. Esta mirada cargada de esperanza, ilumina las austeras obligaciones de su estado, los obstáculos y peligros de su caminar.

El silencio es signo del mundo por venir. La palabra es instrumento de la vida presente. El que ayuna tiende a la semejanza con los seres espirituales. El silencio y el ayuno continuos son la característica del hombre oculto empeñado en el constante servicio de Dios. Por estos misterios se rinde el culto invisible a la Esencia infinita que gobierna el universo entero. Hay hombres a quienes Dios ha marcado con su sello, para que penetren en el seno de los divinos misterios. A unos

confía el gobierno de gentes valerosas; a otros, el poder sobre los elementos, dejando a todos pasmados al ver que las fuerzas de la naturaleza les están sujetas. Otros reciben el don de escudriñar, en vistas del día de la renovación universal, los recónditos secretos del misterioso silencio del Señor del universo.

No convenía que misterios tan profundísimos fuesen revelados a varones saciados, o a espíritus llenos de divagaciones. No convenía que los santos llegaran al encuentro de Dios y a penetrar en sus misterios, sino después de haberse quedado flacos y macilentos por el rigor del hambre, y de haber echado anclas su espíritu en su determinación, y de haberse despojado de todo afán terreno. Después de mucho tiempo de celda y al cabo de duras tareas, de una fidelidad oculta, de una severa vigilancia de los sentidos, el día menos pensado el encanto de la soledad se adueñará de ti; entonces, de tiempo en tiempo, sin causa aparente, la alegría inundará tu alma. Luego, tus ojos se abrirán y descubrirán el poder creador de Dios, la belleza de sus criaturas, según sea el grado de tu pureza. Cuando un alma es arrebatada hasta el éxtasis en esta contemplación, ya no distingue el día de la noche, pues está absorta en la admiración de las gloriosas obras de Dios. Esta contemplación deliciosa la torna insensible a cualquiera otra] }emoción.

SÁBADO V DE CUARESMA

De un sermón de Doroteo de Gaza

En todo lo bueno y malo que nos acontece, debemos mirar al cielo y agradecer a Dios por todo ello, repitiendo siempre con nuestros Padres: "Si nos viene algún bien, nos viene por disposición divina; si algún mal, por causa de nuestros pecados". Efectivamente, todos nuestros trabajos provienen de nuestros pecados. Los santos, cuando sufren, sufren por el nombre de Dios o para que su virtud se manifieste y aproveche a muchos hermanos, o para granjearse mayores recompensas divinas. Mas ¿cómo podríamos nosotros, míseros como somos, decir otro tanto? Cada día pecamos siguiendo nuestras malas pasiones; nos salimos del camino recto, que consiste, según nuestros Padres, en acusarse a sí mismo, y seguimos la vía tortuosa del que acusa a su prójimo. Cada cual, en cualquier coyuntura, echa la culpa al prójimo y le imputa su propia carga.

Por eso no adelantamos, ni somos útiles para nada, y se nos pasa el tiempo maleándonos por nuestros perversos juicios sobre los demás y atormentándonos a nosotros mismos. Cada cual se justifica a sí mismo, y se abandona a la desidia e inobservancia, y queremos pedir cuentas al prójimo respecto de los mandamientos. Y así no adquirimos buenos hábitos, y si recibimos alguna luz, por tenue que fuere, al punto nos levantamos contra el prójimo y murmuramos contra él: "Tenía que hacer esto o lo otro, ¿por qué no lo hace?" Lo que deberíamos hacer es exigirnos cuentas a nosotros mismos acerca de los mandamientos, y avergonzarnos de no cumplirlos.

¿Dónde hallar uno que, como aquel anciano a quien, habiéndole preguntado alguien: "¿Padre, qué cosa te parece mejor en nuestra vida?", y habiendo contestado él que "confesar su propia culpa en todo", fue alabado por el preguntante, quien añadió: "No hay otro camino"? Asimismo el abad Poimen decía gimiendo: "En esta casa han entrado todas las virtudes menos una, y sin ésta apenas puede quedar el hombre en pie". Y como le preguntaran cuál era esta virtud, contestó que "confesar su propia culpa". También san Antonio decía que el mayor negocio del hombre es confesar su culpa delante de Dios, y precaverse hasta el último suspiro contra las posibles tentaciones. En todas partes vemos que los Padres, guardando esta regla, y atribuyéndolo todo a Dios, hasta las cosas más pequeñas, hallaron el descanso.

Nosotros, en cambio, en toda ocasión nos lanzamos contra el prójimo, le echamos en cara sus faltas, acusándolo de no tener conciencia o de ir en contra de sus inspiraciones. ¿Oímos una palabrita? Al punto la echamos a mala parte, diciendo: "No la hubiese dicho, de no haber querido molestarte". ¿Dónde está el santo que diga, como el que decía refiriéndose a Semeí: "Dejadlo echar maldiciones; el Señor ha dispuesto que maldiga a David"? ¿Mandaba, acaso, Dios a ese asesino que maldijera a David? Mas el sapientísimo David sabía que nada mueve tanto la misericordia de Dios hacia un alma como los trabajos de ésta, especialmente cuando sobrevienen en épocas de abatimiento y persecución. Por eso respondió: "Dejadlo que maldiga a David. El Señor así lo ha dispuesto". ¿Por qué? "Porque acaso el Señor verá mi humillación y me otorgará sus bienes a trueque de esas maldiciones". Ya veis con qué sabiduría obraba David. Le causaban enfado los que querían castigar a Semeí: "¿Qué tengo que ver con vosotros, hijos de Sarvia? Dejadlo maldecir, pues el Señor así lo ha dispuesto".

Seamos nosotros también caritativos y misericordiosos para con nuestro prójimo, y guardémonos de la tremenda murmuración, falsos juicios y menosprecio. Prestémonos ayuda mutuamente como miembros de un mismo cuerpo. Si tiene uno una llaga en la mano, en el pie o dondequiera que fuere, ¿por ventura se asqueará de sí mismo? ¿Amputa uno el miembro dañado aunque esté gangrenado? No procura, más bien, lavarlo, limpiarlo, curarlo y vendarlo, unirlo con óleo santo, orar por él y pedir oraciones a los santos, como lo dice el abad Zósimo? En suma, no abandona el miembro ni se asquea de su hedor, sino que hace cuanto puede por sanarlo. Así debemos también nosotros compadecernos de los demás; ayudarnos mutuamente, socorrernos unos a otros con la intención y con la obra, pues, según el Apóstol: "Somos miembros los unos de los otros". Y si formamos un solo cuerpo, y si cada miembro está al servicio de los demás, cuando uno sufre, todos los demás sufren con él.

DOMINGO DE RAMOS

Homilía de Proclo, patriarca de Constantinopla

El tiempo presente, amadísimos, tiene una gran exigencia de buena voluntad. Nos pide que seamos diligentes, prontos y valientes para salir al encuentro del Rey celestial. Ésta es la feliz recomendación del Apóstol: "El Señor está cerca. Nada os preocupe". Elevemos nuestras armoniosas voces, con las turbas, a la divina Majestad, para que oiga nuestra oración: "¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor, el que es Rey de Israel!" Bien dice: "el que viene": siempre viene, y nunca está ausente de nosotros. "El Señor está cerca de los que lo invocan, de los que lo invocan de verdad". "Bendito el que viene en nombre del Señor, el que es Rey de Israel" Los acontecimientos de cada día son símbolos; digo símbolos e indicios, argumentos de la marcha del Rey. Los ciudadanos de este mundo, cuando esperan la visita de un rey temporal, allanan los caminos, adornan las calles, embellecen la ciudad, preparan delicadamente las habitaciones que ha de ocupar el rey, desgranán a lo largo de su recorrido mil frases de bienvenida y alabanza. Por todo ello se da a conocer la próxima visita del rey. De forma semejante, pero con un gusto y delicadeza incomparablemente mayor, debemos preparar nosotros los caminos del Señor. Cuanto es más sublime el imperio del Rey celestial, tanto más espléndidamente debe brillar la grandeza de nuestro homenaje.

A nuestras puertas está aquel Rey, manso y humilde, que en los cielos descansa sobre los querubines y en la tierra cabalga sobre el hijo de una pollina. Adornemos nuestras almas con virtudes; arrojemos de ellas toda sombra de odio fraterno; que desaparezca de ellas el más ligero polvo de resentimiento hacia el prójimo; derramemos sin medida el agua de la caridad; arranquemos de raíz toda hinchazón de oculta aversión o enemistad; vigilemos los caminos de nuestra lengua y adornémoslos con las flores de la piedad; levantemos nuestras voces juntamente con la turba y digamos: "¡Bendito el que viene en nombre del Señor, el que es Rey de Israel!" ¿Quién no entonará sus alabanzas? ¿Quién no pregonará de estas turbas que son enemigas de los judíos y amigas de los cristianos? Llamaron al Señor Rey, y, no obstante, nada pudieron descubrir con los ojos corporales digno de tal reino. No vieron carrozas de oro, ni brillantes tiros de blancas mulas, ni ostentación de pompa real con que suelen manifestarse los reyes de la tierra; ni armas, ni escudos, ni banderas, ni ricos vestidos, ni caballos, ni

guardia de montados soldados para escolta real, ni grandioso aparato de elefantes, ni brillante y respetable cuerpo de senadores. Nada de esto vieron los que acompañaban a Jesús, sino todo lo contrario a esto. Ciertamente vieron un vil borriquillo, pequeño, ajeno, sin aparejos, alquilado para ese momento, acompañado de once discípulos solamente, pues Judas ya andaba ocupado en el negocio de la traición.

Sin embargo, contemplando las turbas tan pobre y reducido acompañamiento, como arrebatados al cielo y descubriendo la grandeza de su gloria celestial, mezclados con los coros de los ángeles y tomando prestadas las lenguas de los serafines, cantaban sin cesar: "¡Bendito el que viene en nombre del Señor, el que es Rey de Israel!" Los príncipes de los sacerdotes y los fariseos no podían sufrir las aclamaciones de la turba: "El que es Rey de Israel". Oían lo que no querían admitir. Mientras ellos llamaban demonio al Señor, la turba lo proclamaba Rey: "¡Bendito el que viene en nombre del Señor, el que es Rey de Israel!" ¿Quién sugirió esta palabra a las turbas? ¿quién les inspiró esta alabanza? ¿quién puso en sus manos aquellos ramos de palmas? ¿quién movió a la muchedumbre bajo esta consigna? ¿quién desató en sus lenguas aquella concordia de voces? Sin duda, gracia del cielo: revelación del Espíritu Santo. Por lo cual clamaban con gran libertad: "¡Bendito el que viene en nombre del Señor, el que es Rey de Israel".

He aquí, pues, que los soldados terrestres y las milicias celestes, mortales e inmortales, avanzando unos sobre la tierra y guiando otros los coros del cielo, rechazan a los fariseos y desprecian a los príncipes de los sacerdotes: "¡Bendito el que viene en nombre del Señor, el que es Rey de Israel!" Alababan a Dios con armoniosas voces, llevaron el gozo y la alegría a la creación, consagraron los cielos, hicieron saltar de gozo a los muertos, abrieron las puertas celestiales, inundaron de alegría el paraíso, provocaron una santa rivalidad entre los hombres. Nosotros también, tomando ramos de palmas en las manos, salgamos al encuentro del Señor nuestro y digamos a los príncipes de los sacerdotes: ¿Acaso no sois vosotros los que decís: "No es éste el hijo del carpintero?" Es más aún, es el Dios "fuerte y poderoso". Corred, apresuraos y clamad juntamente con todos al que resucitó a Lázaro: "¡Bendito el que viene en nombre del Señor!" A Él la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

LUNES SANTO

De un sermón de Doroteo de Gaza

¿Qué opináis que son nuestros monasterios? ¿No forman, acaso, un cuerpo único con muchos miembros? Los superiores son la cabeza; los vigilantes y correctores, los ojos; los ministros de la palabra, la boca; los que obedecen, los oídos; los que trabajan, las manos; y los pies, los que transmiten los recados y aseguran los servicios... ¿Eres cabeza? Gobierna. ¿Eres ojo? Estate atento y observa. ¿Eres boca? Habla sensatamente. ¿Eres oído? Obedece. ¿Mano? Trabaja. ¿Pie? Cumple tu servicio. Que cada cual, como pueda, se afane por el cuerpo. Sed solícitos para ayudaros mutuamente, ya sea instruyendo o sembrando la palabra de Dios en el corazón del hermano, ya consolándolo en la aflicción, ya echándole una mano en el trabajo. En suma, procurad, como acabo de decíroslo, vivir unidos mutuamente cuanto os sea posible.

Cuanto más esté uno unido al prójimo, otro tanto lo estará con Dios. Para daros a entender el sentido de esta cláusula, os traigo la comparación siguiente sacada de los Padres. Suponed un círculo trazado en el suelo. Atended a lo que digo. Pensad que dicho círculo es el mundo; el centro, Dios; los radios, los diversos caminos de los hombres y su modo de vivir. Si los santos de la periferia desean acercarse a Dios, cada cual por su radio propio camina hacia el centro, y conforme van penetrando en el interior del círculo, van acercándose más y más a Dios y entre sí. Cuanto más se acercan a Dios, otro tanto se acercan entre sí; y cuanto más se acercan entre sí, otro tanto se acercan a Dios. Y a la inversa, como fácilmente lo entendéis, cuando al alejarse de Dios van hacia la periferia, es evidente que cuanto más se alejan de Dios, otro tanto se alejan los unos de los otros; y cuanto más se alejan los unos de los otros, otro tanto se alejan de Dios. Así es la caridad. Si estamos en la periferia sin amar a Dios, estamos apartados de nuestro prójimo. Si, en cambio, amamos a Dios, cuanto más nos acercamos a él por la caridad para con él, otro tanto nos unimos unos a otros por la caridad para con el prójimo; y cuanto más unidos estamos al prójimo, otro tanto lo estamos a Dios. Que Dios nos dé a entender lo que nos es más provechoso, y nos conceda la gracia de llevarlo a cabo. Pues si procuramos cumplir con esmero aquello que entendemos, el Señor nos favorecerá más y más con su luz y nos dará a conocer su voluntad.

MARTES SANTO

De las Conferencias de Juan Casiano

Nuestro fin, intento o propósito es la vida eterna, según las palabras del Apóstol: "Tenéis puesto el fruto de vuestras obras en la santidad y pureza de conciencia, y vuestro fin es la vida eterna". Como si dijera: Tenéis vuestra mira en la pureza del corazón, y vuestro fin es la vida eterna. Hablando el mismo Apóstol de esta intención y de estos medios en otra parte, la llamó blanco y señal, en esta forma: "Olvidándome de lo que queda atrás y lanzándome hacia lo que está por delante, corro hacia la meta, para ganar el premio, al que Dios desde arriba llama en Cristo Jesús". El texto griego lo expresa más claro: "Con la intención de este blanco, con que me olvido de las cosas pasadas", es a saber, de los vicios del hombre viejo, procuro llegar al fin del premio celestial. Todo lo que nos puede ayudar para llegar a esta pureza de alma, habemos de emprender con muchas veras, y de lo que nos impide esto, huir y guardarnos, como de cosa dañosa. El deseo de esta pureza nos hace sufrir las incomodidades y ejercitarnos en las virtudes. Por su amor, y con el intento de conservarla siempre, hemos dejado los padres, deudos, dignidades, riquezas, deleites y entretenimientos mundanos.

"Podría repartir en limosnas todo lo que tengo y aun dejarme quemar vivo; si no tengo amor, de nada me sirve". De donde con evidencia se deduce que no consiste la perfección solamente en la desnudez y renuncia de todas las riquezas y bienes temporales, y menosprecio de honras y dignidades, si no va acompañada de la caridad, que es lo esencial de la pureza de conciencia. En el mismo lugar refiere el Apóstol las partes de la caridad, pues al decirnos que "el amor es comprensivo, el amor es servicial y no tiene envidia; el amor no presume ni se engríe; no es mal educado ni egoísta; no se irrita, no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. Disculpa sin límites, cree sin límites, espera sin límites, aguanta sin límites", es como si dijera que quien ha de servir a Dios, ha de ofrecerle un corazón perfecto y puro, libre de toda imperfección e inquietud. En cuantas cosas habemos de desear y de hacer, hemos de tener por fin la perfección, quietud y pureza del corazón. Por amor de ésta, habemos de abrazar la soledad, continuar los ayunos, perseverar en las vigilias, sufrir la desnudez y trabajos, ejercitarnos en las santas lecturas y demás virtudes. Tan piadosos ejercicios han de servir de medios para preparar el corazón y

conservarlo puro y limpio de todas las pasiones desordenadas, procurando subir por estos grados a la perfección de la caridad.

No son necesarias tantas cosas, y quizás una basta. "María ha escogido la parte mejor, y no se la quitarán". Ved cómo Cristo, nuestro bien, puso el ejercicio principal en sola la especulativa contemplación de Dios. No hemos de negar que las demás virtudes sean necesarias y útiles; pero hemos de ponerlas en segundo lugar; pues todas éstas se ordenan a aquélla. Diciendo el Señor: "Andas inquieta y nerviosa con tantas cosas; sólo una es necesaria", puso el sumo bien, no en la acción, aunque muy estimable y de gran mérito, sino en la contemplación de las cosas divinas, contemplación que es en verdad simple y pura. Pocas cosas dijo que eran necesarias para la bienaventuranza, que es la divina contemplación que en esta vida alcanzan pocos santos. Si el que va aprovechando procura imitar a esos pocos, con el favor de Dios llegará a aquello que el Señor dijo que es uno, que es su sola contemplación, y aun sobrepujando los merecimientos y ministerios admirables de la vida activa, sólo gustará de la hermosura de la contemplación y conocimiento de Dios.

-¿Quién puede estar en esta vida tan absorto en la virtud de la caridad que, hallándose impedido con la fragilidad de la carne, nunca se le represente la venida, que espera, de un hermano religioso o de otro prójimo, la visita de un enfermo, la obediencia de una obra manual, el modo con que han de recibir a los huéspedes o peregrinos? A más de esto: ¿A quién no distrae el cuidado de acudir a sus necesidades corporales? Deseamos nos enseñes ahora de qué modo podremos ocuparnos siempre en la contemplación de aquel sumo bien y estar unidos continuamente con su santa voluntad. - Muy bien habéis advertido ser imposible a un hombre, metido entre la fragilidad de este cuerpo, estar siempre unido con Dios y dado a su santa contemplación; pero está muy en su lugar que declaremos dónde hemos de tener fija la intención de nuestro corazón, y a qué fin habemos de encaminar los pensamientos y afectos de nuestra alma. Si esto pudiera alcanzarse, muy justo es que nos alegremos, y si no, que suspiremos y entendamos que tantas veces nos apartamos cuantas perdemos de vista aquel fin, y habemos de juzgar por pecado, casi de fornicación o idolatría, el olvidarnos de la contemplación de Cristo y vista sencilla de Dios. Pero dado que en eso tuviéramos descuido, al punto habemos de remediarlo, volviendo los ojos a ese fin, como a una línea recta por donde nos habemos de guiar.

MIÉRCOLES SANTO

De un sermón de Doroteo de Gaza

Si tú tienes el encargo de cuidar de tus hermanos, hazlo con corazón firme, pero con entrañas de misericordia, enseñándoles por las obras y por las palabras lo que es preciso practicar; pero sobretodo por las obras, puesto que los ejemplos son más eficaces que las palabras. Sé su modelo, incluso en los trabajos corporales, si es que puedes; pero si eres débil, muéstrate su modelo por la benignidad de tu ánimo y los frutos del Espíritu Santo enumerados por el Apóstol: caridad, gozo, paz, longanimidad, bondad, fidelidad, mansedumbre y dominio de todas las pasiones. En cuanto a las faltas que puedan cometer, no te irrites más de lo conveniente: muéstrales el mal que de ellas resulta; y, si es necesario hacer alguna advertencia, toma el tono que conviene y espera el momento oportuno. No mires demasiado las pequeñas faltas como juez justiciero, ni hagas reproches continuamente, porque esto es insoportable a la flaqueza humana, y la costumbre terminaría en insensibilidad y en desprecio de tu autoridad. Ni mandes imperiosamente, sino somete el caso al criterio de tu hermano; esta manera de proceder es estimulante, es más persuasiva y procura la paz con el prójimo.

Si algún hermano te resiste y te turbas en ese momento, refrena la lengua para no increparlo con cólera y dejar que tu corazón se excite contra él. Recuerda más bien que él es un hermano, un miembro de Cristo y una imagen de Dios amenazada por el enemigo común. Ten compasión de él, no sea que el demonio se enseñoree de él bajo los golpes de la cólera, y el rencor dé muerte a su alma, por la cual Cristo murió, y perezca por culpa nuestra. Recuerda que también tú estás sometido a los vaivenes de la cólera. Que tu propia flaqueza te vuelva más compasivo con tu hermano. Da gracias a Dios de hallar una ocasión de perdonar, a fin de que tú también obtengas el perdón de Dios por faltas más graves y numerosas. Pues está escrito: "Perdonad y seréis perdonados". ¿Crees que recibirá daño tu hermano por tu paciencia? Precisamente ordena el Apóstol: "Vence al mal a fuerza de bien", y no el mal con el mal. Por otra parte, los Padres dicen: "Si haciendo reproches a tu hermano, te turbas por la cólera, es tu propia pasión la que sacias". Y ningún hombre sensato derriba su propia casa para edificar la ajena.

Si tu turbación persiste, haz violencia a tu corazón, y ora en estos términos: «Oh Dios bondadosísimo, que amas las almas y que en tu

inefable bondad has sacado nuestro ser de la nada para hacernos partícipes de tus bienes, y que por la Sangre Preciosísima de tu Hijo único, nuestro Salvador Jesucristo nos ha segregado del mundo, a nosotros que nos habíamos apartado de tus mandamientos: asístenos ahora en nuestra debilidad e impón silencio a la turbación de nuestro corazón, como en otro tiempo al mar desencadenado. No sea que en un instante quedes privado de tus dos hijos, muertos por el pecado, y que tengas que decirnos: "¿De qué ha servido que vertiese mi Sangre y descendiese a la corrupción del sepulcro?" Y también: "Os lo aseguro: no os conozco", porque estarían nuestras lámparas faltas de aceite.

Apaciguado el corazón por esta oración, puedes en seguida, con prudencia y humildad, según el precepto del Apóstol, "reprende, reprocha, exhorta", y, llenos de compasión, curar y levantar a tu hermano como a un miembro enfermo. Entonces, tu hermano, por su parte, recibirá la corrección con toda confianza, condenando él mismo su dureza. Por tu propia paz habrás pacificado su corazón. Que nada, pues, te aleje de la santa doctrina de Cristo: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón". Porque ante todo es preciso un ánimo tranquilo, de suerte que el corazón no se turbe, incluso por justos motivos o a propósito de un mandato, con la convicción de que cumplimos todos los preceptos por caridad y con pureza de corazón. Tratando así a tu hermano, oirás la voz divina que te dice: "Si separas lo precioso de lo vil, serás como mi boca".

JUEVES SANTO

De una homilía de Doroteo de Gaza

Nada irrita tanto a Dios, y nada envilece tanto al hombre y lo reduce a la miseria espiritual, como el hecho de murmurar del prójimo, de juzgarlo o de despreciarlo. Juzgar y despreciar son cosas más graves que la simple murmuración. Murmurar es, por ejemplo, decir de alguno: ha mentido; o bien: se ha encolerizado; o: ha fornicado, o cualquier otra cosa semejante. En efecto, se murmura, es decir, se habla contra él, se revela su pecado bajo el imperio de la pasión. En cambio, juzgar es decir: fulano es un mentiroso, un colérico, un fornicario. Aquí tenemos que se juzga la disposición misma de su alma, y nos pronunciamos sobre toda su vida, diciendo de él que es así y juzgándolo como tal. Esto es grave. Pues una cosa es decir: ¡se ha encolerizado!; y otra cosa es decir: ¡es un colérico!, pronunciándose así sobre su vida entera. Juzgar sobrepasa en gravedad a cualquier otro pecado, hasta tal punto que Cristo mismo lo anatematiza cuando dice: "Hipócrita, quita primero la viga de tu ojo, y podrás entonces quitar la paja del ojo de tu hermano". Jesús compara la falta del prójimo a una paja, y el juicio a una viga: ¡tan grave es el juzgar!... acaso más grave que cualquier otro pecado.

No hay, pues, hermanos, cosa más grave, nada más molesto, lo repito a menudo, que juzgar o despreciar al prójimo. ¿Por qué no, más bien, juzgarnos a nosotros mismos, juzgar nuestras malas acciones que conocemos bien y de las que deberemos dar cuenta a Dios? ¿Por qué usurpar el juicio de Dios? ¿Por qué queremos exigir algo de su criatura, por qué querer exigir algo del prójimo? ¿Por qué queremos cargar con los fardos de otro? Tenemos mucho, hermanos carísimos, de qué cuidarnos, de qué preocuparnos. Que cada uno piense en sí mismo y en sus propias miserias. Es a Dios sólo a quien pertenece justificar o condenar, a Él, que conoce el estado de cada uno, sus fuerzas, su comportamiento, sus dones, su temperamento, sus particularidades, y juzga según estos elementos, que sólo Él conoce. Dios juzga diferentemente a un Obispo y a un Príncipe, a un maestro y a un discípulo, a un anciano y a un joven, a un enfermo y a un sano. ¿Quién puede conocer todos estos juicios, sino sólo Aquel que ha creado todo, modelado todo y que todo lo sabe?

El hombre no puede, pues, conocer nada de los juicios de Dios. Sólo Dios lo abarca todo, lo comprende todo, sólo Él puede juzgar las cosas de cada uno según su ciencia única. En realidad, puede

sucedier que un hermano haga, con simplicidad de corazón, una acción que agrade a Dios más que toda tu vida; iy tú te estableces su juez, hiriendo tu alma! Si acaso le sucede sucumbir, ¿por dónde podrás saber cuántos combates ha superado y cuántas veces ha vertido su sangre antes que hacer el mal? Quizás su falta le sea computada delante de Dios como obra de justicia; en vista de la pena y tormento padecido antes, Dios se compadece de él y lo perdona plenamente. Dios se ha compadecido de él, iy tú lo condenas con pérdida de tu alma! ¿Cómo podrías conocer todas las lágrimas vertidas por él a causa de su falta, en la presencia de Dios? Tú has visto su pecado; empero, no conoces su arrepentimiento. A veces no solamente juzgamos, sino, lo que es peor, despreciamos. En efecto, una cosa es juzgar, otra cosa despreciar. Hay desprecio cuando no contentos con juzgar al prójimo, lo execramos, o tenemos horror de él como de cosa abominable: lo cual es cosa peor y más funesta.

Hermanos, a veces hacemos la obra del demonio y no nos preocupamos. Pues, ¿qué puede hacer un demonio sino turbar y dañar? He aquí que colaboramos con los demonios para nuestra pérdida y la del prójimo. El que perjudica a un alma, trabaja con los demonios y los ayuda, igual que el que hace el bien trabaja con los Ángeles. ¿De dónde nos viene esta desgracia, sino de nuestra falta de caridad? Si tuviésemos caridad acompañada de compasión y de pena, no nos cuidaríamos de los defectos del prójimo, según esta palabra de la Escritura: "La caridad cubre la multitud de los pecados". Y también: "El amor no lleva cuentas del mal... Disculpa sin límites, cree sin límites, espera sin límites, aguanta sin límites". Si, pues, tuviésemos caridad, la caridad cubriría toda falta, y seríamos como los Santos cuando ven los defectos de los hombres. ¿Son ciegos los Santos cuando no ven los pecados? ¿Quién detesta el pecado más que los Santos? Y, sin embargo, no juzgan al pecador, no lo odian, ni lo huyen. Al contrario, lo compadecen, lo exhortan, lo consuelan, lo cuidan como a un miembro enfermo: hacen todo lo posible para salvarlo.

AÑO B

MIÉRCOLES DE CENIZA

De una homilía de san Pacomio, abad

Guarda con toda diligencia tu cuerpo y tu corazón: busca la paz y la pureza, que están estrechamente ligadas, y verás a Dios. No estés en dificultad con nadie, puesto que el que está en dificultad con su prójimo, está en enemistad con Dios. ¿No has oído ahora que nada hay superior a la paz, con la que cada uno ama a su hermano? Aunque estés libre de todo pecado, si estás enemistado con tu prójimo, estás apartado de Dios, pues está escrito: "Buscad la paz y la pureza", pues están estrechamente ligadas. Y también está escrito: "Aunque tenga una fe capaz de trasladar las montañas, si no tengo caridad, nada me aprovechará".

Si el Señor nos manda amar a nuestros enemigos, bendecir a los que nos maldicen y hacer el bien a los que nos persiguen, ¿en qué peligro no nos encontramos, pues, cuando nos odiamos los unos a los otros, a nuestros miembros-hermanos unidos a nosotros, a los hijos de Dios, a los sarmientos de la verdadera cepa, a las ovejas del mismo rebaño espiritual que ha reunido el verdadero pastor, el Unigénito de Dios, que se ofrece en sacrificio por nosotros? Por ellos, por una cosa tan grande, el Verbo viviente soportó sus padecimientos; y tú, oh hombre, los odias por envidia o vanagloria, por avaricia u orgullo. Lazos con los que el enemigo te ha atado para tenerte apartado de Dios. ¿Cómo te justificarás ante Cristo? Él te dirá: "Porque odias a tu hermano, te odio". Y tú, tú irás a los tormentos eternos, porque eres enemigo de tu hermano; tu hermano entrará en la vida eterna, puesto que se ha humillado delante de ti por Jesús.

Busquemos, pues, antes de que nos venga la muerte, remedios a este mal. Amados míos: dirijámonos al Evangelio de la verdadera ley de Dios, a Cristo, y le oiremos decir: "No condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y se os perdonará". Si tú no perdonas, nada se te perdonará; si tienes contiendas con tu hermano, prepárate a recibir los castigos por tus culpas, tus transgresiones, tus fornicaciones cometidas en secreto, tus embustes, tus palabras obscenas, tus malos pensamientos, tu avaricia, tus malas acciones de las que habrás de dar cuenta ante el tribunal de Cristo, en presencia de toda la creación de Dios, delante de todos los ángeles y de todo el ejército con las espadas desenvainadas para obligarte a justificar o confesar tus pecados. He ahí todo lo que se te exigirá, puesto que has tenido diferencias con tu hermano y no las has resuelto como debías,

en el amor de Dios. ¿Es que no has oído decir: "La caridad cubre la multitud de los pecados", y "De la misma manera se portará contigo mi Padre que está en los cielos, si tú no perdonas de corazón a tu hermano"?. Vuestro Padre, que está en los cielos, no perdonará vuestros pecados.

¿No has oído a Cristo decir: "Perdona a tu hermano setenta veces siete"? ¿No has llorado frecuentemente, diciendo: "Perdóname la multitud de mis pecados"?. Pues bien; si tú exiges a tu hermano lo poco que te debe, bien pronto el Espíritu de Dios te pondrá ante los ojos el juicio y el temor de los castigos. Recuerda que los santos sufrieron el ser escarnecidos; recuerda que Cristo lo fue también, que fue insultado y crucificado por tu causa; y en seguida Él llenará tu corazón de misericordia y de temor; te echarás sobre tu rostro llorando y clamando: "Perdóname, Señor mío, pues he hecho sufrir a tu imagen haciendo sufrir a mi hermano". Al punto te levantarás consolado por la penitencia, te precipitarás a los pies de tu hermano con el corazón en la mano, rostro alegre, boca jovial; reflejando paz, le dirás sonriendo: "Perdóname, hermano mío, pues te hice sufrir". Entonces brotarán tus lágrimas, que se convertirán en gozo extraordinario; la paz reinará entre los dos, y el Espíritu de Dios se regocijará y exclamará: "Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios".

JUEVES DESPUÉS DE CENIZA

Sentencias de los Padres del desierto
Nau 592/43. Nau 524. Solesmes I, 1966. 302 n° 9.

La fuerza de la oración

El abad Evagrio dijo: «Si tú no tienes ánimos, ora. Ora con temor y temblor, con ardor, sobriedad y vigilancia: he ahí como es preciso orar. Y esto particularmente por razón de nuestros enemigos invisibles que son perversos y se ocupan en hacer mal, pues se esfuerzan a crearnos obstáculos principalmente sobre este punto».

Él decía también: «Cuando te levantas después del sueño, tu boca debe inmediatamente dar gracias a Dios y entonar cánticos y salmos, porque el espíritu, como una muela, continúa a moler todo el día, ya sea trigo ya cizaña, la primera preocupación a la que se aplica desde la aurora. ¡Sé, pues, siempre el primero a echar trigo antes de que tu enemigo eche cizaña!»

Un hermano fue junto a un anciano y le preguntó: «Padre, dime cómo hay que orar, porque he irritado mucho a Dios». El anciano le dijo: «Hijo mío, yo, cuando oro, hablo así: Señor, concédeme servirte como he servido a Satanás y concédeme amarte como he amado el pecado».

Los ancianos decían: «La oración es el espejo del monje».

VIERNES DESPUÉS DE CENIZA

Martyrio Sahdona, Libro de la Perfección
p. II. Cap. 10, §§ 20 & 51. CSCO 253, 54 & 64

Disimula tus buenas acciones

Ay de esa justicia que es acompañada del orgullo como de un mal espíritu. Ay de las obras penetradas de vanidad como de un gusano roedor. Ay de las buenas acciones y de las disposiciones que la vanagloria viene a impregnar y hacer suyas como un peligroso ladrón, haciendo de ellas ostentación como en lo alto de un mástil o en la cima de un tejado, con gran esfuerzo de publicidad.

Es preferible el pecado con humildad que la justicia acompañada de orgullo. La humildad puede borrar el pecado y suprimir definitivamente su recuerdo, mientras que el orgullo puede anular la justicia y hacerla olvidar enteramente.

En lo que te concierne, sustrae en lo posible tus acciones a la mirada de los hombres. Cuanto haces, recógelo y ocúltalo, atesóralo en ti para que el viento de los elogios no lo disipe. Entierra tus tesoros en el fondo de tu corazón para que no sean volatilizados con la alabanza.

O más bien, no los dejes allí por temor de que el recuerdo excitado por el orgullo los destierre. Envíalos al cielo a su verdadero propietario. Guardados junto a él, estarán seguros. Tu corazón podrá también morar allá arriba, junto a tus tesoros. ¿No nos enseña la Escritura que allí donde está tu tesoro, allí también estará tu corazón? Sin embargo, allá arriba no te demores a mirar tus bienes, contempla más bien a tu Señor.

SÁBADO DESPUÉS DE CENIZA

De la vida de san Gregorio de Tesalónica

Opuscules en grec démotique. Philocalie. Bellefontaine. Fascicule 11, 304.

Ora en secreto

«Cuando ores, retírate a tu alcoba, cierra la puerta y ora a tu Padre que está presente en lo oculto». La alcoba del alma es el cuerpo. Las puertas son los cinco sentidos. El alma entra en su alcoba cuando el entendimiento cesa de ir y venir por las cosas de este mundo y va a colocarse en el centro de nuestro corazón. Los sentidos permanecen cerrados cuando no los dejamos apegarse a las cosas sensibles y visibles. La inteligencia es entonces liberada de toda actividad terrestre. Con la oración secreta se une a Dios su Padre. Cristo le dice entonces: «Tu Padre ve lo que haces en secreto: él te recompensará». Dios, que conoce el secreto de los corazones, ve la oración del entendimiento y la recompensa, concediéndole grandes carismas bien visibles.

Esta oración del entendimiento es la verdadera oración, la oración perfecta. Ella llena el alma con la gracia divina y con los carismas del Espíritu, como el perfume cuyo olor es tanto más fuerte cuanto mejor está cerrado en su recipiente. Igualmente la oración. Cuanto más la ocultas en tu corazón, tanto más ella le colma con la gracia divina.

Dichosos quienes se entregan a esta obra celestial, porque con ella vencerán todas las tentaciones de los demonios, como David venció al orgulloso Goliat. Con ella extinguirán los deseos desordenados de la carne, como los tres jóvenes extinguieron la llama del horno. Con ella apaciguarán las pasiones, como Daniel calmó los leones salvajes. Con ella harán descender el rocío del Santo Espíritu en los corazones, como Elías hizo descender la lluvia sobre el Monte Carmelo.

Esta oración del entendimiento, guardada en copas de oro, se eleva como un perfume hasta el trono de Dios.

DOMINGO I DE CUARESMA

Homilía de san Agustín, obispo y doctor

Después de los cuarenta días sintió hambre; pudo no haberla sentido nunca. Mas, entonces, ¿cómo sería tentado? Si Él no hubiera vencido al tentador, ¿cómo hubieras aprendido tú a vencerlo? Tuvo hambre, y al instante se presenta el tentador, diciéndole: “Si eres el Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan”. ¡Qué cosa extraordinaria era para nuestro Señor Jesucristo, que sació con cinco panes otros tantos millares de hombres, convertir las piedras en pan! De la nada hizo el pan. ¿De dónde procedió tanto alimento con el que sació a tantos miles? En las manos del Señor estaba el manantial de los panes. Esto no es de admirar, porque el mismo que de cinco panes hace multiplicar una gran cantidad de ellos para saciar a tantos millares, hace germinar todos los días de pocos granos mieses ingentes. Éstos son también milagros del Señor, pero por lo comunes no se tienen en cuenta. Acaso, hermanos, ¿le era imposible al Señor hacer pan de las piedras? Él hizo de piedras hombres, según lo atestigua San Juan Bautista: “Poderoso es Dios para hacer de estas piedras hijos de Abrahán”. ¿Por qué no hizo en esta ocasión pan de las piedras? Para enseñarte a responder al tentador; de suerte que, si por ventura te hallases en algún apuro y te sugiriese el tentador lo siguiente: “Si fueses cristiano y pertenecieses a Cristo, ¿te desampararía ahora? ¿No te auxiliaría?”, no le hagas caso. Pues, como médico, sana; parece que abandona, pero no abandona.

Este Cuerpo de Cristo, esta única Iglesia de Cristo, esta unidad constituida por nosotros, clama desde los confines de la tierra. Pero ¿qué clama? Lo que dije anteriormente: “Oye, ¡Oh Dios!, mi plegaria y atiende a mi oración. Desde los confines de la tierra clamé a ti”. Es decir, esto clamé a ti: “Desde los confines de la tierra”, a saber, desde todas las partes.

¿Pero, cuándo clamé esto? “Cuando se acongojó mi corazón”. Con esto demostró que era tenido en gran estima entre todas las gentes en todo el orbe de la tierra, pero que también se hallaba en gran tribulación. Nuestra vida en este destierro no puede estar sin tentación, ya que nuestro adelantamiento se lleva a cabo por la tentación. Nadie se conoce a sí mismo si no es tentado; ni puede ser coronado si no vence; ni vencer si no pelea; ni pelear si le faltan enemigo y tentaciones. Este que clama desde los confines de la tierra

se halla acongojado, pero no abandonado. Éste también quiso prefigurarnos a nosotros mismos, que somos su cuerpo, en su propio cuerpo, en el cual murió, y resucitó, y subió al cielo, a fin de que confíen los miembros que han de ir a donde precedió la cabeza. Luego nos transfiguró en Él a nosotros cuando quiso que lo tentase Satanás.

Ahora se leía en el Evangelio que Nuestro Señor Jesucristo fue tentado por Satanás en el desierto. Cristo ciertamente fue tentado por el diablo. Pero tú eras tentado en Cristo porque Cristo tenía para sí la carne de ti; y de sí tenía para ti la salud; de ti para Él, la muerte; de sí para ti, la vida; de ti para Él los ultrajes; de sí para ti, los honores; luego de ti para sí, la tentación; de sí para ti, la victoria. Si en Él fuimos tentados, en Él vencemos nosotros al diablo. ¿Ves que Cristo fue tentado y no ves que Cristo venció? Reconócete a ti mismo tentado en Él y reconócete también victorioso en Él. Podía haber prohibido que el diablo lo tentase; pero, si no hubiera sido tentado, no te hubiera enseñado, al ser tentado, el modo de vencer.

Luego no es de admirar que éste, ante las tentaciones, clame desde los confines de la tierra. Pero ¿por qué no es vencido? Porque “me exaltaste sobre la piedra”. Luego ya sabemos quién clama desde los confines de la tierra. Recordemos el Evangelio: “Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia”; por tanto, clama desde los confines de la tierra aquella a la cual quiso edificar sobre esta piedra. Para ser edificada la Iglesia sobre la piedra, ¿quién se hizo piedra? Oye a San Pablo, que dice: “La piedra era Cristo”. Luego, en Él fuimos edificados. Por tanto, la piedra en la que fuimos edificados, primeramente fue batida por los vientos, los ríos, las lluvias, al ser Cristo tentado por el diablo. Ve sobre qué solidez te quiso afianzar. Con razón no cesa de clamar nuestra voz, pero es oída. En gran esperanza hemos sido colocados: “Sobre la roca me levantaste”. “Me guiaste, porque te constituiste en mi esperanza”. Si no se hubiese hecho nuestra esperanza, no nos guiaría. Nos conduce como guía, y nos lleva en sí como camino, y nos atrae a sí como patria.

LUNES I DE CUARESMA

Tratado práctico de Evagrio Pónico

II, 12. SC 171, 520-526.

El demonio de la acedía, llamado también «demonio del mediodía», es el más pesado de todos. Ataca al monje hacia las cuatro y le asedia hasta las ocho. Comienza por darle la impresión de que el sol es muy lento en su curso, o incluso que está inmóvil, y que el día tiene cincuenta horas. Le impulsa enseguida a mirar sin cesar por la ventana, le hace salir de la celda para examinar el sol y ver si van a ser las ocho. En fin, le incita a examinar el horizonte, esperando la visita de un hermano.

Le hace aborrecer el sitio en donde se encuentra, su género de vida, el trabajo manual. Le sugiere que no hay caridad entre los hermanos, que él no puede contar con la comprensión de nadie. Si alguien llega a contristarle en estos momentos, el demonio aprovecha para aumentar todavía su aversión. Le hace desear otros lugares más a propósito para procurarse lo necesario, en donde él encontrará un empleo más fácil y en donde tendrá más éxito. Además le persuade que para agradar a Dios, poco importa el lugar en que se encuentra: en todas partes es posible adorarlo. Le trae a la memoria todavía el recuerdo de sus padres, de su vida de otro tiempo. Le representa cuan larga es la vida y le muestra cuan penosa es la ascesis. En una palabra, despliega todos los artificios para que el monje abandone su celda y huya del combate.

Después de esta lucha, el alma se encuentra en paz y en un gozo inefable, porque ningún otro demonio viene inmediatamente a tomar el relevo.

MARTES I DE CUARESMA

De las Instrucciones de Doroteo de Gaza

III, 42.43. SC 92, 212-214

Hermanos, esforcémonos por guardar nuestra conciencia, mientras estamos en este mundo, procurando no incurrir en su censura por motivo alguno y no pisotearla por la menor de las cosas. De esas pequeñas cosas que se consideran sin importancia, se viene como lo sabéis a despreciar también las grandes. Se comienza por decir: «¿Qué importa si digo esta palabra? ¿Qué importa si como este trocito? ¿Qué importa si me ocupo de este asunto?» A fuerza de decir: «Qué importa esto, qué importa aquello», se contrae una llaga maligna e irritante, se desprecian incluso las cosas importantes y más graves, se pisotea la conciencia, y finalmente se corre el peligro de caer gradualmente en una total insensibilidad.

Seamos, pues, vigilantes, tengamos cuidado de las cosas ligeras mientras son ligeras, para que no vengan a ser graves. La virtud y el pecado comienzan por cosas pequeñas, pero conducen a las grandes. De ahí las exhortaciones del Señor para guardar nuestra conciencia.

Guarda su conciencia quien evita la negligencia en la oración; quien hace prueba de vigilancia cuando surge una pasión en su corazón, rehusando el detenerse y consentir; quien evita las sospechas y los juicios del prójimo por solas apariencias, cuando lo ve decir o hacer alguna cosa. En una palabra, cuanto se pasa en lo secreto y que nadie conoce más que Dios y nuestra conciencia, debe ser objeto de vigilancia.

MIÉRCOLES I DE CUARESMA

Sentencias de los Padres del desierto

Nau 219. Poemen 28. Solesmes II (Nouveau Recueil 1970) 213, M4.

Un hermano preguntó a un anciano: «¿Qué debo hacer? Una multitud de pensamientos me acosan, y no sé cómo resistirlos». El anciano le dijo: «No luches contra todos, sino contra uno solo. Porque todos los pensamientos de los monjes tienen una sola cabeza. Es preciso descubrir cuál es ese pensamiento y cuál su naturaleza, y luego luchar contra él. Entonces los otros pensamientos perderán su fuerza».

Un hermano vino al abad Pastor y le dijo: «Abad, tengo muchos pensamientos y me ponen en peligro». El anciano le condujo al aire libre y le dijo: «Llena bien los pulmones y conserva ahí el aire». El otro respondió: «Eso no puedo hacerlo». «Si tú no puedes hacer eso, repuso el anciano, no puedes tampoco impedir que vengan tus pensamientos. Pero lo que tú puedes, es el resistirlos».

Un hermano preguntó a un anciano: «¿Qué debo hacer para combatir los pensamientos que vienen de las pasiones?» Él le respondió: «Ruega al Señor que los ojos de tu alma vean los auxilios que Dios envía al hombre para hacerle una muralla y protegerlo».

JUEVES I DE CUARESMA

Gregorio el Sinaíta, de cómo el hesicasta debe estar sentado en oración

Philocalie. Bellefontaine. Fascicule 10, 136 ou 11, 278.

Ten por cierto que nadie puede dominar por sí mismo el entendimiento si no está de antemano dominado él mismo por el Espíritu. Si el entendimiento es indomable, esto no viene de su propia naturaleza, como si estuviera animado de un movimiento continuo, sino que viene de que se acostumbró por negligencia a esa divagación en la que se estableció desde el origen.

Por la transgresión de los mandamientos de aquel que nos ha regenerado, nos hemos alejado de Dios y hemos perdido la percepción intelectual de lo divino y la unión con él. Desde entonces, la inteligencia extraviada, separada de Dios, es conducida acá y allá como una cautiva. No le será posible encontrar el reposo más que sometándose a Dios, permaneciendo junto a él, uniéndose a él con alegría, rogándole sin cesar y en paz. Pero no estaremos unidos a él a no ser que le confiemos cada día todas nuestras caídas, pues él perdona todo inmediatamente a quienes con humildad y contrición oran e invocan continuamente su santo nombre.

Retener la respiración, con la boca cerrada, retiene ciertamente el entendimiento, pero sólo parcialmente. Él no tarda a divagar de nuevo. En cambio, cuando interviene el trabajo de la oración, ésta le retiene unido a ella, le alegra y le arranca de su cautividad. Con todo, sucede a veces que la imaginación se extravía y se ocupa de otras cosas mientras que el entendimiento está en oración, inmovilizado en el corazón. La imaginación no se somete más que a los perfectos en el Espíritu, a los que han alcanzado la inmovilidad en Cristo Jesús.

VIERNES I DE CUARESMA

De las cartas de san Basilio

Epistola 173. PG 32, 648-649

Para vivir en conformidad con las promesas hechas en nuestra profesión, conviene luchar seriamente. Todos eligen vivir según el Evangelio, pero hay pocos, a mi parecer, que lleven la observancia hasta el más pequeño detalle en la fidelidad a cuanto prescribe el Evangelio. Éstos dominan su lengua, tienen control de sus ojos, como enseña el Evangelio, trabajan manualmente y dirigen sus pasos por las sendas de la voluntad de Dios, haciendo así uso de cada uno de sus miembros según la intención del Creador.

Cuando se habla simplemente de estas cosas, ellas parecen insignificantes, pero uno se da cuenta enseguida que es menester luchar en realidad mucho para lograr ponerlas en práctica. Si quieres llegar a la humildad perfecta, te hace falta olvidar la gloria de tus antepasados, no jactarte de tus dones naturales tanto físicos como espirituales, y no enorgullecerte de lo que los demás piensen de ti.

Todavía otras cosas forman parte de la perfección evangélica: la austeridad en la continencia, el comprometerse seriamente en la oración, la compasión en el amor fraterno, la contrición, la pureza de la fe, la serenidad en la aflicción. Sin perder nunca de vista el día, a la vez terrible e inevitable, del juicio final que vendrá pronto a sorprendernos. ¡Muy pocos se preocupan de saber cómo concluirá!

SÁBADO I DE CUARESMA

San Ambrosio: sobre san Lucas

IV, 9.41. PL 15, 1614-1615.1624.1625. SC 45 bis, 154.167.

¿Qué guía nos ofrecerá el Señor contra tantos atractivos que vienen del mundo, tantas astucias del diablo, sabiendo que tenemos que luchar de antemano contra la carne y la sangre, luego contra las fuerzas invisibles, las potestades de las tinieblas que dominan el mundo, los espíritus del mal que están por encima de nosotros? ¿Nos ofrecerá un ángel? Pero el mismo ángel, ¿no ha caído? Legiones de ángeles salvaron apenas algunos hombres. ¿Enviará el serafín? Éste descendió ciertamente a la tierra en medio de un pueblo de labios impuros, pero no tocó con un carbón más que los labios de un solo profeta.

Hacía falta, pues, hallar otro guía al que seguiríamos todos. ¿Cual sería ese guía suficientemente grande para hacer bien a todos, sino aquél que está por encima de todos? ¿Quién me establecerá por encima del mundo, sino el que es más grande que el mundo? ¿Cual sería ese guía suficientemente grande para ser capaz de conducir, bajo una misma dirección, hombres y mujeres, judíos y griegos, bárbaros y escitas, esclavos y hombres libres, sino el que es todo en todos, Cristo?

Así no tenemos que temer las pruebas. Estemos más bien contentos de las que nos sobrevienen y digamos: «Cuando soy débil, entonces yo soy fuerte». Es en esos momentos cuando se entreteje nuestra corona de justo. Quien quiere darnos la corona, es el mismo que nos proporciona las tentaciones. Si sois tentados, sabed que se está preparando la corona. Suprimid los combates de los mártires, y suprimiréis sus coronas. Suprimid sus tormentos, y suprimiréis su dicha celestial.

DOMINGO II DE CUARESMA

Homilía de fray Luis de Granada, presbítero.

Entre los principales pasos de la vida de nuestro Salvador es muy señalado y devoto el de su gloriosa transfiguración; cuando, tomando en su compañía tres discípulos suyos de los más amados y familiares, subió a un monte, y, puesto allí en oración, como dice San Lucas, se transfiguró delante de ellos, de tal manera que su rostro resplandeció como el sol y sus vestiduras se pusieron blancas como la nieve. Considera, pues, aquí primeramente el artificio maravilloso de que este Señor usó para traernos a sí. Vio Él que los hombres se movían más por los gustos de los bienes presentes que por las promesas de los advenideros, conforme a aquella sentencia del Sabio que dice: “Más vale ver lo que deseas que desear lo que no sabes”. Pues por esto, después de haberles predicado muchas veces que su galardón sería grande en el reino de los cielos, y que estarían sentados sobre doce sillas, ahora les dio a gustar una pequeña parte de este galardón, para que, mostrando al luchador el palio de la victoria, le hiciese cobrar nuevo aliento para el trabajo de la pelea. o

Mas no mostró aquí la mejor parte de esta promesa, que es la gloria esencial de los bienaventurados, porque ésta sobrepuja todo sentido, sino sola una parte de la accidental, que es la claridad y hermosura de los cuerpos gloriosos, y esto con mucha razón. Porque esta carne es la que nos impide en este camino, ésta es la que nos aparta de la imitación de Cristo y ésta la que nos estorba el llevar su Cruz. Y por esto convenía que para despertarla y avivarla, le mostrasen la grandeza de esta gloria, para que así se esforzase más al trabajo de la carrera. Por lo cual, si desmayas oyendo que te mandan crucificar y mortificar tu carne, esfuérzate oyendo lo que dice el Apóstol: “Esperando estamos a Jesucristo nuestro Salvador, el cual reformará el cuerpo de nuestra humildad, haciéndolo semejante al cuerpo de su gloriosa claridad”.

Considera también cómo celebró el Señor esta fiesta en un monte solitario y apartado, la cual pudiera Él muy bien, si quisiera, celebrar en cualquier valle o lugar público, para que entiendas que no suelen conseguir los hombres este beneficio de la transfiguración en lo público de los negocios del mundo, sino en la soledad del recogimiento; ni en el valle lodoso de los apetitos bestiales, sino en el monte de la mortificación, que es en la victoria de las pasiones sensuales. Pues en este monte solitario se ve Cristo transfigurado; en

éste se ve la hermosura de Dios; en éste se reciben las arras del Espíritu Santo; en éste se da a probar una gota de aquel río que alegra la ciudad de Dios; en éste, finalmente, se da la cata de aquel vino precioso que embriaga a los moradores del cielo. Oh, si una vez llegases a la cumbre de este monte, cuán de verdad dirías con el apóstol san Pedro: “Bueno es, Señor, que estemos aquí”. Como si dijera: Troquemos, Señor, todo lo demás por este monte, troquemos todos los otros bienes y regalos del mundo por este desierto.

Mira también cómo estando el Señor en oración fue de esta manera transfigurado: para que entiendas que en el ejercicio de la oración suelen muchas veces transfigurarse las almas devotas, recibiendo allí nuevo espíritu, nueva luz, nuevo aliento y nueva pureza de vida, y, finalmente, un corazón tan esforzado y tan otro, que no parece que es el mismo que antes era, por haberlo Dios de esta manera mudado y transfigurado. Y mira también lo que se trata en medio de estos tan grandes favores, que es de los trabajos que se han de padecer en Jerusalén. Para que por aquí entiendas el fin para que hace nuestro Señor estas mercedes y cuáles hayan de ser los propósitos y pensamientos que ha de concebir el siervo de Dios en este tiempo; los cuales han de ser determinaciones y deseos de padecer y poner la vida por aquel que tan dulce se le ha mostrado y tan digno es de que todo esto y mucho más se haga por Él. De manera que cuando Dios estuviere comunicando al hombre sus dulzores, entonces ha de estar él pensando en los dolores que ha de padecer por Él, pues tales dádivas como éstas tal recompensa nos demandan.

LUNES II DE CUARESMA

*San Bernardo de Claraval, de los grados de humildad
De gradibus humilitatis & superbiae, 21. PL 182, 953.*

El Hijo de Dios, Verbo y Sabiduría del Padre, ha encontrado esta potencia de nuestra alma, que se llama razón, aplastada bajo el peso de la carne, cautiva del pecado, cegada por la ignorancia y entregada enteramente a las realidades exteriores. La toma con bondad, la eleva con poder, la instruye con prudencia, la conduce al interior. Y, estableciéndola allí como sustituto suyo, la constituye juez de sí misma, de tal modo que, por su relación al Verbo al que está unida, ella es su propia acusadora, su propio testigo y su juez, cumpliendo así el oficio de la Verdad suprema. He ahí cómo de la unión del Verbo y de la razón nació la humildad.

Hay otra potencia del alma, llamada voluntad, que estaba infectada con el veneno de la carne. Una vez excitada por la razón, el Espíritu Santo le hace el favor de visitarla, la purifica suavemente, le da de nuevo el fervor y tiene misericordia de ella, de modo que, semejante a una piel que se extiende cuando es frotada de aceite, ella se extiende hasta abrazar a sus enemigos bajo la influencia de la unción celeste. Así de la unión del Espíritu de Dios y de la voluntad del hombre nació la caridad.

He ahí, pues, estas dos potencias del alma: la razón y la voluntad, una instruida por el Verbo de verdad, la otra elevada por el Espíritu de verdad. La una asperjada con el hisopo de la humildad, la otra inflamada con el fuego de la caridad.

El alma es desde entonces perfecta: sin mancha, gracias a la humildad, sin arruga gracias a la caridad, ya que la voluntad no se opone en adelante a la razón y la razón no oscurece más la verdad.

En ese momento, el Padre se une íntimamente con el alma para hacerla su esposa gloriosa.

MARTES II DE CUARESMA

Filoxeno de Mabug, carta sobre la vida monástica
131, 147. "L'Orient syrien", 1961. Vol. VII. Fasc. 1 (25). 1962. pp. 89.100.

Nuestros Padres espirituales dicen que la celda del monje es comparable al horno de Babilonia, en donde los tres jóvenes tuvieron la visión del Hijo de Dios. Si Ananías y sus compañeros no estuvieran resueltos a perecer con el calor del fuego, no habrían sido dignos de esa visión gloriosa acompañada de una nube de rocío que extinguió la llama del fuego. Estos jóvenes habían renunciado a todos los bienes de la existencia: «Es preferible para nosotros la muerte, como término de una vida corta, más bien que renegar de Dios». Caridad maravillosa la de estos ilustres atletas, más ardiente que las llamas. Éxtasis inefable cuyo fuego extinguió el fuego. Tal fue el fuego del amor de Ananías y de sus compañeros que apagó el fuego de Nabucodonosor en Babilonia.

Lo mismo ocurre con cuantos soportan la prueba de este horno que es la celda, sin desesperar jamás. Sus cuerpos son transformados pasando de la condición carnal a la condición espiritual y sus rostros son iluminados con esta luz santa que brilla en los corazones y que apareció a Ananía y a sus bienaventurados compañeros, ese resplandor de gloria que los iluminaba para ocultarles el resplandor del fuego de Babilonia.

¡Dichoso el monje que no ha dejado extinguirse en su alma el fuego divino! ¡Dichoso el que ha conocido esa visión gloriosa de nuestro Salvador y Señor Jesucristo, cuando él se revela, en el tiempo de la oración, al espíritu llegado a la serenidad!

MIÉRCOLES II DE CUARESMA

*San Gregorio Magno, de los «Diálogos» sobre san Benito
Vita S. Benedicti, ex libro II Dialogorum excerpta, 35. PL 66, 198-200.*

Una noche, mientras oraba al Señor junto a la ventana, Benito vio súbitamente, desgarrando la tranquilidad de la noche, un resplandor fulgurante que iluminaba las tinieblas, descendiendo del cielo. La claridad era tal que se hubiera creído en pleno día.

Benito contemplaba este fenómeno cuando tuvo una visión que debería contar más tarde. Vio el mundo entero como reunido delante de él bajo un solo rayo del sol.

–«Pero, ¿cómo un hombre puede ver así el mundo entero?»

–«Para quien ve al Creador, la creación parece limitada. Para quien entrevé tan sólo un poco la luz divina, la creación parece muy pequeña. De hecho, con la iluminación interior, el espíritu se despliega y se dilata en Dios, elevándose por encima del mundo. Yo diría incluso que el alma, transportada en la luz de Dios, puede superarse y verse más allá de sí misma. Mirando entonces debajo de ella misma, comprende la finitud de lo que en la tierra le parecía inmenso. Una tal visión no es posible más que en esta luz increada. No hay, pues, por qué admirarse de que Benito haya visto el mundo entero, reunido delante de él. Él mismo estaba arrobado fuera del mundo, en la luz del Espíritu.

«Si el mundo estaba como reunido todo bajo su mirada, esto no quiere decir que el cielo y la tierra se hubieran reducido. Era el alma del vidente la que se había dilatado. Asida por Dios, podía ver sin dificultad todo lo que era inferior a Dios».

JUEVES II DE CUARESMA

San Gregorio de Nisa, de la «Vida de Moisés»

Théorie II, 19.20.22.24-25. SC 1 bis, 37.38-39.

La verdad, que se manifestó en la misteriosa aparición de la zarza ardiente, es Dios. En efecto, si la verdad es Dios y si ella es luz – expresiones sublimes que el Evangelio utilizará para designar al Dios manifestado en la carne– el presente texto del Éxodo nos muestra que nosotros somos conducidos por la virtud al conocimiento de esta luz que se abajó hasta la naturaleza humana.

De hecho esta luz nos enseña lo que debemos hacer para mantenernos bajo los rayos de la luz verdadera. Ella nos dice que no es posible correr hacia las alturas con los pies calzados. Cuando hayamos quitado las sandalias, el conocimiento de la verdad se manifestará por ella misma. El conocimiento de lo que es resulta en efecto del rechazo de la simple opinión, que se refiere a lo que no es.

Lo que Moisés, a la luz de esta teofanía, me parece haber comprendido, es precisamente que todo lo que cae bajo los sentidos o es contemplado por la inteligencia, no tiene consistencia real, sino solamente el Ser trascendente, Creador del universo, de quien todo depende. Fuera de Dios, sea el ser que sea hacia el que se vuelva la inteligencia, ésta no encuentra en él esa suficiencia que le permitiría existir sin participar del Ser trascendente. He ahí en verdad al que es realmente, he ahí el Inmutable que no está sujeto ni al crecimiento ni a la disminución, que es opuesto a todo cambio en mejor o en peor –porque en nada le concierne lo peor y no hay nada mejor que él– que se basta perfectamente por sí mismo, que es el único deseable, y de él participan todos los demás seres sin que sufra él mismo disminución alguna.

La percepción de este Dios es conocimiento de la verdad.

VIERNES II DE CUARESMA

Simeón, el Nuevo Teólogo: Tratados éticos

VII. SC 129, 192-194.

Dios es fuego, vino como fuego y puso fuego en la tierra. Ahora corre por todas partes, buscando una presa, es decir un hombre de buenas disposiciones y de buena voluntad para venir a él e inflamarlo.

En quienes se enciende, ese fuego se eleva con una gran llamarada que sube hasta el cielo, sin darles tregua ni reposo. Contrariamente a lo que piensan quienes ignoran las realidades espirituales, el alma abrasada de esta manera tiene plena conciencia de esta combustión. Ella le sirve de presa, pero una presa enteramente consciente y muy sensible que experimenta al comienzo un dolor insoportable. Luego, una vez concluida la purificación total de la impureza de las pasiones, este fuego es alimento y bebida, iluminación y alegría incesante. Él hace entonces luminosa al alma por participación de su propia claridad.

Cuando se enciende un horno, el humo que se desprende del combustible lo ennegrece un poco, pero cuando llega a ser muy ardiente, él es entonces enteramente traslúcido como el fuego mismo, una vez desaparecido el humo. Igualmente el alma que comienza a inflamarse en el amor de Dios, se encuentra al principio hundida en la oscuridad. En el fuego del Espíritu, se eleva como un humo, a causa de las pasiones que hay en ella. Percibiendo como en un espejo la negrura que produce este humo, ella está desolada. Pero a continuación se da cuenta que las espinas de los pensamientos y las hojas secas de los prejuicios se están consumiendo hasta reducirse enteramente a cenizas. Cuando todo ha ardidido y la esencia del alma queda sola, liberada de las pasiones, entonces el fuego divino e inmaterial se le une íntimamente.

SÁBADO II DE CUARESMA

San Gregorio de Nisa, del Tratado sobre la Virginitad

XI, 3.4. SC 119, 384.386.388.

He aquí el camino que puede conducirnos al descubrimiento de lo Bello.

Nos es preciso ante todo sobrepasar todo lo que los hombres tienen por bello, lo que juzgan digno de apetecerse y que ambicionan poseer. En cuanto a nosotros, debemos estimar estas cosas como viles y efímeras y no derrochar las fuerzas que excita nuestro deseo, sin dejarlas por ello encerrarse en nosotros con una inmovilidad estéril.

Después de haber purificado nuestro deseo de sus atractivos miserables, nos es menester elevarlo adonde los sentidos no tienen acceso, hasta no admirar más la belleza del cielo, el brillo de los astros, en una palabra: todo lo que parece bello. Es preciso únicamente dejarnos conducir por la belleza contemplada en todo esto hacia el deseo de la belleza cuya gloria proclaman los cielos y cuyo conocimiento es manifestado por el firmamento y por toda la creación. Al subir así y al abandonar todo lo que el alma percibe como inferior al objeto de su búsqueda, ella puede llegar a la inteligencia de esta majestad que se sitúa mucho más allá de los cielos.

De esta manera encontraremos el único objeto que merece verdaderamente ser deseado. Nosotros mismos nos haremos bellos al acercarnos al que es Bello. Bajo su influencia seremos brillantes y luminosos, al participar constantemente de la luz verdadera.

DOMINGO III DE CUARESMA

Homilía de Dionisio el Cartujano

Como lo atestiguan los evangelistas, los fariseos, movidos por su perversidad y envidia, refirieron al diablo las milagrosas y benignísimas obras del Salvador, diciendo: “Por Belcebú, príncipe de los demonios, expulsa éste los demonios”. Son trasuntos de la maldad de estos impíos fariseos, ciertos religiosos perversos propensos a juzgar temerariamente, a descalificar las buenas obras de los demás y a echar a mala parte los actos dudosos, prefiriendo vituperar en otros, en lugar de honrarlo, el bien que no hallan en sí propios, en lo cual revelan su insensatez y malicia. Los hermanos de buena índole: piadosos, caritativos, timoratos y dóciles condúcense de distinta manera: alaban, ponderan y honran en los demás lo que en sí mismos no perciben. De esta suerte, se hacen partícipes de los bienes granjeados por otros, y merecen conseguir del Señor la gracia concedida a los mismos. Congratulémonos, por tanto, cordialmente del provecho y de la gracia de nuestros hermanos, y no atribuyamos al demonio las obras del Espíritu Santo, ni nos apresuremos a juzgar a los demás. ¿Quién conoce, en efecto, lo que en el hombre hay sino el espíritu del hombre? El Apóstol declara asimismo: “Quienquiera que seas, oh hombre, eres inexcusable tú que juzgas”. Lo que san Agustín comenta como sigue: “¿Cómo puede uno juzgar al prójimo, siendo así que sobre sí mismo no puede, o apenas puede, pronunciar una sentencia justa?” Interpretemos, pues, favorablemente las cosas dudosas, y que cada cual guarde una conciencia pura respecto de sus prójimos.

Las palabras de Cristo: “Todo reino dividido contra sí mismo será devastado”, nos enseñan cuán gran bien es la verdadera concordia, la paz mutua, la unanimidad de los hermanos, y, al revés, cuán gran mal es la discordia, la disensión, las riñas, los partidos, las aversiones. De ahí que san Jerónimo repita tras Salustio: “Con la concordia crecen y prosperan las cosas menudas; las de más monta, en cambio, con la discordia se esfuman”. Haya, pues, siempre entre nosotros saludable concordia y tranquilidad interna, y seamos siempre del mismo parecer en el bien. Mas no por eso aprobemos el pecado del prójimo. Si alguien es insolente, indiscreto, turbulento, soportémoslo con paciencia, tengamos compasión de él y oremos por él; pero sea también caritativamente amonestado, instruido e incluso debidamente reprendido por el superior. Y ya que entre soberbios, obstinados, tercos e iracundos suelen sobrevenir las

pendencias, procuremos ser humildes, dóciles, piadosos y mansos; procuremos ceder mutuamente, honrarnos a porfía unos a otros, y prestarnos el obsequio de la mutua caridad.

Atendiendo a las palabras del Salvador: “El que no está conmigo, está contra mí, y el que conmigo no recoge, derrama”, procuremos amoldarnos a los mandatos y consejos de Cristo, conformarnos con su voluntad, recoger con Él, esto es, enderezar hacia Dios a nuestros prójimos, conversando, orando, hablando en tiempo oportuno palabras de exhortación, de corrección fraterna, de férvidas pláticas. Mas quienes escandalizan a los demás y se los ganan con malas artes, envolviéndolos en las propias astucias, los que infaman, murmuran y se emplean en prácticas perversas, de ninguna manera recogen con Dios, sino que, con el príncipe de las tinieblas envidioso de las almas, manifiestamente derraman. ¡Lejos de nosotros tal cosa por siempre jamás! Guardémonos con sumo cuidado del reincidente, pues las heridas reproducidas son más graves. Por eso, en esta lección evangélica nos enseña el Hijo de Dios que el demonio, salido del hombre penitente, vuelve otra vez a éste para tentarlo, y, si prevalece, introduce consigo otros siete espíritus peores que él, y vienen a ser las postrimerías de aquel hombre peores que los principios.

Finalmente, puesto que, como lo declara Cristo, dichosos son los que oyen la palabra de Dios y la guardan, nosotros que oímos copiosamente, noche y día, la palabra de Dios, recibámosla ávidamente: y tan ávida cuan frecuentemente. No permitamos que, por la asiduidad y el uso, se nos torne vil e insípida y nos resulte infructuosa; sino, mas bien, conservémosla en nuestros corazones cual preciosísimo y estimadísimo tesoro, tengámosla presente y procuremos amoldar a ella nuestra vida, según las palabras del salmista dirigidas a Dios: “En mi corazón escondo tus oráculos, para no pecar contra ti”, y “¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras! Más que la miel a mi boca”. Al mismo Dios omnipotente y supergloriosísimo todo honor y gloria por los siglos infinitos. Amén.

LUNES III DE CUARESMA

De un sermón de Guerrico de Igny

De Epiphania sermo IV, 4.7. SC 166, 296.302.304.

Yo desesperaría sin duda de ser nuevamente purificado si, entre los consuelos que me proporciona la Escritura, el consejo seguro de Eliseo no me diese una esperanza en mi desesperación, aun cuando yo estuviera todo cubierto de la lepra de Naamán el Sirio. Le dijo: «Vete a bañarte siete veces en el Jordán y tu carne se volverá límpida». Eliseo sabía sin duda que la humildad de Cristo, que debemos imitar, debía tener siete efectos si queremos ser perfectamente purificados:

- ante todo, la pobreza, ya que «él, siendo rico, se hizo pobre»,
- y esto hasta el extremo despojamiento del pesebre,
- enseguida, la sumisión a su madre,
- la sumisión a Juan al ser bautizado,
- soportar incluso a un discípulo ladrón y traidor,
- permanecer manso ante un juez inicuo,
- y en fin, hacerse intercesor de sus propios verdugos ante el Padre.

Pondrás tus pisadas en estas huellas y seguirás al gigante –de bastante lejos ciertamente–, amando la pobreza, eligiendo el último puesto entre los pobres, someténdote a la regla del monasterio, aceptando tener por superior uno más joven que tú, soportando a los falsos hermanos con igualdad de espíritu, triunfando de las críticas con dulzura, respondiendo con amor a quienes te hacen sufrir injustamente.

Sin dudar del valor del único bautismo, puede decirse que una tal humildad rebautiza. Ella abre los cielos y devuelve el espíritu de adopción. El Padre reconoce en ella a su hijo, vuelto a la inocencia y a la pureza de la infancia regenerada. Por eso la Escritura menciona a justo título que la carne de Naamán «se volvió semejante a la de un niño pequeño».

MARTES III DE CUARESMA

San Efrén, del Comentario al «Diatésaron»

I, 18-19. SC 121, 52-53.

¿Quién es capaz de comprender toda la riqueza de una sola de tus palabras, Señor? Lo que comprendemos es mucho menos que lo que no llegamos a comprender. Como los sedientos, bebemos en la fuente sin agotarla por ello. Las perspectivas de tu palabra son numerosas, y numerosas también las orientaciones de quienes la estudian.

El Señor hermoseó su palabra con múltiples bellezas para que cada uno de los que la escrutan, pueda contemplar lo que él ama. Y en su palabra ha ocultado todos los tesoros para que cada uno de nosotros encuentre una riqueza en lo que medita.

Quien logra participar de estas riquezas, no debe creer que en la palabra de Dios no hay más que lo que él halla. Al contrario, debe comprender que él fue capaz solamente de descubrir una cosa entre muchas otras. Al enriquecerse él con la palabra, no debe creer que ella empobrece. Incapaz de agotarla, dé más bien gracias por su riqueza.

Alégrate de haberte saciado, y no te entristezcas por lo que te excede. Quien tiene sed se alegra de beber, pero no se entristece de no poder agotar la fuente. Que la fuente apague tu sed sin que tu sed agote la fuente. Si tu sed fue apagada sin que la fuente sea extinguida, podrás beber allí de nuevo cada vez que tengas sed. Al contrario, si al saciarte agotaras la fuente, tu victoria resultaría una desgracia.

MIÉRCOLES III DE CUARESMA

De un sermón de san Bernardo de Claraval
Sermo V, 5. "De diversis". PL 183, 556.

Hermanos, apresurémonos a exponer toda nuestra miseria ante la mirada misericordiosa del Señor, diciéndole: «Cúrame, Señor, y quedaré curado, sálvame y me salvaré». Cuando la mirada del corazón está purificada con este género de pensamientos, dejamos de mantenernos cerrados en nuestro propio espíritu con la pesadumbre del remordimiento para mantenernos en el Espíritu de Dios con una inmensa dicha. Desde entonces no consideramos más la voluntad de Dios para con nosotros, sino lo que ella es en sí misma. Ahora bien, Dios quiere la vida. Nada hay ciertamente más útil y ventajoso que ponerse en armonía con su voluntad.

Luego, cuando hayamos progresado algo en la ascesis espiritual, tomando como guía al Espíritu que «escruta incluso lo profundo de Dios», ojala nuestra meditación descubra «cuán dulce es el Señor», cuán bueno es en sí mismo.

En esta doble actitud se resume toda nuestra vida espiritual: una mirada a nosotros mismos que debe llenarnos de turbación y de tristeza saludables; una mirada a Dios que va a concedernos el tomar aliento en él y el hallar nuestro consuelo en la alegría del Espíritu Santo. Dejemos, pues, nacer en nosotros por una parte el temor y la humillación, y por otra parte la esperanza y el amor.

JUEVES III DE CUARESMA

Sentencias de los Padres del desierto
Nau 540. Paschase 38. 1. Nau 572. 592/30.

Un anciano decía: «Toda obra buena que hace el hombre está fuera del cuerpo, mientras que el que llora purifica su alma y su cuerpo, porque las lágrimas, viniendo de arriba, lavan el cuerpo entero y lo santifican».

Un hermano pregunta a san Antonio: «¿Qué debo hacer por mis pecados?» –«El que quiere ser liberado de los pecados –le responde–, lo será por los gemidos y las lágrimas; el que quiere progresar en la edificación de las virtudes progresará por el llanto y las lágrimas».

Un anciano ha dicho: «El hombre que está sentado en su celda y que medita los salmos, es semejante a un hombre que busca al rey. Pero el que ora sin cesar es semejante al que habla con el rey. En cuanto al que pide con lágrimas, tiene asidos los pies del rey y le suplica piedad, como lo ha hecho la cortesana que en poco tiempo lavó con sus lágrimas todos sus pecados».

Si no tienes compunción, es signo de que tienes vanagloria o apego al placer, pues es eso lo que impide al alma ser movida por la compunción.

VIERNES III DE CUAARESMA

Juan Carpacio, Discurso ascético
Philocalie. Bellefontaine. Fascicule 3, 137-139.

Basta un poco de aceite para dejar limpias las manos pringosas. Cuánto más la misericordia divina te dará la pureza. Si no te es difícil lavar tu hábito, mucho más fácil todavía será para el Señor el lavarte de toda mancha, aunque cada día, como es normal, tengas que afrontar la tentación. En el mismo momento en que dices: «Pequé contra el Señor», el Señor te responde: «Tus pecados te son perdonados. Te perdono tus rebeliones y no quiero acordarme más de tus pecados. Tan lejos como está el Oriente del Occidente, arrojo lejos de ti tus pecados. Como la ternura del padre para con sus hijos, así es mi ternura para contigo».

Tan sólo no te apartes, no te alejes de aquel que te ha elegido para cantar y orar. Permanece unido a él a lo largo de toda tu vida, sea abandonándote a él con una perfecta confianza, sea alabándole animosamente con una santa audacia. Entonces él te oirá y te purificará en su amor.

«¿Quién podrá entonces condenarnos?» Si invocamos el nombre de nuestro Señor Jesucristo, nuestra conciencia será fácilmente purificada y nada nos separará de los profetas y de los otros santos. «Porque Dios no nos ha destinado a su cólera. Él nos ha destinado a entrar en posesión de la salvación por nuestro Señor Jesucristo, muerto por nosotros. Ya vigilemos en la virtud, ya durmamos en alguna miseria, viviremos con Cristo,» volviendo a él nuestras miradas, gimiendo profundamente, llorando sin cesar y no aspirando a más que a él.

SÁBADO III DE CUARESMA

Calixto el Patriarca, Capítulos sobre la oración

4.6-8. Philocalie. Bellefontaine. Fascicule 11, 17.18.

Si no guardamos cerrados los sentidos de nuestro cuerpo, esta agua vivificante que el Señor ofreció a la Samaritana no podría fluir en nosotros. Ella buscaba el agua material, y encontró el agua de la vida que brotaba dentro de ella. En efecto, como la tierra retiene el agua y la derrama, la tierra de nuestro corazón posee en sí misma, del mismo modo natural, esta agua que fluye de la fuente, tal como la luz del Padre celestial que Adán perdió por su desobediencia.

El agua que sale de la fuente la llena totalmente. La que fluye del corazón bajo la continua moción del Espíritu, colma de rocío divino y de Espíritu al hombre interior e inflama al hombre exterior.

La inteligencia purificada de las realidades exteriores, que ha sometido enteramente los sentidos con la práctica de las virtudes, permanece inmóvil como el eje de la bóveda celeste. Ella contempla su centro en lo profundo de su corazón.

Que nadie, entre los no iniciados o quienes tienen todavía necesidad de leche, toque antes de tiempo a estas realidades que les están prohibidas.

DOMINGO IV DE CUARESMA

Homilía de san Francisco de Sales, obispo y doctor.

El episodio que la santa Iglesia nos ofrece en el Evangelio de hoy es un cuadro de mil bellos motivos, propios para hacernos admirar y bendecir a la Divina Majestad que nos presenta, sobre todo, la providencia admirable, tanto general como particular, de Dios para con los hombres, especialmente con los que lo aman y viven según su voluntad en el cristianismo. Dios ejerce su providencia sobre todas las criaturas, y más que en ninguna otra, sobre el hombre, tanto pagano y hereje como cualquiera que sea, pues de otro modo el hombre perecería indudablemente; pero os repito que tiene una providencia mucho más particular con sus hijos, que son los cristianos. Y entre éstos hay todavía algunos, como vemos en nuestro Evangelio, que merecen de Jesucristo un cuidado muy especial; son los que aspiran a la perfección, quienes para ello no se contentan con seguirlo por la llanura de las consolaciones, sino que tienen el valor de seguirlo por los desiertos hasta la cumbre de la alta montaña.

Muchos vieron al Salvador mientras instruía y curaba a los hombres y no lo siguieron; otros, al verlo, lo siguieron, pero sólo hasta el pie de la montaña, contentándose con acompañarlo en la llanura y por los lugares agradables y fáciles; pero ¡mil veces más felices los que lo vieron y lo siguieron, no sólo hasta el pie de la montaña, sino que transportados del amor que le tenían, subieron con Él, desprovistos de toda otra preocupación fuera de complacerlo, pues merecieron que la divina Bondad cuidase de ellos y les diese un festín milagroso para que no desfalleciesen de hambre! Parecía, en efecto, que algunos iban a desfallecer, habiendo seguido a nuestro querido Maestro durante tres días y tres noches sin beber y sin comer por la suavidad extremada que recibían al oír sus divinas palabras; y aunque sus necesidades eran muy grandes, no pensaban en ellas. ¡Qué amables eran los hombres de aquella multitud en la práctica perfecta de su propio abandono entre los brazos de la divina Providencia! No temáis que Dios les falte: Él cuidará y se compadecerá de ellos.

Considerad a esa multitud que sigue a nuestro Señor hasta sobre el monte. ¡Con qué paz y tranquilidad van tras de Él! Ni uno solo se queja ni murmura, aunque parecía natural que debían estar rendidos de cansancio y hambre. Sufren mucho, pero no piensan en ello, atentos a la única pretensión que tienen de acompañar a Jesús

adonde Él vaya. Los que siguen a este divino Salvador deben imitarlos en esto, suprimiendo las preocupaciones y ansiedades referentes a su avance espiritual y las quejas por verse imperfectos. Se cansan en seguida cuando han trabajado algo. Nunca les parece demasiado pronto para llegar al festín delicioso que el Señor ofrece allá arriba, en la cima del monte de la perfección. Tened paciencia, podríamos decir a esas buenas gentes; abandonad un poco el cuidado de vosotros mismos y no temáis que os falte nada, pues si confiáis en Dios, Él cuidará de vosotros y de todo cuanto exija vuestra perfección. Nadie que se hubiera confiado a Él y a su providencia se vio confundido.

Esas tristes mujeres que perdieron a sus maridos estiman siempre su aflicción como la más grande de todas. Lo mismo ocurre con las tribulaciones puramente espirituales; esas arideces, sequedades, repugnancias y aversiones al bien que las almas más allegadas al servicio de Dios suelen sentir a menudo. Éstos, ciertamente, se parecen a san Andrés, que dijo a nuestro Señor: “Hay aquí un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos pececillos; mas ¿qué es eso para tantos?” ¡Ay! –dicen esas pobres almas enternecidas de ellas mismas, y que están afligidas por las sequedades interiores– es verdad que tenemos buenos libros espirituales y buenos predicadores; tenemos tiempo para la oración y sentimos muchos y buenos afectos; mas ¿qué es esto? Nada. Extraña cosa el espíritu humano: “Esto no es nada”. ¿Qué queréis, pues, sobre esto? ¿Qué Dios os envíe un ángel para consolaros? No lo hará; no habéis ayunado aún tres días y tres noches para seguirlo a la montaña de la perfección; es preciso que os olvidéis de vosotros mismos, dejando a Dios el cuidado de consolaros como le plazca, sin preocuparos otra cosa que el ir tras Él escuchando sus palabras como aquel pueblo.

LUNES IV DE CUARESMA

Orígenes, sobre el Éxodo

Homilías sobre el Éxodo. XII, 4. SC 16, 253-255.

«El Señor es Espíritu. Y donde está presente el Espíritu del Señor, allí está la libertad». ¿Cómo podríamos conocer la libertad, nosotros que somos esclavos del mundo, esclavos de las comodidades de la vida, dominados por los deseos de la naturaleza? Me esfuerzo, es verdad, en corregirme, en juzgarme y en condenar mis faltas.

Quienes me escuchan, traten ellos de prestar atención a su propio corazón. Lo digo de paso: mientras ellos estén ligados con una de esas cadenas, no me sentiré convertido al Señor. Si los asuntos y preocupaciones humanas pueden todavía envolverme con vosotros en sus redes, yo considero que no he recobrado la verdadera libertad.

Soy esclavo de lo que me aflige como de lo que aprisiona. La Escritura nos lo enseña: «Somos esclavos de lo que nos domina». Aunque no esté dominado por la pasión del dinero, aunque no esté encadenado por el cuidado de los bienes materiales y de las riquezas, permanezco sin embargo ávido de alabanza y deseo el éxito cuando tengo en cuenta el rostro que me ponen los demás. Me preocupo de saber lo que tal persona piensa de mí, si tal otro me estima, o bien temo desagradar a éste y deseo agradar a aquél. Mientras tenga todas esas preocupaciones en la cabeza, yo soy su esclavo.

Con todo, querría esforzarme para liberarme y alcanzar la libertad de que habla el Apóstol: «Habéis sido llamados a la libertad, no volváis a ser esclavos de los hombres». Pero, ¿quién me permitirá deshacerme así de mis cadenas? ¿Quién me librerá de esta vergonzosa esclavitud, sino aquel que ha dicho: «Si el Hijo os hace libres, seréis verdaderamente libres»?

Sirvamos, pues, y amemos fielmente al Señor nuestro Dios para merecer recibir el don de la libertad en Cristo Jesús.

MARTES IV DE CUARESMA

*Discurso muy útil sobre el abad Filemón
Philocalie. Bellefontaine. Fascicule 7, 68.71.72.*

Un hermano llamado Juan vino del convento de las Paraliotes a encontrar a este santo Padre, el gran Filemón. Asido a sus pies le dijo: «Padre, ¿qué debo hacer para salvarme? Porque veo que mi entendimiento da vueltas y yerra de aquí para allá, adonde no debe». Él esperó un poco y respondió: «Con toda tu fuerza, guárdate de hacer cosa alguna por dar gusto a los hombres. Si combates la pasión, no te desanimas. Y si la guerra persiste, no te relajes. Sino levántate, arrójate delante de Dios diciendo de todo corazón con el profeta: “Señor, ataca a quienes me atacan. Yo no puedo nada contra ellos.” Y él, al ver tu humildad, te enviará auxilio rápidamente».

El discípulo le dijo todavía: «Maestro, ¿no estás tú mismo agobiado de sueño durante la liturgia?» Él le respondió: «¡Terriblemente! Pero cuando el sueño empieza a invadirme, reacciono y recito el evangelio de Juan a partir del comienzo, levantando a Dios la mirada del entendimiento, e inmediatamente el sueño se disipa.

Yo hago lo mismo con los pensamientos. Cuando llegan, voy a su encuentro con lágrimas. Entonces ellos se extinguen al punto como si se tratase de un fuego.

He sufrido, viniendo del diablo, tentaciones cuya amargura no puede expresarse a quien no ha hecho la experiencia de la soledad. Yo reaccionaba siempre de esta manera: ponía en Dios toda mi esperanza, porque es él con quien me había obligado a abandonar el mundo. Y él me libraba inmediatamente de todo peligro. Por eso, hermano, no me preocupo más de mí mismo. Yo sé que él se ocupa de mí, y de este modo soporto más fácilmente las pruebas que me llegan. De mi parte pongo solamente esto: la oración continua.

MIÉRCOLES IV DE CUARESMA

De un sermón de Isaac de la Estrella
Sermo V. PL 194, 1705.1707. SC 130, 146.148.156.

**Dichosos los artífices de la paz:
ellos serán llamados hijos de Dios.**

¿Cuál es, pues, hermanos carísimos, cuál es, pues, –os lo pregunto en nombre de la caridad misma de Cristo– esa paz que es preciso querer tanto, desear tanto, esa paz tan amada, o esa pacificación que está colocada por encima de todos los grados de virtud, que es superior a todos los méritos, que ha llegado a la última cumbre, que proporciona la beatitud más alta y más excelente?

Es el tesoro oculto en el campo. Es la perla preciosa que ha de buscarse con el más gran ardor, comprarse al precio más grande, y guardarse con el cuidado más celoso. Es la cumbre de las cumbres donde está el Hijo, solo por naturaleza con el Padre.

Pero para no ser el único heredero, este Hijo se ha dignado adoptarnos como hermanos. «Como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que ellos sean uno en nosotros, ellos también». He ahí hasta donde va la promoción del siervo. He ahí hasta donde va la reconciliación del enemigo: de enemigo viene a ser siervo; de siervo, amigo; de amigo, hijo; de hijo, heredero; de heredero viene a ser uno con la herencia o más bien se identifica con ella. Así, privarle de esa herencia que es Dios, sería en cierta manera privarle de sí mismo. Por eso se ha escrito:

«Dios es mi porción de herencia para siempre».

JUEVES IV DE CUARESMA

San Bernardo de Claraval, sobre el Cantar de los Cantares

XXI, 5-6. PL 183, 875.

Si te sientes presa del letargo, de la tristeza o del disgusto, no pierdas por eso confianza. Sobre todo no abandones tu proyecto de vida espiritual. Busca más bien la mano de quien es tu auxilio. Suplícale que te lleve tras sí hasta el momento en que, atraído por la gracia, encontrarás la rapidez y la alegría en tu carrera. Entonces podrás decir: «Corro por el camino de tus preceptos porque dilatas mi corazón».

Mientras la gracia está presente, alégrate. Pero no te imagines que la posees por derecho hereditario, como si estuvieses seguro de no perderla jamás. Si no, por poco que Dios aleje su mano y retire ese don que te ha hecho, te desanimarás y caerás en una tristeza exagerada.

El día en que te sientas fuerte, no te instales en la seguridad, antes bien grita al Señor con el salmista: «No me rechaces cuando mis fuerzas declinen». En el momento de la prueba, vuelve a decir esas palabras para animarte... «Llévame, Señor, en pos de ti. Corramos». Así en los éxitos como en los fracasos, guardarás en esos tiempos inestables cierta imagen de la eternidad: una sólida igualdad de ánimo. Bendecirás al Señor en todo tiempo y encontrarás la paz, una paz por así decir inquebrantable en medio de un mundo vacilante. Esto será para ti el comienzo de una renovación, a imagen y semejanza de un Dios cuya serenidad permanece eternamente.

VIERNES IV DE CUARESMA

*De un sermón de san León Magno
Sermo XLV, 2. De Quadragesima VII. PL 54, 289-290.*

Los cristianos encuentran el modelo de su conducta en la manera de obrar de Dios. Y Dios exige a justo título el ser imitado por quienes él ha creado a su imagen y semejanza. Por eso no podremos obtener las riquezas de su gloria a no ser que se encuentren en nosotros la misericordia y la verdad. Por estas sendas vino el Señor hacia quienes iba a salvar, y por las mismas deben ir los salvados al encuentro de quien los salva: así la misericordia de Dios los hará misericordiosos y su verdad los hará verdaderos.

El alma recta avanza por el camino de la verdad, como el alma caritativa por el de la misericordia. Sin embargo, jamás estos dos caminos se separan, como si se fuera por sendas diferentes hacia fines diferentes, y como si crecer en la misericordia pudiera ser otra cosa que progresar en la verdad. De hecho el hombre alejado de la verdad no es misericordioso y el que ignora la bondad es incapaz de rectitud. Quien no es rico en una y otra cosa no posee ni la una ni la otra.

La caridad es la fuerza de la fe, la fe es la armadura de la caridad. Cada una de ellas no merece su nombre ni lleva fruto más que si su unión permanece indisoluble. Cuando no existen juntas, faltan ambas, al no proporcionarse mutuamente ayuda y luz. Y esto, hasta el día en que la recompensa de la visión vendrá colmar la sed ardiente de la fe, cuando, sin ningún cambio posible, veremos y amaremos lo que ahora no podemos amar sin la fe ni creer sin el amor.

Ahí tenemos dos alas muy poderosas cuyo vuelo libera al corazón puro del peso de las preocupaciones de la carne y lo lleva hasta la amistad y la visión de Dios.

SÁBADO IV DE CUARESMA

*Niceta Stethatos, Capítulos físicos, prácticos y gnósticos
II, 41. I, 82. III, 37. Philocalie. Bellefontaine. Fascicule 4, 84.53.135.*

Ninguna cosa da alas al alma en su amor a Dios y en su caridad a los hombres, como la humildad del corazón, la compunción y la oración pura.

La humildad quebranta el espíritu, hace brotar las lágrimas y sentir la brevedad de la vida. Ella nos enseña igualmente a reconocer nuestra debilidad.

La compunción purifica la inteligencia de todo lo material, abre el corazón a la luz e irradia el alma.

La oración pura une al hombre con Dios y lo hace semejante a los ángeles, le hace gustar la dulzura de los bienes eternos y le abre los tesoros de los más grandes misterios. Le enciende en el fuego del amor y le persuade a «dar su vida por sus amigos».

En quien se encuentra herido en lo más profundo de su ser por el amor de Dios, las fuerzas de su cuerpo son inferiores a sus deseos. Las penas y sudores de la ascesis no pueden satisfacerle. Como ocurre a los sedientos, el fuego del deseo es insaciable. Jamás, ni de día ni de noche, al alma no se le mitiga la pena. Cuanto más se eleva bajo la moción del Espíritu y penetra en las profundidades de Dios, tanto más es abrasada con el fuego del deseo, y tanto más descubre la inmensidad de sus misterios siempre más profundos. Ella se apresura a aproximarse a la luz bienaventurada ante la cual se detiene el esfuerzo de la inteligencia, a fin de conocer, con el corazón lleno de felicidad, el término de su carrera.

DOMINGO V DE CUARESMA

Homilía de san Gregorio Magno, papa y doctor

Hermanos carísimos, considerad la mansedumbre de Dios. Había venido a destruir los pecados, y decía: “¿Quién de vosotros me convencerá de pecado alguno?” El que en virtud de su divinidad podía justificar a los pecadores, no se desdeña de probar por la razón que Él no es pecador. Pero es muy terrible lo que dice después: “Quien es de Dios, escucha las palabras de Dios. Por eso vosotros no las escucháis, porque no sois de Dios”. Si, pues, es de Dios el que escucha las palabras de Dios, y no puede escuchar las palabras de Dios quien no es de Dios, pregúntese cada cual si es que recoge en el oído del corazón las palabras de Dios, y sabrá de dónde es. La Verdad manda desear la patria celestial, refrenar los apetitos de la carne, menospreciar la gloria del mundo, no apetecer lo ajeno y dar de lo propio. Cada uno, por consiguiente, mire dentro de sí con atención a ver si esta voz de Dios tiene valor en el oído de su corazón, y conocerá si ya es de Dios. Porque hay algunos que no se dignan escuchar los preceptos de Dios ni siquiera con el oído corporal.

Y hay otros que sí que los oyen con el sentido corporal, pero no les dedican ningún afecto del alma; y hay también quienes reciben con agrado las palabras de Dios, de tal suerte que hasta llegan a compungirse y llorar, pero después de la hora de las lágrimas vuelven a la iniquidad. Éstos, los que no hacen caso de practicarlas, ciertamente, no escuchan las palabras de Dios. Repasad, pues, hermanos carísimos, vuestra vida en vuestra conciencia, y tras seria reflexión temed esto que resuena en los labios de la Verdad: “Por eso vosotros no las escucháis, porque no sois de Dios”. Y esto que de los réprobos afirma la Verdad, lo ponen de manifiesto con sus obras inicuas los mismos réprobos, pues prosigue: “A esto respondieron los judíos, diciéndole: ¿No decimos bien nosotros que tú eres un samaritano y que estás endemoniado?” Pero oigamos lo que, después de haber recibido tal afrenta, responde el Señor: “Yo no estoy poseído del demonio, sino que honro a mi Padre, y vosotros me habéis deshonrado a mí”.

Como la palabra “samaritano” significa “custodio”, y Él es en verdad aquel custodio de quien el Salmista dice: “Si el Señor no custodia la ciudad, inútilmente se desvelan los que la guardan”; y al cual se dice por Isaías: “Centinela, ¿qué hay de la noche? Centinela, ¿qué hay de

la noche?; el Señor no quiso responder: “Yo no soy samaritano”, sino: “Yo no estoy poseído del demonio”. Dos cosas le echaron en cara: negó la una, consintió en la otra callando, porque había venido por custodio del género humano, y si dijera que Él no era samaritano, negaría que era custodio, pero calló lo que reconoció por verdad y rechazó mansamente lo que oyó que falsamente le decían, respondiendo: “Yo no estoy poseído del demonio”. ¿Qué otra cosa se condena con estas palabras sino nuestra soberbia, la cual, a poco que se la irrite, devuelve injurias mayores que las que ha recibido, hace todo el mal que puede y amenaza con lo que no puede hacer? He ahí al Señor, que recibe injurias y no se irrita, no devuelve palabras ofensivas; y eso que, si a los que tales cosas le decían hubiera querido responder: “Vosotros sí que estáis endemoniados”, cierto que hubiera dicho la verdad; porque, a no estar poseídos del demonio, no podrían decir de Dios cosas tan perversas.

Pero la Verdad, habiendo recibido la injuria, no quiso decir lo que era cierto, porque no fuera a parecer que no decía la verdad, sino que, provocado, devolvía la afrenta. De aquí, ¿qué es lo que se nos da a entender a nosotros sino que, cuando de nuestros prójimos recibimos afrentas calumniosas, callemos también las verdaderas cosas malas de ellos, para no convertir en instrumento de ira el ministerio de la justa corrección? Mas porque todo el que tiene celo de Dios es con frecuencia difamado por los hombres perversos, el Señor nos ofreció en sí mismo el ejemplo de paciencia, cuando dijo: “Yo honro a mi Padre y vosotros me habéis deshonrado a mí”. Y que sea lo que nosotros debemos hacer en tales casos, también nos lo aconseja con el ejemplo, cuando agrega: “Yo no busco mi gloria; otro hay que la promueve, y él me vindicará”. Ya sabemos con certeza lo que está escrito: “Que el Padre dio al Hijo todo el poder de juzgar”, y, con todo, ved que el mismo Hijo, cuando recibe injurias, no busca su gloria, remite al juicio del Padre las afrentas que le infieren; sin duda para darnos a entender cuán pacientes debemos ser nosotros, cuando Él, que es quien tiene todo el poder de juzgar, no quiere todavía vengarse.

LUNES V DE CUARESMA

Himno de Simeón el Nuevo Teólogo

Himno XL, 34-35.40-60.73-83. SC 174, 486.488.490.

Escucha lo que puede hacer todo hombre que quiere salvarse, isobre todo tú que me imploras!», dice el Señor.

«Lleva la cruz sobre tus hombros, abrázala vigorosamente y hasta tu muerte soporta las penalidades de las pruebas, los dolores de las tribulaciones, los clavos de las aflicciones, recíbelos con alegría, como una corona de gloria.

Y si te presentas como el último de todos, esclavo y servidor de todos, más tarde yo te presentaré como el primero de todos, según mi promesa.

Si amas a tus enemigos y a cuantos te calumnian y si les haces bien según tus posibilidades, habrás ciertamente venido a ser semejante al Altísimo, tu Padre, y, habiendo adquirido con estas acciones un corazón puro, verás en tu corazón a Dios, a quien nadie ha visto jamás.

Y si llegas a ser perseguido por la justicia, entonces salta de alegría porque el Reino de los cielos te pertenece.

¿Qué cosa hay más grande que esto?

Fui crucificado, he muerto con la muerte de los criminales; los ultrajes que me han hecho vinieron a ser

- para el mundo: gloria, vida y esplendor,
- para los muertos: resurrección,
- para todos lo que creyeron en mí: objeto de honor,

y mi muerte ignominiosa fue un vestido de inmortalidad y de verdadera divinización para todos los creyentes.

Por eso, quienes imitan mis sufrimientos adorables, participarán también de mi divinidad y serán herederos de mi Reino.

Y tomarán parte conmigo en estos bienes indecibles, misteriosos, y serán mis compañeros para siempre».

MARTES V DE CUARESMA

Hadewijch de Amberes, Cartas espirituales

Lettre VI. Martingay, 1972. pp. 86.91.94-95.

Querida hija, debéis vivir aquí abajo en los trabajos y las penas del exilio, al mismo tiempo que améis y os regocijéis interiormente con el Dios eterno y omnipotente, en el dulce abandono.

Cada uno puede darse cuenta de esto en sí mismo: ¡somos capaces de sufrir y soportar tan poco a todos los respectos! Un pequeño enojo que nos molesta, una murmuración, una mentira que se nos dice, todo lo que nos quita un poco de honor, de reposo o de libertad: ¡cuánto nos hiera esto rápida y profundamente!

La cruz que debemos llevar con el Hijo del Dios vivo, es el dulce exilio que se nos ha impuesto a causa del justo amor. Entonces nos es preciso esperar con un puro abandono y con santos deseos el tiempo nupcial en que el amor se revelará por sí mismo, haciendo resplandecer su noble virtud y su poder en la tierra como en el cielo. Y desde ahora él se manifiesta tan abiertamente al alma enamorada que la hace salir de sí misma. Le roba el corazón y los sentidos, la hace vivir y morir del verdadero amor.

Pero antes de que el amor, rompiendo sus diques, arrebate al hombre para trasformarlo en un solo espíritu, un solo ser con el Amor, es menester que el alma sirva noblemente en el exilio. Hermoso servicio en toda acción virtuosa y vida penosa en toda obediencia: eso es en lo que debe ella perseverar con un celo incansable. Que nuestras manos estén prestas en todo momento para las obras de virtud, nuestra voluntad siempre pronta para lo que honra la caridad divina: he ahí lo que yo llamo estar crucificado con Cristo, morir con él y resucitar con él.

MIÉRCOLES V DE CUARESMA

San Bernardo de Claraval, sobre los Grados de humildad
Tractatus de gradibus humilitatis et superbiae. 12. PL 182, 948.

La misericordia inefable de Dios lo ha hecho descender allí adonde el hombre había caído lamentablemente. Cuando éste sufría muy justamente por su rebelión, el Señor quiso hacer él mismo la experiencia de este sufrimiento, no ciertamente por el deseo de conocer, como nuestros primeros padres, sino movido maravillosamente por la caridad. Tampoco tenía intención de quedar desdichado con los desdichados. Él quería, de hecho, venir a ser misericordioso para liberar a los desdichados. Digo bien que él vino a ser misericordioso, no a la manera que él poseía la misericordia en su bienaventurada eternidad, sino según una nueva manera que debía hallar al revestirse de nuestra carne y al recorrer con ella el itinerario de nuestra miseria. Dicho de otro modo, la obra de amor comenzada de la primera manera debía acabarse de la segunda. No ciertamente porque la primera manera no pudiese acabarla por sí sola, sino porque ella sola no podía bastarnos. Teníamos necesidad de la misericordia del Hombre-Dios. Ambas maneras de misericordia son necesarias, pero la segunda está más adaptada a nuestra condición.

¡Inefable lógica del amor! ¿Podríamos imaginar cuán maravillosa es la misericordia de Dios si la miseria no le hubiera de antemano dado forma? ¿Cómo podríamos reconocer esta compasión que ignoramos nosotros mismos, si el sufrimiento no la hubiera precedido, aunque ella sea tan eterna como la impasibilidad divina?

Sin embargo, si no hubiera habido en el origen esta misericordia que ignora la miseria, la segunda misericordia que tiene por madre la miseria no hubiera llegado a nosotros. Si ella no hubiera llegado, no seríamos atraídos y, si no fuéramos atraídos, no habiéramos sido arrancados. ¿Arrancados de qué? Arrancados del «horror del abismo, del limo y del lodo».

Es verdad, Dios no abandonó su misericordia original, pero le añadió una segunda misericordia. No ha cambiado la primera, solamente la ha multiplicado.

JUEVES V DE CUARESMA

*San Bernardo de Claraval, sobre el Cantar de los cantares
In Cantica canticorum. XX, 2. PL 183, 867-868.*

Oh buen Jesús, «lo que te hace sobremanera amable para mi corazón, es el cáliz que has bebido, es la obra de nuestra redención».

El cáliz del Señor, he ahí lo que gana absoluta y fácilmente todo nuestro amor, lo que atrae más suavemente nuestra devoción, lo que reclama esa devoción de la manera la más razonable, lo que la encadena más estrechamente y la enciende con más violencia. El Salvador se sacrificó tanto, verdaderamente para llegar ahí.

Mucho menos se fatigó el Creador cuando formó el universo entero: «Habló y lo que dijo vino a la existencia; mandó, y lo que dijo sobrevino». Aquí, al contrario, él ha sufrido de mil maneras: en sus palabras, con quienes le contradecían; en sus actos, con quienes le espiaban; en los tormentos, con quienes se burlaban, y en su muerte, con quienes le ultrajaban. He ahí cómo el amó.

Añadid a esto que este amor no era respuesta al nuestro, sino que lo ha precedido. «¿Quién le ha dado algo primero para merecer el recibirlo de vuelta?», nos dice san Pablo. Por su parte san Juan lo afirma: «No somos nosotros quienes habemos amado a Dios, sino que fue él quien nos amó». Aun más, él nos amó incluso antes de que existiésemos y no ha cesado de amarnos cuando nos opusimos a él. Nos lo dice todavía Pablo: «Dios nos ha reconciliado consigo por la muerte de su Hijo cuando éramos todavía sus enemigos». Si no hubiese amado a sus enemigos, no los tendría jamás como amigos. Igualmente, si no hubiese amado a los que no existían todavía, no tendría jamás a nadie a quien amar.

VIERNES V DE CUARESMA

De una homilía de san Atanasio

2. PG 25, 209.

Desde el pecado del hombre, desde su caída, caída que debía trastornarlo todo, «desde Adam hasta Moisés, la muerte reinó». La tierra era maldita, el infierno estaba abierto, el paraíso cerrado y el cielo irritado...

Entonces Dios, amigo del hombre, no quiso que pereciese aquel hombre creado a su imagen. «¿A quién enviaré? ¿Quién será mi mensajero?» En medio del silencio universal, el Hijo respondió: «Yo seré tu mensajero. Envíame». Al decirle: «Vete», el Padre le dio el hombre, para que el Verbo se haga carne y que, tomando esta carne, la restaure enteramente. El hombre le fue entregado:

- como a médico, para que lo cure de la mordedura de la serpiente,
- como a autor de la vida, para que resucite lo que estaba muerto,
- como a Luz, para que ilumine las tinieblas,
- como a Verbo, para que renueve la inteligencia humana.

Al comienzo todo vino a la existencia por él, pero más tarde, cuando todo hubo caído, «el Verbo se hizo carne», revistió la carne para que en él todo fuese restaurado. Por su sufrimiento, hemos curados; por su hambre, hemos alimentados; por su descenso a los infiernos, hemos levantados.

Al crearse el universo, las cosas vinieron a la existencia por un simple mandato de Dios: «Sea la luz». Pero cuando ha sido preciso restaurar todo, convenía que él se hiciese hombre y que todo fuese renovado en él. Mediante su unión con él, el hombre fue vuelto a la vida. Así el Verbo se fundió íntimamente con el hombre para que la maldición no pese más sobre el hombre.

Por eso los que ruegan a Dios por el género humano dicen con el salmista: «Oh Dios, da tus poderes al rey», para que la sentencia de muerte dada contra nosotros fuese entregada al Hijo y que él la anule muriendo por nosotros.

SÁBADO V DE CUARESMA

San Euquerio, Carta en alabanza del desierto
Lettre à la louange du désert III, 43. PL 50, 702-703.711-712.

Yo diría del desierto que es verdaderamente un templo de Dios, un templo no cercado de muros. Estemos persuadidos de ello: quien mora allí en silencio, regocija su corazón. Dios suele manifestarse a sus santos en este lugar. Acogido como invitado en un tal eremitorio, no desdena el entretenerse con los hombres. Ya Moisés en el desierto había visto a Dios y su semblante había resplandecido. Igualmente en el desierto, Elías se cubrió el rostro, temblando con el pensamiento de ver a Dios. Así, aunque Dios esté presente en todas las criaturas puesto que le pertenecen y él está en todas partes, con todo se digna visitar de una manera muy especial el desierto para convertirlo en un retiro celeste.

Oh buen Jesús, allí he visto juntos muchos santos. No ambicionan nada, no desean más que a aquél que ellos desean. ¿Aspiran a disponer de todo su tiempo para consagrarlo a la alabanza divina? Les es posible. ¿Desean gozar de la compañía de los santos? La gozan. ¿Sienten sed de poseer a Cristo? Lo poseen. ¿Tienen la esperanza de alcanzar la plenitud de la vida eremítica? La alcanzan en su corazón.

De este modo merecen, con la gracia eminente de Cristo, el gozar desde esta vida de muchas ventajas que esperaban en la vida futura. Ellos poseen ya el objeto de su esperanza. Incluso las penas tienen para ellos un precio no desdeñable porque ya en sus trabajos está como presente lo esencial de lo que estiman.

DOMINGO DE RAMOS

Homilía de san Andrés de Creta, obispo

Venid, y al mismo tiempo que ascendemos al monte de los Olivos, salgamos al encuentro de Cristo, que vuelve hoy de Betania y, por propia voluntad, se apresura hacia su venerable y dichosa pasión, para llevar a plenitud el misterio de la salvación de los hombres. Porque el que va libremente hacia Jerusalén es el mismo que por nosotros, los hombres, bajó del cielo, para levantar consigo a los que yacíamos en lo más profundo y colocarnos, como dice la Escritura, “por encima de todo principado, potestad, fuerza y dominación, y por encima de todo nombre conocido”. Y viene, no como quien busca su gloria por medio de la fastuosidad y de la pompa. “No porfiará – dice –, no gritará, no voceará por las calles”, sino que será manso y humilde y se presentará sin espectacularidad alguna. Ea, pues, corramos a una con quien se apresura a su pasión, e imitemos a quienes salieron a su encuentro. Y no para extender por el suelo, a su paso, ramos de olivo, vestiduras o palmas, sino para prosternarnos nosotros mismos, con la disposición más humillada de que seamos capaces y con el más limpio propósito, de manera que acojamos al Verbo que viene, y así logremos captar a aquel Dios que nunca puede ser totalmente captado por nosotros.

Alegrémonos, pues, porque se nos ha presentado mansamente el que es manso y que “asciende sobre el ocaso” de nuestra ínfima vileza, para venir hasta nosotros y convivir con nosotros, de modo que pueda, por su parte, llevarnos hasta la familiaridad con él. Ya que, si bien se dice que, habiéndose incorporado las primicias de nuestra condición, ascendió, con ese botín, sobre los cielos, hacia el oriente, es decir, según me parece, hacia su propia gloria y divinidad, no abandonó, con todo, su propensión hacia el género humano hasta haber sublimado al hombre, elevándolo progresivamente desde lo más ínfimo de la tierra hasta lo más alto de los cielos. Así es como nosotros deberíamos prosternarnos a los pies de Cristo, no poniendo bajo sus pies nuestras túnicas o unas ramas inertes, que muy pronto perderían su verdor, su fruto y su aspecto agradable, sino revistiéndonos de su gracia, es decir, de Él mismo, pues “los que os habéis incorporado a Cristo por el bautismo os habéis revestido de Cristo”. Así debemos ponernos a sus pies como si fuéramos unas túnicas. Y si antes, teñidos como estábamos de la escarlata del pecado, volvimos a encontrar la blancura de la lana gracias al saludable baño del bautismo, ofrezcamos ahora al vencedor de la

muerte no ya ramos de palma, sino trofeos de victoria. Repitamos cada día aquella sagrada exclamación que los niños cantaban, mientras agitamos los ramos espirituales del alma: “Bendito el que viene –como rey– en nombre del Señor”.

Digamos, digamos también nosotros a Cristo: “¡Bendito el que viene en nombre del Señor, el rey de Israel!” Tendamos ante él, a guisa de palmas, nuestra alabanza por la victoria suprema de la cruz. Aclamémoslo, pero no con ramos de olivos, sino tributándonos mutuamente el honor de nuestra ayuda material. Alfombrémosle el camino, pero no con mantos, sino con los deseos de nuestro corazón, a fin de que, caminando sobre nosotros, penetre todo él en nuestro interior y haga que toda nuestra persona sea para él, y él, a su vez, para nosotros. Digamos a Sión aquella aclamación del profeta: “Confía, hija de Sión, no temas: mira a tu Rey que viene a ti, modesto y cabalgando en un asno, en un pollino de borrica”. El que viene es el mismo que está en todo lugar, llenándolo todo con su presencia, y viene para realizar en ti la salvación de todos. El que viene es aquel que “no ha venido a llamar a los justos, sino a los pecadores a que se conviertan”, para sacarlos del error de sus pecados. No temas. “Teniendo a Dios en medio, no vacilarás”. Recibe con las manos en alto al que con sus manos ha diseñado tus murallas. Recibe al que, para asumirnos en su persona, se ha hecho en todo semejante a nosotros, menos en el pecado. Alégrate, Sión, la ciudad madre, no temas: “Festeja tu fiesta”. Glorifica por su misericordia al que en ti viene a nosotros.

Y tú también, hija de Jerusalén, desborda de alegría, canta y brinca de gozo. “¡Levántate, brilla –así aclamamos con el son de aquella sagrada trompeta que es Isaías–, que llega tu luz; la gloria del Señor amanece sobre ti!” ¿De qué luz se trata? De aquella que, “viniendo a este mundo, alumbró a todo hombre”. Aquella luz, quiero decir, eterna, aquella luz intemporal y manifestada en el tiempo, aquella luz invisible por naturaleza y hecha visible en la carne, aquella luz que envolvió a los pastores y que guió a los Magos en su camino. Aquella luz que estaba en el mundo desde el principio, por la cual empezó a existir el mundo, y que el mundo no la reconoció. Aquella luz que vino a los suyos, y los suyos no la recibieron. ¿Y a qué gloria del Señor se refiere? Ciertamente a la cruz, en la que fue glorificado Cristo, resplandor de la gloria del Padre, tal como afirma él mismo, en la inminencia de su Pasión: “Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él, y pronto lo glorificará”. Con estas palabras identifica su gloria con su elevación en la cruz. La cruz de

Cristo es, en efecto, su gloria y su exaltación, ya que dice: “Cuando yo sea elevado, atraeré a todos hacia mí”.

LUNES SANTO

Orígenes, sobre Ezequiel
Homilia VI, 6. PG 13, 714.

Si el Hijo descendió a la tierra, ha sido por compasión hacia el género humano. Sufrió viéndonos sufrir, incluso antes de sufrir la cruz, incluso antes de asumir nuestra carne. Porque si él no hubiera sufrido de antemano, no habría venido a tomar parte en la vida de los hombres. Primero sufrió, luego descendió. Pero, ¿en qué consiste esa pasión que él ha soportado antes de venir al mundo? La pasión del amor.

Y el Padre mismo, el Dios del universo, «lento a la cólera y rico en misericordia», ¿no es él también en cierta manera compasivo? ¿No sabes tú que, al gobernar a los hombres, él no deja de compadecerse de sus sufrimientos? Como dice el Deuteronomio: «En el desierto has visto al Señor tu Dios llevarte como un hombre lleva a su hijo». Del mismo modo que el Hijo del hombre «ha llevado nuestros sufrimientos», Dios nos lleva a nosotros.

El Padre, él tampoco es impasible. Cuando se le pide, tiene piedad y se compadece. Él conoce la pasión del amor, tiene «ternuras» que su soberana majestad parecería deber excluir.

MARTES SANTO

*San Efrén el Sirio, del Comentario sobre el «Diatésaron»
XX, 4.7. SC 121, 346.348.*

Padre mío, si es posible, ¡que este cáliz se aleje de mí!» Jesús habla así por razón de la debilidad con que se ha revestido. Él la asumió realmente, y no sólo en apariencia. Al hacerse pequeño y revestido realmente de debilidad, tenía que temblar y turbarse al momento de morir, cumpliendo así con cuanto es propio de la fragilidad humana.

Para que su pasión diese ánimos a sus discípulos, Jesús se acomodó a sus sufrimientos. Asumió el miedo para mostrarles, con un alma como la de ellos, que uno no debe gloriarse de la muerte antes de haberla sufrido. En efecto, si aquel que alejaba todo temor, tuvo miedo y pidió una liberación, que él sabía imposible, cuánto más los demás deben perseverar en oración antes de la tentación para ser liberados cuando ésta se presente.

A la hora de la tentación nuestros espíritus son agitados en todos los sentidos y nuestros pensamientos divagan. Por eso Jesús perseveró en oración. Él nos enseñaba que conviene recurrir a ella frente a las maquinaciones y engaños del demonio para concentrar, con esta oración insistente, nuestros pensamientos dispersos.

Para dar ánimo a quienes temen la muerte, el Señor no ocultó su propio temor para que sepan que este miedo no les lleva al pecado, puesto que ellos no se abandonan a él. «No, Padre, –dijo Jesús–, sino que se cumpla tu voluntad». «Muera yo para dar la vida a una multitud».

MIÉRCOLES SANTO

San Elredo de Rieval, Espejo de la caridad
Speculum caritatis. III, 5. PL 195, 582.

Nada nos anima tanto al amor de los enemigos, en el cual consiste la perfección de la caridad fraterna, como el considerar con gratitud la admirable paciencia del que es «el más bello de los hijos de los hombres». Él ha presentado su amable rostro a los impíos para que lo cubran de salivazos. Les permitió vendar aquellos ojos que, con sólo una indicación, ordenan el universo entero. Ha sometido su cabeza a las punzadas de las espinas, aquella cabeza ante la que deben temblar príncipes y poderosos. Se entregó él mismo a los oprobios y a las injurias. Finalmente ha soportado la cruz, los clavos, la lanza, la hiel, el vinagre, permaneciendo a pesar de todo ello lleno de dulzura y serenidad. «Como un cordero conducido al matadero, como una oveja muda delante de los trasquiladores, no abrió la boca».

Considera, hombre en tu orgullosa impaciencia, al que sufrió todo eso y mira cómo él lo ha sufrido. Esto es más para meditar que para escribir. ¿Quién no sentiría apagársele inmediatamente toda cólera al espectáculo de una tan admirable paciencia? Al oír la palabra llena de dulzura, de caridad y de imperturbable serenidad: «Padre, perdónales», ¿quién no abrazaría inmediatamente a sus enemigos con efusión? ¿Qué podría añadirse a la dulzura y a la caridad de tal oración?

Sin embargo el Señor añadió algo. No se contentó con orar. Quiso también excusarlos: «Padre, perdónales, –dijo–, porque no saben lo que hacen».

JUEVES SANTO

Correspondencia de Barsanuvo y de Juan de Gaza.

Carta al abad Juan de Berseba

Lettres 17 & 21. Solesmes 1972, pp. 23-24, 26-27.

Hermano, acuérdate de que el Señor decía a sus discípulos: «¿Vosotros también, vosotros no tenéis inteligencia?»?

Te dices pecador, pero en la práctica no te consideras tal. En efecto, el que tiene la convicción de ser pecador y responsable de su mal, no contradice a nadie, no disputa ni se irrita con nadie, sino que considera a todos los demás como mejores y más inteligentes que él. Y si tus pensamientos te dan la ilusión de que es así, ¿cómo es que conmueven tu corazón contra quienes son mejores que tú? Atención, hermano: en esto no estamos en la verdad, pues que no hemos llegado todavía a tenernos por pecadores.

Si alguien ama a quien le reprende, ése es prudente. Pero si se ama a alguien y con todo no se cumple lo que él dice, eso es más bien odio.

Si eres pecador, ¿por qué acusas al prójimo y lo haces responsable de la aflicción que sufres? ¿No sabes que cada cual es probado por su conciencia y que es esto lo que engendra en él la aflicción?

Tu sabes, hermano, que quien no soporta los ultrajes no verá la gloria, y que quien no elimina su bilis no gustará la dulzura. Te has comprometido con los hermanos y con los asuntos para ser ahí probado a fuego. Y en realidad el oro es probado por el fuego.

No te fijas nada como absolutamente necesario. Esto te conduciría a una pugna y a preocupaciones. Sino juzga la oportunidad según el temor de Dios y de ningún modo con espíritu de disputa.

Por otra parte, haz lo posible por evitar el enfadarte y sé un modelo útil para todos, no juzgando ni condenando a nadie, sino advirtiéndoles como verdaderos hermanos. Ama más a quienes te prueban, porque yo también amaba frecuentemente a quienes me probaban. En efecto, si reflexionamos bien, notaremos que son ellos quienes nos hacen progresar.

Sé obediente y humilde, y pídete cuentas cada día.

AÑO C

MIÉRCOLES DE CENIZA

Adán Scot. Los cuatro ejercicios de la celda

*Petite anthologie d'auteurs cartusiens. Grande Chartreuse 1987.
Liber de quadripertito exercitio cellæ. Ch. 9. 10. 11. PL 153, 815-816.*

No estar fuera de la celda demasiado tiempo

Algunos piensan equivocadamente ayudar a los que sufren de acedia en la celda, como sucede a veces, haciéndolos salir de ella. Se engañan. Esa manera de pensar no es lo bastante prudente. Eso no se debe hacer nunca. Por un momento se siente una especie de paz que no da la paz, un encanto que no es encanto, un alivio que no es alivio, sino que pronto se sigue una turbación amarga y una desolación más gravosa. Al entrar en la celda, asaltado, asediado interiormente por un mal más grande, uno comienza de nuevo a tener una angustia espiritual más profunda, una acedia más gravosa, una tortura del corazón más funesta...

He ahí los males que ocurren al que sale imprudentemente. Y todo lo dicho puede aplicarse al que sale de la celda, tanto con sólo el pensamiento como materialmente, a impulsos de una curiosidad imprudente...

Salir de la celda no causa alivio alguno al que sufre de acedia, sino al contrario una desolación redoblada. Sucede como con un hidrópico: cuanto más bebe, tiene más sed, y cuanta más sed tiene, más bebe. ¿Qué hacer, pues? El que esté abrumado de acedia, encierre su cuerpo en los muros de la celda, y, sin pensar en salir, recurra a la oración, a la lectura, a la meditación y a alguna actividad útil.

JUEVES DESPUÉS DE CENIZA

Adán Scot. Los cuatro ejercicios de la celda
Ibid. Ch. 15. PL 826.

Los cuatro ejercicios que debe practicar con asiduidad el que quiere dar fruto morando en la celda

En los cuatro brazos del río que riega el paraíso, vemos los cuatro ejercicios de religión que constituyen la esencia de la Orden. Son las lecturas de la Escritura, la meditación, la oración y el trabajo manual. Cada vez que no estamos sometidos a las exigencias del cuerpo (a las cuales permanecemos sujetos todo el tiempo que estamos aquí abajo), debemos volver a uno de esos cuatro ejercicios y entregarnos a él con fervor. En la lectura de la Escritura es necesario comprender bien y retenerla; en la meditación es preciso que no sea oscurecida con el humo de las ilusiones, sino iluminada con el fuego de la verdad; igualmente la oración debe ser inflamada con un sincero y purísimo deseo del cielo. Sea pura, sin rodeos, sincera y ardiente, regada con lágrimas de piedad. El trabajo sea sin tibieza ni pereza, sin desorden ni murmuración, superando todo obstáculo; no esté sujeto a la miseria de la mala voluntad, sino al contrario hay que darse a él con una grandísima aplicación, con diligencia y alegría, con energía, haciendo todo lo posible por concluirlo.

VIERNES DESPUÉS DE CENIZA

Adán Scot. Los cuatro ejercicios de la celda
Ibid. Ch. 15. PL 826-827.

Los cuatro ejercicios que debe practicar con asiduidad el que quiere dar fruto morando en la celda

Si no nos aplicamos con cuidado y constancia a los cuatro ejercicios dichos, no guardaremos la celda con provecho. ¡Qué dulzura, qué suavidad, qué dicha, qué alegría, qué provecho para quien vive oculto en la celda, dándose a esos cuatro ejercicios! ¡Qué encanto para el siervo de Dios! Él se consagra con todo el corazón a la lectura, o bien se entrega a la oración, o bien se emplea enérgicamente en un trabajo necesario, de tal modo que en ningún momento su corazón se aparta de una oración purísima. Si ésta faltase, ningún ejercicio sería provechoso. Sin ella, la lectura no permite comprender ni retener; sin ella la meditación no alcanza la cima y no puede permanecer allí; sin ella el trabajo no es esmerado ni ordenado a algo verdaderamente útil.

Por eso es muy necesario que la oración preceda, acompañe y concluya cada uno de los tres ejercicios: que ella preceda, he dicho, para comenzarlo bien; que acompañe, una vez bien comenzado, para terminarlo bien; que ella concluya para que, una vez terminado, él sea sólidamente fortalecido por ella.

SÁBADO DESPUÉS DE CENIZA

Adán Scot. Los cuatro ejercicios de la celda

Ibid. Ch. 15. PL 827.

Los cuatro ejercicios que debe practicar con asiduidad el que quiere dar fruto morando en la celda

¡Ten ánimo, tú que habitas en la celda! ¡Ten ánimo, te repito! Gózate en el Señor, en el honor del Señor, porque de la paz que esperas gozar en el mundo futuro, recibes ya las primicias y las gustas. Me atrevo a decir: si vives en la celda como debe vivirse, tú estás ya parcialmente en el cielo. Lees y oras, meditas y trabajas: éstos son los ejercicios en que te ocupas en la celda. Te aseguro que tu boca es santa y tu oído es santo, cuando oras: Si oras como debes hacerlo, tu boca habla a los oídos de Dios. Y, ¿no me atrevería a llamar santa a esa boca que, como veo, habla a los oídos de Dios? Cuando lees, la boca de Dios habla a tu oído. Y, ¿no lo iba a llamar santo? Sea que hables a Dios, lo cual haces cuando oras, sea que Dios te hable, lo cual él hace cuando lees, yo afirmo sin titubeos que tú eres bienaventurado. ¿Qué diré de la meditación santa y del trabajo excelente? Aquella santifica al alma, éste es la gloria de las manos. ¿Quién negará que Dios está en ti cuando en tu corazón no hay nada que no sea bueno y santo, honesto y religioso, dulce y piadoso, puro y exento de cuanto tiene relación con el mal, sino al contrario cultivas la santidad y la bondad, la sinceridad y la religión, la dulzura, la pureza y la piedad? He ahí, pues, los cuatro ejercicios en que te empleas, tú que habitas la celda: la lectura estudiosa, la meditación pura, la oración fructuosa, el trabajo necesario.

DOMINGO I DE CUARESMA

Homilía de san Agustín, obispo y doctor

Tres son las cosas, y no encontrarás otra causa por la que sea tentada la concupiscencia humana, fuera de la codicia de la carne, el deseo de los ojos o la ambición del siglo. Con estas tres cosas tentó el demonio al Señor. Lo tentó con la codicia de la carne cuando, al sentir hambre después del ayuno, le dijo: “Si eres Hijo de Dios, di a estas piedras que se conviertan en panes”. Pero ¿cómo rechazó al tentador y enseñó a luchar al soldado? Escucha lo que le dice: “No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra salida de la boca de Dios”. Fue tentado con el deseo de los ojos por el milagro, cuando le dijo el diablo: «Arrójate abajo, porque está escrito: “A sus ángeles ha dado órdenes acerca de ti, para que te reciban en sus manos, no sea que tropieces con el pie contra una piedra”». Él rechazó al tentador. Si hubiese hecho el milagro, sólo aparecería o que cedió, o que lo hizo por curiosidad. Lo hizo cuando quiso, como Dios, pero para curar a los enfermos.

Si hubiera hecho entonces el milagro, se juzgaría que quiso sólo hacerlo como alarde. Pero, para que los hombres no pensarán esto, oye lo que responde, y cuando a ti también se te presente tal tentación, di lo mismo: «Aléjate de mí, Satanás, pues escrito está: “No tentarás al Señor tu Dios”»; esto es, si hiciera esto, tentaría a Dios. Dijo lo que quiso que dijeras tú. Cuando el enemigo te sugiere: ¿Qué hombre, qué cristiano eres? Hasta ahora ni un milagro has hecho, ni con tus oraciones has resucitado muertos, ni sanaste a los enfermos; si fueses de algún peso, harías algún milagro, responde y di: “Escrito está: No tentarás al Señor tu Dios”. No tentaré a Dios como si pensase que le pertenezco si hago milagros, y no, si no los hago.

Pues ¿no son palabras tuyas: “Alegraos porque vuestros nombres están escritos en el cielo”? ¿Cómo fue tentado el Señor con la ambición del siglo? Cuando le llevó a un monte muy alto y le dijo: “Todas estas cosas te daré si, postrado, me adorares”. Con la grandeza del reino terreno quiso tentar al Rey de los siglos; pero el Señor, que hizo el cielo y la tierra, pisoteaba al diablo. ¿Qué milagro que el diablo fuera vencido por el Señor? ¿Qué cosa respondió al diablo sino lo que te enseño debes responderle tú? “Escrito está: Adorarás al Señor tu Dios y a Él solo servirás”. Observando estas cosas, no tendréis la codicia del mundo, y, no teniendo la codicia del

mundo, no os subyugará ni la codicia de la carne, ni el deseo de los ojos, ni la ambición del siglo, y haréis lugar a la caridad, que viene para que améis a Dios. Porque, si residiese allí el amor del mundo, no residiría el amor de Dios.

Poseed más bien el amor de Dios, para que, así como Dios es eterno, del mismo modo también vosotros permanezcáis eternamente, porque cada uno es tal cual es su amor. ¿Amas la tierra? Serás tierra. ¿Amas a Dios? ¿Diré que serás dios? No me atrevo a decirlo como cosa mía; oigamos la Escritura: “Yo dije: Todos sois dioses e hijos del Altísimo”. Luego, si queréis ser dioses e hijos del Altísimo, “no améis al mundo ni las cosas que hay en el mundo. Si alguno amase al mundo, no está en él la caridad del Padre. Porque todo lo que hay en el mundo es codicia de la carne, deseo de los ojos y ambición del siglo, lo cual no procede del Padre sino del mundo”; es decir, de los hombres amadores del mundo. Y el mundo pasa y sus deseos, pero quien hace la voluntad de Dios permanece eternamente, como Dios permanece por los siglos de los siglos.

LUNES I DE CUARESMA

Adán Scot. Los cuatro ejercicios de la celda

Ibid. Ch. 23. PL 840. 841.

Cómo luchar contra las tentaciones

No puedes estar totalmente al abrigo de la tentación. Si es verdadera la palabra del varón santo: «La vida del hombre en la tierra es una tentación permanente»¹, y de hecho lo es, la tentación no le faltará nunca mientras esté en este mundo. Convéncete de que no serás librado de la tentación más que al abandonar esta tierra y no antes. Hasta ese momento la carne te tienta, el mundo te tienta, el antiguo enemigo te tienta. La carne trata de arrastrarte a la voluptuosidad, el mundo a la vanidad, el diablo al orgullo y a la arrogancia, a la envidia y a los celos, a la cólera, al odio y a los demás vicios del alma, en los que él desborda...

Cuando el mundo perverso te habla al oído y te hace desear vanidades de las que él está lleno, considera que todo su esplendor es como humo y que toda su gloria conduce prontamente a un fin vergonzoso...

Ya que una ocupación echa fuera la otra, guarda siempre ante los ojos de tu alma la inestimable plenitud de santidad de nuestro Señor y Salvador Jesucristo: ella neutralizará en tu corazón la malicia del diablo. Éste no podrá inocular en ti nada mortífero que la santidad de aquél no neutralice mientras él more en ti, enteramente, por una oración pura, llena de devoción y de amor.

¹ Jb 7,1 Vg.

MARTES I DE CUARESMA

Adán Scot. Los cuatro ejercicios de la celda

Ibid. Ch. 24. 25. PL 841-842. 843.

La acedia. Un antídoto: los sufrimientos de Cristo

Frecuentemente cuando estás solo en la celda, una cierta apatía, una languidez del alma y una desgana del corazón te sobrecoge: sientes un enojo grave, eres una carga para ti mismo, la alegría interior, a la que estabas habituado, desaparece. El atractivo de los días precedentes se convierte en amargura. El que derramaba lágrimas de fervor se halla ahora en una gran sequedad. El vigor espiritual se marchitó, la belleza se perdió. Tu alma se siente hecha harapos, desgarrada, descompuesta, quebrantada, abrumada, amargada, y tú no sabes cómo devolverle la paz. La lectura no tiene gusto alguno para ti; la oración no te es agradable; la meditación no impregna ya tu vida como antes...

¡Ponte en pie!, sacude el polvo, rompe tus cadenas. Mira al que fue traspasado con la lanza del soldado. Él ha derramado sangre para rescatarnos, y agua para purificarnos. Fue descendido de la cruz y sepultado. Él despojó al infierno, lo destruyó, exterminó la muerte. Resucitó, se apareció, comió con sus discípulos y subió allá de donde había venido. Sin embargo, no había abandonado el cielo cuando había venido y no nos abandonó cuando se volvió allá. Como el sabio, mira delante de ti. Si meditas atentamente todo eso en ti y lo que se relaciona con eso, con el amor que es debido y con una tierna compunción, creo que serás librado parcialmente de la acedia.

MIÉRCOLES I DE CUARESMA

Adán Scot. Los cuatro ejercicios de la celda

Ibid. Ch. 31-32. PL 862. 868.

Las dificultades de la oración

De todos los ejercicios de la celda, la oración ferviente es a la que debes volverte con más frecuencia. Pero, ¿qué puedo decirte que te convenga? Para saber cómo debes consagrarte a la oración tienes necesidad de la unción que nos enseña todo, más que de nuestra ciencia. ¿No dice el apóstol: «No sabemos orar como conviene; pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables»¹? Sí, él intercede por nosotros, ya que a aquellos en quienes habita, los hace orantes; si oramos como conviene, eso es únicamente un don suyo, porque su gracia obra en nosotros...

Nos parece también que, si quieres orar con fruto, debes examinar muy atentamente estos tres puntos: primero, cómo estás cuando vas a orar; luego, cómo estás cuando te vuelves hacia Dios durante la oración; en fin, cómo quedas después de la oración: ¿Con qué pureza de corazón y con qué recogimiento vas a orar? ¿Permaneces enteramente vuelto a Dios durante la oración? Y cuando ella se terminó, ¿quedas sosegado y unido a él en la medida de lo posible? Cuanto más veles con cuidado sobre esos tres puntos, tanto más agradable a Dios y fructuosa para ti será tu oración.

¹ Rm 8, 26

JUEVES I DE CUARESMA

Adán Scot. Los cuatro ejercicios de la celda

Ibid. Ch. 32.

Las dificultades de la oración

Como Moisés, siéntate en una piedra y estarás firme y estable ante el torbellino de pensamientos mundanos. Aarón y Hur deben sostenerte los brazos por temor de que se cansen y caigan. Durante la oración, dos apoyos, vigilantes y fuertes, guardarán tus pensamientos, para que no se entibien y no se hagan indignos de Dios e inútiles para ti: –una humildad profunda que les impida hundirse en el orgullo, –un amor ardiente de Dios y del prójimo que les impida entibiarse.

Aarón significa «monte de la fuerza». Y de hecho, la humildad verdadera es grande y fuerte, levanta y da vigor a aquel en quien ella mora. El hombre que es humilde de verdad, es tanto más grande a los ojos de Dios cuanto es más pequeño a sus propios ojos; es tanto más fuerte ante Dios, cuanto más débil se considera... Hur significa «el fuego»: representa el fuego del amor. Que esas dos virtudes eminentes, la humildad grande y fuerte, y la caridad viva y ardiente, sostengan las manos de tu oración, y así no se cansarán. Entonces, habitante de la celda, te lo aseguramos, serás verdaderamente un nuevo Moisés.

VIERNES I DE CUARESMA

Guigo II. La escala de los monjes

“Lettre sur la vie contemplative”.

Sources Chrétiennes 163, Cerf, Paris, 1970. Lettres II-III, pp. 83. 85. 87.

Un día, durante el trabajo manual, comencé a pensar en los ejercicios propios del hombre espiritual y, de pronto, se ofrecieron a la reflexión de mi espíritu cuatro grados espirituales: lectura, meditación, oración y contemplación. Ésta es la escala de los monjes que los eleva de la tierra hasta el cielo. Ciertamente tiene pocos peldaños; con todo es inmensa y de una increíble altura...

La lectura es un examen detenido de la Escritura realizado con espíritu atento. La meditación es una operación reflexiva de la mente que investiga, con ayuda de la razón, el conocimiento de la verdad oculta. La oración es una ferviente elevación del corazón hacia Dios para alejar los males y recibir los bienes. La contemplación es una elevación por encima de sí misma de la mente suspendida en Dios, que saborea las alegrías de la eterna dulzura.

Una vez descritos los cuatro grados, nos queda ahora por ver sus funciones.

La lectura busca la dulzura de la vida bienaventurada, la meditación la encuentra, la oración la pide y la contemplación la gusta. La lectura pone, por así decirlo, el alimento sustancial en la boca, la meditación lo mastica y tritura, la oración obtiene el gustar, la contemplación es la dulzura misma, que alegra y reconforta. La lectura se sitúa en la corteza, la meditación en la médula, la oración en la expresión del deseo y la contemplación en el goce de la dulzura obtenida.

SÁBADO I DE CUARESMA

Guigo II. La escala de los monjes

Ibid. IV. V, pp. 87. 89.

En la lectura escucho estas palabras: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios».¹ He ahí una sentencia breve, pero dulce y llena de múltiples sentidos para alimento del alma, ofrecida como un racimo de uvas. Después de haberla examinado con atención, el alma dice para sí: puede ser que haya aquí un bien para mí, entraré en mi corazón y trataré de ver si puedo comprender y encontrar esta pureza. En efecto, cosa preciosa y admirable es la pureza, a cuyos poseedores se los llama bienaventurados, a la que está prometida la visión de Dios, es decir, la vida eterna, y que es ensalzada por tantos testimonios de la Sagrada Escritura. Así, deseándose explicar esto más plenamente, empieza a masticar y triturar ese racimo, poniéndolo, por así decirlo, en el lagar, mientras incita a su razón a buscar en qué consiste esa pureza tan preciosa y cómo poder adquirirla.

Se inicia, pues, una atenta meditación, la cual no se queda fuera, no se detiene en la superficie; pone su pie más alto, penetra en lo interior, escruta cada cosa. Detenidamente considera que no se dice: «Bienaventurados los limpios de cuerpo», sino «los limpios de corazón»; pues no basta tener limpias las manos de las malas acciones, si nuestro espíritu no está purificado de los pensamientos depravados.

¹ Mt 5, 8

DOMINGO II DE CUARESMA

Homilía de san Agustín, obispo y doctor

Testigo Pedro de aquella visión, y hablando al sabor de su boca de hombre, dice: “Señor, es cosa linda estarnos aquí”. Desazonado de vivir entre la muchedumbre, hallaba en el monte una soledad, donde Cristo era pan de la mente. ¿Por qué irse de allí? ¿Para qué volver a las fatigas y al dolor, si allí gozaba del divino amor y era buena, por tanto, la vida interior? Él quería estar bien, y por eso añadía: “Si quieres, hagamos aquí tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías”. Nada respondió el Señor a esto, bien que Pedro no quedó sin respuesta. Porque aún estaba él hablando, cuando sobrevino y los envolvió una nube resplandeciente. Demandaba tres tiendas, y la respuesta del cielo testimoniaba que nosotros sólo tenemos una: una, que el sentido humano trataba de pluralizar. Cristo es la Palabra de Dios; Palabra que habla en la ley; Palabra de Dios que habla en los Profetas. ¿Por qué dividirla, oh Pedro? ¡Si lo que necesitas es juntarlas! Donde tú buscas tres, sólo hay una. ¿No lo comprendes?

Envueltos ellos por la nube, que hacía una suerte de tienda, dejóse oír una voz procedente de la nube, y decía: “Éste es mi Hijo muy amado”. Allí estaban Moisés y Elías; no se dijo, empero: “Éstos son mis hijos amados”. Uno es ser Hijo único, y otro hijos adoptivos. El designado por la voz era aquel de quien se gloriaban la ley y los profetas. “Éste –dijo la voz– es mi amado Hijo, en quien tengo mis complacencias. Oídllo a Él”, porque Él es a quien oísteis en los profetas y oísteis en la ley, y... ¿dónde no lo oísteis? Al oír esto cayeron por tierra. Ahora se ve cómo la Iglesia es el reino de Dios. Allí estaban, en efecto, el Señor, la ley, en la persona de Moisés, y los profetas, en la de Elías. Estos últimos figuraban como siervos y ministros. Ellos son los vasos, Él es la fuente. Moisés y los profetas hablaban y escribían, mas en esta fuente tomaban lo que escanciaban.

Extendió el Señor la mano y volvió en sí a los caídos, “y no vieron a nadie, sino a Jesús solamente”. ¿Qué significa esto? Al hacérsenos la lectura del Apóstol habéis oído que “ahora vemos como de reflejo y oscuramente, pero entonces veremos faz a faz”. Y también: “que las lenguas cesarán cuando viniere lo que esperamos y creemos”. La caída por tierra de los Apóstoles simboliza nuestra muerte, pues a la carne se ha dicho: “Tierra eres y a la tierra irás”; y el haberlos alzado

el Señor significa la resurrección, después de la cual, ¿para qué has menester de la ley y quieres la profecía? Por eso Elías y Moisés no aparecen ya. Ya no te queda sino aquel de quien está escrito: “En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios”. Te queda Dios para ser todo en todas las cosas.

Desciende, Pedro; tú, que deseabas descansar en el monte, descende y predica la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, arguye, exhorta, increpa con toda longanimidad y doctrina. Trabaja, suda, padece algunos tormentos, a fin de llegar por el brillo y hermosura de las obras hechas en caridad a poseer eso que simbolizan los vestidos blancos del Señor. Esto no lo comprendía Pedro cuando deseaba estar con Cristo en el monte. Cristo te reservaba, oh Pedro, esta dicha para más allá de la muerte. Ahora te dice: Desciende a trabajar en la tierra, y servir en la tierra, y ser despreciado y crucificado en la tierra; porque también la Vida descendió a ser muerta, el Pan a tener hambre, el Camino a cansarse de andar, la Fuente a tener sed. Y ¿aún rehúsas trabajar? No busques “tus conveniencias”; ten caridad, predica la verdad, y por ahí llegarás a la eternidad, donde hallarás la seguridad.

LUNES II DE CUARESMA

Guigo II. La escala de los monjes

Ibid. V. VI. VII, pp. 91. 95. 97.

¡Mira cuánto licor ha destilado de ese pequeño racimo, cuánto fuego ha brotado de esa chispita! ¡Cómo se alargó en el yunque de la meditación esa masa tan pequeña!: «Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios». ¡Pero cuánto más podría dar de sí todavía si la trabajase uno con experiencia! Siento que el pozo es profundo y yo, todavía principiante sin experiencia, apenas logré extraer unas gotas. Inflamada por estas briznas, y estimulada por estos deseos, el alma, roto el frasco de alabastro, empieza a presentir la suavidad del perfume, no tanto todavía por el gusto cuanto, de algún modo, por el olfato. De él deduce cuán suave sería sentir la experiencia de esa pureza, que por la meditación sabe que es tan gozosa. Pero, ¿qué hacer? Arde en deseos de poseerla, mas no encuentra en sí el modo de hacerla suya; y cuanto más busca, más aumenta su sed. Mientras se da a la meditación, su dolor aumenta por no sentir la dulzura que la meditación descubre en la pureza de corazón sin darla. Pues sentir dicha dulzura no pertenece al que lee ni al que medita, a no ser que le sea dado de lo alto... Entonces el alma se humilla en sí misma y se refugia en la oración diciendo: Señor, a quien sólo los limpios de corazón pueden ver; investigo leyendo y meditando qué es y cómo puede poseerse la verdadera pureza de corazón, para que por medio de ella pueda conocerte siquiera un poco. Buscaba, Señor, tu rostro; tu rostro, Señor, buscaba. Estuve meditando largo tiempo en mi corazón, y en mi meditación brotó un fuego y un deseo mayor de conocerte... Dame, pues, Señor, la arras de tu heredad futura, una gota al menos de lluvia celeste que restaure mi sed, porque me consumo de amor.

Con estas y otras encendidas palabras el alma inflama su deseo y muestra así su estado. Con estos hechizos llama a su Esposo.

MARTES II DE CUARESMA

Guigo II. La escala de los monjes

Ibid. VII. VIII, pp. 97. 99.

El Señor, cuyos ojos miran a los justos y cuyos oídos no sólo están atentos a sus oraciones,¹ sino que están en el interior mismo de ellas, no espera a que terminen las palabras, sino que, interrumpiendo el curso mismo de la oración, se introduce presuroso y sale al encuentro del alma que lo desea, bañado en el rocío de una dulzura celestial y ungido con los mejores perfumes. Recrea al alma fatigada, reconforta a la sedienta, sacia a la que sufre aridez, le hace olvidar las cosas de la tierra, vivifica mortificando de modo admirable a la que se halla olvidada de sí, y embriagándola la vuelve sobria...

Pero ¿cómo, Señor, reconoceremos el momento en que realizas eso y cuál será la señal de tu venida? ¿No son, acaso, los suspiros y las lágrimas los mensajeros y los testigos de ese consuelo y de esa alegría? Si es así, cosa nueva es esta paradoja y una señal inusitada. Pues, ¿qué relación puede haber entre el consuelo y los suspiros, entre la alegría y las lágrimas, si es que se les puede llamar lágrimas y no más bien abundancia desbordante del rocío interior infundido de lo alto, indicio de la ablución interior y purificación del hombre exterior? Así como en el bautismo de los niños la ablución del hombre interior está figurada y significada por la ablución exterior, aquí, al contrario, de la ablución interior procede la purificación exterior. ¡Lágrimas dichosas, por las que se purifican las manchas interiores, por las que se extingue el fuego de los pecados! «Dichosos los que así lloráis, porque reiréis».²

¹ Cf. Sal 33, 16; 1P 3, 12; 2 Mt 5, 5

MIÉRCOLES II DE CUARESMA

Guigo II. La escala de los monjes

Ibid. VIII. IX. XI, pp. 99. 101. 105.

Señor Jesús, si tan dulces son las lágrimas suscitadas por el recuerdo y el deseo de ti, ¿cuánto más dulce no será la alegría contenida en tu plena visión? Si tan dulce es ya llorar por ti, cuánto más dulce no será gozar de ti?... Pero ya está diciendo el Esposo: «Déjame, pues llega la aurora¹; ya has recibido la luz de la gracia y la visita que deseabas».

Por tanto, dada la bendición, herida la articulación femoral y cambiado el nombre de Jacob en Israel,² el Esposo tan largamente deseado se retira por un rato, alejándose rápidamente. Se sustrae a nuestra vista y en cuanto a la dulzura de la contemplación; pero permanece, sin embargo, presente, en lo que se refiere a la guía que sigue ejerciendo sobre el alma, a la gracia y a la unión.

El Esposo nos permite gustar un poco cuán grande es su dulzura,³ pero antes de que lo llegemos a sentir plenamente se sustrae. De este modo, revoloteando sobre nosotros con las alas extendidas,⁴ nos incita a volar, como diciendo: «Ya habéis gustado un poco cuán suave y dulce soy,⁵ pero si queréis ser saciados plenamente de esa dulzura, corred tras de mí al olor de mis perfumes,⁶ tened vuestros corazones levantados hacia donde yo estoy sentado a la diestra del Padre.⁷ Allí me veréis,⁸ no en espejo y enigma, sino cara a cara,⁹ y se alegrará plenamente vuestro corazón, y vuestra alegría nadie os la podrá quitar».¹⁰

¹ Gn 32,26; ² cf. Gn 32,25-32; ³ cf. Sal 33,9; ⁴ cf. Dt 32,11; ⁵ 1P 2,3; ⁶ cf. Ct 1,3; ⁷ cf. Hch 7,55; ⁸ Jn 16,19; ⁹ 1Co 13,12; ¹⁰ Jn 16,22

JUEVES II DE CUARESMA

Guigo II. La escala de los monjes

Ibid. XII. XIII, pp. 107. 109. 111.

Para ofrecer una visión de conjunto de todo lo expuesto en forma dispersa, vamos a recoger a modo de recapitulación lo esencial de lo que hemos venido diciendo. Tal como ya hemos hecho notar en los anteriores ejemplos, puede verse cómo los mencionados grados están unidos entre sí y se preceden tanto temporal como causalmente.

La lectura se presenta en primer lugar, a modo de fundamento, y una vez proporcionada la materia, nos conduce a la meditación. La meditación busca con diligencia lo que se ha de desear, y excavando,¹ por así decirlo, encuentra el tesoro² y lo muestra. Pero como por sí misma no puede obtenerlo, nos envía a la oración.

La oración, elevándose a Dios con todas las fuerzas, pide el tesoro deseado: la suavidad de la contemplación. Ésta, una vez llegada, recompensa el trabajo de las tres anteriores, embriagando al alma sedienta con el rocío de la dulzura del cielo...

Estos grados, lectura, meditación, oración y contemplación, se hallan entre sí tan concatenados y se prestan una ayuda mutua tal, que los primeros poco o nada aprovechan sin los siguientes, y los siguientes nunca o rara vez se pueden adquirir sin los primeros. ¿Para qué sirve pasarse el tiempo en una continua lectura, recorrer los hechos y los escritos de los santos, si no es para extraerles el jugo por la masticación y la rumia, y para hacerlo pasar por medio de la deglución a lo profundo del corazón...? Igualmente, ¿de qué sirve al hombre descubrir con la meditación lo que hay que hacer, si no saca fuerzas para ello del auxilio de la oración y de la gracia de Dios que por ella se obtienen? Ciertamente, toda dádiva buena y todo don perfecto viene de lo alto, desciende del Padre de las luces,³ sin el cual nada podemos.

¹ Cf. Pr 2,4; ² Cf. Mt 13,44; ³ St 1,17

VIERNES II DE CUARESMA

Guigo II. La escala de los monjes

Ibid. XIV, pp. 115. 117.

Dichoso el hombre cuyo espíritu, libre de las demás ocupaciones, desea estar siempre ocupado en estos cuatro grados; el que vendiendo todo lo que tiene compra el campo donde se encuentra oculto el tesoro deseable que consiste en recogerse y gustar cuán bueno es el Señor.¹ Dichoso el que, ejercitado en el primer grado, circunspecto en el segundo, ferviente en el tercero y elevado por encima de sí en el cuarto, asciende de virtud en virtud por estas ascensiones que disponen su corazón hasta ver al Dios de los dioses en Sión.² Bienaventurado aquel a quien le es concedido permanecer en este grado superior siquiera por un poco de tiempo, y puede decir: Siento la gracia de Dios, contemplo en el monte su gloria junto con Pedro y Juan y me deleito con Jacob en los abrazos de la hermosa Raquel... Cuando en su debilidad, el vértice del alma humana no pueda sostener por más tiempo el resplandor de la luz verdadera, descienda lenta y ordenadamente a alguno de los otros tres grados por los que había subido, y permanezca alternativamente en uno o en otro, según el impulso de su libre albedrío y teniendo en cuenta las razones de tiempo y lugar. Pues me parece que estará tanto más cercano a Dios cuanto más alejado esté del primer grado. Pero, ¡ay! ¡cuán frágil y miserable es la condición humana!

Podemos ver, por tanto, con ayuda de la razón y el testimonio de las Escrituras, que en estos cuatro grados se contiene la perfección de la vida bienaventurada, y que en ella debe consistir el ejercicio del hombre espiritual. Pero ¿quién es el que se mantiene en ese sendero de vida? ¿Quién es y lo alabaremos?³ Querer es de muchos, pero lograrlo de pocos.⁵ ¡Ojalá fuéramos de esos pocos!

¹ cf. Mt 13,44; ² cf. Sal 33,9. 45,11; ³ cf. Sal 83,6-8; ⁴ Si 32,9; ⁵ cf. Rm 7,18

SÁBADO II DE CUARESMA

Guigo II. Meditaciones
Méditation X, pp. 183. 184.

¿Cómo podrá comprenderse lo que es rara vez y con negligencia meditado, sobre todo si trata de una cosa tan sutil que es invisible? Porque la fe nos propone objetos invisibles y es preciso un gran esfuerzo del espíritu para poder asimilar algo. Si la saliva de la sabiduría venida de lo alto, del Padre de las luces,¹ no ablanda este alimento seco, trabajas en vano ya que las reflexiones que hiciste no llegan a tu inteligencia...

Mediante la meditación, esté siempre en tu boca² la ley del Señor para poder comprenderla bien sin cesar. Gracias a la inteligencia el alimento espiritual pasa al afecto del corazón, para que no descuides todo lo que has comprendido, sino que lo aproveches diligentemente por medio del amor. Porque tu inteligencia trabajaría en vano, si no amas lo que comprendiste: la sabiduría se encuentra en el amor. La inteligencia precede al espíritu de sabiduría y no halla gusto más que de una manera muy transitoria, pero el amor saborea el alimento sólido. Ahí, en el amor, reside toda la fuerza del alma y se reúne todo el alimento vital; y desde ahí se difunde la vida a todos los miembros, que son las virtudes. Así el Señor dice: «Guarda tu corazón con toda vigilancia, ya que de él brota la fuente de la vida».³ El amor, como el corazón, está en el centro; por él progresan y se afianzan los tres elementos que le preceden: la fe, la meditación y la inteligencia; y de él proceden y toman dirección los otros elementos que seguirán.

¹ Jc 1,17; ² cf. Sal 36,31; ³ Pr 4,23

DOMINGO III DE CUARESMA

Homilía de san Ambrosio, obispo y doctor

“Todo reino dividido será desolado”. El por qué de esta afirmación es el mostrar que su reino es indivisible y perpetuo, puesto que se lo acusaba de echar los demonios en nombre de Belcebú, príncipe de los demonios. Por eso también con toda razón, respondió a Pilatos: “Mi reino no es de este mundo”. Aquellos, pues, que no ponen su esperanza en Cristo, sino que creen que los demonios son arrojados en nombre del príncipe de los demonios, niegan ser súbditos de un reino eterno. Lo cual se aplica al pueblo judío, que en esta clase de males piden la ayuda de un demonio para echar otro. Pero ¿cómo puede permanecer en pie un reino dividido, cuando se ha perdido la fe?

El reino de la Iglesia, al tener una fe indivisible y al ser una unidad perfecta, permanecerá para siempre; pues “sólo hay un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos”. Resulta una gran insensatez, unida a un furor sacrílego, el hecho de que, habiéndose encarnado el Hijo de Dios para desterrar a los espíritus inmundos y habiendo dado también a los hombres el poder de destruir esos malos espíritus, despojándolo de su botín, que es la señal ordinaria de los vencedores, algunos invoquen en su favor la ayuda y la defensa del poder diabólico, cuando precisamente los demonios son arrojados “por el dedo de Dios”, o, como dice Mateo, “con el Espíritu de Dios”.

De aquí se desprende que el reino de Dios es indivisible como un cuerpo, puesto que Cristo es la derecha de Dios, y el Espíritu, al ofrecer la imagen de un dedo de Dios, parece expresar la unidad de la divinidad. Si, pues, el reino es semejante a un cuerpo unido, ¿no aparecerá, en verdad, como indivisible? Porque, como has leído, “en Cristo habita corporalmente la plenitud de la divinidad”; cosa, ciertamente, que no puedes negar tratándose del Padre, ni debes negarlo tampoco tratándose del Espíritu. Sin embargo, este símil no te debe hacer creer que en el poder hay una cierta división; pues esta división no cabe en una cosa indivisible, y por eso es necesario entender ese nombre de “dedo de Dios”, no como una distinción que hay que hacer en el poder, sino como un ejemplo de unidad, puesto que la derecha de Dios ha dicho: “Mi Padre y yo somos una misma cosa”, es decir, que aunque la divinidad es indivisible, las personas son distintas.

Pero cuando el Espíritu es llamado “dedo”, se nos quiere hacer ver su potencia operativa, puesto que el Espíritu Santo es también el autor de las obras divinas igual que el Padre y el Hijo. En efecto, David dijo: “Cuando yo vea los cielos, obra de tus manos...”, y en el Salmo 32, 6: “Y por el Espíritu de su boca existe todo poder”. También Pablo afirmó: “Todas estas cosas las obra el único y mismo Espíritu, que distribuye a cada uno según quiere”. Y, cuando Él dice: “Si yo arrojo los demonios por el Espíritu de Dios, entonces es que ha llegado a vosotros el reino de Dios”, nos enseña igualmente que hay una clase de poder en el Espíritu Santo, en quien está el reino de Dios, y que nosotros también, en quienes habita el Espíritu, somos una morada real. Y así dice más adelante: “El reino de Dios está dentro de vosotros”. Por eso debemos sostener que el Espíritu Santo posee la misma divinidad, soberanía y majestad imperial, pues “el Señor es Espíritu, y allí donde está el Espíritu del Señor, está la libertad”.

LUNES III DE CUARESMA

Beata Ángela de Foligno. El libro de la vida
“Le livre d’Angèle de Foligno”.
Traduit par J-F Godet, Éd. Millon, 1995. I, 2^o pas, p. 92.

Grandeza del amor de Dios

Camino de Asís, la primera vez que me habló el Espíritu Santo, me decía: «Hija mía, mi dulzura, ámame, pues te amo más de lo que tú me amas». Me acordé de mis pecados y de mis defectos, y de que no era digna de aquel gran amor. Entonces él me dijo: «¡Es tan grande el amor que tengo al alma que me ama de verdad!»

Me parecía que él deseaba que el alma, según sus posibilidades, le dé en retorno un poco de ese amor que él tiene por nosotros. Y si ella deseaba solamente tener ese amor, él se lo daría.

Él me decía también que ahora los buenos son pocos y que hay poca fe. Y me parecía que se quejaba. Decía: El amor que tengo por el alma, que me ama de veras, es tal, que yo daría a cualquiera que me ame verdaderamente, muchas más grandes gracias que las que di a los santos del pasado.

No hay nadie que pueda excusarse, pues todos pueden amarlo. Él pide sólo que el alma lo ame, y nada más, porque él la ama, y él mismo es el amor del alma...

Ella me decía a mí, el hermano que escribía: ¡Qué oscuras, es decir qué profundas son estas palabras: que Dios no pida al alma más que amarlo!

Luego, ella explicaba añadiendo: ¿Quién podrá retener algo para sí mismo con tal de amar?

Luego, explicando la expresión de que Dios es el amor del alma, decía: ¡Que Dios ame al alma y que sea él mismo el amor del alma, me lo muestra vivamente con su venida y con la cruz, siendo él tan grande! Él me explicaba todo, su venida, la pasión de la cruz y cómo era tan grande. Y vivamente añadía: Mira si hay en mí otra cosa más que el amor.

MARTES III DE CUARESMA

Beata Ángela de Foligno. El libro de la vida

Ibid. 2º pas, pp. 86-87.

El pecado enfrente del Amor

Un día que yo estaba en oración, me fueron dirigidas súbitamente palabras muy agradables: Hija mía, tú eres mi dulzura, mucho más que yo para ti. Tú eres mi templo, mis delicias. El corazón de tu Dios omnipotente reposa ahora en tu corazón. Y con estas palabras me sobrevino un sentimiento de Dios más fuerte que nunca: como yo jamás lo había sentido. Incluso todos los miembros de mi cuerpo sentían ese deleite y me desvanecí. Y él dijo: Dios, el todopoderoso, ha puesto un gran amor en ti, mayor que en ninguna otra mujer de esta ciudad; y él se deleita en ti. Dios se goza en ti y en tu compañera. Tratad de que vuestra vida sea una luz para cuantos os miren. Y todos los que vuelvan sus miradas hacia vosotras y no se conviertan, serán juzgados duramente...

El amor que Dios todopoderoso depositó en nosotros es tan grande que permanece continuamente con nosotros, pero no con estos sentimientos, y sus ojos nos miran al presente. Con los ojos del espíritu me parecía ver sus ojos, que me alegraban lo indecible. Yo sufro porque hablamos ahora de estas cosas como de broma.

Por muy grande que fuese mi alegría, mis pecados me venían a la memoria. Y yo no veía en mí ningún bien. Y pensaba que nunca había hecho cosa alguna agradable a Dios. Me acordaba de todas mis faltas y pensaba que no era cierto que me fueran dichas palabras tan extraordinarias. Por eso respondí: Si tú eres el Hijo de Dios todopoderoso, ¿por qué mi alma no recibe una alegría todavía mayor al sentir que tú estás en mí, una alegría tal que yo no podría soportarla, porque soy muy indigna? Y él respondió: Porque no quiero que tengas una alegría más grande: la modero para ti.

MIÉRCOLES III DE CUARESMA

Beata Ángela de Foligno. El libro de la vida

Ibid. 2º pas, pp. 90-91.

El pecado enfrente del Amor

Anteriormente él me había dicho: Hija mía, mucho más amada por mí de lo que tú me amas... Y dijo: Por razón de tus defectos te oculto algo del gran amor que te tengo, porque no podrías soportarlo... Mi alma comprendió que él me mostraba muy poco, por no decir nada, del amor que me tenía. Y mi alma preguntó: ¿Por qué tienes tanto amor por mí, que soy una pecadora? ¿Y por qué te deleitas tanto en mí, que soy tan fea y deforme, y te ofendo cada día de mi vida? En realidad yo veía entonces que no había hecho bien alguno sin muchas imperfecciones. Y me respondió: El amor que he puesto en ti es tal que no me acuerdo más de los defectos, y mis ojos no los ven. En ti he puesto un gran tesoro.

Entonces mi alma sintió que era ciertamente verdad y no dudaba de nada. Así sentí y vi que los ojos de Dios me miraban. De esos ojos yo recibía un tal deleite que nadie podría decirlo o manifestarlo, ni siquiera un santo que descendiese de lo alto.

Y al decirme que él me ocultaba su gran amor por mí, porque yo no podría soportarlo, le respondí: Siendo Dios todopoderoso, puedes hacer que yo pueda soportarlo. Y él me respondió: Si tuvieses actualmente todo lo que quisieras, no tendrías hambre de mí. Por eso no quiero hacer lo que dices. Pues yo quiero que en este mundo tengas hambre y deseo de mí, y que languidezcas por mí.

JUEVES III DE CUARESMA

Beata Ángela de Foligno. El libro de la vida
Ibid. 3º pas, pp. 99-100.

Los invitados al festín

La sierva de Cristo pidió una vez a Dios que le mostrase quiénes son sus hijos. Dios le puso este ejemplo entre otros: Supongamos un hombre que tenía numerosos amigos y los invitó a un festín. Quería determinar los sitios a quienes viniesen al festín. Habiendo preparado muy bien la comida, se dolió por la ausencia de algunos. En cuanto a los que vinieron, les hizo tomar sitio en la mesa. Aunque los amaba a todos y concedía a todos el participar del banquete, colocó a los que él amaba más en una mesa especial, junto a él. Aún más, él comía en un mismo plato y bebía en una misma copa con los que él amaba más familiarmente.

Entonces pregunté con un gran deseo: Señor, ¿cuándo invitarás así a todos? Dímelo. Y él respondió: He llamado a todos los hombres a la vida eterna y los he invitado. Que vengan los que quieran venir: nadie puede poner como pretexto que él no fue llamado. Para saber hasta dónde los he amado y deseado con todo mi corazón, no tienes más que mirar la cruz.

Luego dijo: He aquí que los llamados vienen y yo les hago tomar sitio en la mesa. Y me hizo comprender que él mismo era la mesa y el alimento que distribuía.

Entonces pregunté: Esos llamados, ¿por qué camino han venido? Y respondió: Por el camino de la tribulación. Son vírgenes, castos, pobres, pacientes y enfermos...

Así se manifestó que la virginidad, la pobreza, la enfermedad, la pérdida de los hijos, la tribulación y la pérdida de las posesiones... Dios las quería para sus hijos por su bien. Ellos no lo sabían ni lo sospechaban. Al comienzo se sentían abrumados, pero luego lo soportaban con paz y reconocían que aquello venía de Dios.

VIERNES III DE CUARESMA

Beata Ángela de Foligno. El libro de la vida

Ibid. 4º pas, pp. 113-114.

Grandeza y humildad de Dios

El Señor dijo un día a esta alma: Quiero mostrarte algo de mi poder. Al punto se abrieron los ojos de mi alma y veía a Dios en su plenitud. Y en esta plenitud veía el mundo entero, los continentes, los océanos, el abismo y todas las cosas. Y en todas estas cosas no veía más que el poder de Dios, que obraba según un modo inefable. Y mi alma, llena de admiración hasta el exceso, exclamó entonces: ¡Ese mundo es la obra grande de Dios! Y veía el mundo entero como una cosa pequeña, a saber los continentes, el abismo, los océanos y todo lo que existe, los veía como una pequeña cosa. Pero el poder de Dios desbordaba y llenaba todo.

Y me dijo: He ahí que te mostré algo de mi poder. Y comprendí que luego yo podría comprender mejor las otras cosas. Y él me dijo: Ve ahora mi humildad. Y vi la humildad tan profunda de Dios para con los hombres. Y mi alma, al descubrir el poder inefable de Dios y su humildad tan profunda, se maravilló y se vio como una pura nada, no viendo en sí casi nada más que el orgullo. Entonces comencé a decir que no quería comulgar, porque me parecía que yo era completamente indigna. Y en verdad yo era indigna...

Se acercaba la elevación del Cuerpo de Cristo. Y me dijo: Mira, el poder divino está ahora sobre el altar. Estoy dentro de ti; si me deseas, me has recibido ya. Comulga con la bendición de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Pues yo, siendo digno, te hago digna.

SÁBADO III DE CUARESMA

Beata Ángela de Foligno. El libro de la vida

Ibid. 5º pas, pp. 139. 142-143.

El amor de Dios penetra todo el ser

El alma puede saber que Dios está en ella de muchas maneras. Una de ellas es un abrazo que Dios da al alma. Nunca podrá imaginarse madre alguna al abrazar a su hijo, ni otra persona alguna en el mundo que abrace con tanto amor; de manera inexpresable Dios abraza al alma con un amor todavía más grande. Estrecha al alma con tanta dulzura y tanto amor que no creo que nadie en el mundo pueda sospecharlo, a no ser que lo haya experimentado... Y cuando el alma está segura de Dios, juntamente el cuerpo recibe seguridad y nobleza, y se restablece con el alma, aunque en una medida muy inferior. El cuerpo toma parte entonces de los bienes que experimenta el alma. El alma habla con el cuerpo y le hace donación. Suavemente le muestra la gracia que el cuerpo recibe por medio de ella; dulcemente le dice: Ves ahora qué bueno es lo que experimentas por mi medio, y cómo esto es infinitamente más grande que lo que puedes recibir por ti mismo; y sientes que se te ha prometido mucho más si te mantienes en armonía conmigo. Considera al presente los bienes que hemos perdido cuando no estabas en armonía conmigo, sino que te oponías a mí.

Entonces el cuerpo, avergonzado, se somete al alma y promete obedecerle desde entonces en todo; se siente agradecido al alma por los grandísimos bienes recibidos por medio de ella, que son superiores a lo que él podría conocer o desear, ni pensar que podrían imaginarse. Por eso el cuerpo, avergonzado, se somete al alma, le es agradecido y dice que le obedecerá en adelante. Y el cuerpo responde al alma con estas palabras: Mis placeres eran corporales y bajos; pero tú que eras tan noble y que gozabas tanto de Dios, no debías consentirme y hacerme perder tus bienes inmensos. El cuerpo se queja al alma y se lamenta larga y dulcemente, al sentir la dulzura del alma, superior a lo que él podría sospechar por sí mismo.

DOMINGO IV DE CUARESMA

Homilía de san Beda, presbítero y doctor

Los que al leer u oír los milagros de nuestro Señor y Salvador los consideran inteligentemente, no se preocupan tanto de admirar los fenómenos exteriores cuanto de atender al ejemplo que en ellos deben imitar o el misterio que deben contemplar. He aquí, pues, que, estando próxima la Pascua, la fiesta de los judíos, el Señor atraía la atención de la multitud que lo seguía, con su palabra de salvación y sus curaciones; pues, como escribe otro evangelista, les hablaba del reino de Dios y sanaba a los enfermos. Y, terminadas la predicación y las curaciones, los alimentó abundantísimamente con poca comida. Unámonos también nosotros, queridos hermanos, ahora que estamos a las puertas de nuestras fiestas pascuales, a la comunidad de nuestros hermanos para seguir al Señor de todo corazón; miremos atentamente lo que Él hace, para poder imitarlo.

Porque quien dice que permanece en Cristo, debe seguir sus huellas. Todo cuanto hallemos que existe en nosotros de ignorancia nociva, corriámoslo por medio de la audición frecuente de su palabra; y toda dolencia espiritual causada por el vicio tentador, curémosla pidiendo el socorro de su piedad. Y aunque nos consideremos unidos al Señor por la dulzura de una vida celestial, pidámosle encarecidamente su gracia: que se digne colmarnos de los dones de la necesaria compunción y de todas las otras virtudes espirituales, de modo que al llegar el tiempo de la celebración de su Resurrección, estemos preparados interior y exteriormente para recibir los Sacramentos puros de corazón y de cuerpo. Mas como hemos tratado esto brevemente, sería grato contemplar con atención toda la narración evangélica e indagar todo su sentido místico para presentároslo patentemente.

El hecho de levantar Jesús los ojos y ver la multitud que acudía a su encuentro, es indicio de la divina piedad, que acostumbra socorrer con la gracia de la misericordia celestial a todos cuanto a Él acuden. Y para que no se pierdan en el camino hacia su encuentro, da a los que lo buscan la luz de su Espíritu. (Que los ojos de Jesús significan místicamente los dones del Espíritu Santo, lo atestigua San Juan en el Apocalipsis, hablando en figura de Él: “Y vi un Cordero de pie, como inmolado, que tenía siete cuernos y siete ojos, que son los siete espíritus de Dios enviados a toda la tierra”). El preguntar Jesús a Felipe, para probarlo: “¿Dónde podremos comprar pan para dar de

comer a esta muchedumbre?”, fue con segunda intención, no para aprender Él algo que ignorase, sino para que Felipe, tentado, reconociese la lentitud de su fe en el Maestro cuyo propósito desconocía, y, realizado el milagro, le sirviese de corrección. No debía, en efecto, dudar en presencia del Creador, que “saca pan de la tierra y vino que alegra el corazón del hombre”, de que los panes comprados con unos pocos denarios bastarían para alimentar a una multitud de varios miles de personas, de tal forma que cada uno comiese lo suficiente y todos quedasen saciados.

“La gente entonces, al ver el signo que había hecho, decía: “Éste sí que es el Profeta que tenía que venir al mundo”. Con razón consideraban al Señor como un gran Profeta, pregonero de la gran salvación que iba a venir al mundo. Él mismo se dio el nombre de Profeta al declarar: “No está bien que un Profeta muera fuera de Jerusalén”. Con todo, aquellas gentes no tenían una fe perfecta, pues no sabían llamarlo también Señor. Al ver el prodigio, decían: “Éste es el Profeta que tenía que venir al mundo”. Mas nosotros, con un conocimiento más cierto de la verdad y de la fe, viendo el mundo creado por Jesús y los milagros por Él realizados, digamos: Éste es en verdad el Mediador entre Dios y los hombres, que hinche con su divinidad el mundo que Él mismo creó; que vino a los suyos para buscar al género humano y salvar lo que había perecido, para recrear el mundo que había creado; que está con sus fieles hasta la consumación de los siglos por la presencia de su divinidad; que ha de venir de nuevo con su humanidad al fin del mundo, para dar a cada uno según sus obras: a los impíos y pecadores arrojándolos al fuego eterno, a los justos haciéndolos entrar en la vida eterna, en la cual vive Él con el Padre en la unidad del Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

LUNES IV DE CUARESMA

*Beata Ángela de Foligno. El libro de la vida
Ibid. II, 25, pp. 256-257 (edición de 1926, II, 10 p. 239).*

No fue una broma el amarte

El miércoles de la semana santa estaba meditando sobre la muerte del Hijo de Dios encarnado, y trataba de vaciar mi espíritu de todo lo que lo llenaba para poder recoger mejor mi alma acerca de la pasión y muerte del Hijo de Dios encarnado... Entonces, de pronto,... una voz divina se hizo oír en mi alma: Para mí no fue una broma el amarte. Estas palabras me conmovieron, causándome un dolor mortal. Al punto los ojos de mi alma se abrieron y veía que lo que él decía era verdad. Yo veía las obras de ese amor, todo lo que hizo el Hijo de Dios a causa de ese amor. Veía todo lo que él, Dios y Hombre, sufrió en su vida y en su muerte, martirizado por razón de ese amor indecible y tierno. Veía todas las obras de la verdadera caridad en él, y comprendía cómo esa palabra era verdad en él. Sí, no era de broma lo que él me había amado, sino que era por un perfecto y ternísimo amor. Pero en mí yo veía igualmente todo lo contrario. Porque no lo amaba más que fingidamente. No de veras. Y al ver esto me venía una pena mortal y un dolor tan intolerable que me creía morir... Entonces, de repente, oí otras palabras que aumentaron mi dolor. Después de haberme dicho: «No fue una broma el amarte», veía que eso era tan verdadero en él, mientras era todo lo contrario en mí, y sentía tanto dolor que me creía morir. Y él me dijo: No he aparentado servirte. Y añadió: No me sentí lejos de ti. Estas palabras aumentaron todavía más mi pena mortal y mi dolor. Mi alma gritó: Dueño mío, lo que dices que no hubo en ti, existe en mí; mi amor a ti no fue nunca más que una broma y una mentira, nunca quise acercarme a ti realmente para sentir los sufrimientos que sentiste y soportaste por mí: jamás te serví más que de apariencias, y no de verdad.

MARTES IV DE CUARESMA

Beata Ángela de Foligno. El libro de la vida

Ibid. p. 258 (ou p. 240-241).

No fue una broma el amarte

Después de haberme dicho el Señor: «No fue una broma el amarte», yo veía cómo me había verdaderamente amado. Veía en él todas las señales y las obras del más auténtico amor: cómo se entregó total y enteramente para servirme; cómo se había acercado a mí de modo que se había hecho hombre para soportar y sentir de veras mis sufrimientos. Al ver todo esto en él, y en mí todo lo contrario, tenía tanta pena y dolor que creía morir. A causa de este dolor intenso, sentía separarse las costillas en mi pecho, y tenía la impresión de que mi corazón iba a explotar. Estando yo reflexionando de una manera particular sobre las palabras que había dicho: «No me sentí lejos de ti», él añadió: Soy más íntimo a tu alma de lo que ella lo es a sí misma. Y esto aumentó mi sufrimiento, porque cuanto más yo veía que él me era íntimo, tanto más me daba cuenta de la distancia a la que me encontraba respecto de él. Luego, pronunció todavía otras palabras para manifestarme su tierno amor. Dijo: No me alejaré de quien quiera sentir mi presencia en su espíritu; con mucho agrado me daré a ver a quien quiera verme; hablaré con el mayor gozo a quien quiera hablar conmigo. Estas palabras suscitaron en mi alma un hondo deseo de no querer sentir, ni ver, ni decir nada que pueda ofender a Dios. Eso es lo que Dios exige de un modo particular a sus hijos: puesto que los ha llamado y elegido para que sientan su presencia, para que lo vean y hablen con él, quiere que se guarden absolutamente de lo contrario. Al comienzo, cuando me mostró las características de sus hijos, me dijo: Todos los que me amen y me sigan en la pobreza, los dolores, el desprecio, éstos serán mis hijos legítimos. Y éstos serán tus hijos, y no los demás. Los que tengan el espíritu fijo en mi Pasión y en mi muerte, en donde sólo se halla la verdadera salvación, éstos serán mis hijos legítimos, y éstos serán tus hijos y no los demás.

MIÉRCOLES IV DE CUARESMA

*Beata Ángela de Foligno. El libro de la vida
Ibid. II, 30, pp. 269-271 (ou II, 24, pp. 302-304).*

Amor de Jesús en el Santísimo Sacramento

En el Santo Sacrificio hay que ver y considerar tres cosas; esas tres cosas son muy verdaderas... Son los dos aspectos del Dios-hombre y la manera con que el alma es conducida a ver esos dos aspectos.

Lo primero, es ver el amor inefable que Dios nos tenía y cómo desbordaba su amor entrañable por nosotros. Por ello se entregó a nosotros enteramente y para siempre. Lo segundo, es ver el inefable dolor mortal que sufrió por nosotros, ver, al momento de irse, cómo y cuándo debía partir, debiendo morir con aquella muerte tan dolorosa, y debiendo sufrir los dolores indeciblemente agudos, en medio del abandono. Me parece que esta verdad deben profundizarla quienes quieren celebrar este sacrificio y recibirlo.

El alma no debe limitarse a pasar por eso. Debe detenerse y mantenerse allí. La mirada que el Dios-hombre dirigía al género humano, era tan bondadosa que es bueno notar el amor inefable que lo decidió a abandonarse enteramente a nosotros en este santísimo sacrificio. Notad y ved quién es el que quiso permanecer en ese santísimo sacrificio. Él es EL QUE ES, y EL QUE ES, permaneció entero en este santísimo sacrificio... ¿Qué alma sería tan cruel que pudiese ver esa mirada filial tan amorosa sin transformarse al punto en amor? ¿Qué alma podría ver esa mirada dolorosa y amarga, y ver cómo él debería ser abandonado en el colmo de los dolores, visibles e invisibles, sin transformarse al punto enteramente en dolor? ¿Qué alma sería tan insensible al amor que pudiera ver cómo él la amó y cómo decidió morar todo él con nosotros en el santísimo sacrificio, sin ser ella transformada enteramente en amor?

JUEVES IV DE CUARESMA

Beata Ángela de Foligno. El libro de la vida

Ibid. p. 271 (ou p. 304-305).

Amor de Jesús en el Santísimo Sacramento

La mirada que el Dios-hombre nos dirigía, era verdaderamente amable sobremanera. Cuando le era inminente la muerte y estaba sufriendo agudos dolores sin cuento, mortales y completamente incomprensibles, ya que todos los dolores del alma y del cuerpo se hallaban reunidos; con todo, olvidándose de sí mismo, no abandonó su obra: itan grande fue el amor que nos tuvo! El amor divino es tal que atrae a sí siempre la cosa que él ama. Saca fuera de sí y fuera de todo lo creado, y lo atrae absolutamente al Increado. Entonces el alma se hace capaz de comprender cómo era toda la Trinidad la que concibió este santísimo sacrificio.

El alma se torna para ver este aspecto del Dios-hombre, es decir la presencia de su muerte y de todos sus sufrimientos. Como ella se transformó en amor a la vista del amor, así el alma se transformó en dolor a la vista dolorosísima del Amado abandonado. Al mirar el alma la mirada dolorida se transforma enteramente en dolor; en ella no penetra remedio alguno que pueda consolarla, sino que se convierte en dolor ella misma.

Todos los que quieren ser hijos fieles del santo sacrificio, deben proseguir viendo esta verdad. Cuando Cristo tenía esa mirada dolorida, se entregaba enteramente a nosotros; igualmente, al posar su mirada amorosa en nosotros, se nos entregaba todo él. Entreguémonos, pues, totalmente a él. Si no se hubiese contemplado la mirada triste y dolorida, la mirada amorosa causaría tanto gozo y alegría que el alma desfallecería; y si no se hubiese contemplado la mirada amorosa del hijo, la mirada triste y dolorida causaría tanto dolor que el alma también desfallecería. Una modera la otra.

VIERNES IV DE CUARESMA

*Beata Ángela de Foligno. El libro de la vida
Ibid. II, 22, p 253-255 (ou II, 25, pp. 306-308).*

Sumisión de Jesús a las criaturas durante su Pasión

Hijos de Dios, ved cómo el Dios, hombre de dolores, os ha amado de la manera más pura y más fiel, sin reserva alguna, entregándose totalmente, y sólo por amor a ti, hombre. Esa pureza en el amor, esa humildísima fidelidad, según la capacidad de la criatura, es todo lo que él pide a sus hijos legítimos que le den en retorno. Por eso tuvo siempre y quiso tener siempre seres que, con una fe viva, sirviesen fidelísimamente al Dios fiel...

A causa de su amor a nosotros, purísimo y fidelísimo, se sometió del todo humildemente no sólo a las criaturas racionales, sino también a las criaturas desprovistas de razón y de sentimientos. Aunque Dios haya sometido todas las cosas a la criatura racional, sin embargo, ellas están sometidas muy justamente al Creador. Ahora bien, el Creador se anonadó de tal manera únicamente por amor a ti, se abajó y humilló de tal forma por amor a ti, que dio pleno poder de ejercer sobre él su acción no solamente a la criatura racional, sino también a las criaturas desprovistas de razón y sentimientos. Así dio poder a las espinas para penetrar y horadar cruelmente su cabeza divina. Dio poder a las ligaduras y a la columna de atarlo, de apretarlo y de tenerlo sujeto allí.

Hijos de Dios, dadme esta alegría, sed fieles a ese Dios que os es tan fiel, dejaos conmovir enteramente por esa fidelidad tan humilde y esa humildad tan fiel que tuvo por nosotros. Porque es únicamente por ti que el Autor de la vida se bajó de tal manera él mismo por exaltarte que permitió a las cosas insensibles golpearlo y lacerarlo, a él, Autor de la vida y de tenerlo atado en un lugar, a él que no puede ser circunscrito.

SÁBADO IV DE CUARESMA

*Beata Ángela de Foligno. El libro de la vida
Ibid. II, 22, p 255-256 (ou II, 25, pp. 306-308).*

Sumisión de Jesús a las criaturas

El Autor de la vida dio poder a las varas para golpearlo duramente. Dio poder a los clavos para horadar y penetrar las manos y los pies divinos del que todo lo ha hecho, como puede decirse. Dio poder al patíbulo, llamado cruz, para sujetar a su Autor y Señor ensangrentado y llagado. Dio poder a la esponja, al vinagre, a la hiel y a otras muchas cosas insensibles, para injuriar a su Autor, su Señor, y tener pleno poder sobre él. Incluso dio poder a la lanza para penetrarle, abrirle y atravesar su divino costado.

Esas criaturas deberían y podrían obedecer a su Señor, a su auténtico Autor, y no a la criatura que abusaba de ellas. Pero, ¡cómo la humildad profundísima, perfecta y absolutamente inaudita de aquella alta majestad abaja y confunde el orgullo de nuestra nada! El Autor de la vida, el único que ES, quiso someterse y anonadarse a todas las criaturas, incluso a las insensibles, para que tú que estabas muerto e insensible a las cosas divinas, encuentres de nuevo la vida mediante su humilde abajamiento. A ti, hombre, que no eres nada, el único que ES, te amó con pureza y fidelidad de modo que quiso ser anonadado únicamente por tu amor, para darte un ser perfecto...

¡Con qué fidelidad sin par el Increado sirvió a su criatura, él que, sólo por ella, obedeció incluso a las criaturas insensibles! Obedeció, únicamente por ti, a todas las tribulaciones. Obedeció, sólo por ti, a todas las injusticias. Obedeció, exclusivamente por ti, a todos los ultrajes. Obedeció, solamente por ti, a toda penalidad. Obedeció, precisamente por ti, a todo sufrimiento. Obedeció a la muerte, tan sólo por ti, oh humano.

DOMINGO V DE CUARESMA

Homilía de Isaac de Nínive

Cuando abor das la Sagrada Escritura, examina cada palabra para calcular y comprender con mucho discernimiento la profundidad y la santidad de los sentidos que encierra. Aquellos a quienes la gracia divina ha conducido durante su vida entera a la iluminación, sienten continuamente como que un rayo sutil atraviesa los versículos escritos y esclarece el sentido espiritual de las palabras desnudas y de las cosas divinas dichas, las cuales tienen para el alma un sentido profundo. Cuando un hombre lee los versículos con espíritu sutil, su corazón también se afina y se sosiega. El poder divino da a la mente, con una comprensión maravillosa, un sabor muy dulce. Todo ser se une ordinariamente con su semejante. Así, el alma que participa del Espíritu, al oír en su interior una palabra que esconde una fuerza espiritual, acoge con ardor lo que esa palabra le revela. Mas no todos los hombres son tan despiertos.

Lee también los Evangelios que el Señor ha dado para que el mundo entero pueda conocerlo, para que la inteligencia se penetre del poder de su Providencia de generación en generación y se abisme en sus maravillas. Esa lectura te ayudará a conseguir la finalidad de tu vida. Pero que tu lectura se haga en lugar solitario, lejos de todos. Procura estar libre de todo cuidado del cuerpo y de la preocupación por las cosas, para que puedas perseverar en la lectura hasta llegar a gustar en tu interior la grata dulzura de una comprensión que sobrepasa lo que alcanzan los sentidos. He aquí la señal que te indicará que has entrado hasta esas profundidades: cuando la gracia comience a abrir tus ojos a la contemplación de las cosas como ellas son en verdad, esos ojos tuyos comenzarán a verter lágrimas tan abundantes que regarán tus mejillas. Entonces tu combate interior, promovido por los sentidos, se aquietará o amortiguará.

La naturaleza del alma es sutil y delicada. Acontécele, cuando se enfervoriza, desear sobrepasarse y alcanzar lo que está por encima de ella. Frecuentemente la lectura de las Sagradas Escrituras le da a entender un poco. Pero cuando le es dado compararse con eso que ha comprendido y considerar hasta dónde ha penetrado con ese conocimiento, reconoce su propia medida tan pequeña, tan incapaz, que su espíritu se llena de temor y temblor, de modo que el miedo la obliga a refugiarse de nuevo en su bajeza, avergonzada de haber tenido la osadía de tocar cosas espirituales que exceden su

capacidad; pues tales misterios son pavorosos, y el alma se estremece ante ellos. El buen sentido aconsejale guardar silencio, permanecer prudente para no perderse, no buscar lo que la sobrepasa ni querer sondear lo que es más profundo de ella.

Así, pues, cuando te es concedido comprender, comprende; mas no pretendas descubrir por ti mismo los misterios. Adora, glorifica y da gracias en silencio. Así como no es bueno comer demasiada miel, tampoco conviene sondear demasiado las palabras de Dios, no sea que, queriendo percibir las cosas que aún están muy lejanas por no haber andado todo el difícil camino, dañemos la vista e impidamos la visión. Ocurre, en efecto, que vemos a veces fantasmas en lugar de la verdad. Y, cuando la inteligencia pierde el ánimo por haber aspirado a cosas demasiado elevadas, se olvida de su fin. Muy certeramente lo dijo Salomón: “Como ciudad desmantelada, sin murallas, es el hombre que no domina su ánimo”. Purifica, pues, tu espíritu, despréndete de la inquietud por las cosas que están por encima de tu naturaleza, cubre tus pensamientos y tus actos con el velo de la castidad y la humildad, y hallarás todo lo que tu interior encierra. Porque los misterios le son revelados a los humildes.

LUNES V DE CUARESMA

Antonio de Molina. Ejercicios espirituales

Decimotercer tratado de la segunda parte.

Meditación I, punto 1. 3. Barco Lopez, Madrid 1806, pp. 481. 483.

Del recibimiento que se hizo a Cristo nuestro Señor en Jerusalén el Domingo de Ramos

Pondera... la gran nobleza y generosidad de ánimo de Cristo nuestro Señor, pues habiendo recibido en Jerusalén tantas injurias y agravios, sabiendo que últimamente en público consistorio y concilio general se había decretado darle la muerte; sin embargo de todo esto se les va a entrar por las puertas, y les cura sus enfermos, y les predica y enseña con tanto amor y deseo de su bien, como si fueran muy amigos suyos¹, porque siempre su bondad vence nuestra malicia y desagradecimiento ; y al fin, por muchas que sean las aguas de las persecuciones no pueden apagar el fuego de su caridad. Saca de aquí afectos de agradecimiento, y de hacer todas las cosas del servicio de nuestro Señor, por penosas que sean en sí mismas, con ánimo alegre, gozoso y fervoroso...

Tu Rey viene para ti², y es gran consuelo saber, que no es como los otros reyes, que echan tributos a sus vasallos, y a costa de ellos se enriquecen a sí mismos. Porque este divino rey todo él es para sus súbditos, para nuestra salud, para nuestro consuelo, para nuestro remedio, para nuestra defensa y amparo, para nosotros viene, para nosotros nace, para nosotros trabaja, para nosotros ayuna y ora, para nosotros vive, muere y resucita, y sube a los cielos, y no como quiera para todos juntos sino para cada uno en particular y singularmente, como si para él solo fuera; por esto dice, que viene para ti. Recíbelo, pues, con humildad y mansedumbre, así como él vino para ti manso y humilde.

¹ Ct. 8; ² Rm 6

MARTES V DE CUARESMA

Antonio de Molina. Ejercicios espirituales

Ibid. Meditación V, Cuarto punto.

De cómo fue presentado a los Pontífices Anás y Caifás

Todas las cosas que el Señor padeció en su pasión, las padeció dos veces, una por mano de los verdugos que lo azotaron, coronaron, y crucificaron, etc. y otra aquí de su propia voluntad, y espíritu, que hicieron fuerza a la parte inferior, para que contra su natural inclinación consintiesen en todo lo que después padeció de hecho, sintiéndolo tanto aquí con la viva y distinta representación de ello como cuando realmente fue azotado, coronado, y crucificado; y los testigos de esto fueron las gotas de sangre, que exprimidas con la gran congoja salieron de su sagrado cuerpo...

Acuérdate en este paso de aprovecharte de esta tristeza y dolor tan intenso que el Señor tuvo por tus pecados, para ofrecerla al Padre Eterno en suplemento de la poca contrición que tú tienes de ellos...

Últimamente pondera, cómo acabada la oración, alza el Señor la cabeza del suelo, y se levanta, para ir a visitar a sus discípulos, y ofrecerse a los que lo venían a prender. Mira bien cuán molido y quebrantado quedó de haber estado tanto tiempo postrado, y de la gran congoja y angustia que había padecido, y de un sudor tan congojoso y extraño. El rostro tendría todo inflamado, y bañado en sudor sangriento, y los ojos hinchados, y llenos de lágrimas, sin tener con qué limpiarse, ni ropa que mudarse. Mira cuán dichoso serías si merecieras hallarte allí y ayudar a limpiarle el sudor, pues el gran peso de tus pecados lo ha puesto en gran congoja y aprieto, como ahora lo ves.

MIÉRCOLES V DE CUARESMA

Antonio de Molina. Ejercicios espirituales

Ibid. Meditación VII, punto 2, 4, pp. 523. 526.

De como fue presentado a los Pontífices Anás y Caifás

Sin más información y sin guardar más términos de derecho lo condenan todos por ser digno de muerte. La cual sentencia, aunque el Señor conoció ser injusta y temeraria, con grande amor y deseo de nuestra salud, la acepta dentro de su corazón. Pero tú, mientras todos dicen que es digno de muerte, di con gran afecto de tu alma, con los cortesanos del cielo: Digno eres, Señor, de gloria, honra, y alabanza, de vivir y reinar por todos los siglos de los siglos...

Lo que el Señor padeció esta triste noche, y las cosas que oyó de esta gente..., excede mucho a lo que la consideración puede alcanzar. Y el glorioso San Jerónimo afirma, que no se sabrá enteramente hasta el día del juicio. Y así tienes aquí muy ancho campo y copiosa materia, para piadosas y devotas meditaciones, considerando la crueldad y vileza de los ministros, y el odio y rabia que tenían contra el Señor; y por otra parte su gran paciencia, mansedumbre y caridad, que no cesaba de orar por aquellos mismos que así lo trataban, compadeciéndose de su ceguera. Compadécete de su gran fatiga, y pondera cuán cansado, molido y quebrantado estaría de tantos trabajos como había padecido desde el jueves en la tarde. Procura hacerle compañía siquiera alguna parte de esta noche tan trabajosa, y suplícale te dé a sentir lo que en ella padeció, demás de lo que está escrito, y comúnmente se sabe, y ofrécelo al Padre Eterno por tus pecados ocultos, y pídele luz para conocerlos, y gracia para enmendarlos.

JUEVES V DE CUARESMA

*Antonio de Molina. Ejercicios espirituales
Ibid. Meditación X, segundo punto, pp. 543-545.*

El Señor coronado de espinas.

Considera cómo... le asientan la corona en la cabeza apretándola reciamente con palos, de manera que las espinas o puntas por todas partes penetraron el sagrado cerebro, llegando hasta los huesos; y después buscando la caña, y hincando la rodilla, se la ponen en la mano... Salid almas cristianas, redimidas con la sangre de este divino cordero; salid de vosotras, salid de juicio, y del sexo humano para la gran admiración y dolor de ver este espectáculo, o por decir mejor, entrad dentro de lo interior de vuestro espíritu, para considerar a vuestro divino Esposo, y verdadero Rey, pacífico, humilde, y manso,... y mirad con cuánta razón se llama esposo de sangre pues todo está bañado en ella, y ésta es la librea con que se adornaba para su desposorio... Mira, pues, cómo por todo el rostro y cuello comenzaron a correr hilos de sangre, de manera que la cabeza, donde parece que no habrían alcanzado tanto los azotes, es ahora más cruelmente herida y atormentada con las espinas¹, para que con esto se cumpliese bien enteramente la profecía, que desde la planta del pie hasta la corona de la cabeza, no había cosa sana en su cuerpo... Pondera, cómo estos hombres perdidos, aunque no quieren, ni lo entienden, en lo mismo que hacen por desprecio y ultraje, significan que el reino de Cristo es eterno, y su corona fija, impresa en su misma persona, que no se quita y se pone tan fácilmente como la de sus reyes terrenos, que por esto vio el evangelista San Juan en su revelación², que tenía impreso y estampado en el muslo este título: Rey de los reyes, y Señor de los señores; y también el mismo Señor nos quiso enseñar, que en esta vida no queramos otra corona sino de espinas, trabajos, deshonras, y persecuciones, reservando la corona de gloria y deleites para después de la resurrección.

¹ Is 1; ² Ap 19

VIERNES V DE CUARESMA

*Antonio de Molina. Ejercicios espirituales
Ibid. Meditación X, cuarto punto, pp. 547, 548.*

Ecce Homo

Aunque esta palabra *Ecce Homo* la dijo Pilato en un solo sentido, tiene en sí gran significación, y se puede y debe considerar de otras muchas maneras. Lo primero, que el Padre Eterno diga a cada uno de los hombres: *Ecce Homo*. Mira, hombre, cuánto es el amor que te tengo, y cuánto estimo la salud de tu alma, pues por ella he dado a mi Hijo unigénito, a quien amo como a mí mismo, y en quien me agrado y tengo todos mis deleites y regalos. Mira bien este hombre y considera, que juntamente es Dios verdadero, engendrado de mi substancia, y que por tu amor lo he entregado a la furia y rabia de sus enemigos, y consentido que le pongan cual lo ves. En él conoce el amor que te tengo, y aprende a devolverme como se merece esta caridad, amándome con amor puro y verdadero...

Lo segundo, que el mismo Hijo diga también a cada uno de los hombres: *Ecce Homo*. Mira, hombre,... a qué extremo de miserias me han traído tus pecados,... Considera bien este hombre que ves presente, imprime esta figura en tu corazón, y aprende en ella a despreciar las honras, riquezas, deleites,... y si te precias de ser mi discípulo, y deseas serlo de verdad, procura imitar esta humildad, obediencia, mansedumbre, paciencia, perfecta caridad con que amo y deseo la salud de los que me están aborreciendo y atormentando. Lo tercero, que cada uno de los hombres, respondiendo, diga al Padre Eterno: *Ecce Homo*... Mirad que es hombre y hermano de todos los hombres, y que a todos los tiene dentro de su corazón. Y miradnos a nosotros, no a solas, sino en cuanto estamos contenidos en él, y unidos con él como miembros suyos. Yo como uno de ellos, os lo presento, y ofrezco todos sus merecimientos en satisfacción de mis pecados y suplemento de todas mis faltas.

SÁBADO V DE CUARESMA

*Antonio de Molina. Ejercicios espirituales
Ibid. Meditación XI, cuarto punto, pp. 555. 556.*

De cómo Nuestro Señor llevó la Cruz

Al fin, como vieron los pontífices, iba tan debilitado que temieron no se les muriese antes de ponerlo en la cruz; y por eso, y por darle más prisa, obligaron a Simón Cireneo que la llevase hasta el Calvario. ¡O alma mía! no pierdas esta ocasión, sal al encuentro de aquellos judíos, que buscan quién lleve la cruz: díles, que tú la llevarás de muy buena gana, y aun se lo pagarás porque te la dejen llevar. ¡O Jesús, fatigado del camino, cansado y molido por el peso de mis pecados! ¡quién fuera tan dichoso que pudiera daros este alivio en tiempo que tanto le había de menester; y que no sólo llevara vuestra cruz con el Cireneo, sino que fuera con Vos enclavado en ella, o en otra junto a la vuestra, como Dimas, el ladrón, y allí acabara su vida en vuestra compañía! Pondera aquí cómo el Señor sobrenaturalmente había tenido fuerzas para todo lo que había padecido hasta aquí, aunque excedía las fuerzas naturales, pudiera asimismo darlas a su cuerpo para que llevara la cruz aquel camino que faltaba: mas quiso con particular disposición de su providencia, la llevase otro, para dejar asentada y enseñada esta doctrina tan importante, que quiere que sus fieles lo ayuden a llevar la cruz, y que no se la dejen llevar a él solo, sino que cada uno tome la suya, cumpliendo lo que el divino maestro había enseñado, cuando dijo: El que quisiere venir en pos de mí niéguese a sí mismo, y tome su cruz y sígame. Mas advierte, que no has de llevar la cruz forzado como el Cireneo, sino voluntaria y desinteresadamente, como lo significa aquella palabra: Si alguno quisiere venir tras mí, tome su cruz y sígame. Y cruz suya se llama aquella que Dios le da a cada uno, enviándole trabajos, persecuciones u otras cualesquier adversidades, aceptándolas de voluntad, que eso es tomarla.

DOMINGO DE RAMOS

Homilía de san Juan Crisóstomo, obispo y doctor

A la verdad, muchas veces había el Señor entrado en Jerusalén, pero nunca con tanta solemnidad como ahora. ¿Qué causa hubo para ello? En las anteriores entradas estaba aún en los comienzos de su ministerio y ni Él era muy conocido todavía ni tampoco estaba cerca el tiempo de su Pasión. De ahí que tratara con sus discípulos de modo más corriente y buscando más bien ocultarse. Porque, de haber hecho entonces una manifestación como ésta, no sólo no hubiese sido admirado, sino que hubiese encendido más la ira de sus émulos. Mas ahora, cuando ha dado ya pruebas bastantes de su poder y la cruz era inminente, no tiene inconveniente en brillar más y hacer con mayor solemnidad aquellas mismas cosas que más habían de irritarlos. No hay duda que también había podido hacer todo esto desde el principio, pero no hubiera resultado provecho ni utilidad alguna.

No consideréis, no, sin importancia el hecho. Porque, ¿quién persuadió a aquellos aldeanos, que sin duda serían pobres labradores, a no resistir cuando les llevaban sus animales? Mas ¿qué digo a no resistir? A no decir una palabra, y si la dijeron, a callarse luego y ceder. A la verdad, tan admirable fue, si nada dijeron cuando se les llevaban las bestias, como si dijeron y luego callaron ante la explicación de los apóstoles de que: el Señor tiene necesidad de ellos, y se los dejaron sin resistencia. Y eso que no veían al Señor, sino a sus discípulos. Por este hecho enseñaba Él a sus apóstoles que también a los judíos podía absolutamente haber impedido, a despecho de su mala voluntad, que lo atacaran y reducirlos a silencio, y que, si no lo hizo, fue porque no quiso. Y todavía les daba ahí otra enseñanza a sus discípulos: que habían de estar prontos a darle cuanto Él les pidiera, y aun cuando les exigiera entregar la vida misma, aun la vida habían de entregar por Él sin resistir. Porque si unos desconocidos le cedieron sus bestias, con cuánta más razón habían de desprenderse ellos de todo.

Montó sobre la burra para procurarnos también una norma de filosofía. Porque, sin duda, que no se contentaba el Señor con cumplir las profecías ni con demostrar la doctrina de la verdad. No. Su vida tenía también por fin corregir por estos mismos medios nuestra propia vida, señalándonos en todas partes las normas del necesario uso y rectificando por todos los modos nuestra conducta.

De ahí que cuando quiso nacer no buscó un espléndido palacio, ni una madre rica e ilustre, sino pobre y esposa de un artesano. Y nace, en efecto, en una cueva y es reclinado en un pesebre. Y al escoger a sus discípulos, no escoge oradores y sabios, ni opulentos y nobles, sino pobres y de pobres nacidos y por todos conceptos oscuros. Y cuando se pone a la mesa, unas veces se le sirven panes de cebada; otra, en el momento mismo, manda a sus discípulos a comprar comida a la plaza pública. Y si ha de hacer un lecho, lo hace de heno. Si ha de vestirse, sus ropas son pobres y que en nada se diferencian del común de las gentes. Casa, ni la tenía siquiera. Si ha de trasladarse de un lugar a otro, lo hace a pie, y de tal manera que se fatiga.

Si ha de sentarse, no necesita sillones ni almohadones, sino que lo hace sobre el suelo, unas veces en el monte, otras sobre el brocal de un pozo. Y no ya solo junto al pozo, sino que allí está solo y allí conversa con la Samaritana. Hasta para señalarnos la medida en el dolor, cuando Él llora, lo hace moderadamente, marcándonos, como antes he dicho, normas y límites en todo, hasta donde nos es lícito llegar, pero no pasar más allá. Por eso, sin duda, también ahora, ya que por su flaqueza había de haber algunos que necesitarían de cabalgaduras, también aquí nos señala la medida, mostrándonos que no se debe ir a caballo ni sobre tronco de mulos, sino sobre un asno y no pasar más allá. Que la necesidad, en fin, sea siempre nuestra norma. Mas veamos también la doble profecía, la de las palabras y la de las obras. ¿Qué dice, pues, la profecía? Mira que tu rey viene a ti manso, montado sobre animal de carga y sobre pollino joven, no conduciendo carros, como los otros reyes; no exigiendo tributos, no espantando, no rodeado de escolta de lanzas, sino mostrando, aun en su triunfal entrada, la mayor modestia.

LUNES SANTO

Antonio de Molina. Ejercicios espirituales
Ibid. Meditación XIII, séptimo punto, p. 575.

La muerte de Cristo

Pondera cómo antes de expirar inclinó el Señor la cabeza¹, para significar que moría por la obediencia al Padre, al cual había sido obediente hasta la muerte. Y también para despedirse de su Santísima Madre², y encomendarle el cuerpo que de ella había recibido, pues no podía dar otra muestra de despedida; y para convidar a los hombres con el beso de paz, y certificarles, que no estaba enojado con ellos, sino que está aparejado a recibirlos todas las veces que a él se volvieren, y para asegurarles, que les concederá todo cuanto le pidieren, y que a todas sus peticiones dirá que sí. Y por eso quiso que quedase de esta manera inclinada la cabeza, y que su imagen, delante de la cual hacemos oración, se pinte así: la cabeza inclinada, los ojos bajos, para mirarnos, los brazos abiertos, para recibirnos y abrazarnos, los pies enclavados para esperarnos, el corazón traspasado y descubierto para mostrarnos el amor que nos tiene, las llagas abiertas, para que tengamos en ellas nido y refugio donde escondernos, y puertas abiertas por donde entrar; y finalmente, para que todos sus miembros, aun después de muertos, nos estén diciendo el amor que nos tiene.

¹ Jn 19,30; ² Jn 19,26-27

MARTES SANTO

Antonio de Molina. Ejercicios espirituales
Ibid. Meditación XIV, primer punto, pp. 577, 578.

De la lanzada que le dieron después de muerto

Aunque no quiso el Señor que le quebrantasen las piernas, quiso que le abriesen el costado, y así, aunque no sintió dolor con esta lanzada, fue meritoria de nuestra salud, por la injuria que el sagrado Cuerpo recibió, y por haberla recibido de su propia voluntad, como todo lo demás de su pasión. Y debes notar, que no dice el evangelista que el soldado hirió al Señor con la lanza, ni dice que le rompió el costado, o que llagó, sino que le abrió el costado, para que entiendas que el intento de recibir esta lanzada, fue para abrirnos el Señor su pecho, y descubrirnos el excelentísimo amor que nos tenía, y que viésemos que todo cuanto había padecido, había sido por tener llagado el corazón de amor por los hombres; y en señal de esto, quiso que se lo abriesen con una lanza, y que se quedase así abierto, para que por aquella puerta grande del costado pudiésemos todos entrar hasta su corazón, guarecernos, y librarnos de todos los peligros y tentaciones, como por la puerta que abría Noé en el costado del arca¹ entraron todos los animales a guarecerse del diluvio. Y para que estemos ciertos que aquella puerta siempre la hallaremos abierta y patente; y también para que así como herida la piedra en el desierto con la vara de Moisés, salieron aguas en gran abundancia para remediar la sed y necesidad de todo aquel Pueblo²; así herido el costado de Cristo (que es la verdadera piedra) con la lanza del soldado, se abriese una fuente divina, de donde procediesen los santos Sacramentos, que son como siete fuentes, que siempre están manando gracia y salud para las almas. Y así como durmiendo Adán en el Paraíso sacó Dios de su costado a Eva³, así durmiendo el segundo Adán el sueño de la muerte en la cruz, de su divino costado abierto saliese su esposa la Iglesia, que es la verdadera Eva, Madre de todos los vivientes.

¹ Gn 6; ² Nm 12; ³ Gn 3

MIÉRCOLES SANTO

De un Sermón de san Doroteo de Gaza

¿Cómo se construye la casa del alma? Podemos saberlo tomando como tipo la casa material. El que quiere construir ésta, tiene que consolidar todo el conjunto, levantando los cuatro costados, sin limitarse a uno descuidando los otros, pues en este caso trabajaría inútilmente, empleando mal el tiempo y las expensas. Lo mismo vale para el alma. El hombre no debe descuidar ninguno de los elementos de su propio edificio; ha de levantarlo todo por igual, con armonía. He aquí lo que dice el Abad Juan: “Quiero que el hombre adquiriera un poco de cada virtud, y que no se limite, como hacen algunos, a escoger una sola para practicarla dejando a un lado las demás. Tal vez tienen predisposición para esa virtud, y por eso no son tentados por la inclinación contraria a ella; pero se engañan en cuanto a las otras pasiones, y, dominados por éstas, no se preocupan de ellas, pensando poseer algo grande con aquélla. Estas personas se parecen a uno que levantara una pared lo más alto posible, sin ninguna defensa, no reparando en que bastará un golpe de viento fuerte para echarla abajo, pues está aislada, sin apoyarse en otros muros”.

El que quiere construir su casa para que le sirva de resguardo, tiene que edificarla por los cuatro costados y dejarla bien terminada por todas partes. Voy a decirlos cómo. Lo primero que debe hacer es echar los cimientos, es a saber, la fe, pues sin fe –dice San Pablo– es imposible agradar a Dios. Sobre este fundamento ha de levantar el edificio con las debidas proporciones. ¿Se le ofrece una ocasión de obedecer? Coloque una piedra de obediencia. ¿Se irrita un hermano contra él? Ponga una piedra de paciencia. ¿Encuentra una oportunidad de practicar la templanza? Añada una piedra de templanza. Así, de cada virtud que le salga al paso debe colocar una piedra en la construcción, mezclando una de compasión con otra de renuncia a la voluntad propia, o de mansedumbre, y así sucesivamente. En este trabajo ha de prestar especial atención a la perseverancia y a tener un ánimo esforzado, que son las piedras angulares gracias a las cuales la casa queda bien asentada, pues los muros se unen impidiendo mutuamente su inclinación, ya que se apoyan entre sí. En efecto, sin perseverancia y ánimo resuelto no se tiene energía para alcanzar ninguna virtud. Sin este coraje no se persevera, y sin perseverancia no se logra el éxito.

El constructor debe aglutinar las piedras con argamasa, pues de lo contrario se desprenderían y la casa se desmoronaría. La argamasa es la humildad, que procede de la tierra y es por todos pisoteada. Cualquier virtud sin humildad deja de ser virtud. Así como es imposible levantar una torre sin expensas, así es inimaginable salvarse sin humildad. Por consiguiente, el bien que hacemos debe ser hecho con humildad, para que ésta proteja la obra que nace. Además, la casa debe tener la conveniente armazón de hierro; ésta es la discreción, que robustece la construcción e incluso la embellece. El techo es el amor, perfección de la virtud como el techo es el remate del edificio. En la terraza del edificio se pone una barandilla. ¿Cuál es ésta? Ya en la Ley de Moisés estaba escrito: “Cuando construyáis una casa y la cubráis con terraza, poned en ésta una barandilla con el fin de que no se caigan vuestros hijos”. La barandilla es la humildad; ella es la que guarda y protege a todas las virtudes.

Ya tenemos, pues, la casa terminada. Entonces, ¿no falta nada? Sí, queda una cosa que habíamos olvidado interpretar. ¿Cuál es? El arquitecto. Si no es experto, es probable que haga el edificio inclinado, y éste se arruinará sin tardanza. Es experto el que trabaja con sabiduría. Quien practica la virtud sin discreción estará deshaciendo lo que hace, y no hallará modo de terminar, pues coloca una piedra y retira dos. Por ejemplo: Sucede que un hermano te dice una palabra ofensiva que te hiere, pero tú callas y hasta le haces una reverencia: has colocado una piedra en tu edificio. Mas después vas a hablar con otro hermano y se lo cuentas: “Fulano me ofendió, me dijo esto o lo otro, y yo no sólo lo aguanté, sino que hasta le hice un saludo de cabeza”. Pusiste una piedra y quitaste dos. Pues se puede hacer una reverencia para quedar bien, pretendiendo así juntar la humildad con la vanidad. Esto significa poner piedras y volverlas a quitar. Por el contrario, quien se humilla exteriormente con sabiduría y discreción, está convencido de haber faltado y de ser él el culpable. Finalmente, digamos que es preciso practicar todas las virtudes hasta adquirir el hábito de todas ellas. Entonces es cuando el arquitecto demuestra su capacidad para construir con seguridad su casa.

JUEVES SANTO

De un sermón de san Barsanufio, recluso

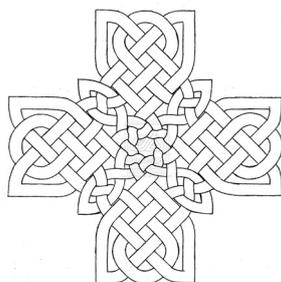
Si quieres edificar tu casa, prepara antes los materiales y todo lo necesario. Y luego, que venga el albañil a levantarla. Las cosas necesarias para la construcción de este edificio, son: la fe firme para levantar las paredes maestras; ventanas que permitan la entrada del sol para que ilumine la casa, de suerte que no haya en ella lugar oscuro: estas ventanas, de madera, son los cinco sentidos reforzados por la preciosa Cruz de Cristo, que dejan pasar la luz del Sol espiritual de justicia y no permiten que quede lugar alguno a oscuras en casa (me refiero a las tinieblas del enemigo que odia el bien). Luego, tienes que cubrir la casa con tejado, a fin de que “de día el sol no te haga daño, ni la luna de noche”. El tejado simboliza la caridad para con Dios, que “nunca se apaga”; ésta cubre la casa y no deja que el sol se ponga mientras estemos airados, para que no lo encontremos el día del juicio acusándonos, y nos queme con el fuego de la gehenna; tampoco permite que la luna nos acuse de nuestra molicie e indolencia durante la noche, para que no ardamos en el castigo eterno. Es menester, finalmente, que la casa tenga una puerta para entrar y para guardar al que en ella mora. Al referirme a la puerta, piensa tú, hermano mío, en la puerta espiritual, el Hijo de Dios, que dijo: “Yo soy la puerta”. Si así dispones tu casa, de modo que nada en ella pueda desagradar al Señor, vendrá Él con el Padre bendito y con el Espíritu Santo a aposentarse en ella, y te enseñará en qué consiste el retiro e iluminará tu corazón con un gozo inefable.

Esforcémonos, pues, en purificar el corazón de las pasiones del hombre viejo que odia el Señor. Ya que nosotros somos templos suyos, y en un templo profanado por las pasiones no habita lo divino. Entremos en el interior y hagamos allí una pequeña habitación de retiro, que será suficiente. Y roguemos que nuestra vida reposada sea conforme a su voluntad, glorificando así a la Trinidad santa e inmaculada. Entra, pues, ya que la actividad interior con aflicción de corazón engendra pureza; la pureza, –recuérdalo, hermano– trae la verdadera quietud del corazón, y esta quietud trae humildad, y la humildad hace del hombre morada de Dios. De una tal morada quedan excluidos los demonios perversos y su jefe el diablo, con sus vergonzosas pasiones, y el hombre se convierte entonces en templo de Dios, santificado, iluminado, purificado, enriquecido de gracia, lleno de fragancia, de ternura y de júbilo; el hombre se hace teóforo –portador de Dios–, e incluso

mucho más: se convierte en Dios, según aquello del Salmo: “He dicho: ¡Vosotros, dioses sois, todos vosotros, hijos del Altísimo!”

Examinémonos, pues, para ver si Dios está verdaderamente con nosotros. Si estamos alejados de los vicios y extraños al diablo, su autor, en verdad que Dios está con nosotros. Si somos tales que Él reine en nosotros, y con el hábito de considerar el cielo como nuestra propia meta nos gozamos en el deseo de hacer buenas obras, realmente está Dios con nosotros. Si miramos a todos los hombres por igual, como si fuesen uno solo, y consideramos todos los días semejantes entre sí, Dios está verdaderamente con nosotros. Si amamos a los que nos odian, nos insultan, nos persiguen, nos desprecian, nos maltratan y afligen, lo mismo que a los que nos aman, nos lisonjean, nos dan gusto y procuran nuestra tranquilidad, entonces está de verdad Dios con nosotros. Y la señal de haber llegado uno a este grado de perfección, es el tener siempre a Dios consigo y comprobar que todo lo dicho se da en él. ¡Alégrese en el Señor quien haya alcanzado tal gracia, quien esté llegando a ella y quien tenga la esperanza de conseguirla!

Teniendo contigo al Todopoderoso, ¿qué temes? ¿quién te hará temblar? Te ruego que tomes un poco de ese fuego celestial que el Dueño de todas las cosas vino a traernos al mundo, para que cada vez que el enemigo siembre cizaña, ese fuego la devore y consuma. Toma y ofrece a Dios ese fuego, a fin de que el Maestro perciba el buen olor de tu sacrificio y que Él lo enderece a su Padre con el Espíritu vivificante; y para que Él establezca su morada en ti, en tu templo donde te presentes a Él como “víctima viviente, santa, agradable a Dios”. Entonces, inflamado por ese fuego, aspirarás siempre a ser compañero de ruta, conciudadano y coheredero de los santos que han acertado a conseguir plenamente lo que dice el Apóstol: “ni ojo vio, ni oído oyó, ni corazón humano sospechó lo que Dios tiene preparado para los que lo aman”.



APÉNDICES

LECTURAS PARA EL SÁBADO DE LA V SEMANA DE CUARESMA

—COMPASIÓN DE NUESTRA SEÑORA—

Sermón de Juan Justo Lanspergio

Se ignora en qué tiempo la Madre del Señor comenzó a contemplar la pasión de su Señor e Hijo. Sin embargo, se da por cierto que siempre la tuvo presente en su espíritu, porque llegó a conocerla o por la lectura de los profetas que perfectísimamente comprendía, o por previa revelación de su Hijo. Es verdad que ella estuvo junto a la cruz mientras Jesús pendía en la cruz. Quiso así el Señor tenerla junto a sí en su martirio de la cruz para que, entonces, a causa de la cruz del Hijo experimentara el dolor del parto y la pena de muerte, de los cuales había sido preservada en su propio parto, o habría de serlo en su propia muerte. Quiso además tenerla allí presente para confiarla a Juan, a fin de que velara por ella. Quiso, repito, que estuviera allí presente su Madre para que su pasión fuera más acerba por la compasión y presencia de la Madre, y nuestra redención más copiosa. Quiso, finalmente, que asistiese su Madre a sus dolores, para que al contemplarlos con sus ojos se le desgarrara el corazón y sufriera interiormente lo que el Hijo sufría en sus miembros, a fin de que así participase y cooperase en la pasión de Cristo y nuestra redención, como lo había hecho en la Encarnación del Verbo.

Estaba en pie junto a la cruz sumida en aflicción, bañada en lágrimas, herida en lo más hondo del corazón por los dolores de su Hijo. Lo veía colmado de dolores y angustias, su cuerpo despedazado y ensangrentado, de tal suerte que de pies a cabeza no había en él parte sana. Veía finalmente su cuerpo pálido, desfigurado, deforme como leproso, mancillado y como el más vil de los hombres. Al presenciar María todo esto, su corazón materno fue atravesado como por una espada. Estaba, pues, firme y en pie con el cuerpo y el espíritu, pues creía y estaba segura de que Cristo no perecería totalmente con la muerte, sino que resucitaría por su propio poder al tercer día.

Así, "viendo Jesús a su Madre y al discípulo a quien amaba..." Amó al discípulo, pero mucho más a su Madre porque era Madre única y sin par más amante de su Hijo que todas las demás madres. Ninguna criatura pudo amar a su creador, ninguna a su Dios, ninguna madre a su hijo tanto como amó la Santísima Virgen al suyo. Por muchas razones, en efecto, amó más que las otras madres, porque tuvo más

ocasiones de amar que las demás, ya que por razón del amor natural se veía obligada a amar a Jesús con mayor amor que las otras madres a sus hijos, porque éste era unigénito, y por lo mismo no podía consolarse con otro hijo. Pero esto, dirás, puede suceder también a otra madre. Añadiré, pues, otra razón, a saber, era hijo de ella sola; pues Cristo ni siquiera tuvo padre en la tierra y, por tanto, lo que siendo propio de la naturaleza humana correspondía al padre y a la madre, lo recibió de la Madre sola. Por consiguiente, como sola María, sin varón, engendró a Cristo, así sola tuvo al Hijo el amor que en los padres de otros se halla repartido entre el padre y la madre. En tercer lugar, amó a su Dios y creador con amor tanto más ardiente cuanto más fiel y verdaderamente lo conoció que todas las demás criaturas.

Amó asimismo a su máximo bienhechor, quien de tan grandes y admirables dones la colmó, con tan singular dignidad, honor y oficio (el de Madre de Dios) la exaltó, que ella misma, rendida por esos beneficios, exclamó en su Cántico: "Bienaventurada me llamarán todas las generaciones, porque hizo en mí cosas grandes el Todopoderoso". Devolvió, en fin, amor por amor a quien la había amado de un modo extraordinario. Es natural que todos amemos a quienes nos aman, y que amemos más intensamente (si no somos bestias en lugar de hombres) a quienes más ardientemente nos aman. Sabía la Santísima Virgen, y no se le ocultaba, que Cristo la amaba más que a todos los hombres del mundo. No pudo, pues, ella sino amarlo también más que todos y sobre todas las cosas. Ingratísima en verdad hubiera sido si así no lo hubiera amado, lo cual es impropio de tan piadosísima Virgen y Madre. Además, como amó mucho, así también sufrió mucho por Cristo, pues cual el amor tal es el dolor, de suerte que tanto sufrirás por el amado al verlo padecer, cuanto lo amares, porque el dolor de la compasión brota del amor, y se mide por el grado de amor. Por esto, cuanto más amó a Jesús su Madre, tanto mayor fue su dolor al verlo traspasado de penas. En una palabra, su compasión fue igual a su amor.

Al ver, como dije, a su Madre tan afligida, Madre singular por serlo de Dios, singular también por su virginidad, la más digna de todas las madres, se conmovieron sus entrañas hacia ella. Había clavado la Madre misma en el corazón del Hijo los dardos del amor y compasión que herían a Jesús hasta la muerte, y era ella a su vez herida y traspasada por el mismo Hijo con la flecha del amor y la espada de su pasión: de este modo se aumentaban los mutuos dolores. Quiso, pues, Cristo que estuviese ante él nuestra

corredentora a quien había destinado para ser nuestra futura Madre de misericordia. Debía, por esto, la piadosísima Madre de Cristo darnos a luz junto a la Cruz a los hijos adoptivos, para que la que era Madre corporal de Cristo, fuese también Madre espiritual nuestra, y que los que somos incorporados a Cristo, y por lo mismo sus miembros místicos, fuéramos también, por esto, hijos de María, no naturales sino adoptivos.

Al padecer por nosotros Cristo, cuantos creemos en él, cuantos a él nos incorporamos por el bautismo somos hechos sus hermanos, y con él como Cabeza, muchos miembros formamos un cuerpo; por eso, como Cristo la Cabeza es hijo de María, así también lo somos nosotros, los miembros. Para sufrir los dolores de este parto espiritual permaneció María nuestra Madre junto a la Cruz. Mas estos dolores, como el parto, eran espirituales. Porque no una espada material sino espiritual había de traspasar su alma, según predijo Simeón, ya que ella sufrió en su alma lo que padeció Cristo en su cuerpo. En cambio Cristo sufría por esto duplicado dolor, a saber, el suyo y el de su Madre. Pues no menos se compadecía de su Madre compaciente y por él doliente, que por sí mismo, ni lo atormentó menos el dolor de su Madre que el suyo propio, porque vio en su corazón, y miró como suyos, cada uno de los gemidos del corazón virginal de la misma.

Mientras derramaban lágrimas los ojos virginales de la Madre, la espada traspasaba sin cesar su corazón, e incesantemente también elevaba al cielo suspiros y gemidos. Le causaba dolor intolerable ver sufrir a su Hijo, del cual, sin embargo, no podía apartar los ojos, aunque llorando continuamente es de admirar cómo podía ver a Cristo sin que el llanto se lo impidiera. Veía a Jesús, miraba a Jesús la que por la abundancia de sus lágrimas no podía verlo. Así permanecía en pie, y viviendo lloraba la que a causa del dolor hubiese muerto mil veces. Entre tanto, Jesús próximo a morir quiso cuidar de su Madre y cumplir el precepto universal de honrar a los padres, confiando su Madre a Juan y seguidamente Juan a su Madre. Estaba en pie junto a la Cruz María, como se ha dicho. Verdaderamente estaba en pie, porque al huir los apóstoles y retirarse todos los demás, cuando ya Jesús miraba a derecha e izquierda y no había quien se cuidara de él, para gloria del género femenino, entre tantas aflicciones del Hijo perseveraba con entereza de ánimo a solas con él.

Viendo Jesús a su Madre junto a la Cruz, y no teniendo disponibles más que la lengua y los ojos, los volvió hacia ella en su obsequio y servicio. La vio, pues, y le habló. La vio para compadecerse, le habló para cuidar de ella. Por eso dijo: "Mujer, ahí tienes a tu hijo". La llamó mujer y no madre. Respeta el amor ternísimo de la Virgen y, no queriendo herir su amante corazón al oírle llamarla con el dulce nombre de madre y al representarse al Hijo tan fiel, tan amante, tan dignísimo, que tan pronto había de separarse de ella, le dice, señalando con la cabeza a Juan: "Mujer, ahí tienes a tu hijo", y repite a Juan, confiándoselo a ella: "Ahí tienes a tu Madre". Por una y otra recomendación que asoció la Virgen al discípulo virgen, nos encomendó en la persona de Juan a todos, esto es, a todos los miembros de su Cuerpo Místico, cuya Cabeza es él, y constituyó a su misma Madre como Madre nuestra.

O bien

Homilía de Ruperto de Deutz

Estaba la Madre junto a la cruz del Hijo, apenada y sintiendo dolores como de parto, porque la cruz del Hijo atormentaba a la Madre como predijo Simeón con estas palabras: "Una espada traspasará tu alma". Y, al ver Jesús presentes a su Madre y al discípulo amado, dijo a su Madre: "Mujer, ahí tienes a tu hijo"; seguidamente al discípulo: "Ahí tienes a tu Madre". ¿Por qué razón el discípulo a quien Jesús amaba es hijo de la Madre del Señor, o ella misma es su Madre? Porque ella dio a luz al autor de nuestra salvación, sin dolor al nacer de su carne Dios hecho hombre, y ahora lo daba a luz con gran dolor estando junto a su cruz.

En la hora de su pasión el Señor comparó justamente los apóstoles a una mujer que da a luz, diciendo: "La mujer, cuando va a dar a luz, siente tristeza, porque ha llegado su hora; pero en cuanto da a luz al niño, ni se acuerda del apuro, por la alegría de que al mundo le ha nacido un hombre. También vosotros ahora sentís tristeza; pero volveré a veros y se alegrará vuestro corazón", Pues cuánto más justamente no compararía a la mujer que da a luz, con tal Madre de tal Hijo, a saber, con esta Mujer que estaba junto a la cruz. ¿Qué digo comparar, siendo como es verdadera Mujer y verdadera Madre, y teniendo como tuvo verdaderos dolores en aquella hora de su parto? Pues no tuvo esta Mujer la pena de dar a luz con dolor, como las demás madres, cuando el niño nació para ella, pero ahora sufre, es atormentada y siente tristeza porque llega su hora, a saber, aquella

hora para la cual concibió del Espíritu Santo y quedó encinta, para la cual se cumplieron los días de su parto, para la cual nació de su vientre Dios hecho hombre.

Pasada esta hora, cuando la espada haya traspasado su alma parturienta, "ya no se acordará de la tribulación por el gozo de haber venido un hombre", de haberse manifestado un nuevo hombre que renueve el género humano y reine para siempre en el mundo, un hombre, repito, inmortal, impasible, primogénito de los muertos. Por consiguiente, porque en la pasión de su Unigénito, la Santísima Virgen entre dolores como de parto dio a luz a nuestra salvación, es ciertamente nuestra Madre. Así, pues, al decir "Mujer, ahí tienes a tu hijo", se refería al cuidado que el discípulo debía tener de su Madre.

Asimismo, lo dicho al discípulo: "He ahí a tu Madre", rectamente de otro cualquier discípulo pudiera decirse si hubiera estado presente, a no ser que, aunque, como se ha dicho, sea Madre de todos, sin embargo más dignamente debió ser confiada a éste, como Virgen a virgen, particularmente por haber sido reservada tal gracia a este discípulo que había de describir con pluma evangélica -cuanto fuese posible a un hombre mortal y más incluso que a cualquiera de los mortales- al mismo Verbo hecho hombre que fue dado a luz por aquella Madre. "Y desde entonces el discípulo la recibió en su casa", es decir, no en sus posesiones que no tenía ni había de tener, por ser uno de aquellos que por seguir al Señor lo dejaron todo, sino porque en aquella comunión de bienes en que se distribuía a cada cual según sus propias necesidades, quedó encomendado al discípulo cuanto necesitaba la Madre de Jesús.

O bien

Sermón de san Alfonso María de Liguorio, doctor de la Iglesia

Determinada estaba ya por el Eterno Padre la salvación de los hombres, perdidos por la culpa, y su liberación de la muerte eterna. Mas, por cuanto a la vez quería que su justicia divina tuviese digna y completa satisfacción, lejos de perdonar la vida de su Hijo, hecho hombre para redimir a los hombres, exigió de Él que pagase con todo rigor de justicia la pena que éstos merecían: "Quien a su propio Hijo no perdonó, antes por nosotros todo lo entregó...". Con este fin lo envió al mundo, y teniendo que hacerse hombre, le destinó una Madre, que fue la Virgen María. Pero, así como no quiso que su Verbo divino se hiciera Hijo de la Virgen antes de que ésta diese su

consentimiento expreso, así tampoco quiso que Jesús sacrificase su vida por la salvación de los hombres antes de que lo consintiera María, a fin de que en un solo y perfecto holocausto fuesen inmolados la vida del Hijo y el corazón de la Madre.

La Santísima Virgen, como dice san Jerónimo, iluminada por las divinas Escrituras, conocía las penalidades que el redentor había de padecer en su vida, y particularmente en el tiempo de su muerte. Sabía también por los profetas que su Hijo había de ser traicionado por uno de sus familiares, como predijo David: “Hasta un amigo mío en quien confiaba, que de mi pan comía, levantó contra mí el calcañar”, abandonado por sus discípulos: “Hiere al pastor y se dispersará el ganado menor”. Conocía los desprecios, salivazos, bofetadas y burlas con que lo habían de colmar los gentiles: “Mi espalda ofrecí a los que me golpeaban, y mis mejillas a quienes mesaban mi barba; mi rostro no hurté a la afrenta y al salivazo”. Sabía que se trocaría en el vituperio de los hombres y el ludibrio de la plebe más vil, hasta ser saciado de injurias y villanías: “Más yo soy un gusano y no un hombre, oprobio de los hombres y hez del pueblo”. “Hártese de oprobios”. Sabía que había de acabar la vida con su sacratísima carne rota del todo por los azotes: “Fue traspasado por nuestros pecados”.

Por eso María calló en la pasión de Jesús cuando era injustamente acusado, ni dijo nada a Pilatos, que se veía inclinado a liberarlo, en conformidad con la inocencia que le reconocía. Únicamente compareció en público cuando llegó el momento del gran sacrificio que se iba a consumir en el Calvario; acompañale entonces al lugar del suplicio y a su lado se halla desde que lo colocan en el patíbulo hasta que lo vio expirar, consumando el sacrificio: “Estaban junto a la cruz de Jesús su Madre...” Todo esto lo hizo para cumplir el ofrecimiento que había hecho a Dios en el templo. Para darse cuenta de la violencia que María tuvo que imponerse al ofrecer este sacrificio, habría que comprender el amor que esta Madre profesaba a Jesús.

María sólo tiene un Hijo, y el más bello entre los restantes hijos de Adán; Hijo amabilísimo, que tiene todas las cualidades para ser amado: obediente, virtuoso, inocente, santo; baste decir que es Dios. El amor de esta Madre no se hallaba dividido entre otros objetos; tenía puesto su amor en sólo este Hijo y no tenía por qué temer excederse amándolo, porque este su Hijo era Dios, digno de infinito

amor. Este Hijo fue la víctima que de buen grado sacrificó voluntariamente a la muerte.

Estamos, pues, ante la más afortunada de las madres, porque es Madre de Dios, y a la vez ante la más digna de compasión, porque es la Madre más angustiada, como Madre de un Hijo que ya veía destinado al patíbulo desde el día en que lo concibió por Hijo. ¿Qué madre recibiría un hijo sabiendo que lo había luego de perder miserablemente con muerte infame, que ella tendría que presenciar? María Santísima aceptó gustosa este Hijo con tan duras condiciones, y no tan sólo lo aceptó, sino que ella misma lo ofreció en este día por su propia mano a la muerte, sacrificándolo a la divina justicia. Dice san Buenaventura que la Santísima Virgen hubiera aceptado más gustosa para sí las penas y muerte del Hijo; más, para obedecer a Dios y venciendo con dolor sumo toda la ternura del amor que le profesaba, hizo la gran ofrenda de la vida divina de su amado Jesús.

En efecto, dice Arnaldo de Chartres, en la muerte de Jesús unió de tal modo María su voluntad con la del Hijo, que entrambas coincidieron en la oblación de un mismo sacrificio, por manera que el Hijo y la Madre, como dice el santo abad, cooperaron a la vez a la humana redención, alcanzando la salvación de los hombres, Jesucristo satisfaciendo por nuestras culpas y María alcanzándonos que se nos aplicara tal satisfacción. Por eso asegura también Dionisio Cartujano que la Madre de Dios se puede llamar la Salvadora del mundo, ya que por la compasión que tuvo de los dolores del Hijo, cuya vida sacrificaba voluntariamente a la divina justicia, mereció que se comunicaran a los hombres los méritos del Redentor.

Constituida, pues, María, por el mérito de sus dolores y de la ofrenda que hizo de su Hijo, Madre de todos los redimidos, es muy de creer que sólo por su mediación se dispense a los hombres la leche de las divinas gracias, fruto de los merecimientos de Jesucristo y medios para conseguir la vida eterna.

Y si Dios agradeció tanto el sacrificio de Abrahán en la oblación que le hizo de su hijo Isaac, que en premio se obligó a multiplicar sus descendientes como las estrellas del firmamento, debemos ciertamente creer que mucho más grato fue al Señor el sacrificio que de Jesús le hizo María, y que en recompensa le concedió que por sus oraciones se multiplicara el número de los elegidos y, por consiguiente, de sus devotos.

También yo quisiera en este día, Reina mía, a ejemplo vuestro, ofrecer a Dios mi pobre corazón, pero temo que lo rechace al verlo tan sucio y corrompido; con todo, si vos se lo ofrecéis, no lo rechazará, pues siempre acepta y agradece las ofertas presentadas por vuestras purísimas manos. A vos, pues, acudo hoy, ¡oh María!, miserable como soy, y a vos me consagro enteramente. Ofrecedme como cosa vuestra al Eterno Padre, en unión con Jesús, y rogadle que por los méritos del Hijo y en gracia vuestra me acepte y tome por suyo. Dulcísima Madre mía, por amor de este Hijo sacrificado, ayudadme siempre y no me abandonéis; no permitáis que por mis pecados tenga la desgracia de perder a este mi amabilísimo Redentor, que con tanto dolor de vuestro corazón ofrecéis hoy a muerte de cruz. Decidle que soy vuestro siervo; decidle que en vos tengo puesta toda mi esperanza; decidle, en suma, que vos me queréis salvar, y ciertamente que os escucharé. Amén.

O bien

Homilía de san Bernardo de Claraval, abad

El martirio de la Virgen ciertamente está expresado así en la profecía de Simeón como en la historia de la pasión del Señor. “Está puesto éste –dice Simeón del párvulo Jesús– como signo de contradicción, y a ti –decía a María– una espada te traspasará el alma”. Verdaderamente, ¡oh madre bienaventurada!, traspasó tu alma la espada. Ni pudiera ella penetrar el cuerpo de tu hijo sin traspasarla. Y, ciertamente, después que expiró aquel tu Jesús (de todos, sin duda, pero especialmente tuyo) no tocó su alma la lanza cruel que abrió su costado (no perdonándole aun muerto, a quien ya no podía dañar), pero traspasó seguramente la tuya. Su alma ya no estaba allí, pero la tuya, ciertamente, no se podía de allí arrancar. Tu alma, pues, traspasó la fuerza del dolor, para que no sin razón te prediquemos más que mártir, habiendo sido en ti mayor el afecto de compasión que lo pudiera ser el sentido de la pasión corporal. ¿Acaso no fue para ti más que espada aquella palabra que traspasaba en la realidad el alma y que llegaba hasta la división del alma y del espíritu: “Mujer, mira tu hijo”? ¡Oh trueque! Te entregan a Juan en lugar de Jesús, el siervo en lugar del Señor, el discípulo en lugar del Maestro, el hijo del Zebedeo en lugar del Hijo de Dios, un hombre puro en lugar del Dios verdadero, ¿Cómo no traspasaría tu afectuosísima alma al oír esto, cuando quiebra nuestros pechos, aunque de piedra, aunque de hierro, sola la memoria de ello?

No os admiréis, hermanos, de que sea llamada María mártir en el alma. Admírese el que no se acuerde haber oído a Pablo contar entre los mayores crímenes de los gentiles el haber vivido sin tener afecto. Lejos estuvo esto de las entrañas de María, lejos esté también de sus humildes siervos. Mas acaso dirá alguno: ¿Por ventura no supo anticipadamente que su Hijo había de morir? Sin duda alguna. ¿Por ventura no esperaba que luego había de resucitar? Con la mayor confianza. Y a pesar de esto, ¿se dolió de verlo crucificado? Y en gran manera. Por lo demás, ¿quién eres tú, hermano, o qué sabiduría es la tuya, que admiras más a María compaciente que al Hijo de María paciente? Él pudo morir en el cuerpo, ¿y María no pudo morir juntamente en el corazón? Realizó aquello una caridad superior a toda otra caridad; también hizo esto una caridad que después de aquélla no tuvo par ni semejante.

O bien

Homilía de san Buenaventura, doctor de la Iglesia

“Mujer, he ahí a tu hijo... He ahí a tu madre”. ¡Palabra dulce y suave, palabra estupenda, rebosante de afectuosa piedad! No leemos que el bueno y benignísimo Jesús, mayormente después que hubo llegado a edad proecta, tratase con mucha familiaridad a su Madre carísima, ni que comiese en su compañía muchas veces, ni que hablase con más ternura que a los demás. Pero cuán grande fuese en Él el amor para con su Madre, lo dio bien a entender en esas breves palabras, a punto de separarse de Ella corporalmente. Dolorosísima fue su pasión en la cruz; mas sin ella, ¿imaginas tú cuán atormentado fue de la compasión de su Madre santísima, sabiendo perfectamente qué espada de dolor atravesaba su corazón ternísimo de Madre? La compasión de la Madre acrecentó la pasión de las llagas. Veíala con el corazón destrozado, las manos entrelazadas, bañados los ojos en un torrente de lágrimas, el rostro contraído, la voz lastimera, de pie junto a la cruz haciéndole compañía con varonil esfuerzo.

¡Cuántas veces, cubierta la cabeza por virginal vergüenza y por la vehemencia del dolor, exhalaría hondos gemidos, llorando al Hijo y exclamando: Jesús, hijo mío, Jesús, ¡quién me diera morir contigo y por Ti, hijo mío, dulcísimo Jesús! ¡Cuántas veces habrá levantado y fijado sus ojos pudorosos en aquellas crudelísimas llagas, si por ventura cesó de mirarlas un punto, o si acaso pudo verlas alguna vez por la grande copia de lágrimas! ¿Quién duda que pudo desfallecer en fuerza del inmenso dolor íntimo? Aun me maravillo de que no

muriese. ¡Ah! Muere viva, porque, viviendo, sufre dolores más atroces que la misma muerte. Para que no muriese, fue del Hijo confortada interiormente, y en lo exterior piadosamente consolada con palabras y con hechos. ¿De qué manera? «Estaba junto a la cruz, y le dijo: “He ahí a tu hijo”». Como quien dice: Quedas privada de la presencia corporal de mí, tu Hijo; por eso te doy por hijo al amigo entre todos predilecto; sírvate su presencia de consuelo durante mi breve ausencia. Tú, Juan, pierdes en mí al padre; por eso te dejo por madre a mi Madre carísima.

O bien

Sermón del beato Enrique Susón

Para el corazón del Hijo es un martirio el sufrimiento de su afligida Madre; el martirio de la Madre consiste en ver la muerte inocente de su querido Hijo, para ella más penosa que la suya propia. Él la protege y la consuela afablemente; ella tiende dolorosa las manos hacia Él, deseando piadosamente morir en su lugar. ¡Ay! ¿quién lleva la peor parte? ¿cuál de las dos angustias es mayor? En todo caso, no hay tercera que las iguale. ¡Oh Corazón materno, tierno corazón femenino! ¿Cómo puede soportar tan desmesurado dolor tu corazón materno? Bendito sea ese Corazón tan tierno, tan dolorido, que en su comparación todo lo que se ha dicho y escrito acerca del sufrimiento del corazón es como un sueño frente a la realidad. Bendita seas sobre todas las criaturas, como aurora que despunta; bendito el prado colorido de tu bello rostro, adornado con la flor de la Eterna Sabiduría. Y tú, fascinante rostro de la bella Sabiduría, ¡cómo mueres! ¡Cómo pende en la cruz ese bello Cuerpo! ¡Cómo corre tu Sangre caliente sobre la Madre que te engendró! Oh amable Sabiduría, nada habrá en esta vida más dulce para mí que poder lamentar continuamente con corazón devoto tu Pasión. A veces, sin embargo, impedido por una cierta sequedad y dureza, no me conmuevo como sería justo, al recordarlo. Enséñame, pues, oh Benigna Sabiduría, cómo debo comportarme en cosa tan importante.

La Sabiduría divina (responde): Es preciso meditar mi Pasión no como quien cumple un deber, ni de prisa, sobre todo cuando se dispone de tiempo suficiente y oportuno; sino con una seria reflexión, prolongada y cordial, y con una dolorosa compasión. Si el dulcísimo leño de la Cruz no fuere masticado con los dientes de una afectuosa meditación, no se le sacará su sabor, por más que éste sea intenso. Y si no consigues sufrir con Jesús que sufre y dolerte con

sus dolores, por lo menos debes agradecerle con devoto afecto tan grandes beneficios como te vienen gratuitamente de su Pasión. Si no te sintieres tocado por el sentimiento de compasión ni por el de agradecimiento, antes bien te vieres oprimido por la sequedad, intenta, incluso así, sacar de la dureza de tu corazón alabanzas a Dios por el recuerdo de esta saludable Pasión, y lo que no puedes conseguir de ti déjalo en sus piadosas manos. Persevera en este ejercicio, pidiendo, buscando, llamando, hasta que recibas.

Debes saber además, que la frecuente meditación de mi Pasión te proporciona, entre otros numerosos, estos dos provechos: te libra de la tristeza desordenada y te reduce las penas del purgatorio. Voy a mostrarte con un ejemplo, mejor que con doctrina, cómo mi dolor expulsa el dolor del alma. Había un discípulo de la divina Sabiduría, cuyo nombre está escrito en el Libro de la Vida, que al comienzo de su conversión se vio oprimido de una manera mortal por una tristeza tan desordenada que no podía ni leer, ni orar, ni hacer cosa buena. Estando un día sentado en su celda, gravemente atormentado por este sufrimiento y afligido con indecible dolor, le fue dicho de lo alto por locución intelectual: “¿Por qué te estás ahí sentado, ocioso, consumiéndote en tu pena? Levántate, medita devotamente mi Pasión, y con mi amargura vencerás tu aflicción”. Atendiendo esta invitación, aquel hermano se levantó y se puso a meditar la Pasión; y sintiéndose curado por esta medicina, volvió a ella frecuentemente y nunca más padeció en adelante aquella desolación de espíritu.

Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga. Y esté seguro de que esa devota imitación me será muy grata, como si me hubiera acompañado en mi Pasión hasta morir conmigo. Esa abnegación de sí mismo es la cruz que debe llevar quien quisiere ser mi amigo. Cuando te entregares diligentemente, con todas tus fuerzas, al ejercicio de la virtud y al cumplimiento de los mandamientos divinos, recibirás por ello, de parte de tus enemigos, burlas y calumnias; serás despreciable a sus ojos, hasta atribuir tu abnegación no a la virtud de la paciencia y a la gracia que en ti actúa, sino a tu incapacidad e indolencia, es decir, al hecho de no atreverte o no saber cómo vengarte, a pesar de desearlo. Ahora bien, tú no sólo soportarás eso mansamente por Dios, sino que te esforzarás por interceder por ellos con mayor fervor ante el Padre que está en los cielos, excusándolos piadosamente y encomendándomelos a mí. Todo aquel que en semejante prueba se hubiere vencido así, para gloria y a imitación del Crucificado, ha de

saber que ha reproducido en sí la muerte de su Señor y que porta sobre sí la imagen del Crucificado.

Igualmente, si al cumplir bien y caminar con inocencia y simplicidad por la vía del Señor, fueran tus buenas obras mal interpretadas por perseguidores envidiosos, que hablarán mal de ti, atribuyéndote muchas cosas falsas; que no dejarán de presentar tu vida a los ojos de los que te estiman como una vida depravada, en tal caso tú, sin turbarte, antes bien alegrándote, debes conservar en tu corazón tanta compasión por tales perseguidores, que estés pronto a perdonarles con afecto sincero y piadoso sus ofensas, hasta llegar a olvidarlas como si no hubiesen existido: has de ofrecerles consejo y ayuda por amor de Aquel que no sólo perdonó a sus verdugos, aun sin ellos pedirselo, sino que incluso intercedió por ellos ante el Padre. Cuantas veces tú te vencieras así en tales situaciones, por Dios, estarás ciertamente crucificado junto con tu Amado crucificado.

Habiendo renunciado Yo a la consolación mundana y al confort terreno, como lo exigía mi misión, repara en el abandono que por esta voluntaria separación sufrí de todos. Siempre que tú dejas a tus queridos amigos y parientes por amor de tu Salvador, te conviertes en discípulo y amado hermano que sufre conmigo junto a la Cruz. Al despojarte de tu voluntad propia te revistes de mi desnudez. Mi imagen y semejanza resplandece en ti cuantas veces cedes voluntariamente ante los que te atacan y acusan y contrarían; y cada vez que recibes con mansedumbre y dulzura de corazón la ira e impaciencia de los que te atacan despiadadamente con su lengua, respondiéndoles con palabras suaves y con rostro sonriente, de forma que queden avergonzados por tu amable benignidad, y su soberbia deshinchada ante tu humildad. o

Debes estar atento a referir siempre a mi Pasión todas las adversidades y tribulaciones que sufras, e imitarme en lo que yo sufrí. Si alguna vez, por secreta disposición mía, te retiro la consolación interior y te dejo desolado, como un auténtico crucificado, no debes procurar la consolación, sino esperar pacientemente y levantar tu mirada al Padre que está en el Cielo, abandonándote en sus manos y poniendo en Él tu pensamiento. Está seguro de que cuanto mayor fuere la opresión del exterior y la desolación interior, en conformidad ambas con la voluntad de Dios, tanto más te asemejarás al Crucificado y más agradable serás al Padre, pues es precisamente en esta materia de las adversidades

donde son examinados especialísimamente los soldados del ejército de Cristo. No te entregues a tus concupiscencias, sino combátelas varonilmente; así beberás con tu Amado la hiel de la amargura. Ten sed de la salvación de todos los hombres. Presta a tus superiores una devota obediencia. Esfuérzate por llevar tus obras a la perfección de la virtud y de la observancia.

Finalmente, a ejemplo de mi fidelísima Madre, y del discípulo predilecto, que mi Pasión esté continuamente presente en tu memoria por el recuerdo, en tu corazón por la contemplación, en tu oración por la devoción y en tu acción por la imitación. Cuando así obrares, serás verdadero seguidor mío y me proporcionarás un inmenso consuelo. Que tus obras sean la prueba de tu amor. Ahora ha llegado tu hora. Apresúrate, corre a recibir espiritualmente la muerte por mí. ¡Oh, cuánto se gloriará el Padre de un tal hijo que haya dado acogida a una tal cruz! ¡Oh, cuánto se alegrará el Maestro de los maestros en tan fidelísimo discípulo! ¿Con qué gloria piensas tú que será premiado en el Cielo y de qué honor estimado digno el amante que muere por el Amado y que corresponde a la Pasión de Éste hasta tener los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús? Lo acompañó en su Pasión: lo acompañará también en su inmensa gloria.

O bien

Homilía de san Jorge de Nicomedia

“Ahí tienes a tu hijo”. Cuantos tienen experiencia de ello, saben lo emocionantes que resultan las últimas recomendaciones de los moribundos, cómo conmueven los corazones y qué dolor profundo producen. Aquel que compartía nuestra vida se nos revela en ellas como transformado. María comprendió que iba a perder a quien tan íntimamente conocía y que de ella cuidaba, y, al mismo tiempo, que el Inefable iba a quedarse a su lado. “He ahí a tu hijo”. Por la presencia de mi Divinidad yo estaré siempre contigo y cuidaré de ti con el amor debido a una Madre; pero tú tendrás también por hijo a mi discípulo predilecto, que cumplirá contigo los oficios que su piedad filial le inspire. Que esto, pues, disminuya tu inmenso dolor de pensar que te lo doy para llenar el vacío causado por mi ausencia.

Mitiga la agudeza de tu aflicción, aligera tu tristeza aplastante con el pensamiento de este gran don que te hago. Tu alma, ciertamente, está traspasada, te consume interiormente un violento fuego, sufres

una cruel herida. Tus penas por causa mía no son sólo de orden natural; lo sobrepasan sin medida, y no es posible que te muestres insensible. Pero quiero disminuir ese sufrimiento, porque tú eres mi Madre y no se te oculta la razón del arcano designio divino. Pues yo he querido que el género humano, sumergido en la ignominia, reencuentre su dignidad por medio de las ignominias. Este deshonor que sufro en la carne, es para mí mi máxima gloria, y para ti la manifestación y anuncio de tu grandeza. Poseyendo, pues, al amigo a quien yo hice reposar sobre mi corazón, pon fin a tu tristeza y reemplaza mi puesto por el suyo, viviendo en su compañía y la de sus discípulos.

“Porque en la persona de éste Yo te confío a todos los demás discípulos míos. He querido, en efecto, que tu presencia sensible ocupe para ellos el lugar de la mía durante todo el resto de tus días. Sé para ellos lo que las madres son comúnmente para sus hijos, o, mejor aún, lo que yo mismo sería para ellos si continuase en su compañía; y ellos, en retorno, serán para ti hijos sumisos. Ellos te rendirán el culto debido a la Madre de Dios, de manera que yo me comunique a ellos por ti y ellos tengan por tu mediación fácil acceso a mí”. Después de haber hablado así afectuosamente a su Madre, añadió dirigiéndose al discípulo: “Ahí tienes a tu Madre”. ¡Qué honor tan sublime para este discípulo! ¡Qué herencia más preciada que todo! ¡Qué gracia tan extraordinaria ser llamado hermano del Creador de todas las cosas y recibir en lote a la Reina del universo como Madre!

“He ahí a tu Madre”. Yo, pues –dice– te la confío y encargo de ella en mi lugar. En el momento de retornar a mi gloria, te la dejo para que tú ocupes mi puesto. Dale lo que yo le debo como Hijo, y añade por tu parte la veneración que debes a la Madre de tu Señor y tu Maestro. Ella gozará de la presencia constante de mi Divinidad; disfrute también de tu entrega sin desfallecimiento a su cuidado. Tú de palabra y yo con mi acción oculta, disminuiré la fuerza de su dolor. Tú la consolarás como se debe, y yo infundiré en ella una firmeza de ánimo inquebrantable. La constituyo Madre y guía no sólo de ti, sino también de los demás discípulos, y quiero que su prerrogativa de Madre sea honrada de manera muy especial. Si bien yo os he prohibido llamar a nadie padre sobre la tierra, quiero, no obstante, que a Ella la honréis como Madre y que llaméis con este nombre a la que fue para mí una morada más sublime que el cielo, y que siempre dio pruebas de miras sobrenaturales.

OTRAS LECTURAS

De las Conferencias de san Juan Casiano

Nuestro fin, intento o propósito es la vida eterna, según las palabras del Apóstol: "Tenéis puesto el fruto de vuestras obras en la santidad y pureza de conciencia, y vuestro fin es la vida eterna". Como si dijera: Tenéis vuestra mira en la pureza del corazón, y vuestro fin es la vida eterna. Hablando el mismo Apóstol de esta intención y de estos medios en otra parte, la llamó blanco y señal, en esta forma: "Olvidándome de lo que queda atrás y lanzándome hacia lo que está por delante, corro hacia la meta, para ganar el premio, al que Dios desde arriba llama en Cristo Jesús". El texto griego lo expresa más claro: "Con la intención de este blanco, con que me olvido de las cosas pasadas", es a saber, de los vicios del hombre viejo, procuro llegar al fin del premio celestial. Todo lo que nos puede ayudar para llegar a esta pureza de alma, habemos de emprender con muchas veras, y de lo que nos impide esto, huir y guardarnos, como de cosa dañosa. El deseo de esta pureza nos hace sufrir las incomodidades y ejercitarnos en las virtudes. Por su amor, y con el intento de conservarla siempre, hemos dejado los padres, deudos, dignidades, riquezas, deleites y entretenimientos mundanos.

"Podría repartir en limosnas todo lo que tengo y aun dejarme quemar vivo; si no tengo amor, de nada me sirve". De donde con evidencia se deduce que no consiste la perfección solamente en la desnudez y renuncia de todas las riquezas y bienes temporales, y menosprecio de honras y dignidades, si no va acompañada de la caridad, que es lo esencial de la pureza de conciencia. En el mismo lugar refiere el Apóstol las partes de la caridad, pues al decirnos que "el amor es comprensivo, el amor es servicial y no tiene envidia; el amor no presume ni se engríe; no es mal educado ni egoísta; no se irrita, no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. Disculpa sin límites, cree sin límites, espera sin límites, aguanta sin límites", es como si dijera que quien ha de servir a Dios, ha de ofrecerle un corazón perfecto y puro, libre de toda imperfección e inquietud. En cuantas cosas habemos de desear y de hacer, hemos de tener por fin la perfección, quietud y pureza del corazón. Por amor de ésta, habemos de abrazar la soledad, continuar los ayunos, perseverar en las vigilias, sufrir la desnudez y trabajos, ejercitarnos en las santas lecturas y demás virtudes. Tan piadosos ejercicios han de servir de medios para preparar el corazón y

conservarlo puro y limpio de todas las pasiones desordenadas, procurando subir por estos grados a la perfección de la caridad.

No son necesarias tantas cosas, y quizás una basta. "María ha escogido la parte mejor, y no se la quitarán". Ved cómo Cristo, nuestro bien, puso el ejercicio principal en sola la especulativa contemplación de Dios. No hemos de negar que las demás virtudes sean necesarias y útiles; pero hemos de ponerlas en segundo lugar; pues todas éstas se ordenan a aquélla. Diciendo el Señor: "Andas inquieta y nerviosa con tantas cosas; sólo una es necesaria", puso el sumo bien, no en la acción, aunque muy estimable y de gran mérito, sino en la contemplación de las cosas divinas, contemplación que es en verdad simple y pura. Pocas cosas dijo que eran necesarias para la bienaventuranza, que es la divina contemplación que en esta vida alcanzan pocos santos. Si el que va aprovechando procura imitar a esos pocos, con el favor de Dios llegará a aquello que el Señor dijo que es uno, que es su sola contemplación, y aun sobrepujando los merecimientos y ministerios admirables de la vida activa, sólo gustará de la hermosura de la contemplación y conocimiento de Dios.

¿Quién puede estar en esta vida tan absorto en la virtud de la caridad que, hallándose impedido con la fragilidad de la carne, nunca se le represente la venida, que espera, de un hermano religioso o de otro prójimo, la visita de un enfermo, la obediencia de una obra manual, el modo con que han de recibir a los huéspedes o peregrinos? A más de esto: ¿A quién no distrae el cuidado de acudir a sus necesidades corporales? Deseamos nos enseñes ahora de qué modo podremos ocuparnos siempre en la contemplación de aquel sumo bien y estar unidos continuamente con su santa voluntad. -Muy bien habéis advertido ser imposible a un hombre, metido entre la fragilidad de este cuerpo, estar siempre unido con Dios y dado a su santa contemplación; pero está muy en su lugar que declaremos dónde hemos de tener fija la intención de nuestro corazón, y a qué fin habemos de encaminar los pensamientos y afectos de nuestra alma. Si esto pudiera alcanzarse, muy justo es que nos alegremos, y si no, que suspiremos y entendamos que tantas veces nos apartamos cuantas perdemos de vista aquel fin, y habemos de juzgar por pecado, casi de fornicación o idolatría, el olvidarnos de la contemplación de Cristo y vista sencilla de Dios. Pero dado que en eso tuviéramos descuido, al punto habemos de remediarlo, volviendo los ojos a ese fin, como a una línea recta por donde nos habemos de guiar.

Sermón de san Doroteo de Gaza

Si tú tienes el encargo de cuidar de tus hermanos, hazlo con corazón firme, pero con entrañas de misericordia, enseñándoles por las obras y por las palabras lo que es preciso practicar; pero sobretudo por las obras, puesto que los ejemplos son más eficaces que las palabras. Sé su modelo, incluso en los trabajos corporales, si es que puedes; pero si eres débil, muéstrate su modelo por la benignidad de tu ánimo y los frutos del Espíritu Santo enumerados por el Apóstol: caridad, gozo, paz, longanimidad, bondad, fidelidad, mansedumbre y dominio de todas las pasiones. En cuanto a las faltas que puedan cometer, no te irrites más de lo conveniente: muéstrales el mal que de ellas resulta; y, si es necesario hacer alguna advertencia, toma el tono que conviene y espera el momento oportuno. No mires demasiado las pequeñas faltas como juez justiciero, ni hagas reproches continuamente, porque esto es insoportable a la flaqueza humana, y la costumbre terminaría en insensibilidad y en desprecio de tu autoridad. Ni mandes imperiosamente, sino somete el caso al criterio de tu hermano; esta manera de proceder es estimulante, es más persuasiva y procura la paz con el prójimo.

Si algún hermano te resiste y te turbas en ese momento, refrena la lengua para no increparlo con cólera y dejar que tu corazón se excite contra él. Recuerda más bien que él es un hermano, un miembro de Cristo y una imagen de Dios amenazada por el enemigo común. Ten compasión de él, no sea que el demonio se enseñoree de él bajo los golpes de la cólera, y el rencor dé muerte a su alma, por la cual Cristo murió, y perezca por culpa nuestra. Recuerda que también tú estás sometido a los vaivenes de la cólera. Que tu propia flaqueza te vuelva más compasivo con tu hermano. Da gracias a Dios de hallar una ocasión de perdonar, a fin de que tú también obtengas el perdón de Dios por faltas más graves y numerosas. Pues está escrito: "Perdonad y seréis perdonados". ¿Crees que recibirá daño tu hermano por tu paciencia? Precisamente ordena el Apóstol: "Vence al mal a fuerza de bien", y no el mal con el mal. Por otra parte, los Padres dicen: "Si haciendo reproches a tu hermano, te turbas por la cólera, es tu propia pasión la que sacias". Y ningún hombre sensato derriba su propia casa para edificar la ajena.

Si tu turbación persiste, haz violencia a tu corazón, y ora en estos términos: «Oh Dios bondadosísimo, que amas las almas y que en tu inefable bondad has sacado nuestro ser de la nada para hacernos partícipes de tus bienes, y que por la Sangre Preciosísima de tu Hijo

único, nuestro Salvador Jesucristo nos ha segregado del mundo, a nosotros que nos habíamos apartado de tus mandamientos: asístenos ahora en nuestra debilidad e impón silencio a la turbación de nuestro corazón, como en otro tiempo al mar desencadenado. No sea que en un instante quedes privado de tus dos hijos, muertos por el pecado, y que tengas que decirnos: "¿De qué ha servido que vertiese mi Sangre y descendiese a la corrupción del sepulcro?" Y también: "Os lo aseguro: no os conozco", porque estarían nuestras lámparas faltas de aceite.

Apaciguado el corazón por esta oración, puedes en seguida, con prudencia y humildad, según el precepto del Apóstol, "reprende, reprocha, exhorta", y, llenos de compasión, curar y levantar a tu hermano como a un miembro enfermo. Entonces, tu hermano, por su parte, recibirá la corrección con toda confianza, condenando él mismo su dureza. Por tu propia paz habrás pacificado su corazón. Que nada, pues, te aleje de la santa doctrina de Cristo: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón". Porque ante todo es preciso un ánimo tranquilo, de suerte que el corazón no se turbe, incluso por justos motivos o a propósito de un mandato, con la convicción de que cumplimos todos los preceptos por caridad y con pureza de corazón. Tratando así a tu hermano, oirás la voz divina que te dice: "Si separas lo precioso de lo vil, serás como mi boca".

Homilía de san Doroteo de Gaza

Nada irrita tanto a Dios, y nada envilece tanto al hombre y lo reduce a la miseria espiritual, como el hecho de murmurar del prójimo, de juzgarlo o de despreciarlo. Juzgar y despreciar son cosas más graves que la simple murmuración. Murmurar es, por ejemplo, decir de alguno: ha mentido; o bien: se ha encolerizado; o: ha fornicado, o cualquier otra cosa semejante. En efecto, se murmura, es decir, se habla contra él, se revela su pecado bajo el imperio de la pasión. En cambio, juzgar es decir: fulano es un mentiroso, un colérico, un fornicario. Aquí tenemos que se juzga la disposición misma de su alma, y nos pronunciamos sobre toda su vida, diciendo de él que es así y juzgándolo como tal. Esto es grave. Pues una cosa es decir: ¡se ha encolerizado!; y otra cosa es decir: ¡es un colérico!, pronunciándose así sobre su vida entera. Juzgar sobrepasa en gravedad a cualquier otro pecado, hasta tal punto que Cristo mismo lo anatematiza cuando dice: "Hipócrita, quita primero la viga de tu ojo, y podrás entonces quitar la paja del ojo de tu hermano". Jesús compara la falta del prójimo a una paja, y el juicio a una viga: ¡tan grave es el juzgar!... acaso más grave que cualquier otro pecado.

No hay, pues, hermanos, cosa más grave, nada más molesto, lo repito a menudo, que juzgar o despreciar al prójimo. ¿Por qué no, más bien, juzgarnos a nosotros mismos, juzgar nuestras malas acciones que conocemos bien y de las que deberemos dar cuenta a Dios? ¿Por qué usurpar el juicio de Dios? ¿Por qué queremos exigir algo de su criatura, por qué querer exigir algo del prójimo? ¿Por qué queremos cargar con los fardos de otro? Tenemos mucho, hermanos carísimos, de qué cuidarnos, de qué preocuparnos. Que cada uno piense en sí mismo y en sus propias miserias. Es a Dios sólo a quien pertenece justificar o condenar, a Él, que conoce el estado de cada uno, sus fuerzas, su comportamiento, sus dones, su temperamento, sus particularidades, y juzga según estos elementos, que sólo Él conoce. Dios juzga diferentemente a un Obispo y a un Príncipe, a un maestro y a un discípulo, a un anciano y a un joven, a un enfermo y a un sano. ¿Quién puede conocer todos estos juicios, sino sólo Aquel que ha creado todo, modelado todo y que todo lo sabe?

El hombre no puede, pues, conocer nada de los juicios de Dios. Sólo Dios lo abarca todo, lo comprende todo, sólo Él puede juzgar las cosas de cada uno según su ciencia única. En realidad, puede suceder que un hermano haga, con simplicidad de corazón, una acción que agrade a Dios más que toda tu vida; ¡y tú te estableces su

juez, hiriendo tu alma! Si acaso le sucede sucumbir, ¿por dónde podrás saber cuántos combates ha superado y cuántas veces ha vertido su sangre antes que hacer el mal? Quizás su falta le sea computada delante de Dios como obra de justicia; en vista de la pena y tormento padecido antes, Dios se compadece de él y lo perdona plenamente. Dios se ha compadecido de él, ¡y tú lo condenas con pérdida de tu alma! ¿Cómo podrías conocer todas las lágrimas vertidas por él a causa de su falta, en la presencia de Dios? Tú has visto su pecado; empero, no conoces su arrepentimiento. A veces no solamente juzgamos, sino, lo que es peor, despreciamos. En efecto, una cosa es juzgar, otra cosa despreciar. Hay desprecio cuando no contentos con juzgar al prójimo, lo execramos, o tenemos horror de él como de cosa abominable: lo cual es cosa peor y más funesta.

Hermanos, a veces hacemos la obra del demonio y no nos preocupamos. Pues, ¿qué puede hacer un demonio sino turbar y dañar? He aquí que colaboramos con los demonios para nuestra pérdida y la del prójimo. El que perjudica a un alma, trabaja con los demonios y los ayuda, igual que el que hace el bien trabaja con los Ángeles. ¿De dónde nos viene esta desgracia, sino de nuestra falta de caridad? Si tuviésemos caridad acompañada de compasión y de pena, no nos cuidaríamos de los defectos del prójimo, según esta palabra de la Escritura: "La caridad cubre la multitud de los pecados". Y también: "El amor no lleva cuentas del mal... Disculpa sin límites, cree sin límites, espera sin límites, aguanta sin límites". Si, pues, tuviésemos caridad, la caridad cubriría toda falta, y seríamos como los Santos cuando ven los defectos de los hombres. ¿Son ciegos los Santos cuando no ven los pecados? ¿Quién detesta el pecado más que los Santos? Y, sin embargo, no juzgan al pecador, no lo odian, ni lo huyen. Al contrario, lo compadecen, lo exhortan, lo consuelan, lo cuidan como a un miembro enfermo: hacen todo lo posible para salvarlo.

Homilía de san Isaac de Nínive, obispo y doctor

El corazón del Señor se inclina hacia los humildes para confortarlos. El rostro del Señor se opone a los altivos para humillarlos. La humildad es objeto de compasión continuamente. Pero la dureza de corazón y la incredulidad encuentran continuamente trabajos, al parecer sin remedio, hasta que de súbito el espíritu del mal se levanta contra ellas y son entregadas a la destrucción. Hazte pequeño entre los hombres, entonces Él te levantará sobre las cabezas de la gente. Hazte por el abatimiento vil ante los hombres y sé el primero en saludar; así serás más honrado que aquel que trae oro de Ofir. Menospréciate y acúsate ante tus propios ojos, y verás la gloria de Dios en ti mismo. Donde brota la humildad, allí surgirá la gloria. Si te esfuerzas públicamente para ser deshonorado ante los hombres, Él engrandecerá tu honor. Y si eres humilde de corazón, Él te mostrará su gloria en tu corazón. Te es mejor ser grande y despreciado, que merecer un gran desprecio. Aprende a ser despreciado estando lleno del honor del Señor; no a ser honrado mientras sufres el daño de tus llagas internas. Rechaza la honra y serás honrado. No la ames, no sea que seas rechazado.

Si persigues la honra, ésta huirá de ti. Si huyes de ella, surgirá para ti del lugar donde te escondes y será heraldo de tu humildad ante todos. Si te das a despreciarte a ti mismo para ser honrado, el Señor te confundirá. Si te menosprecias por amor a la verdad, Él ordenará a las criaturas que te alaben. Y te revelarán la gloria del Creador que desde la eternidad habla a través de ella, y ellas te glorificarán como al Creador, por ser tú su verdadera imagen. ¿Quién halló algún hombre de noble conducta, despreciado de los hombres no obstante poseer las luces de la sabiduría junto con un corazón pobre? Dichoso él. Bendito el que se humilla en todas las cosas, porque en todas las cosas será magnificado. El que se humilla y hace pequeño por amor de Dios, por Dios será glorificado. Y a quienquiera que tiene hambre y sed del amor de Dios, Él le dará de beber de Sí mismo un vino que causa una embriaguez que ya jamás deja a los que lo beben. Y aquel que anda desnudo por su amor, será cubierto por Él de una vestidura de gloria. Y aquel que se hace pobre e indigente por su amor, encontrará su consolación establecida en su verdadera riqueza.

El humilde no se complace ante las multitudes y las reuniones de las gentes, rumores y ruidos, ni ante las riquezas y elegancias, ni del lujo que de ellas se sigue, ni ante la palabra y la comunicación, el rumor y

la disipación de los sentidos. Sino que prefiere sobre todo la concentración y el recogimiento solo consigo mismo, el estar sosegado, aislado y solo y que lo dejen en un lugar solitario vacío de todo ser y separado de toda la creación. Ama en todos los aspectos la pequeñez y la limitación, la necesidad y la pobreza. No se ocupa con muchas cosas y trabajos, siempre está satisfecho y sin cuidados, sin mezclarse laboriosamente en cosas mundanas, de modo que sus deliberaciones no lo aparten de sí mismo, porque sabe que si se detiene sobre muchas cosas le es imposible mantenerse libre de confusas emociones. Pues muchas prácticas producen muchos cuidados. Y los muchos cuidados son el punto de reunión de variados pensamientos y deliberaciones.

Así, pues, el hombre humilde prefiere permanecer exento del cuidado de multitud de asuntos, con el fin de conservar su espíritu silencioso, ocupado en un solo deseo, teniendo ya sosegadas todas sus emociones. Hasta los asuntos que se estiman necesarios causarían un obstáculo a su silencio; por causa de ellos podría salir él perjudicado y causar perjuicio a otros. Pues así quedaría abierta una entrada a las afecciones, el sosiego desaparecería, la humildad huiría, la puerta de la salvación se cerraría. Y por causa de todo esto, mantiene continuamente apartada su alma de muchas cosas, y a toda hora lo encontraréis sosegado y en descanso, manso y pacífico. En el humilde no se da nunca la violencia, el terror y la confusión, ni las emociones destempladas y arrebatadas. Habita en un reposo continuo. Si el cielo cayera sobre la tierra, el humilde no se conmoviera. No todo el que está en sosiego es humilde. Pero todo el que es humilde está también en sosiego.

Homilía de san Pacomio, abad

Guarda con toda diligencia tu cuerpo y tu corazón: busca la paz y la pureza, que están estrechamente ligadas, y verás a Dios. No estés en dificultad con nadie, puesto que el que está en dificultad con su prójimo, está en enemistad con Dios. ¿No has oído ahora que nada hay superior a la paz, con la que cada uno ama a su hermano? Aunque estés libre de todo pecado, si estás enemistado con tu prójimo, estás apartado de Dios, pues está escrito: "Buscad la paz y la pureza", pues están estrechamente ligadas. Y también está escrito: "Aunque tenga una fe capaz de trasladar las montañas, si no tengo caridad, nada me aprovechará".

Si el Señor nos manda amar a nuestros enemigos, bendecir a los que nos maldicen y hacer el bien a los que nos persiguen, ¿en qué peligro no nos encontramos, pues, cuando nos odiamos los unos a los otros, a nuestros miembros-hermanos unidos a nosotros, a los hijos de Dios, a los sarmientos de la verdadera cepa, a las ovejas del mismo rebaño espiritual que ha reunido el verdadero pastor, el Unigénito de Dios, que se ofrece en sacrificio por nosotros? Por ellos, por una cosa tan grande, el Verbo viviente soportó sus padecimientos; y tú, oh hombre, los odias por envidia o vanagloria, por avaricia u orgullo. Lazos con los que el enemigo te ha atado para tenerte apartado de Dios. ¿Cómo te justificarás ante Cristo? Él te dirá: "Porque odias a tu hermano, te odio". Y tú, tú irás a los tormentos eternos, porque eres enemigo de tu hermano; tu hermano entrará en la vida eterna, puesto que se ha humillado delante de ti por Jesús.

Busquemos, pues, antes de que nos venga la muerte, remedios a este mal. Amados míos: dirijámonos al Evangelio de la verdadera ley de Dios, a Cristo, y le oiremos decir: "No condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y se os perdonará". Si tú no perdonas, nada se te perdonará; si tienes contiendas con tu hermano, prepárate a recibir los castigos por tus culpas, tus transgresiones, tus fornicaciones cometidas en secreto, tus embustes, tus palabras obscenas, tus malos pensamientos, tu avaricia, tus malas acciones de las que habrás de dar cuenta ante el tribunal de Cristo, en presencia de toda la creación de Dios, delante de todos los ángeles y de todo el ejército con las espadas desenvainadas para obligarte a justificar o confesar tus pecados. He ahí todo lo que se te exigirá, puesto que has tenido diferencias con tu hermano y no las has resuelto como debías, en el amor de Dios. ¿Es que no has oído decir: "La caridad cubre la multitud de los pecados", y "De la misma manera se portará contigo

mi Padre que está en los cielos, si tú no perdonas de corazón a tu hermano"?. Vuestro Padre, que está en los cielos, no perdonará vuestros pecados.

¿No has oído a Cristo decir: "Perdona a tu hermano setenta veces siete"? ¿No has llorado frecuentemente, diciendo: "Perdóname la multitud de mis pecados"?. Pues bien; si tú exiges a tu hermano lo poco que te debe, bien pronto el Espíritu de Dios te pondrá ante los ojos el juicio y el temor de los castigos. Recuerda que los santos sufrieron el ser escarnecidos; recuerda que Cristo lo fue también, que fue insultado y crucificado por tu causa; y en seguida Él llenará tu corazón de misericordia y de temor; te echarás sobre tu rostro llorando y clamando: "Perdóname, Señor mío, pues he hecho sufrir a tu imagen haciendo sufrir a mi hermano". Al punto te levantarás consolado por la penitencia, te precipitarás a los pies de tu hermano con el corazón en la mano, rostro alegre, boca jovial; reflejando paz, le dirás sonriendo: "Perdóname, hermano mío, pues te hice sufrir". Entonces brotarán tus lágrimas, que se convertirán en gozo extraordinario; la paz reinará entre los dos, y el Espíritu de Dios se regocijará y exclamará: "Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios".

Carta de san Antonio, a los monjes de Arsinoé

Antonio, a todos sus hermanos carísimos de Arsinoé y contornos, y a todos sus huéspedes, saludos en el Señor. Os saludo en el Señor, amadísimos, a todos vosotros que marcháis al encuentro del Señor, chicos y grandes, hombres y mujeres, hijos santos de Israel en lo referente a la naturaleza de vuestro ser. Sí, hijitos míos, estáis de enhorabuena por la gracia estupenda recibida por vuestra generación. Conviene, en honra de quien os ha visitado, que no os inquietéis por el combate hasta que os ofrezcáis vosotros mismos a Dios como víctimas, con la pureza requerida para conseguir la herencia. Sí, amadísimos míos, importa sobremanera que os informéis de la naturaleza de vuestro ser, según la cual no hay ni hombre ni mujer, sino un ser inmortal que ha tenido principio y no tendrá fin. Habéis de saber cómo la dicha naturaleza ha caído en el estado de abyección en que nos hallamos.

Su ser, en efecto, es inmortal y no debe perecer con el cuerpo. Dios vio que su dolencia era incurable y que se había agravado muchísimo, y entonces los visitó en su bondad y al cabo, por su clemencia, les dio una ley y los socorrió por Moisés, que les transmitió dicha ley. Moisés fundó para ellos una mansión de la verdad, queriendo curar su dolencia tan profunda, pero no pudo rematar la construcción de la casa. Después, todos los santos formando un solo coro pidieron a la bondad del Padre que nos mandara al Salvador para nuestra común salvación, pues él es nuestro sumo y fiel Pontífice, nuestro verdadero médico, el único capacitado para sanar nuestra enorme dolencia. Por eso, dócil a la voluntad del Padre, se despojó de su propia gloria: “Era Dios y tomó la forma de siervo”, entregándose por nuestros pecados. Nuestros delitos lo degradaron, pero por sus llagas, todos nosotros hemos sido sanados.

Por eso, amadísimos hijitos en el Señor, deseo que sepáis que por razón de nuestra insensatez, se hizo Él loco; por razón de nuestra flaqueza, flaco; por razón de nuestra pobreza, pobre; por razón de nuestra muerte, mortal. Todo esto lo llevó por nosotros. Sí, amadísimos míos en el Señor; no debemos permitir que nuestros ojos se cierren de sueño, ni nuestros párpados de sopor; sino, al revés, debemos pedir y suplicar insistentemente al Padre bondadosísimo que acuda en nuestro socorro, que seamos dóciles cuando venga Jesús, que bendiga el ministerio de los santos que se afanan por nosotros en esta vida, mientras nosotros vivimos

descuidados, para que así se animen a ayudarnos en nuestros trabajos: así se alegrarán el que siembra y el que cosecha.

Carísimos hijitos míos, os ruego que no tengáis pena ni desmayéis en vuestro amor mutuo. Despojaos del cuerpo de que estáis revestidos y haced de él un altar; colocad sobre él todos vuestros proyectos y abandonad vuestros malos designios delante del Señor; elevad hacia Él las manos de vuestros corazones, es a saber, vuestro entendimiento activo, y rogad a Dios que os infunda un fuego invisible y ardiente que devore el altar y cuanto en él se encuentra, que espante y ponga en fuga lejos de vosotros, como antaño lejos del profeta Elías, los sacerdotes de Baal, esto es, las obras del enemigo. Entonces veréis un hombre caminando sobre el mar y mandándoos una lluvia espiritual, es decir, los consuelos del Espíritu paráclito. Dilectísimos hijos míos en el Señor, hijos de Israel, no es menester que os bendiga ni que profiera vuestros nombres corporales y transitorios; de sobra sabéis, en cambio, que mi amor por vosotros no es amor carnal, sino espiritual en el amor de Dios.

Amadísimos, estoy seguro de que sois felices, pues reparáis en vuestra indignidad y procuráis fomentar vuestro ser invisible que no pasa como el cuerpo. Por eso juzgo que habéis alcanzado ya la felicidad. Sea patente una cosa a vosotros, a saber, que vuestra entrada y vuestro adelanto en el servicio de Dios, no es cosa vuestra: la omnipotencia divina os ayuda en todo instante; ofreceos incesantemente como víctimas a Dios, prestaos a la ayuda divina, confiad en la venida de Dios, en la asamblea de los santos, y también en mí, infeliz, sumido en este cuerpo de lodo y de tinieblas. Por mi parte os digo que respeto vuestra libertad y que oro, pues hemos sido creados todos como un solo ser invisible y un comienzo sin fin. Si, todos cuantos se conocen a sí mismos saben que son inmortales y miembros de una unidad.

Deseo que sepáis que nuestro Señor Jesucristo es la verdadera sabiduría del Padre, por la cual ha sido creado a su imagen todo el conjunto de las criaturas racionales, siendo Él cabeza de toda criatura y del cuerpo de la Iglesia. Por eso, somos miembros los unos de los otros y el “cuerpo de Cristo”, y “la cabeza no puede decir a los pies: no os necesito; y si un miembro sufre todo el cuerpo se resiente y sufre con él”. Por eso, un miembro separado del cuerpo y sin comunicación con la cabeza, que pone su felicidad en las pasiones corporales, obra de suerte que su llaga se torna incurable, pues olvida su origen y su fin. Por esta razón, el padre de las criaturas se

ha compadecido de nuestra llaga que ninguna criatura podía curar y sí sola la bondad del Padre; nos envió su Hijo único que tomó la forma de siervo por razón de nuestra servidumbre, y se entregó a sí mismo por nuestros pecados, pues nuestros delitos lo degradaron, pero fuimos sanados por sus llagas. Nos ha congregado de todo el universo, hasta el instante en que resucite nuestros corazones de la tierra y nos dé a conocer que somos un solo ser y miembros los unos de los otros. Por eso debemos amarnos ardientemente, ya que quien ama a su prójimo ama su propia vida.

Tened certeza de ello, carísimos hijos míos en el Señor, santos de Israel; preparaos a ir al encuentro del Señor, y a ofrecerlos como víctimas a Dios con toda santidad, sin la cual nadie puede conseguir la herencia. ¿O acaso ignoráis, dilectísimos, que los enemigos de la virtud conspiran siempre contra la verdad? Por eso, carísimos, velad y no permitáis que vuestros ojos se cierren de sueño y vuestros párpados de sopor. Clamad día y noche al Creador, pedidle que del cielo os envíe una ayuda mediante la cual vuestros corazones y vuestros pensamientos se vuelvan hacia Cristo. Sí, hijitos míos, nos hallamos en el antro de un bandido, y estamos aherrojados con las cadenas de la muerte. Con toda certeza os digo que nuestra desidia, nuestra relajación, nuestro alejamiento de la virtud, es no sólo un desastre para nosotros, sino que también es una pena para los ángeles y todos los santos de Cristo; así como nuestra salvación y nuestra gloria, alegría y descanso es para ellos. Sí hijitos míos en el Señor; ruego día y noche a mi Creador, cuyo espíritu me ha sido comunicado, que ilumine los ojos de vuestro corazón, para que lleguéis a conocer el amor que os profeso, y que abra los oídos de vuestro corazón para que os enteréis de vuestra ignominia; pues quien conoce la propia abyección, anhela un perdón especialísimo; y quien piensa en su muerte, también piensa en su vida eterna. Os hablo, hijitos míos, como a personas prudentes, no sea que el hambre nos sorprenda mientras caminamos, y en un lugar en que hubiéramos podido tener muchas riquezas de haberlo querido. Quisiera haberos visto cara a cara, mas va llegando el día en que podremos vernos y conocernos íntimamente, cuando ya no haya dolor, tristeza, ni gemidos; cuando la alegría torne risueños todos los rostros. Quisiera añadir muchas cosas, mas lo dejo para que los varones prudentes tengan ocasión de serlo todavía más. Un saludo cordial a todos y cada uno de vosotros, hijos míos queridísimos en el Señor.

De las Conferencias de san Juan Casiano, abad

No es el libre albedrío el que suelta las cadenas de los presos, sino Dios. No es nuestro poder, sino el del Señor, el que levanta a los caídos. No alumbra a los ignorantes la mucha lección, sino el Creador del mundo. El texto griego dice: “El Señor hace sabios a los ciegos”. No defiende a los forasteros su astucia o cautela, sino el amparo de Nuestro Señor, que, finalmente, es quien alivia y levanta a los caídos, cuya fortaleza no basta para sacarlos de sus trabajos. Esto he dicho, no para desacreditar nuestro cuidado, trabajo o industria, como si no fueran de provecho, sino para que entendamos que nuestras fuerzas son muy flacas, y no bastan para emprender ni ejecutar lo que se pide para alcanzar un tan gran premio de pureza, como hemos dicho, si nos falta la misericordia y ayuda de Dios. Puede el hombre proveerse de un caballo al tiempo de guerra; pero el principal negocio consiste en el divino favor; porque la fortaleza no es propia del hombre.

Estuvieron los Apóstoles tan persuadidos de que todas las cosas tocantes a la salvación se las había dado Dios, que aun la fe, que es fundamento de la fábrica espiritual, le suplicaban que les aumentase, diciendo: “Señor, acreciéntanos la fe”, confesando con esto que no dependía la plenitud y perfección de ella, de su libre albedrío, sino de la divina liberalidad. El mismo Señor nos dice cuán resbaladiza y flaca es nuestra fe, y cuán insuficiente, sin su ayuda y amparo, cuando le dice a San Pedro: “Simón, Simón, quiero que entiendas que Satanás a deseado a ti y a los demás cribaros como el trigo; pero yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca”. Titubeaba otro en esta fe, y viendo que peligraba correr naufragio en cosa tan esencial, pidió favor al Salvador diciéndole: “Señor, ayudad a mi incredulidad”.

Tan seguros estaban los varones apostólicos y evangélicos de que todo cuanto tenían de bueno era merced de Dios, que aun la fe que tenían confesaron que no la podían conservar en su ser con sus fuerzas, ni libre albedrío, y así, unas veces pedían que se las diese, y otras que se las aumentase. Si para que no faltase esta virtud en San Pedro fue menester la gracia del Señor, ¿quién será tan presumido y ciego que no conozca que, para conservarla, necesita de la ayuda de Dios? Declaró este punto nuestro Salvador en el Evangelio, cuando dijo: “De la manera que el sarmiento no puede dar fruto si no está unido con la cepa, así vosotros no podéis dar fruto de buenas obras, sin estar unidos conmigo”. Y añade poco después: “Sin mi ayuda

nada podéis hacer”. Diciendo el Señor que, sin su cooperación e inspiración nadie podrá producir frutos especiales, condena por necios y sacrílegos a los que atribuyen las buenas obras a su industria, y no a la gracia de Dios y a su ayuda.

El Profeta Ezequiel dice: “Yo les daré un corazón nuevo; les quitaré el corazón de piedra que tienen y les daré un corazón de carne, para que guarden mis preceptos y se atengan a mis órdenes, poniéndolas en ejecución; y así ellos serán mi pueblo y Yo su Dios”. De todo lo dicho se colige con evidencia, que nos concede Dios el principio de nuestra buena voluntad siempre que, por su vocación inmediata, o mediante la exhortación de alguno de nuestros prójimos, o finalmente, por alguna necesidad nuestra y trabajos que padecemos, nos pone en camino de salvación. Y Él es quien nos da la perfección en las virtudes. A nosotros nos toca corresponder a la exhortación y auxilio que Su Majestad nos concede. Esto, unas veces lo hacemos con diligencia; otras, o no lo hacemos, o lo ejecutamos con flojedad y remisión; y según esta diligencia o negligencia, es la calidad de nuestro merecimiento. En conclusión: el cooperar o no con la disposición y providencia que el Señor usa con nosotros, se hace conforme a la devoción de nuestra obediencia o a la pereza de nuestra flojedad.

Sermón de Evagrio Póntico

“El soltero se preocupa de las cosas del Señor, de cómo agradar al Señor”, y siempre produce frutos vivos e inmortales de vida celestial. Tal es el monje, y de esta manera debe obrar el monje; esto es, que se abstenga de mujer, no engendre hijos ni hijas, y que no participe en asuntos impropios de un soldado de Cristo; como tal, debe vaciarse de cuidados, mantenerse exento de todo pensamiento u ocupación que no convenga a un consagrado a Dios, pues, como dice el Apóstol: “Ningún soldado se enreda en negocio de la vida, para complacer a quien lo alistó en su ejército”. Así progresará el monje, sobre todo el que rompió con todas las cosas del mundo, y se lanzó a la conquista del hermoso y magnífico trofeo de la quietud. Porque ¡cuán hermosa y excelsa es la quietud monástica, cuán hermosa y sublime! Su yugo es suave y su carga ligera; dulce vida, gozosa ocupación. ¿Quieres, carísimo, emprender la vida monástica, tal cual debe ser, corriendo hasta la galardonada quietud? Deja las preocupaciones mundanas, los honores, las potestades y los principados; es decir, mantente ajeno a los afanes, afectos y deseos mundanos, para que, libre de las incomodidades que en todo eso tienen su origen, puedas disfrutar de la maravillosa vida tranquila. Pues el que no se sustraiga a tales apegos, jamás progresará en esta clase de vida.

No desees habitar con hombres dedicados a asuntos y preocupaciones terrenas; o permanece solo, o ten trato únicamente con hermanos vacíos de todo lo del mundo. Porque quienes habitan con hombres materializados, preocupados con negocios terrenos, presto se ven arrastrados a participar de su turbulenta actividad, y tú caerías en la servidumbre de las exigencias humanas, en coloquios vanos, y en toda clase de vicios: ira, tristeza...; pronto te sentirías atraído por las cosas materiales, sentirías temores, serías objeto de escándalo. No frecuentes la amistad de parientes o conocidos; ni participes con ellos en la vida de sociedad, pues perderás la quietud de la celda y te verás forzado a tomar parte en sus negocios. “Deja – dice el Señor – a los muertos que entierren a sus muertos; tú ven y sígueme”. Incluso si la celda en que resides llega a ser impedimento para la vida interior, huye, no la perdones, ni te ablande el cariño que sientes por ella: obra todo, hazlo todo de modo que puedas vacar y vivir tranquilamente, así como mantenerte constantemente firme en el cumplimiento de la voluntad de Dios y en la lucha contra los enemigos invisibles.

Huye de morar en la ciudad, guarda la soledad. Porque así dice aquel varón santo: “He aquí que yo me alejé huyendo, y permanecí en la soledad”. Si posible fuera, en modo alguno vayas a la ciudad; porque nada acomodado, nada útil, nada provechoso para tu vocación encontrarás allí. También dice el Salmista: “He visto violencia y discordia en la ciudad”. Corre, pues, a los lugares secretos y tranquilos, y no te asuste su pobreza. Si allí se te aparecieren espectros de demonios, no te atemorices, ni por esto huyas del lugar de nuestro combate: mantente intrépido, y verás las maravillas de Dios, su auxilio, su cuidado, en una palabra, la plenitud de las cosas que necesitas para la salvación. “Me apresuraría –dice aquel varón santo– a buscar un refugio del turbión y tormenta”. Que el deseo de vagar no venza la decisión de tu ánimo, “pues la fascinación de la frivolidad estraga lo bueno, y la volubilidad de la concupiscencia mina un ánimo inocente”. Por esta causa existen muchas luchas. Teme la caída, y estate firme en tu celda.

Si tuvieres amigos, evita tener con ellos frecuentes reuniones porque si sólo hablas con ellos a largos intervalos, entonces les serás provechoso. Mas si por causa de ellos te viene daño para ti, de ningún modo te acerques. Pues te conviene tener amigos aptos y provechosos para el plan de tu vida. Huye de los malos y de la compañía de contendientes; no tengas trato con ellos, más bien repudia sus dañosas intenciones, porque ni buscan a Dios, ni permanecen en Él. Tus amigos sean personas pacíficas, hermanos espirituales, padres santos, de los que dijo el Señor: “He aquí mi madre y mis hermanos. Porque quien cumple la voluntad de mi Padre celestial, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre”. No convivas con los que arman discordias o los que se afanen mucho en negocios, ni vayas con ellos a convites, no sea que te arrastren a sus engaños, y te separen de la disciplina, del silencio y de la tranquilidad: pues en eso radica el afecto de ellos. No inclines tus oídos a sus discursos, ni aceptes los sentimientos de su corazón, pues son ciertamente nocivos. Sea tu propósito seguir a los fieles de la tierra, y el trabajo de tu corazón imitar sus sentimientos. “Pondré los ojos en los fieles del país, para que moren conmigo”, dirá el Salmista. Si ocurriere que alguno de éstos se llegase a ti según la caridad de Dios, y te invitase a comer, si quieres ir, puedes hacerlo, pero regresa pronto a tu celda. Si puedes, no duermas nunca fuera de ella, para que permanezca en ti la gracia de la paz; y sin dificultad mantendrás el género de vida comenzado.

Procura ocuparte en algún trabajo manual, día y noche, en cuanto lo permitan tus fuerzas, para que no seas gravoso a otros, más bien les puedas servir, como nos exhorta y enseña con su ejemplo San Pablo: con ello, después de lograr vencer al demonio del tedio, arrancarás todos los otros enemigos que nacen de la concupiscencia que hay en ti, porque el demonio del tedio está detrás de la pereza, “in desiderii est”, como dice la Escritura. Huye del pecado del negocio de compra y venta. Sea que vendas, sea que compres, no defraudes del justo precio, no sea que inducido por la codicia del lucro, vengas a caer en compromisos dañinos para tu alma: disputas, perjurios, falta de honradez en tu palabra, manchando de ignominia y pecado la veneranda dignidad de nuestro instituto. Pensando así, serás prudente en las compras y ventas. Pero lo mejor que puedes hacer, será descargar tus cuidados en alguna persona digna de confianza y, de esta manera, gozarás de una paz tranquila y dichosa.

Que esto te anime a conocer la obligación en que estás de iniciarte en el estudio de los principios en que se apoya este género de vida. A este fin, quiero poner a tu consideración el sentido que ella encierra. Ahora mira; hazme caso y sigue mi consejo. Cuando te sientes en tu celda, recoge tu pensamiento, recuerda que un día morirás; mira ya tu cuerpo descompuesto; piensa en las calamidades, dolores y trabajos de esta vida, y teniendo esto en cuenta, condena la vanidad del mundo; cuida la modestia y la diligencia, para que permaneciendo firme en tu propósito, no caigas en el desaliento y lo abandones. Mantén en la memoria el triste estado de los que fueron a parar al infierno: cómo se consume allí su alma en amarguísimo silencio o en acerbísima queja; en qué temor y ansiedad, sin esperanza alguna en que mejorará su condición, pues jamás cesará allí el dolor, jamás cesarán las lágrimas. Después, acuérdate del día de la resurrección y tu presentación ante el Señor; imagina aquel tremendo y horrible juicio; contempla a los pecadores condenados, en presencia de Dios y de su Cristo, de los ángeles, de los arcángeles, de las potestades y de todos los hombres, asimismo, todos los suplicios: el fuego eterno, el gusano que no muere, los tormentos, las tinieblas, el rechinar de dientes, la separación de Dios para siempre.

Medita también los bienes que aguardan a los justos; su fe en Dios Padre y en su Cristo, en los ángeles, arcángeles, potestades y en todo el pueblo, el reino y su gloria, la paz, la felicidad eterna. Éstas y otras cosas ten en tu memoria; y gime por el juicio de los pecadores, llora y vístete de luto; teme, no sea que también tú acabes con ellos; en cambio, goza y salta de alegría por los bienes que esperan a los

justos; y mientras tratas de llegar a gozar de éstos, mantente alejado de los otros. Cuida mucho de no olvidarte de estas cosas, ya estés en tu celda, ya fuera de ella; nunca apartes de tu mente el recuerdo de tales temas, pues así rechazarás los pensamientos torpes y peligrosos. Con firmeza varonil, ejercítate en el ayuno ante Dios. El ayuno expía los delitos y pecados, llena de virtudes al alma, santifica el espíritu, arroja a los demonios y nos acerca a Dios. Si comieres una sola vez al día, no apetezcas comer de nuevo, para que no te domine la glotonería y llenes de turbación a tu espíritu. Además, esta práctica penitencial te permitirá abundar en obras de caridad, y a la vez extinguirá en ti el ardor de las pasiones corporales.

Acepta gozosamente las vigiliias y demás austeridades de nuestra vida, mirando siempre la gloria futura que se revelará en ti con todos los santos. “Porque estimo, dice el Apóstol, que los padecimientos del tiempo presente no tienen comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros”. Si te encuentras abatido, ora, como está escrito: ora con temor y temblor y trabajo, vigilante y sobriamente. Así conviene orar, máxime teniendo en cuenta que nuestros malignos enemigos, invisibles y siempre rondando, tratan con gran empeño de dificultarnos nuestro negocio. Éstos, cuantas veces nos ven dedicados a la oración, otras tantas acometen con energía para distraernos con impertinentes sugerencias y pensamientos. Procuran cautivar nuestro ánimo, para que permanezca ocioso, y así resulten vanos e inútiles nuestros esfuerzos y nuestras oraciones. Porque, como dijimos antes, resulta sin provecho toda oración que hacemos sin recogimiento, sin humildad y sin vigilancia. Si es cierto que cualquiera que al presentarse a un rey, que en realidad no es más que un simple mortal, cuida de que sus expresiones sean correctas, con humildad, temor y prudencia; ¡con cuánto mayor esmero hemos de presentar nuestras súplicas al Dios de todos los reyes y a su Cristo, Señor de los que dominan! A Él sea dada la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Homilía de san Doroteo de Gaza

Después Jesucristo nos ha dado el poder de hacer el bien, si lo deseamos, y de no ser nunca más arrastrados por la fuerza hacia el mal, pues los pecados oprimen y arrastran a aquel que los comete, tal como dice la Escritura: “Cada uno se encierra en los lazos de sus propias faltas”. Después de ello, el Señor nos enseña en sus santos mandamientos cómo purificarnos de nuestras pasiones, a fin de que éstas no nos hagan caer en los mismos pecados. Y, finalmente, nos muestra el motivo por el que hemos llegado al desprecio y transgresión de los preceptos de Dios; de esta manera, nos da el remedio para que podamos obedecer y ser salvados. ¿Cuál es ese remedio y cuál es el motivo de ese desprecio? Escuchen lo que dice Nuestro Señor: “Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón y encontraréis reposo para vuestras almas”. Brevemente, con una sola palabra nos muestra la raíz y la causa de todos los males junto con su remedio, fuente de todos los bienes.

Nuestro Señor nos manifiesta que es nuestra propia exaltación la que nos ha hecho caer, y que es imposible obtener misericordia si no es por la disposición contraria, que es la humildad. La exaltación de hecho engendra el desprecio y la funesta desobediencia, mientras que la humildad engendra la obediencia y la salvación de las almas. Por ello entiendo una humildad verdadera, no un simple rebajarse con palabras o actitudes, sino una disposición verdaderamente humilde, en lo íntimo del corazón y del espíritu. Es por eso que el Señor dice: “que soy manso y humilde de corazón”. ¡Que aquel que quiera encontrar el verdadero reposo para su alma aprenda entonces la humildad! Podrá comprobar que en ella se encuentran la alegría, la gloria y el reposo, así como con el orgullo se encuentra todo lo contrario. En efecto, ¿cómo hemos llegado a estas tribulaciones? ¿Por qué hemos caído en todas estas miserias? ¿No es acaso a causa de nuestro orgullo, de nuestra locura?

Sin humildad es imposible obedecer a los mandamientos y alcanzar algún bien. Esto es cosa sabida de los santos. Por una vida entera de humildad buscaron unirse a Dios. Hubo amigos de Dios que después del santo bautismo no sólo renunciaron a los actos a los que los impulsaban las pasiones, sino que también quisieron vencer a las pasiones mismas, llegando a la impasibilidad; así san Antonio, Pacomio y otros Padres inspirados de Dios. Los Padres comprendieron que eso no podrían alcanzarlo con facilidad quedándose en el mundo. Por ello concibieron para ellos una vida

apartada, una conducta especial, es decir la vida monástica, y así empezaron a abandonar el mundo para habitar en los desiertos, viviendo en medio de ayunos, incomodidades, vigilias y otras mortificaciones en una total renuncia a su patria, a sus familiares, a las riquezas y a los demás bienes. En una palabra, crucificaron al mundo en sí mismos. Y es por esta razón por la que los Padres, no contentos con guardar los mandamientos, ofrecieron también regalos a Dios; esos regalos son la virginidad y la pobreza. En realidad, no son mandamientos, sino regalos.

Si hemos abandonado las grandes cosas, hagamos lo mismo con las pequeñas. Si hemos abandonado el mundo, dejemos también a sus afectos porque, tal como hemos dicho antes, sin que nos demos cuenta nos atan al mundo a través de cosas ínfimas y miserables, que no merecen ningún interés de nuestra parte. Si queremos ser completamente libres, comencemos a negar nuestra voluntad propia, y de esta manera, poco a poco, llegaremos con la ayuda de Dios a despojarnos verdaderamente. Nada hay tan provechoso para el hombre como el negar su voluntad propia. Por este camino progresamos más allá de toda virtud. El que anda por esta vía de la negación de la voluntad propia se asemeja al viajante que encuentra un atajo por el cual se ahorra gran parte del camino. Ello se debe a que negando nuestra voluntad alcanzamos el desapego de las cosas, y por este desapego, con el auxilio de Dios, llegaremos a la impasibilidad.

Homilía de san Doroteo de Gaza

Una cosa es el rencor, otra la cólera; una cosa la irritación, otra la turbación. Os voy a poner un ejemplo que os lo hará comprender. Alguien enciende fuego: de momento no es más que un pequeño carbón. Éste representa la palabra del hermano que os ofende. Ved, ¿no es todavía un carboncito esta simple palabra de vuestro hermano? Si la soportáis, extinguís el carbón. Si, por el contrario, os ponéis a pensar: “¿Por qué me ha dicho esto? ¡Materia tengo para responderlo! Si no me hubiera querido ofender, no me habría hablado de esta manera. ¡Que sepa bien que también yo puedo hacerle mal!” Igual que el que enciende el fuego, tú arrojas chispas aquí y allá y haces salir humo; consigues turbarte. Pues la turbación no es otra cosa que el movimiento, el flujo de los pensamientos que excita el corazón. Y es esta excitación lo que impulsa a vengarte del ofensor.

Soportando la simple palabrita de tu hermano, puedes extinguir el carbón, antes de que aparezca la turbación. Pues este movimiento del ánimo puedes apagarlo fácilmente cuando se levanta, por el silencio y la oración. Si, por el contrario, continúas haciendo humo, es decir, revolviendo y excitando tu corazón, pensando: “¿Por qué me ha dicho esto? ¡También yo se lo puedo decir!”... el flujo y choque de los pensamientos, por decirlo así, trabajan para calentar el corazón y provocan la llama de la indignación. Y aquí tenemos la ira. Si quieres, hermano, todavía puedes extinguirla, antes de que se desencadene la cólera. Empero, si continúas en turbarte y turbar a los demás, haces como aquel que arroja trozos de madera en el hogar y activa el fuego; y es entonces cuando se convierten en carbones. Y aquí tenemos la cólera.

Si en el origen de la turbación, al aparecer el humo y las chispas, uno toma la delantera acusándose a sí mismo, antes de que brote la llama de la irritación, conseguiremos la paz. Pero si, una vez provocada la irritación, no nos calmamos y persistimos en la excitación, nos parecemos a aquel que alimenta con leña el fuego y continúa haciéndolo arder, hasta que tiene buenas brasas. Y de la misma manera que las brasas transformadas en carbones y puestas aparte, pueden conservarse años sin pudrirse, incluso si se echa agua encima, de la misma manera la cólera que se prolonga degenera en rencor. Ahora sabéis ya, hermanos, lo que es la primera turbación, la irritación, la cólera, el rencor. ¿Veis cómo de una sola palabrita se llega a un tan grande mal? Si desde el principio hubiéramos

aceptado la reprensión, si hubiéramos soportado pacientemente la palabrita de nuestro hermano, sin querer vengarnos, ni responder dos o cuatro por una sola, y volver mal por mal, hubiéramos escapado a tantos males. Por tanto, no ceso de exhortaros: arrancad la raíz de vuestras pasiones cuando aún son tiernas, antes que se fortifiquen y os hagan penar. Pues una cosa es arrancar una plantita y otra desarraigar un gran árbol. o

Hermanos, se puede devolver mal por mal no sólo por una acción, sino también por una palabra, por una actitud. Alguien parece no devolver el mal por una acción, pero se le escapa una palabra o un gesto. Y sucede, efectivamente, que por una sola actitud, un gesto o una mirada, se molesta al hermano. Pues es muy fácil herir a nuestro hermano con una mirada o con un gesto malicioso: esto es devolver mal por mal. Algún otro cuida mucho de no devolver el mal por un acto, palabra, gesto o actitud; pero en su corazón hay un cierto resquemor respecto a este hermano y está molesto con él. Observad la diversidad de estos estados. Otro no tiene tristeza ni está molesto con su hermano, pero si oye decir que alguien ha causado pena a éste o murmura contra él o lo injuria, se regocija siempre al oírlo. Debemos alegrarnos de la felicidad de nuestro hermano, servirle en todo lo que podemos y aplicarnos en toda circunstancia a contentarlo y honrarlo.

Homilía de Ammonas, monje

Conviene, carísimos, que nosotros que pretendemos ser monjes, procuremos apartarnos de las turbas y evitar las relaciones con ellas, a fin de librarnos, tanto en el cuerpo como en el corazón y en la mente de las perturbaciones provenientes del trato con el vulgo, pues entre los hombres no faltan nunca inquietudes. Nuestro Señor nos dio ejemplo de retiro y soledad, subiendo solo al monte para orar. Venció al diablo en el desierto, aunque fuera capaz de derrotarlo igualmente en medio de la multitud; para enseñarnos que en la soledad y el silencio podemos dominar al enemigo y adquirir la perfección más fácilmente. Asimismo, el Señor no mostró su gloria a los discípulos en público, sino que los llevó aparte y se transfiguró ante ellos en el monte. También Juan el Bautista vivió en el desierto hasta su manifestación a Israel.

Por su parte, Pedro, el príncipe de los apóstoles, nos proporciona una prueba de lo útil que es la soledad, pues estando solo vio el cielo abierto y un lienzo que bajaba hacia él, acompañado de una revelación divina: luego, el lienzo fue de nuevo arrebatado al cielo. De modo semejante, cuando Ezequiel contempló aquellos cuatro animales con cuatro caras, significando la semejanza de las glorias de Yavé, no se hallaba en la ciudad ni en una villa, sino en el campo, porque antes le había dicho Dios: “Sal al campo y allí verás mi gloria”. En resumen, que las visiones y revelaciones no eran concedidas a los santos sino en los montes y las soledades. De esos santos y de su venerable género de vida habla la Epístola a los Hebreos en estos términos: “Hombres de los que no era digno el mundo, errantes por desiertos y montañas, por cavernas y antros de la tierra”. Y también Jeremías, sabiendo cuánto agrada a Dios la soledad, declaró: “Es bueno que el hombre lleve el yugo desde su adolescencia y que se siente solitario y silencioso”. Y el Salmista: “Permaneceré solo hasta que pase la iniquidad”.

Reconoced, pues, hijos míos, la eficacia de la soledad; ya que el Señor, con su costumbre de retirarse a solas, nos ofreció un motivo firme de amor a ella, como dice David: “Tú, Señor, me concediste habitar seguro en la esperanza”. Y si Elías recibió refección espiritual y comida por mediación de un ángel, esto no sucedió en una ciudad, sino en el desierto. También nuestros Padres habitaron en el desierto, como el Bautista y tantos otros. No penséis que fue en medio de los hombres donde alcanzaron su santidad. Recibieron la virtud divina ejercitándose en la quietud silenciosa y solitaria.

Después de eso es cuando Dios los envió a los hombres para que trabajaran en su edificación y para que curasen las dolencias de la humanidad, pues eran médicos de las almas. Con esa finalidad fueron sacados de su silenciosa y solitaria quietud y enviados a los hombres. Lo cual sólo fue posible después que ellos mismos habían sido curados de sus propias enfermedades.

No es posible que Dios meta a un hombre entre sus semejantes para edificarlos, cuando él aún es flaco. Por consiguiente, los que salen de su retiro antes de ser perfectos, se mueven por voluntad propia, no por vocación divina. Dios dice de ellos: “Yo no envié a esos profetas, y ellos corrieron”. Éstos no pueden guardarse a sí mismos, ni menos aprovechar a los otros. Por el contrario, los que son enviados por Dios, lamentan tener que abandonar su soledad y silenciosa quietud, sabiendo que gracias a ellas consiguieron la virtud; con todo, para no desobedecer a su Creador, salen para la edificación del prójimo. En esto imitan al mismo Dios, pues el Padre envió a su Hijo del cielo para curar y salvar a la humanidad. Obrando como el Creador, los santos se hacen dignos de la adopción divina que les permitirá vivir, como el Padre y el Hijo, por los siglos de los siglos.

Sermón de san Pedro Damiano

¡Oh celda, secreto de los celestiales negocios, en cuya posesión se encierran todas aquellas mercancías, con las que se compra la tierra de los vivientes! Feliz comercio, donde las molestias pasajeras de la tierra se cambian en eternas delicias. Felices, digo, esos mercados donde se puede adquirir la vida eterna a un precio mínimo, pues basta lo que se tiene; donde por una pequeña aflicción de la carne, se compra un convite celestial, y donde unas exiguas lágrimas, dan lugar a unas risas eternas; que separa de una posesión terrena y conduce a la posesión de una herencia eterna. ¡Oh celda, oficina admirable del ejercicio espiritual, con el que el alma humana restaura en sí misma la imagen de su Creador, y la retorna a su pureza original! Donde la razón, que había perdido su claridad primitiva, recupera la sutileza de su penetración y repara la transparente sinceridad que tuvo antes de que la naturaleza la perdiese. Tú logras que, al pálido fulgor de los ayunos, se vea el espíritu ricamente alimentado con el fuerte manjar de la divina gracia. Tú logras que el hombre de limpio corazón vea a Dios, a quien antes ignoraba por vivir envuelto en tinieblas. Tú haces al hombre retornar a su principio, y al que fue arrojado al destierro, que vuelva a la celsitud de su primitiva dignidad. Tú haces que el hombre, asomado al balcón de su entendimiento, contemple el desfile de las cosas terrenas, a la vez que se descubre a sí mismo entre las cosas que caen segadas por la guadaña del tiempo.

¡Oh cuán bellas aparecen las cosas, cuando recita un hermano en la celda la salmodia nocturna, y, a la manera de los centinelas militares, que hacen sus vigilijs durante la noche, se siente centinela de los campamentos divinos! Mira el curso de los astros en el cielo, mientras de su boca fluyen los salmos, y del mismo modo que las estrellas se suceden, y con el alternar de sus pasos previenen el nacimiento del día; así los salmos que fluyen de sus labios, como si naciesen en el oriente, van siguiendo su curso paulatinamente con los astros, y se dirigen hacia su fin. Éste manifiesta el ministerio de su servidumbre; aquéllas ejecutan el oficio que se les ha ordenado. Éste, recitando salmos, tiende hacia la luz inaccesible; aquéllas, sucediéndose unas a otras, preparan la luz visible a los ojos exteriores. Todos caminan al cumplimiento del fin propio, siguiendo diverso camino, y el siervo de Dios, al realizar su servicio, concuerda, en cierta manera, con los mismos elementos.

La celda es testigo silencioso de la vida del solitario que la habita; ella ve cuando el corazón arde con el fuego del amor divino y busca el rostro de Dios con la diligencia de una perfecta devoción. Ella conoce cuando se derrama el rocío de la gracia celestial, y por el llanto de la compunción se riega; mas donde no llega la inundación de las lágrimas, la misma amargura del corazón contrito, suple el flujo de las lágrimas, porque lo que no se alcanza de la rama, siempre se conserva en la húmeda raíz del corazón floreciente, pues basta la tristeza del espíritu, al que no puede continuamente llorar. La celda es la cárcel donde se labran las piedras preciosas, sin que se oiga el golpe del martillo, para la construcción del templo futuro.

¿Qué más te diré? ¡Oh celda eremítica, vida bendita, vergel de las almas, vida santa, vida angélica, gabinete de gemas celestiales, palacio de espirituales senadores! Tu olor supera a la fragancia de todos los aromas, tu sabor es preferible al panal que destila, endulza la garganta del corazón iluminado más que toda la miel, y, por tanto, ¿qué podré decirte que iguale los méritos de tu dignidad? Porque la lengua humana es totalmente incapaz de expresar lo que el alma siente de ti; y lo que tú sabes al gusto interior, en lo más íntimo del corazón, jamás podrá declararse por la palabra humana. Los que te conocieron y te amaron, pregonan tus alabanzas, ellos son los que descansan en los brazos de tu amor.

Carta de Bernardo de Portes al eremita Raynaud

Pides, ciertamente, algo muy razonable y bueno. Acaso pudiera oponer alguna excusa justa a tu pregunta: quieres que te diga de qué modo has de comportarte en la presencia de Dios. Ahora bien, impelido por la caridad, más que retenido por la excusa natural, y aunque no como el asunto merece ser tratado, voy a satisfacer tu deseo. Quiero, en primer lugar, decir que debes tener muy en cuenta que de ninguna manera voy a establecer para ti una regla fija y rigurosa de vivir; sino solamente insinuarte lo que me parece ser el resumen de aquellas cosas que acostumbra observarse en religión. Mas si lo que te diga es para ti demasiado duro, o, por el contrario, te parece demasiado leve, puedes templar la dureza, o cambiar en algo más pesado lo ligero, según el Señor te dé la voluntad y la posibilidad; guardando, no obstante, en cualquier circunstancia (y esto te lo encarezco mucho) la discreción, que conozco es valiosísima para el aprovechamiento y la perseverancia en religión. Comenzando, pues, por lo que toca a los llamados novicios, te diré que la mayor parte de ellos emprenden la marcha con grandes esfuerzos (tanto mayores cuanto que su primer fervor suele ir acompañado de la indiscreción), pero ocurre que o pierden la perseverancia (lo que es muy doloroso), o caen en enfermedades corporales unas veces, y otras en las mentales: la consecuencia de esto es que se inutilizan, y se ven forzados a seguir una regla más mitigada, o, lo que es mucho más grave, se abandonan completamente a la relajación.

Después de este preámbulo, paso a decirte algo acerca del silencio. Esto es lo que a tal respecto debes observar con sumo cuidado: desde Completas hasta Prima durante el verano, y hasta Tercia en invierno, has de guardar perfectamente el silencio. Siempre (en cuanto te sea posible) se debe cumplir la regla del silencio; pero durante la noche, de manera muy especial: sólo obligado por una necesidad urgente, podrás pronunciar con modestia algunas pocas palabras para decir lo estrictamente necesario. Palabra ociosa, o inútil, jamás deberás pronunciar; es más, ni siquiera escucharla. No permitas a nadie que te refiera hablillas, o chocarrerías, ni que te traiga rumores sobre asuntos de afuera. Oye con gusto aquello que te pueda ser ocasión de dar gracias a Dios por tratarse de beneficios; o bien, para elevar al cielo tus súplicas, si lo que oyes son cosas tristes o adversas. Todos los que se te acerquen, deberán quedar edificados de tus palabras, y sólo acepta que te digan algo bueno. En caso de recibir la visita de algún varón docto o santo, procura escuchar con atención lo que te

diga; no pretendas ser tú el que hable. Si esto observas, tu corazón no se verá molestado por el fantasma de la vanidad durante la salmodia o en la oración.

Sigamos ahora ocupándonos de las obras espirituales y corporales propias del solitario. Que la ociosidad es gran enemiga del alma, lo dice el Apóstol: “El que no trabaja, que no coma”; conviene, pues, para que el tentador te encuentre siempre vigilante, ocuparte en todo tiempo en alguna obra espiritual o corporal. Me parece congruente que, siguiendo también al Apóstol, distingas estas obras “*secundum ordinem*”. Hazlo así: en tiempo invernal, desde Maitines hasta Tercias, y en verano hasta Prima, dedícate a ejercicios espirituales. Bien entendido que llamamos obras espirituales, la oración, la lectura sagrada, las santas meditaciones y la salmodia. Durante el resto del día hasta Vísperas, ocúpate en alguna obra manual útil; intercalando, sin embargo, breves y fervorosas jaculatorias. Después de Vísperas vaca otra vez a las obras espirituales. Acuérdate que, durante este tiempo, debes, en cuanto te sea posible, guardar silencio. A continuación de Completas no difieras el dar al cuerpo su necesario descanso. Los días festivos has de dedicarte con mayor intensidad a los estudios espirituales, según el fervor y la gracia que el Señor se digne concederte.

No olvides esto que ahora te advierto: mejor es recurrir a alguna obra manual, que dormirar mientras lees, o caer en el tedio por insistir demasiado en la lectura. Has de saber que, cuando precede algún trabajo corporal, con el cambio de ocupación, volverás gustoso a la oración o a una lectura más fervorosa. Pero, bien entendido que, el tal trabajo se ha de llevar a cabo con quietud y sin ruido, para que la gente indiscreta no tome de aquello ocasión de escandalizarse. Ten mucho cuidado en evitar la excesiva solicitud por alguno de los trabajos manuales, no sea que te haga perezoso o tibio para la oración, o para otra cualquiera ocupación espiritual que hayas de cumplir. Porque nunca se han de preferir los ejercicios corporales a los espirituales; ya que los espirituales, por ser mucho más excelentes, deben anteponerse a los corporales. Lo que hagas corporalmente, que sea a su debido tiempo, esforzadamente y sin pereza. Pero, a toda costa, has de lograr que tu fervor o devoción para los ejercicios del espíritu no se vea impedido por afán desmedido o excesiva solicitud. “Nada os inquiete –dice el Apóstol– sino que, en todo, por la oración y la súplica, con acción de gracias, presentéis a Dios vuestras peticiones”.

En todo momento has de cumplir aquello que manda la Escritura, y que poco antes te recordaba: “Más que toda otra cosa, guarda tu corazón, porque de él brotan los manantiales de vida”. Pues el ánimo del hombre es inestable, y si no te dedicas constantemente, con verdadero empeño, con la ayuda que el Señor se digne concederte, en santas meditaciones, después que hayas sido arrastrado por vanidades e inmundicias, que el tentador nunca cesa de sugerir y acumular, no te será fácil encontrarte devoto en la oración o en la salmodia. Entrégate, por tanto, con devoción y deseo espiritual a la lectura piadosa; conserva en la memoria las enseñanzas santas que oigas y lo que el Señor se digne concederte con la dulzura de las divinas palabras y los misterios: aprovéchate de todo para tu beneficio espiritual. Lee con esta intención las Escrituras, siempre que tengas ocasión; nunca lo hagas para hincharte con la ciencia, sino para que te edifique la caridad. En cuanto a las cosas que tu inteligencia no logra penetrar, venéralas como secretos divinos, y piadosamente espera entenderlas cuando entres en el santuario de Dios, donde comprenderás los designios divinos. Si entiendes las Escrituras, da gracias con humildad al Autor del beneficio.

Suele ocurrirles a los solitarios que se turban ellos mismos, y dan ocasión al diablo para producir en ellos una cierta nube de tristeza. Porque el enemigo inveterado del hombre conoce diversos modos de dañar la oración de los siervos de Dios y de impedir su santo empeño. Unas veces provoca tristeza o ira irracional; otras tienta de soberbia, o les recuerda alguna injuria, o les trae a la memoria algunos hechos o dichos de otros tiempos; también recurre a producir en su imaginación pensamientos inmundos; o bien, se esfuerza en conseguir que el ánimo caiga en tibieza o en somnolencia, para así apartar o impedir la santa intención que al alma tiene de elevarse a Dios. Y si ésta no resiste los primeros y débiles asaltos que sufre, después llega a verse atada con las fuertes cadenas de una mayor y continua tentación. Es cierto que el diablo prefiere hacer que el alma caiga, a conformarse con impedirle su comunicación con Dios. Mas a los que no consigue derribar, hace lo posible por impedirles orar. “Pero fiel es el Señor –dice el Apóstol– y no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas. Con la tentación os dará medios que os permitan resistirla”. Tú procura armarte contra esas tentaciones y contra cualesquiera otras que, como las nocturnas, te pueden sobrevenir: Ármate con la oración, abrazando aquel escudo de que habla el Apóstol: “Embrazad siempre el escudo de la fe, con el que podáis apagar los dardos inflamados del malvado”. Porque el sincero amor y la fe ferviente en

la Cruz de Cristo hacen inútiles todas las maquinaciones del enemigo, y la oración, con efusión de lágrimas, vence y repele todo género de tentaciones.

Éstos son los instrumentos espirituales y las batallas con las que comenzaste a militar en el ejército del gran Rey. Pero debes saber que encerraste tu cuerpo en la celda, y te separaste de los cuidados exteriores para que tu corazón pudiera vacar a esto. Podrás parecer grande a los ojos de los hombres que admiran tu comportamiento exterior, pero ante Dios no puedes ser grande, si no te ejercitas con todo empeño en la vigilancia contra los enemigos de tu alma. Los hombres sólo advierten las cosas visibles que puedes hacer en tu vida de solitario; de las interiores, sólo Dios juzgará. Cuando te vieres menos fuerte para seguir una vida santa, confiesa al Señor humildemente tu imperfección e indevoción, y pídele fervorosamente el auxilio de su gracia, pues te dice: “Sin mí nada puedes hacer”. Por tanto, es necesario que te encuentres muchas veces tibio o perezoso. Y, efectivamente, llegarán tiempos en los que se te quitará la gracia, a fin de que no presumas de tus propias fuerzas, y tengas ocasión de recurrir confiadamente al auxilio divino. Así, el Padre amantísimo sabe curar la soberbia con la medicina de la humildad. La mente humana tiende a levantarse orgullosa, creyéndose a sí misma suficiente para alcanzar la justificación; por esto Dios sustrae de vez en cuando sus gracias, impidiendo así que el hombre caiga en una soberbia más grave. Pero si el orgullo levanta cabeza, la gracia, mostrándose más clemente, logra que el hombre vuelva a la humildad. Jesucristo dormía en medio de la tempestad para que sus discípulos ejercitasen la humildad y recurriesen a la plegaria; después imperó a los vientos y al mar, y se hizo una gran calma.

Cuando ya hayas aprendido de Cristo a ser manso y humilde de corazón, pide, busca, llama a Aquel que resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes, y te dará la caridad por el Espíritu Santo, que es la mayor gracia que, en esta vida, puede recibir el hombre. Después comenzará a hervir tu corazón y se dilatará de tal modo que, lo que antes te parecía difícil o duro en el cumplimiento de los mandamientos divinos, luego se te hará facilísimo. Digo que se dilatará tu corazón tanto que, lo que te parecía duro o áspero, pasará a ser para ti tan alegre y leve que, en verdad, dirás: “Correré por el camino de tus mandamientos cuando me ensanches el corazón”. “Mi alegría es el camino de tus preceptos, más que todas las riquezas”. Por esta caridad has de entender, no otra cosa, sino el amor a Dios y

al prójimo. Dos son, ciertamente, los preceptos, pero una es la caridad. El Señor habló de dos mandatos: “En estos dos preceptos – dijo– se encierra toda la ley y los profetas”. Y que la caridad es una, lo dijo el Apóstol: “La plenitud de la ley es el amor”. Por consiguiente, dos son los preceptos que se nos manda cumplir; pero una es la caridad por la que se cumplen. Los preceptos se mandan en la ley; mas la caridad los cumple en el corazón. No puede estar en nuestros corazones como cosa que nazca de nosotros mismos, o por alguna acción que tenga principio en nosotros; sino que: “la caridad de Dios, dice el Apóstol, se ha derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo, que se nos ha dado”. Pídelo con insistencia, sin cesar y devotamente a Aquel de quien desciende todo buen don y toda dádiva perfecta.

Sermón de san Doroteo de Gaza

¿Cómo se construye la casa del alma? Podemos saberlo tomando como tipo la casa material. El que quiere construir ésta, tiene que consolidar todo el conjunto, levantando los cuatro costados, sin limitarse a uno descuidando los otros, pues en este caso trabajaría inútilmente, empleando mal el tiempo y las expensas. Lo mismo vale para el alma. El hombre no debe descuidar ninguno de los elementos de su propio edificio; ha de levantarlo todo por igual, con armonía. He aquí lo que dice el Abad Juan: “Quiero que el hombre adquiriera un poco de cada virtud, y que no se limite, como hacen algunos, a escoger una sola para practicarla dejando a un lado las demás. Tal vez tienen predisposición para esa virtud, y por eso no son tentados por la inclinación contraria a ella; pero se engañan en cuanto a las otras pasiones, y, dominados por éstas, no se preocupan de ellas, pensando poseer algo grande con aquélla. Estas personas se parecen a uno que levantara una pared lo más alto posible, sin ninguna defensa, no reparando en que bastará un golpe de viento fuerte para echarla abajo, pues está aislada, sin apoyarse en otros muros”.

El que quiere construir su casa para que le sirva de resguardo, tiene que edificarla por los cuatro costados y dejarla bien terminada por todas partes. Voy a decirlos cómo. Lo primero que debe hacer es echar los cimientos, es a saber, la fe, pues sin fe –dice San Pablo– es imposible agradar a Dios. Sobre este fundamento ha de levantar el edificio con las debidas proporciones. ¿Se le ofrece una ocasión de obedecer? Coloque una piedra de obediencia. ¿Se irrita un hermano contra él? Ponga una piedra de paciencia. ¿Encuentra una oportunidad de practicar la templanza? Añada una piedra de templanza. Así, de cada virtud que le salga al paso debe colocar una piedra en la construcción, mezclando una de compasión con otra de renuncia a la voluntad propia, o de mansedumbre, y así sucesivamente. En este trabajo ha de prestar especial atención a la perseverancia y a tener un ánimo esforzado, que son las piedras angulares gracias a las cuales la casa queda bien asentada, pues los muros se unen impidiendo mutuamente su inclinación, ya que se apoyan entre sí. En efecto, sin perseverancia y ánimo resuelto no se tiene energía para alcanzar ninguna virtud. Sin este coraje no se persevera, y sin perseverancia no se logra el éxito.

El constructor debe aglutinar las piedras con argamasa, pues de lo contrario se desprenderían y la casa se desmoronaría. La argamasa es la humildad, que procede de la tierra y es por todos pisoteada.

Cualquier virtud sin humildad deja de ser virtud. Así como es imposible levantar una torre sin expensas, así es inimaginable salvarse sin humildad. Por consiguiente, el bien que hacemos debe ser hecho con humildad, para que ésta proteja la obra que nace. Además, la casa debe tener la conveniente armazón de hierro; ésta es la discreción, que robustece la construcción e incluso la embellece. El techo es el amor, perfección de la virtud como el techo es el remate del edificio. En la terraza del edificio se pone una barandilla. ¿Cuál es ésta? Ya en la Ley de Moisés estaba escrito: “Cuando construyáis una casa y la cubráis con terraza, poned en ésta una barandilla con el fin de que no se caigan vuestros hijos”. La barandilla es la humildad; ella es la que guarda y protege a todas las virtudes.

Ya tenemos, pues, la casa terminada. Entonces, ¿no falta nada? Sí, queda una cosa que habíamos olvidado interpretar. ¿Cuál es? El arquitecto. Si no es experto, es probable que haga el edificio inclinado, y éste se arruinará sin tardanza. Es experto el que trabaja con sabiduría. Quien practica la virtud sin discreción estará deshaciendo lo que hace, y no hallará modo de terminar, pues coloca una piedra y retira dos. Por ejemplo: Sucede que un hermano te dice una palabra ofensiva que te hiera, pero tú callas y hasta le haces una reverencia: has colocado una piedra en tu edificio. Mas después vas a hablar con otro hermano y se lo cuentas: “Fulano me ofendió, me dijo esto o lo otro, y yo no sólo lo aguanté, sino que hasta le hice un saludo de cabeza”. Pusiste una piedra y quitaste dos. Pues se puede hacer una reverencia para quedar bien, pretendiendo así juntar la humildad con la vanidad. Esto significa poner piedras y volverlas a quitar. Por el contrario, quien se humilla exteriormente con sabiduría y discreción, está convencido de haber faltado y de ser él el culpable. Finalmente, digamos que es preciso practicar todas las virtudes hasta adquirir el hábito de todas ellas. Entonces es cuando el arquitecto demuestra su capacidad para construir con seguridad su casa.

Sermón de san Barsanufio, recluso

Si quieres edificar tu casa, prepara antes los materiales y todo lo necesario. Y luego, que venga el albañil a levantarla. Las cosas necesarias para la construcción de este edificio, son: la fe firme para levantar las paredes maestras; ventanas que permitan la entrada del sol para que ilumine la casa, de suerte que no haya en ella lugar oscuro: estas ventanas, de madera, son los cinco sentidos reforzados por la preciosa Cruz de Cristo, que dejan pasar la luz del Sol espiritual de justicia y no permiten que quede lugar alguno a oscuras en casa (me refiero a las tinieblas del enemigo que odia el bien). Luego, tienes que cubrir la casa con tejado, a fin de que “de día el sol no te haga daño, ni la luna de noche”. El tejado simboliza la caridad para con Dios, que “nunca se apaga”; ésta cubre la casa y no deja que el sol se ponga mientras estemos airados, para que no lo encontremos el día del juicio acusándonos, y nos quememos con el fuego de la gehenna; tampoco permite que la luna nos acuse de nuestra molición e indolencia durante la noche, para que no ardamos en el castigo eterno. Es menester, finalmente, que la casa tenga una puerta para entrar y para guardar al que en ella mora. Al referirme a la puerta, piensa tú, hermano mío, en la puerta espiritual, el Hijo de Dios, que dijo: “Yo soy la puerta”. Si así dispones tu casa, de modo que nada en ella pueda desagradar al Señor, vendrá Él con el Padre bendito y con el Espíritu Santo a aposentarse en ella, y te enseñará en qué consiste el retiro e iluminará tu corazón con un gozo inefable.

Esforcémonos, pues, en purificar el corazón de las pasiones del hombre viejo que odia el Señor. Ya que nosotros somos templos suyos, y en un templo profanado por las pasiones no habita lo divino. Entremos en el interior y hagamos allí una pequeña habitación de retiro, que será suficiente. Y roguemos que nuestra vida reposada sea conforme a su voluntad, glorificando así a la Trinidad santa e inmaculada. Entra, pues, ya que la actividad interior con aflicción de corazón engendra pureza; la pureza, –recuérdalo, hermano– trae la verdadera quietud del corazón, y esta quietud trae humildad, y la humildad hace del hombre morada de Dios. De una tal morada quedan excluidos los demonios perversos y su jefe el diablo, con sus vergonzosas pasiones, y el hombre se convierte entonces en templo de Dios, santificado, iluminado, purificado, enriquecido de gracia, lleno de fragancia, de ternura y de júbilo; el hombre se hace teóforo –portador de Dios–, e incluso mucho más: se convierte en Dios, según aquello del Salmo: “He dicho: ¡Vosotros, dioses sois, todos vosotros, hijos del Altísimo!”

Examinémonos, pues, para ver si Dios está verdaderamente con nosotros. Si estamos alejados de los vicios y extraños al diablo, su autor, en verdad que Dios está con nosotros. Si somos tales que Él reine en nosotros, y con el hábito de considerar el cielo como nuestra propia meta nos gozamos en el deseo de hacer buenas obras, realmente está Dios con nosotros. Si miramos a todos los hombres por igual, como si fuesen uno solo, y consideramos todos los días semejantes entre sí, Dios está verdaderamente con nosotros. Si amamos a los que nos odian, nos insultan, nos persiguen, nos desprecian, nos maltratan y afligen, lo mismo que a los que nos aman, nos lisonjean, nos dan gusto y procuran nuestra tranquilidad, entonces está de verdad Dios con nosotros. Y la señal de haber llegado uno a este grado de perfección, es el tener siempre a Dios consigo y comprobar que todo lo dicho se da en él. ¡Alégrese en el Señor quien haya alcanzado tal gracia, quien esté llegando a ella y quien tenga la esperanza de conseguirla!

Teniendo contigo al Todopoderoso, ¿qué temes? ¿quién te hará temblar? Te ruego que tomes un poco de ese fuego celestial que el Dueño de todas las cosas vino a traernos al mundo, para que cada vez que el enemigo siembre cizaña, ese fuego la devore y consuma. Toma y ofrece a Dios ese fuego, a fin de que el Maestro perciba el buen olor de tu sacrificio y que Él lo enderece a su Padre con el Espíritu vivificante; y para que Él establezca su morada en ti, en tu templo donde te presentes a Él como “víctima viviente, santa, agradable a Dios”. Entonces, inflamado por ese fuego, aspirarás siempre a ser compañero de ruta, conciudadano y coheredero de los santos que han acertado a conseguir plenamente lo que dice el Apóstol: “ni ojo vio, ni oído oyó, ni corazón humano sospechó lo que Dios tiene preparado para los que lo aman”.

Homilía de Isaac de Nínive

Cuando abor das la Sagrada Escritura, examina cada palabra para calcular y comprender con mucho discernimiento la profundidad y la santidad de los sentidos que encierra. Aquellos a quienes la gracia divina ha conducido durante su vida entera a la iluminación, sienten continuamente como que un rayo sutil atraviesa los versículos escritos y esclarece el sentido espiritual de las palabras desnudas y de las cosas divinas dichas, las cuales tienen para el alma un sentido profundo. Cuando un hombre lee los versículos con espíritu sutil, su corazón también se afina y se sosiega. El poder divino da a la mente, con una comprensión maravillosa, un sabor muy dulce. Todo ser se une ordinariamente con su semejante. Así, el alma que participa del Espíritu, al oír en su interior una palabra que esconde una fuerza espiritual, acoge con ardor lo que esa palabra le revela. Mas no todos los hombres son tan despiertos.

Lee también los Evangelios que el Señor ha dado para que el mundo entero pueda conocerlo, para que la inteligencia se penetre del poder de su Providencia de generación en generación y se abisme en sus maravillas. Esa lectura te ayudará a conseguir la finalidad de tu vida. Pero que tu lectura se haga en lugar solitario, lejos de todos. Procura estar libre de todo cuidado del cuerpo y de la preocupación por las cosas, para que puedas perseverar en la lectura hasta llegar a gustar en tu interior la grata dulzura de una comprensión que sobrepasa lo que alcanzan los sentidos. He aquí la señal que te indicará que has entrado hasta esas profundidades: cuando la gracia comience a abrir tus ojos a la contemplación de las cosas como ellas son en verdad, esos ojos tuyos comenzarán a verter lágrimas tan abundantes que regarán tus mejillas. Entonces tu combate interior, promovido por los sentidos, se aquietará o amortiguará.

La naturaleza del alma es sutil y delicada. Acontécele, cuando se enfervoriza, desear sobrepasarse y alcanzar lo que está por encima de ella. Frecuentemente la lectura de las Sagradas Escrituras le da a entender un poco. Pero cuando le es dado compararse con eso que ha comprendido y considerar hasta dónde ha penetrado con ese conocimiento, reconoce su propia medida tan pequeña, tan incapaz, que su espíritu se llena de temor y temblor, de modo que el miedo la obliga a refugiarse de nuevo en su bajeza, avergonzada de haber tenido la osadía de tocar cosas espirituales que exceden su capacidad; pues tales misterios son pavorosos, y el alma se estremece ante ellos. El buen sentido aconséjale guardar silencio,

permanecer prudente para no perderse, no buscar lo que la sobrepasa ni querer sondear lo que es más profundo de ella.

Así, pues, cuando te es concedido comprender, comprende; mas no pretendas descubrir por ti mismo los misterios. Adora, glorifica y da gracias en silencio. Así como no es bueno comer demasiada miel, tampoco conviene sondear demasiado las palabras de Dios, no sea que, queriendo percibir las cosas que aún están muy lejanas por no haber andado todo el difícil camino, dañemos la vista e impidamos la visión. Ocurre, en efecto, que vemos a veces fantasmas en lugar de la verdad. Y, cuando la inteligencia pierde el ánimo por haber aspirado a cosas demasiado elevadas, se olvida de su fin. Muy certeramente lo dijo Salomón: “Como ciudad desmantelada, sin murallas, es el hombre que no domina su ánimo”. Purifica, pues, tu espíritu, despréndete de la inquietud por las cosas que están por encima de tu naturaleza, cubre tus pensamientos y tus actos con el velo de la castidad y la humildad, y hallarás todo lo que tu interior encierra. Porque los misterios le son revelados a los humildes.

Homilía de san Serafín de Sarov, monje

El bien que hacemos en Nombre de Cristo no solamente trae consigo una corona de gloria en el siglo futuro, sino que además, ya desde aquí abajo, llena al hombre de la gracia del Espíritu Santo, como está escrito: “Dios da el Espíritu Santo sin medida. El Padre ama al Hijo, y ha puesto todo en sus manos”. Es, pues, en la adquisición de este Espíritu de Dios en lo que consiste el verdadero objeto de nuestra vida cristiana. Adquisición es sinónimo de obtención. ¿Sabes, hermano, lo que es adquirir dinero? Algo semejante sucede respecto del Espíritu Santo. Para las gentes del mundo, el objeto de la vida consiste en la adquisición de dinero, de ganancias. Los aristócratas desean además obtener honores, señales de distinción y otras recompensas concedidas por servicios prestados al Estado. La adquisición del Espíritu Santo es también un capital, pero un capital eterno, dispensador de gracias; muy semejante a los capitales temporales y que se obtiene por los mismos procedimientos. Nuestro Señor Jesucristo mismo, Dios y Hombre, compara nuestra vida a un mercado y nuestra actividad sobre la tierra a un comercio. Y nos recomienda a todos: “Negociad hasta que Yo venga, emplead bien el tiempo, pues los días son inciertos”. Dicho de otra manera: Procurad obtener bienes celestiales negociando con mercancías terrenales. Estas mercancías terrenales no son otras que las acciones virtuosas hechas en Nombre de Cristo y que nos traen la gracia del Espíritu Santo.

La gracia del Espíritu Santo, simbolizada en el aceite, era precisamente lo que les faltaba a las vírgenes necias. Son llamadas “necias”, porque no se preocupaban del fruto indispensable de la virtud que es la gracia del Espíritu Santo, sin la cual nadie puede ser salvo, ya que toda alma es vivificada por el Espíritu Santo, para ser iluminada por el misterio sagrado de la Unidad Trinitaria. El Espíritu Santo mismo viene a morar en nuestras almas, y esta inhabitación en nosotros del Todopoderoso, la coexistencia de su Unidad Trinitaria con nuestro espíritu, no nos es dada sino a condición de prepararnos por todos los medios que están a nuestro alcance para la obtención de este Espíritu Santo. Él mismo prepara en nuestra alma un lugar digno para su venida, según la palabra inmutable de Dios: “Me pasearé en medio de vosotros y seré vuestro Dios, y vosotros seréis el pueblo mío”.

El aceite no simboliza nuestras obras, sino la gracia por medio de la cual el Espíritu Santo llena nuestro ser transformándolo en ella: lo

corruptible en incorruptible, la muerte del alma en vida espiritual, las tinieblas en luz, el establo en que como bestias están encadenadas nuestras pasiones, en templo de Dios o cámara nupcial, donde nos encontramos con Nuestro Señor, Creador y Salvador y Esposo de nuestras almas. Grande es la compasión que Dios tiene por nuestra miseria, es decir, por nuestra negligencia en responder a su solicitud. Él dice: “Yo estoy a la puerta y llamo...”, entendiendo por “puerta”, en este caso, el curso de nuestra vida no detenido aún por la muerte. ¡Oh, cuánto quisiera, amigos de Dios, que en esta vida estuvierais en gracia del Espíritu Santo! Pues el Señor dice que nos juzgará en el estado en que nos hallare.

“Velad y orad para no entrar en la tentación”, o, dicho de otra manera: para no ser privados del Espíritu de Dios, pues las vigiliias y la oración nos obtienen su gracia. Es cierto que toda buena acción hecha en Nombre de Jesucristo confiere la gracia del Espíritu Santo, pero la oración, que está siempre a nuestro alcance, la consigue mejor que cualquier otra obra. Desearíais ir a la iglesia, por ejemplo, pero la iglesia está lejos o ha terminado el Oficio; querríais hacer una limosna, pero no encontráis pobres o no tenéis dinero; querríais la virginidad, pero no os encontráis con fuerza para tanto, a causa de vuestra constitución o de las tentaciones del enemigo, a las cuales la debilidad de vuestra carne no os permite resistir; querríais hacer acaso alguna otra buena obra por Nuestro Señor, pero no tenéis fuerza para ello, o no se presenta la ocasión. En cuanto a la oración, nada de esto os afecta: cada uno tiene siempre la posibilidad de orar, el rico como el pobre, el notable como el hombre vulgar, el fuerte como el débil, el enfermo como el que tiene salud, el virtuoso como el pecador.

De las Colaciones de san Juan Casiano, abad

Aquella inmensa y multiforme sabiduría de Dios ordena la salvación de los hombres con soberana piedad, y da con abundancia la gracia, comúnmente conforme a la disposición y capacidad que dio a cada uno, tanto que la gracia de curar enfermedades no la ejercita según la uniforme potencia de Su Majestad, sino según la medida de los actos de fe que haya en los hombres, o según la que Él mismo les infundió. A unos los ayudó pidiéndoselo ellos, y a otros les concedió voluntariamente el remedio sin que se lo pidan. A unos los exhorta a que confíen en Él, diciéndoles: “¿Quieres curar?” A otros, que desconfiaban de su salud, libre y voluntariamente, sin otro motivo que su misericordia, los curó. Quiso experimentar los deseos de algunos, antes de cumplírselos, y les dijo: “¿Qué queréis que haga con vosotros?” Al que no sabía el camino por donde había de alcanzar lo que deseaba, con benignidad se lo mostró, y le dijo: “Si creyeres, verás la gloria de Dios”. Usó de tanta liberalidad en curar a otros, que pudo decir el evangelista: “Curó todos los enfermos que le trajeron”. Para ciertos hombres estuvo tan disimulado y oculto el inmenso abismo de los beneficios de Cristo, que llegó a decirse: “Y no podía Jesús hacer milagros entre ellos, por la incredulidad de sus corazones”.

¿Puede mucho que Jesucristo tenga poder para hacer esto, habiendo concedido lo mismo a sus Apóstoles? Porque entrando una vez en el templo Pedro y Juan, y pidiéndoles limosna un cojo de nacimiento, los Apóstoles no le dieron el socorro que pedía, por no tener con qué; pero le otorgaron la salud que no tenía. Al que se contentaba con una pobre limosna, le dieron otra cosa que le importaba más; y así, le dijo Pedro: “En nombre y virtud de Jesucristo Nazareno, levántate y anda”. De estos ejemplos del Evangelio claramente podemos deducir que procura Dios la salvación de los hombres por diversos e innumerables caminos y modos inescrutables. A unos, que desean sumamente andar por el camino de la virtud, los incita para que hagan ello con mayor fervor; a otros los trae a ese camino como de los cabellos, y espantados con el temor del juicio.

Unas veces nos ayuda a cumplir nuestros buenos y provechosos deseos; y otras nos inspira los principios y orígenes de ellos, nos da ocasión para hacer buenas obras y perseverar en ellas. De aquí procede que, cuando oramos, no sólo lo llamemos Protector y Salvador, sino Ayuda y Amparo nuestro. Porque en cuanto primero nos llama sin advertirlo nosotros, ni pensar en hacer bien, y

mediante el terror nos atrae a su servicio, lo llamamos Protector y Salvador; pero en cuanto nos ayuda al empezar a obrar bien, y en cuanto suele recibir, animar y defender a los que se acogen a Su Majestad, se lo llama nuestra Ayuda y Amparo; aunque en general es Salvador de todos. Tratando el Apóstol de la liberalidad con que distribuye sus dones, y conociendo el inmenso y profundo piélago de su piedad, vino a decir: “¡Oh alteza y profundidad de las riquezas de la ciencia y sabiduría de Dios! ¡Cuán dificultosos de escudriñar son sus juicios y cuán cerrados y oscuros sus caminos! ¿Quién sabe de los intentos de Dios?” No querrá admirarse de esta ciencia que causó tal admiración a aquel gran Maestro de las gentes, cualquiera que se atreviera a pensar que con fuerzas humanas se puede comprender la profundidad de aquel abismo insondable.

Porque el que osare hacer cómputo y distinguir con claridad los modos con que Dios ejecuta la salvación de los hombres, está contradiciendo osadamente la sentencia del Apóstol, al decir que pueden apearse los juicios y rastrear los caminos. A éstos contradice el Señor al decir: “Mis pensamientos y mis caminos no son como los vuestros. Están ellos tanto más altos cuanto lo están los cielos de la tierra”. Esta liberalidad y dispensación de amor que usa el Señor con nosotros por su infinita bondad, queriéndola Su Majestad explicar como un motivo de afección y amor humano, y no hallando en las criaturas afecto de caridad a quien con más propiedad lo pudiese acomodar, lo comparó a las piadosas y tiernas entrañas de una madre en orden a su hijo, y así se vale de esta semejanza, porque no se puede hallar en la naturaleza humana mayor amor que el que suele tener una madre a un hijo suyo. Lo dice en estos términos: “¿Puede acaso olvidar la mujer a su niño de pecho, no compadecerse del hijo de sus entrañas?” Y no contento con esta comparación, aún la encarece diciendo: “Si ella se olvidare de su hijo, Yo no me olvidaré de ti”.

Homilía de Raimundo Jordán (El Idiota), abad

¡Oh amor ardiente, amor vehemente, amor que no puedes contenerte dentro de ti, que no permites concebir otro fuera de ti, desdeñas los demás y desprecias todo fuera de ti! Dulcemente cautivas, estrechas fuertemente, enseñas sabiamente, seduces gloriosamente, colmas de delicias, consumes felizmente, esperas en la divina promesa. Eres deseable por la voluntad, dulce por la experiencia, colmado de alegría, eterno en el gozo, saciante y reparador, nunca cansas. Nada, Jesús mío, fuente de sincero amor, más grato que tu amor, nada más dulce, más útil, más gozoso. Tu amor, Señor, no molesta, se abraza con gozo y exultación y se desea con sosiego. Donde está tu amor, Señor, no hay trabajo sino gusto. Tu amor, oh Jesús, es fuente de vida, por esto no puede vivir el alma que no se nutra de él ni puede sacarlo la que no se acerque a la fuente, a Ti, que eres la fuente de todo amor.

El invitado a tus bodas celestiales, oh dulcísimo Jesús, amantísimo divino Esposo, debe llevar el vestido nupcial, no sea que, si entra sin él, lo echen fuera y lo arrojen a las tinieblas exteriores en donde siempre hay y habrá llanto y rechinar de dientes. Este vestido es el amor que sobresale entre todas las virtudes. Este vestido es el tejido de preciosos hilos, esto es, de tus beneficios otorgados al hombre, y adornado por excelente factura, que es representada por tu túnica inconsútil, que no fue rasgada ni dividida. Como el amor no debe dividirse ni romperse. Los que lo dividen o rasgan, son peores que los soldados que te crucificaron y no quisieron dividir tu túnica. Este vestido nupcial, oh Jesús, esposo enamorado, es sumamente poderoso y eficaz, porque defiende al hombre del frío de la concupiscencia y lo inflama en tu amor, y mucho nos adorna y engalana.

Este vestido nupcial distingue a los hijos del Reino de los de la perdición. Porque el que lo lleva entrará en el Reino como comensal tuyo e hijo carísimo; pero el que no lo lleve, aunque vaya adornado con los otros vestidos, esto es, con todas las otras virtudes, será expulsado de tu Reino. El vestido nupcial cubre todos los pecados, es recomendable por el color y el valor, porque es dorado, o mejor, de oro, según aquello: “Está la reina a tu derecha adornada con vestido de oro”. Este vestido, pues, adorna al alma que sin tal adorno es indigna de entrar en el cielo. El vestido nupcial asegura al hombre porque el amor es fuerte como la muerte. Su preciosidad además, es evidente por la materia, porque si es precioso por lo que se toma de

metales, piedras preciosas y animales, mucho más lo es por lo que se toma de ti.

Tal vestido nupcial de Ti procede. Con él nos cubrimos, vivimos y nos enriquecemos, porque al que lo lleva nada le falta; pero sin él, nada le aprovecha. Oh Jesús misericordiosísimo, esposo celestial, yo miserable pecador, estoy desnudo, y como no llevo este nupcial vestido, no soy digno de entrar en tus celestes bodas, sino de ser arrojado a las tinieblas exteriores. Ven, pues, en mi auxilio, clementísimo Señor, Tesorero liberalísimo de las celestiales bodas y vísteme con este gloriosísimo vestido, para que invitado y llamado a tus sempiternas nupcias, entre allí con el vestido nupcial y te ame por siempre con tus amigos, te alabe, te admire y te glorifique, Rey eterno y gloriosísimo Esposo, que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

Homilía de Martyrio Sahdona, obispo y monje

Alivia a Cristo en la persona de tus hermanos, los grandes igual que los pequeños, a fin de que Él te bendiga y recibas en herencia el reino que te está preparado. Pues Él se adelantará radiante a tu encuentro, diciendo: "Ven, bendito de mi Padre, a recibir en herencia el reino que te ha sido preparado desde la creación del mundo: pues tuve hambre y me diste de comer, tuve sed y me la apagaste, estuve desnudo y me vestiste, extranjero y me hospedaste, enfermo y me visitaste, prisionero y viniste a verme". Haz, pues, aquí, todo el bien que puedas, para que Él te recompense abundantemente en el cielo. Cristo acepta de tu parte todo cuanto le ofrezcas, sin exigir de ti grandes cosas: se contenta incluso con que le des un vaso de agua fresca, prometiéndote por esto una gran recompensa. "Pues si hay prontitud de voluntad es bien acogida con lo que se tenga, y no importa si nada se tiene" (2Cor 8,12). Que no sea estrecha y mezquina en la abnegación, ni regañona y triste, sino al contrario, amplia y dilatada por el gozo. Acoge a Jesús por pobre que seas: Él no se avergonzará de entrar en tu casa, si ve que tu casa interior es grande.

Si tu hermano está desnudo, vístelo; si está enfermo, visítalo; si está prisionero y afligido, recuérdalo con cariño, como si tú estuvieras prisionero como él, compadeciéndolo en su tribulación, tú que eres de la misma carne que él. Asociado a los enfermos, socórrelos en sus necesidades, sosténlos en la debilidad de su cuerpo dolorido, toma sobre ti su enfermedad, sírveles con solicitud. ¿No tienes acaso algún alimento fortificante o algún remedio para ofrecerles? Ofréceles, en todo caso, palabras de consuelo, devuélveles el ánimo, comparte amorosamente sus sufrimientos, derrama lágrimas con ellos, ayúdalos con tu oración, acompáñalos en su tristeza, provee a sus necesidades con el servicio de tus manos, apresura tus pasos para visitarlos, consolarlos, reconfortarlos.

Y si acaso tu hermano no está enfermo del cuerpo sino del alma, visítalo con mayor razón, puesto que su enfermedad es más grave. ¿Tienes quizás algún remedio para curarlo? Prepáraselo cuidadosamente, preséntaselo, incluso subrepticamente si abiertamente no puedes hacérselo tomar, por lo mucho que sufre. Ruega mucho por él, porque de la oración depende la salud del cuerpo y del alma: "La oración de la fe curará al enfermo -dice el apóstol Santiago- y el Señor lo aliviará, y si hubiere cometido pecados, le serán perdonados". ¿Tiene hambre de doctrina? Ofrécele

el pan de las palabras del Espíritu Santo. ¿Tiene sed de saber? Dale a beber sabiduría. ¿Está desnudo de toda virtud? Ten compasión de él, tú que eres también de barro; acércate a él, no lo pierdas de vista, ni lo abandones como a un desconocido, sino cuida de él como de tu propio cuerpo. Cubre su desnudez espiritual con alguna ropa ordinaria hasta tanto le proporciones un vestido completo por la eficacia de tus palabras caritativas.

Alivia, pues, a los afligidos y visita a los enfermos de alma y de cuerpo, tú que nadas en la abundancia y en la salud. Siempre hay algún Lázaro que va a ser conducido por los ángeles al seno de Abraham: no lo dejes fuera, como rico cruel, no sea que vaya a acusarte delante del indulgente Abraham, y que éste, sin compasión, no responda a tu angustia. Reparte, pues, con generosidad tus bienes de fortuna, los del cuerpo y los del alma, sin desdeñar a nadie, aunque parezca despreciable a tus ojos: pues tú ignoras cuál será su fin. Quizás será más honrado que tú por Dios y por sus Ángeles. "Mirad, no despreciéis a ninguno de éstos pequeñuelos -dice nuestro Señor-, porque sus Ángeles ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos". No desatiendas, pues, a nadie, por pequeño que sea, y acude en su ayuda; dale de tus bienes cuanto necesite. Alivia por medio de tus palabras y de tu oración a los abatidos y atribulados según el espíritu; sostén por tu vigor corporal el fardo de aquellos que son débiles de constitución. Sé para ellos, por decirlo así, como miembro suyo sano y vigoroso: haz el oficio de pies para éste; para aquél, el de manos; para ese otro, el de ojos; para el de más allá, el de boca; y a todos preséntales tu espalda para llevarlos. "Vosotros sois el cuerpo de Cristo -nos dice el Apóstol-, siendo cada uno por su parte los unos miembros de los otros".

Sermón de Martyrio Sahdona, obispo y monje

Carísimos hermanos: Amemos y procuremos la vida retirada, y demos pruebas de una gran diligencia para todo lo que ella exige. Permanezcamos solos, recogidos y silenciosos, lejos de la disipación ruidosa del mundo; soportemos en nuestra soledad todas las tribulaciones y aflicciones con miras a la esperanza futura; purifiquemos los pensamientos de nuestro corazón inquieto, lavemos nuestras conciencias de los malos pensamientos y de las pasiones vergonzosas y preparémonos cuidadosamente, con amor y caridad sinceras, para estar en la presencia de Dios confesando y alabando su Nombre grande y admirable, pues es Santo, con salmos y cánticos espirituales, santificándolo sin descanso en nuestros corazones, y guardando nuestro espíritu, no sea que se extravíe lejos de Él. Porque todo esto lo exige la regla de vida recogida de la soledad que hemos abrazado. Ella es, en efecto, una imagen de la condición de los Santos Ángeles, que asisten constantemente delante del trono de Dios y sirven a Su Majestad, millares de millares, aclamando al unísono la triple santidad de la Esencia sublime de la gloriosísima Trinidad.

Uno de ellos dijo: “Yo soy Gabriel, que asisto en la presencia de Dios”, indicando con ello el cuidado asiduo del servicio divino. Es también un servicio asiduo y constante el que exige la regla de vida de soledad que profesamos, imagen de la vida nueva que seguirá a la resurrección, cuando cada uno de nosotros se concentrará en la alabanza de Dios y lo contemplará con la pura mirada del pensamiento. Apresurémonos, pues, hermanos, diligentemente hacia la realización de este grandioso fin, que nos asemeja a los ángeles y nos establece ya desde el presente en la vida futura, instalándonos con Dios en el retiro donde Él se manifiesta. Difícil es seguir este ejemplo angélico en este ambiente mundano y tren de vida del siglo, puesto que los mismos Santos se hacían muy de rogar para ir a él, a causa de los vicios de sus habitantes, aun siendo inspirados y enviados por Dios para el gobierno de los hombres que en el mundo viven. ¿No es esto lo que quiere significar el Profeta santificado desde el seno materno y conocido del Señor antes de nacer, cuando pide: “¿Quién me dará en la soledad un albergue de caminantes y que abandone mi pueblo para ir lejos de él?”

Apresurémonos también nosotros a correr al desierto, a un lugar recogido, exento del tumulto de los hombres, y esperemos en el Señor que nos libre del viento desencadenado por el malvado

príncipe de las tinieblas, que confunde y trastorna todo con sus nubes a fin de oscurecer al mundo con sus tinieblas, levantando la arena hasta el cielo con su furiosa rabia. Partamos, pues, a poblar las grutas y los montes salvajes, estableciéndonos en las cavernas y en la tierra inculta, no pisada aún por hombres, ni regada por la lluvia. Porque ¿qué santo no ha habitado el desierto y lo ha amado? En él vivía el Patriarca Abraham cuando llevaba una vida nómada, con Isaac y Jacob, herederos de la ciudad celestial. En el recogimiento y soledad recibió la visión reveladora de los secretos divinos, cuando veía a Dios y a sus Ángeles y cuando presentía igualmente el día de la redención de Cristo, en el misterio-tipo de la inmolación de Isaac, su hijo amado. En ella (en la soledad) moraba Jacob, cuando vio en lo más profundo de la noche, la maravilla de la economía gloriosa, del ministerio Angélico, y de la majestad y poder de Dios en la escala fija en el suelo cuyo remate tocaba en el cielo y los Ángeles de Dios subían y bajaban por ella, y al Señor apoyado en la escala, presintiendo ya, acaso, la ascensión al Cielo de los seres terrestres.

En la soledad moraba el amable Moisés cuando, después de la visión maravillosa de la zarza ardiendo, profetizaba la morada de Dios al fin de los tiempos (en los tiempos mesiánicos) entre el género humano; como también en aquel otro momento en el que solo con el Señor dentro de la nube cuarenta días y cuarenta noches, prefiguraba de alguna manera el misterio de la existencia de los Santos con Dios al finalizar el tiempo, y la gloria espléndida que sus cuerpos revestirían en el cielo, y el alimento vivificante que les dispensaría el Espíritu Santo, la grandeza del saber perfecto que recibirían, su comunión unánime con los Ángeles, la vista de Dios y de los Ángeles, en la que tendrían parte. En la soledad estaba el ardoroso Elías, cuando habitaba solo la montaña del Carmelo, permaneciendo delante del Señor, émulo del Arcángel Gabriel. Solo moraba también cuando revelaba el poder de la palabra de los justos: “Vive el Señor, Dios de Israel, en cuya presencia estoy, que no ha de haber lluvia ni rocío en estos años, hasta que yo dijere”. A veces se retiraba al fondo de los valles, donde se manifestaba la providencia de Dios por los justos, al recibir el alimento de un cuervo voraz.

También nuestros Padres buscaban ávidamente en la soledad la refección espiritual que saciaba sus almas, a saber, el recuerdo de Dios, la meditación de sus palabras vivientes (las Sagradas Escrituras), las alabanzas incesantes que hacían subir al trono de Dios por medio de cánticos inspirados y el estar en la presencia de

Dios día y noche. Insaciables en la oración y Divinos Oficios, recordaban constantemente las palabras de Cristo a sus Apóstoles: “Velad y orad en todo tiempo”, realizándolas a perfección. Algunos vivían también con los hombres para incitarlos a que los imitaran; y otros vivían solos, en las cumbres de los montes y en las cavernas, en compañía de las bestias, para asemejarse a los Ángeles que asisten continuamente en la presencia de Dios. Su aspecto recordaba a todos el porte glorioso de los Ángeles, pues todo el mundo los reconocía como siervos del Dios Altísimo. Sus almas estaban colmadas de los frutos del Espíritu. No contentos con gozar solos, se parecían a una mesa de manjares deliciosos preparada para todos, a fin de que cada uno pudiera saborearlos a su gusto y recoger toda clase de bienes. Estos hombres eran una fuente de provecho para sus hermanos y remedio saludable a todas sus dolencias de alma y cuerpo, y salud perfecta de todo el hombre.

La regla de vida perfecta del recogimiento y soledad es grande y sublime; pero en desquite, violentas y terribles son las guerras que las combaten, y sólo los verdaderamente perseverantes pueden alcanzar la victoria en el combate. Particularmente penosa es la tentación de desaliento y cansancio. El que no destierra la tibieza con energía y constancia hasta derramar sangre, y no se desembaraza completamente de ella con activa vigilancia para volver a la práctica espiritual, imitadora de los Ángeles, éste no tiene nada de común con los solitarios; más le valdría vivir en la práctica de la virtud con sus hermanos en la vida común, que, aspirando a una más grande perfección, se aliene completamente de toda virtud, expuesto a caer en el abismo del mal, por causa de su presunción. Única, en efecto, y bien sublime es la regla de vida solitaria, a saber: la presencia Angélica delante de Dios y el recogimiento del espíritu que se mantiene en la luz. Aquel que descuida esto, no tiene otra cosa para sustituirlo, puesto que no cumple el conjunto de los mandamientos, porque omitiendo éste o aquél, no podrá cumplir tal otro, ya que todos forman un conjunto recíproco de caridad unánime.

No se puede en la soledad, a costa de trabajos, aliviar a otros, tomar sobre sí sus dificultades; ni tampoco aprovechar a otros con el comercio de la palabra y de la caridad: todo esto es ajeno al solitario. No hay enfermos a quienes visitar, como si fueran la persona de Cristo, ni hambrientos que saciar o proporcionarles alguna comodidad, ni afligidos y agotados a quienes lavar los pies y aliviarlos, ni prójimo molesto a quien soportar, ni más débil que

nosotros para sostenerlo, ni más tonto y simple que sea para instruirlo caritativamente y civilizarlo. No se tiene ninguna de estas virtudes para compensar la negligencia de los demás: se está reducido al servicio de Dios en la caridad perfecta, según el orden de los Ángeles, esforzándose en la medida en que Dios lo concede a la naturaleza en la vida de acá abajo, de apartar, como ellos, su alma del tumulto del siglo y tener la inteligencia atenta continuamente a Dios, en respuesta a su amor. Y si esto se descuida, sepamos que estamos desprovistos de virtud, y que, lejos de alcanzar la perfección de la vida solitaria, seríamos extraños, por nuestro orgullo, a la práctica de la virtud en la comunidad de nuestros hermanos.

¿Cómo creer que vivimos la vida solitaria, profesando la perfección, cuando aún no nos hemos desembarazado de la fealdad y vergüenza de las pasiones, a fin de que, al mismo tiempo que el cuerpo, nuestro corazón esté purificado? ¿Podremos simplemente pretender mirar la perfección, cuando todavía no comprendemos ni su pureza, ni su limpieza, ni su majestad sobrehumana? Porque la pureza no es tanto una tarea humana cuanto Angélica. A decir verdad, a no ser que el alma se purifique de toda mancha de pecado, se santifique por la pureza, reciba la absolución llorando sus malas acciones por la penitencia, abandone el mundo con todo lo que contiene, mortifique su viejo hombre con todas sus concupiscencias y repudie todas las cosas visibles, no merecerá la condición Angélica, porque ¿cómo podría llevar la vida de las Potencias Invisibles, si no es purificándose de todo mal? En efecto, mientras se comporta como carnal, según las costumbres del siglo, no podrá adquirir los modales, los rasgos distintivos de los Espirituales. Mientras viva en ella (en el alma) el viejo hombre con sus codicias y apetencias, el hombre espiritual, que se renueva de día en día a imagen de su Creador, no podrá vivir en Dios, ni con los Ángeles.

Homilía de Martyrio Sahdona, obispo y monje

¡Oh hermano mío! No seas indolente ante la dulzura y la paciencia de Dios y no desprecies el plazo que te concede para penitencia. Si tu corazón se endurece y no se arrepiente, amasas un tesoro de cólera para el día de la venganza y de la manifestación del justo juicio de Dios, que dará a cada uno según sus obras. Levanta de tu corazón el velo del pecado y mira con los ojos del espíritu el gran día de la manifestación de Nuestro Señor Jesucristo sobre las nubes del cielo, cuando venga a tomar venganza de aquellos que se obstinan en la desobediencia; porque éstos recibirán en el juicio la condenación eterna, lejos de la presencia del Señor y lejos de la gloria de su poder, cuando venga para ser glorificado en sus Santos y a mostrar sus maravillas a sus fieles servidores. Entonces el cielo y la tierra y todas las potencias celestes se bambolearán con aquella terrible conmoción que quitará el aliento a los hombres. Entonces las trompetas del Juicio sonarán en todas las direcciones, así como la trompeta a cuya llamada temblará la tierra. o

Entonces todos los muertos que yacen desde el comienzo del mundo, desde Adán hasta los últimos días de la creación, resucitarán en un abrir y cerrar de ojos, y mirarán con temor el glorioso advenimiento del Rey celestial. Entonces los cielos se abrirán para dejar pasar la luz inefable que eclipsa el sol mismo y anuncia su aparición. Y, en seguida, vendrá Él mismo glorioso, sobre las nubes del cielo con las milicias angélicas, cuyas falanges llenarán la atmósfera, y los elegidos se reunirán a su alrededor, por medio de los Ángeles, desde los cuatro puntos cardinales, y serán arrebatados en las nubes a su encuentro a fin de vivir con Él en las alturas del cielo, en la luz infinita y eterna. ¡Qué delicias gozarán y con qué pompa reinarán! Pues es entonces cuando será revelado lo que el ojo no ha visto, ni el oído entendido, ni pasado por el corazón del hombre, pero que les ha sido preparado desde el comienzo del mundo por la misericordia de Dios.

¡Felices verdaderamente, hermanos míos, aquellos que participan de esta dicha en el reino de Cristo, gracias al alimento y bebida espiritual e inefable del amor inagotable de la suprema bienaventuranza de la Divinidad! Felices, repito, aquellos que vivirán con Cristo en la serenidad soberana de un gozo sin límites, y que reinarán en unión con Él, glorificados por el conocimiento y el consorcio de sus misterios en el siglo nuevo y sin fin. ¿Quién podrá merecer esto, sino aquellos que hayan abandonado este siglo

perverso para adherirse a Cristo por la caridad perfecta? A ellos, en efecto, pertenecen los tronos y la gloria del reino en donde reina el Hijo de Dios: “Os sentaréis sobre tronos –dice Él– y comeréis y beberéis en la mesa de mi Reino”. Empero, será solamente para los justos deseable el advenimiento de Cristo glorioso y amable, de suerte que el día severo de la cólera será para ellos el día ameno y agradable de la glorificación. ¿Y para los pecadores qué sucederá? Para ellos el día del Señor será verdaderamente un día de cólera, oscuro y sin luz. ¡Terrible será ver esta hora, cuando Dios vendrá y no se callará, precedido de un fuego devorador y rodeado de llamas abrasadoras!

Prometiéndonos por el Espíritu de Dios una gran recompensa es cuando el Apóstol dice: “No perdáis la confianza que tenéis, pues va a tener por premio una recompensa abundante”. ¿Y cómo, Señor mío, se obtiene esta seguridad, esta confianza? “Por la constancia – responde él– necesaria para hacer la voluntad de Dios y obtener la promesa: pues todavía un poco de tiempo, bien poco de tiempo, y Aquel que debe venir, vendrá sin tardar. Es por la fe en mí como el justo será salvo; y, si se desanima, mi alma no se complacerá en él. No seamos hombres desanimados, lo cual lleva a la perdición, sino hombres de fe, salvaguarda de nuestra alma”. Afiánzate, pues, en la fe en Dios, hermano mío, esperando la redención, Porque he aquí que llega ya el día de la redención universal. “Perseveremos en confesar nuestra esperanza, sin desfallecer, pues fiel es Aquel que nos ha hecho la promesa” Ayudémonos mutuamente unos a otros, estimulándonos en la caridad y buenas obras, tanto más, hermanos míos, cuando habéis visto que el día del Señor está próximo.

Homilía de Martirio Sahdona, obispo y monje

Hay muchos que se preocupan por adquirir todo lo que es útil para la vida, atesorando en abundancia cosas y más cosas de toda clase, aunque les sean innecesarias, sin dar importancia a su proceder. Yo, por mi parte, pienso que se trata de una malsana veleidad de avidez, de un exagerado amor a las cosas terrenas, de un fruto de la avaricia, de apego a las comodidades del mundo. Y que no me vengan los tales con que han renunciado a su fortuna y al siglo, porque no poseen ahora rebaños, ni caballerías, ni casa, ni bosques, ni tierras, y porque han abandonado a sus padres, hermanos y otros parientes. Pues si han dejado todo eso, siguen poseyendo en realidad y con el afecto cosas equivalentes, es decir, las pequeñas cosas a las que están apegados y como atados con cadenas y procuran el trato social con los ricos. Y así ocurre que uno que en el mundo era de condición baja, un pobretón que apenas podía quitar el hambre con el sudor de su frente, una vez abrazada la pobreza de Cristo, que exige el desapego de todas las cosas del siglo, se ha convertido en propietario con abundancia de bienes.

Digo yo a ese tal: ¿Son éstos los pobres voluntarios, los hijos de la luz, extraños a este siglo de tinieblas? ¿Es ése el renunciamiento y la pobreza según el Señor? No, no es ésa la pobreza de los escogidos del Señor, quienes, aunque pobres y desprovistos de todo, todo lo poseen en Dios y enriquecen a muchos pobres. Estos tales son indiferentes respecto a los hombres mundanos y a su fortuna; viven en la penuria, incluso de lo más necesario: “Hasta el presente – repiten ellos con el Apóstol– pasamos hambre, sed, desnudez. Somos abofeteados y andamos errantes. Nos fatigamos trabajando con nuestras manos. Hemos venido a ser, hasta ahora, como la basura del mundo y el desecho de todos”. ¿Ves cómo la estricta pobreza según Cristo y la condición de peregrino, extraño a todo, son despreciados y difamados con toda suerte de afrentas? Porque un peregrino está expuesto a las afrentas y vive en la penuria, y no entre honores y comodidades.

La renuncia absoluta por amor de Dios no se limita a desprenderse de los bienes de fortuna: desprecia asimismo todo lo superfluo, lo que pasa de lo estrictamente necesario. La renuncia y pobreza verdadera consiste en contentarse, en cuanto al cuerpo, con lo que exige la naturaleza, es decir, con un vil hábito, una mala alimentación, lo que basta para vivir al día, según el dicho de San Pablo: “Teniendo con qué alimentarnos y con que cubrirnos,

estemos con eso contentos”. Mas ¿qué diré? Hay muchos que no se contentan con tres o cuatro hábitos para sus exageradas necesidades; con tres pares de zapatos no queda satisfecha su avidez; con buena cantidad de mantos apenas se conforman, y han de ser caros y delicadamente confeccionados; y ¡no digamos nada de todo lo que para usos superfluos amontonan en obediencias y graneros! Cada día Dios les proporciona liberalmente su alimento, como a pobres voluntarios que son y ascetas; y, a pesar de eso, atesoran en su bolsa, como los seglares, un peculio para un porvenir que no saben si llegará.

Se justifican éstos tales, como yo mismo lo he oído, diciendo: “¿Qué mal hay en poseer algunas cosillas, con tal de no apegarse a ellas por el afecto? No las guardamos con ánimo de enriquecernos; conviene tener reservas de lo necesario para uno o dos años, de manera que si sobreviene una necesidad no caigamos en la miseria”. ¡Oh, espíritus timoratos! Esto no es digno de cristianos seguros de que Dios proveerá a sus necesidades, y mucho menos de pobres voluntarios desprovistos de alforja, y elevados más allá de las cosas terrenas, sino de paganos sin esperanza y confianza en que Dios Nuestro Señor cuidará de ellos. ¿Quién más rico que el que tiene puesta su esperanza en Dios? En cualquier momento en que le pida algo, sea para sus propias necesidades, sea para las ajenas, a su lado está el Señor, “rico para todo el que lo invoca”, y cuya providencia se adelanta a la petición. “¿Quién ha invocado al Señor que no haya sido escuchado?”, nos dice la Escritura. Incluso, ¿quién tiene necesidad de invocar su Providencia? Puesto que Él sabe lo que nos es necesario antes de que se lo pidamos, y su generosidad nos previene con liberalidad, como lo tiene prometido. El que alimenta a las fieras y a los pájaros, porque –como está escrito– “de ti están esperando que les des a su tiempo el alimento”, ¿cómo va a descuidar a los que están consagrados a su servicio? “Nunca vi al justo abandonado –dice el Salmista– ni a su linaje mendigando el pan. En todo tiempo es compasivo y presta, su estirpe será siempre bendición”. Y también: “Los ricos quedan pobres y hambrientos, mas los que buscan a Dios de ningún bien carecen”.

Homilía de Martyrio Sahdona, obispo y monje

¡Ah, Señor, cuán grande es tu gracia! ¡Qué profunda tu sabiduría! ¡Qué inestimable tu favor! ¡Qué generosas son, carísimos, la caridad y la dilección de nuestro dulce y bondadoso Señor, para con nosotros! Comienza por probarnos con tribulaciones, mas luego nos concede el premio de la felicidad eterna. Y aunque nos da todo de gracia, nos pide no obstante algún trabajo de nuestra parte. Sin embargo, ¿para qué le sirve nuestro trabajo, si hasta para realizar éste necesitamos de su gracia? Es que lo que Él pretende con ello es exaltarnos más todavía; si exige de nosotros trabajo, es para nuestra mayor satisfacción. Quiere que de nuestro trabajo saquemos una mayor confianza.

En efecto, el Señor no quiere darnos todo gratuitamente –aunque en realidad así sea–, sino que le agrada le presentemos el testimonio de algún esfuerzo por nuestra parte. Es verdad que también éste depende de Él, y que solamente con el auxilio de su gracia cooperamos nosotros, mas de esta manera recibimos la bienaventuranza como una suerte de retribución por nuestra buena conducta, nos regocijamos en ella como en un fruto de nuestro esfuerzo y la saboreamos como obra de nuestras manos. Así nos ahorra Dios la humillación de recibirlo todo de pura gracia y sin trabajar; al contrario, permite que pidamos y reclamemos la bienaventuranza confiadamente. Pues si la felicidad nos fuese concedida sin esfuerzo alguno, ¿quién podría tratar al Divino Dispensador con franqueza y con la confianza que da la amistad? Sólo aquel a quien su corazón nada le reprende, podrá tratar a Dios con confianza. Lo dice la Escritura: “Si nuestro corazón no nos reprocha nada, tenemos confianza delante de Dios”.

Los jornaleros de la hora undécima, aunque habían trabajado con diligencia durante el tiempo de que dispusieron, a la hora de cobrar se mantenían retraídos y silenciosos. Fue un salario inesperado el que recibieron de la generosa liberalidad del propietario. Por su parte, los que habían soportado todo el peso del día y del calor, esperaban recibir más. Por eso murmuraron, olvidando que la gran bondad del Amo calcula el salario justo no por el tiempo trabajado, sino por el amor. Lo mismo ocurrió con el hijo pródigo: aun volviendo a servir en la casa paterna, no se creía ya con derecho al título de hijo, por haberlo desdeñado antes. El hijo mayor, asiduo en el servicio de su padre, se indignó y encolerizó al ver que su hermano

era restituido a su rango de hijo. Por lo que su padre tuvo que calmarlo, diciéndole: “Hijo mío, todo lo que yo tengo es tuyo”.

He aquí la confianza que conseguimos con las fatigas de la práctica de las virtudes, pues a quien trabaja –dice San Pablo– el salario no se le cuenta como gracia sino como deuda. Así de grande es el amor que Dios nos muestra, en su sabiduría: aunque su ayuda y su gracia sean todopoderosas, nos abandona de cuando en cuando a pruebas diversas e incluso a crueles tribulaciones, antes de hacer brillar sobre nosotros su bondad. De esta forma salimos más experimentados y más sensatos, pues conocemos el poder que Dios despliega en nuestro favor. Ved ahí por qué dice la Sabiduría divina al sabio: “Contrariaré al hombre, lo someteré a prueba en mi presencia, le enviaré temor y temblor, lo probaré con tentaciones, hasta que su corazón esté lleno de mí. Entonces lo restableceré y le manifestaré todos mis secretos”. Lo estáis viendo: para que nuestro corazón se llene de su sabiduría, para que nos afiancemos bien en su temor y su amor, y que aparezcamos cubiertos de gloria a los ojos de todos, es por lo que Dios nos deja en pruebas, aflicciones y tormentos, para manifestarnos enseguida las grandezas, maravillas y secretos de su sabiduría.

Homilía de Martyrio Sahdona, obispo y monje

¿Por qué pensar mal de tu hermano, como si fuera un mal hombre, cuando en realidad no lo es? Y aun cuando lo fuese, ignora que es tal, imagínate que es bueno y que tiene un buen corazón para contigo; porque el que es bueno no piensa en el mal. Así, pues, como hombre bueno piensa bien de tu prójimo, a fin de que cumplas el dicho del Señor: “El que es bueno, del tesoro de su corazón saca el bien”; y el otro de la Escritura: “El que tiene el ojo puro, no se da cuenta del mal”. Ciertamente, si estuvieras arraigado en el bien y tu espíritu limpio del lodo del mal, no podrías darte cuenta de que se te ha hecho agravio; con mayor razón, no podrías pensar mal de tu hermano, sospechando por simples conjeturas villanas intenciones en él. Pero admitamos por un momento que, de hecho, haya cometido claramente grandes fechorías contra ti, proporcionándote amargos sufrimientos: alégrate tanto más de haber hallado con ello un motivo para que se perdonen a ti tus pecados.

Otros lavan sus pecados con las grandes fatigas de la penitencia; tú lávalos sólo con la voluntad. ¿No quieres apaciguar la cólera interior y lavar con ella tus pecados? Porque perdonando a tu hermano sus ofensas, es como tú lavas tus propios pecados, conforme a la palabra del Señor: “Perdonad, y se os perdonará. Que si vosotros perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; pero si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras ofensas; porque con el juicio con que juzguéis seréis juzgados, y con la medida con que midiereis seréis medidos”. Pero me dirás tú: “Yo ya lo he perdonado, pero él no ha dejado por eso de ofenderme; no puedo seguir perdonándolo, no sea que me trate todavía más duramente”. En este caso, prepárate a escuchar tú también la sentencia de Dios: “Esto es ya demasiado: tú has estado ofendiéndome desde la infancia hasta el presente, y Yo siempre te he perdonado; pero en lo sucesivo no puedo perdonarte ya, no sea que tú me desprecies más todavía. Yo te he manifestado suficientemente mi gracia; en adelante quiero manifestarte el poder de mi justicia, pidiéndote cuenta de tus ofensas”. ¿Quieres que Dios te trate de esta manera? ¿No pides diariamente y a todas horas a Dios que tenga compasión de ti y te perdone? Pues ten tu también compasión de tu prójimo y perdónalo siempre.

¿No has comprendido que Cristo Señor, al fijar a Pedro –que le preguntaba a este propósito– la medida del perdón fraterno, lo ha hecho con una gran liberalidad? “Señor, ¿cuántas veces debo

perdonar a mi hermano que me ofende? –pregunta Pedro– ¿hasta siete veces?” Y el buen Maestro le responde: “No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete”. ¡Ah, qué liberalidad en el perdón, imagen de la de Dios! Haz, pues, también tú lo mismo, perdona a tu prójimo sin medida, con una bondad liberal, para que tú asimismo seas perdonado por la bondad de Dios. “No juzguéis, y no seréis juzgados –dice el Evangelio–; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y se os perdonará; dad y se os dará: una medida buena, apretada, colmada hasta rebasar, será derramada en vuestro regazo”. “Porque con la medida con que vosotros midáis, se os medirá a vosotros”.

Por tanto, si eres compasivo, indulgente y bueno, de suerte que perdones a tu hermano su ofensa, sin juzgarlo ni condenarlo nunca, sin molestarlo por una nadería, sin afligirlo e indisponerlo contigo recordándole su ofensa: si llegas a conseguir esto, no sólo a no convertir una fruslería en una grave imputación, sino incluso a quitar importancia, por el perdón y la excusa, a lo que era grave, se te pagará en el siglo venidero con una tal recompensa que sobrepasará con mucho tu indulgencia para con tu ofensor. Así, pues, ¿quién es tan insensato que no tiene compasión de sí mismo – cuando de él depende el juzgarse a sí mismo– para no juzgarse con misericordia y satisfacer por completo su deuda? Tú serás juzgado por Aquel a quien has ofendido, de la misma manera a como tú hayas juzgado al que te ofendió: ¿por qué, pues, te tratas a ti mismo tan cruelmente, en lugar de cancelar aquí el pleito que tienes con tu prójimo? Perdónale su ofensa y se te perdonará la tuya. Anula el pleito tuyo contra él, para que sea anulado el que hay contra ti; perdónale la deuda fijada por la sentencia judicial, a fin de que te veas tú libre del juicio de condenación; ten compasión de ti. “Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia”.

Homilía de Martyrio Sahdona, obispo y monje

Carísimos hermanos, abajemos un tanto nuestra grandeza, acomodémonos a nuestra naturaleza, no saltemos prematuramente corriendo tras los honores, no sea que caigamos brutalmente, incluso por debajo de lo que somos. Fue precisamente en el templo donde el orgullo acarició con su soplo al fariseo que se jactaba de ser un justo; y, como en una violenta borrasca, le arrancó de repente sus frutos de justicia, despojándolo incluso de sus hojas exteriores, como un árbol desnudo en invierno. ¡Desgraciada la justicia a la que el orgullo acompaña como un demonio o las fatigas y trabajos a los cuales la vanidad se adhiere como torpedo destructor! Desgraciadas las buenas obras y la buena conducta que la vanagloria arrebató, como un peligroso malhechor, mostrándolas ostensiblemente sobre la punta de la lengua, como en la cima de un tejado, y proclamándolas muy alto delante de todos. Porque más valen pecados con humildad, que justicia con orgullo. En efecto, la humildad puede borrar los pecados y quitar definitivamente las manchas, mientras que el orgullo es potente para arrebatarse la santidad y borrar definitivamente su recuerdo. Esto fue lo que les ocurrió al fariseo orgulloso y al humilde publicano: el orgullo del primero destruyó su justicia, y la humildad del segundo borró sus pecados; o mejor, la vanidad abajó al uno y lo hizo pecador, mientras que la modestia justificó al otro y lo ensalzó.

Los espirituales y los perfectos no enrojecen porque se los trate mal con palabras denigrantes, sabiendo que con ello se los ensalza y engrandece más. Fue exactamente lo que sucedió al fariseo y al publicano. El uno y el otro dijeron la verdad de su estado: el publicano llamándose pecador, y el fariseo enumerando sus justicias. El uno hizo desaparecer su verdadera condición por una humillación verdadera, y el otro hizo desaparecer su verdadero estado por una vanidad verdadera. El uno y el otro se encontraron con que perdieron lo que tenían y adquirieron lo que no tenían: por su humillación el publicano perdió su pecado y halló la justificación; por su orgullo, el fariseo perdió su justicia y halló el oprobio del pecado. Si, pues, lo que era verdadero tanto aprovechó o dañó a los que lo poseían, ¡cuánto más esto no exaltará o herirá a aquellos que se engríen o se lo aplican sin razón! Me explicaré: si, siendo verdaderamente pecadores, nos creemos neciamente justos y nos hacemos pasar por tales, entonces nuestra perdición será segura; pero si, siendo verdaderamente justos, nos estimamos pecadores y por tales queremos que se nos tenga, inconmensurable será la

santidad a la que seremos levantados por Aquel que conoce los corazones.

“Dichosos vosotros –dice Nuestro Señor– cuando os odien los hombres, y cuando os expulsen y os insulten y proscriban vuestro nombre como malo a causa del Hijo del Hombre. Alegraos en aquel día y saltad de gozo, porque vuestra recompensa será grande en el Cielo”. Y también: “Desgraciados si los hombres hablan bien de vosotros”. Por consiguiente, tanto lesionan el nombre de la justicia y el honor a ella debido los que se la atribuyen falsamente, cuanto aprovecha el nombre injurioso de pecador a los que se lo aplican indebidamente. En efecto, si somos verdaderamente pecadores y nos mostramos abiertamente como tales, consiguiendo mala reputación entre los hombres, seremos juzgados por Dios en tanto que pecadores. Mientras que, si nos cubrimos por defuera con el manto de la justicia y, siendo pecadores, somos reputados como justos por los hombres, padeceremos un doble castigo: por el hecho de ser pecadores y por los honores y alabanzas indebidos de que fuimos colmados. Por otra parte, si somos verdaderamente justos, sin orgullo ni jactancia, y sin vanagloria aparecemos ante los demás como tales, no recibiremos sino la recompensa por nuestra justicia. Pero si esta justicia la recubrimos con las humillantes apariencias del pecado, nos juzgamos verdaderamente pecadores y nos regocijamos por las afrentas que de ello puedan venirnos, recibiremos una duplicada recompensa: por nuestra justicia, y por nuestros humildes sentimientos y las humillaciones y desprecios inmerecidos que soportamos. Apartemos, pues, hermanos, la vanagloria y prefiramos las afrentas. Imitemos a los santos del Viejo y del Nuevo Testamento: como ellos, apliquémonos con toda nuestra alma a la humildad. Por eminentes en santidad que fuésemos, por justos que seamos, estimémonos pecadores y los más imperfectos de todos. Aunque hubiésemos sido honrados con los dones del Espíritu Santo, cubramos nuestra alma con el lodo de la humillación, a fin de alcanzar la verdadera vida por la palabra de Dios; consideremos la abyección de este barro que somos nosotros y perdamos de vista la grandeza de nuestra dignidad; recordémonos de nuestros pecados pasados y olvidemos nuestra justicia; pensemos en nuestros defectos y perdamos de vista los dones que hemos recibido. Mejor dicho, demos gracias a Dios por los dones que nos ha concedido, sin atribuirnos la gloria, repitiendo estas palabras del Profeta: “No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu Nombre sea dada toda la gloria”.

Índice

AÑO A

Miércoles de Ceniza	7
Jueves después de Ceniza	8
Viernes después de Ceniza	9
Sábado después de Ceniza	10

SEMANA I

❖ Domingo	11
❖ Lunes	13
❖ Martes	15
❖ Miércoles	16
❖ Jueves	17
❖ Viernes	18
❖ Sábado	29

SEMANA II

❖ Domingo	80
❖ Lunes	22
❖ Martes	23
❖ Miércoles	25
❖ Jueves	26
❖ Viernes	28
❖ Sábado	29

SEMANA III

❖ Domingo	31
❖ Lunes	33
❖ Martes	34
❖ Miércoles	35
❖ Jueves	36
❖ Viernes	37
❖ Sábado	38

SEMANA IV

❖ Domingo	39
❖ Lunes	41
❖ Martes	42
❖ Miércoles	43
❖ Jueves	45
❖ Viernes	47
❖ Sábado	49

SEMANA V

❖ Domingo	51
-----------------	----

❖ Lunes	53
❖ Martes	54
❖ Miércoles	55
❖ Jueves	57
❖ Viernes	59
❖ Sábado	61
SEMANA SANTA	
Domingo de Ramos	63
Lunes Santo	64
Martes Santo	65
Miércoles Santo	68
Jueves Santo	70
 AÑO B	
Miércoles de Ceniza	75
Jueves después de Ceniza	77
Viernes después de Ceniza	78
Sábado después de Ceniza	79
 SEMANA I	
❖ Domingo	80
❖ Lunes	82
❖ Martes	83
❖ Miércoles	84
❖ Jueves	85
❖ Viernes	86
❖ Sábado	87
 SEMANA II	
❖ Domingo	88
❖ Lunes	90
❖ Martes	91
❖ Miércoles	92
❖ Jueves	93
❖ Viernes	94
❖ Sábado	95
 SEMANA III	
❖ Domingo	96
❖ Lunes	98
❖ Martes	99
❖ Miércoles	100

❖ Jueves	101
❖ Viernes	102
❖ Sábado	103
SEMANA IV	
❖ Domingo	104
❖ Lunes	106
❖ Martes	107
❖ Miércoles	108
❖ Jueves	109
❖ Viernes	110
❖ Sábado	111
SEMANA V	
❖ Domingo	112
❖ Lunes	114
❖ Martes	115
❖ Miércoles	116
❖ Jueves	117
❖ Viernes	118
❖ Sábado	119
SEMANA SANTA	
Domingo de Ramos	120
Lunes Santo	123
Martes Santo	124
Miércoles Santo	125
Jueves Santo	126
 AÑO C	
Miércoles de Ceniza	129
Jueves después de Ceniza	130
Viernes después de Ceniza	131
Sábado después de Ceniza	132
 SEMANA I	
❖ Domingo	133
❖ Lunes	135
❖ Martes	136
❖ Miércoles	137
❖ Jueves	138
❖ Viernes	139
❖ Sábado	140

SEMANA II

❖ Domingo	141
❖ Lunes	143
❖ Martes	144
❖ Miércoles	145
❖ Jueves	146
❖ Viernes	147
❖ Sábado	148

SEMANA III

❖ Domingo	149
❖ Lunes	151
❖ Martes	152
❖ Miércoles	153
❖ Jueves	154
❖ Viernes	155
❖ Sábado	156

SEMANA IV

❖ Domingo	157
❖ Lunes	159
❖ Martes	160
❖ Miércoles	161
❖ Jueves	162
❖ Viernes	163
❖ Sábado	164

SEMANA V

❖ Domingo	165
❖ Lunes	167
❖ Martes	168
❖ Miércoles	169
❖ Jueves	170
❖ Viernes	171
❖ Sábado	172

SEMANA SANTA

Domingo de Ramos	173
Lunes Santo	175
Martes Santo	176
Miércoles Santo	177
Jueves Santo	179

APÉNDICES

Lecturas para el sábado de la V semana de Cuaresma	183
Otras lecturas	199



YERMO CAMALDULENSE
NUESTRA SEÑORA D HERRERA